

ANTONIO REYES

**CUANDO  
VENGAS A  
BUSCARME**



ANTONIO REYES

CUANDO  
VENGAS A  
BUSCARMÉ



Primera edición: enero 2018

ISBN: 978-84-1317-134-0

Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: Antonio Reyes

© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo

© Diseño de cubierta: proporcionado por el autor

**Editorial Círculo Rojo**

[www.editorialcirculo rojo.com](http://www.editorialcirculo rojo.com)

[info@editorialcirculo rojo.com](mailto:info@editorialcirculo rojo.com)

Impreso en España - Printed in Spain

*“Ustedes, los que tienen un corazón, tienen algo que los guía y no necesitan equivocarse. Pero yo no lo tengo y por eso debo cuidarme mucho. Cuando Oz me de un corazón, entonces ya no me preocuparé tanto”.*

**(El hombre de hojalata).  
“El maravilloso mago de Oz”.**

*“Cuando mi voz calle con la muerte, mi corazón te seguirá hablando”.*

**Rabindranath Tagore**

# 1

Quizá las fuerzas invisibles que controlan los designios del mundo podrían dar un respiro y, por un día, otorgar la libertad necesaria a aquellas personas que aún tienen cuentas pendientes para rectificar lo que ocurrió en algún momento concreto de sus vidas. Ese «te quiero» que nunca dijimos, aquel beso que dejamos escapar por cobardía o aquella despedida en un andén que jamás debió ser tal, sino un «quédate para siempre».

Por la cabeza de Israel pasó la idea de dar la espalda al punto y final de la historia de Paula por miedo a una realidad que le golpeaba con toda su crudeza. Cualquiera persona pensaría que lo más sensato hubiera sido estar a su lado desde que todo se supo, aunque puede que sus ausencias no fuesen más que huidas, un no querer enfrentarse al destino escrito desde hacía tiempo y que ahora se apostaba ante él como un muro infranqueable.

Comenzó a pensar que tenía parte de culpa en lo que estaba a punto de ocurrir.

El taxi se detuvo frente a la entrada del hospital con una estridente frenada que sobresaltó a quienes, saltándose todas las normas sanitarias, fumaban un cigarrillo intentando pasar desapercibidos de las miradas indiscretas. El taxista le concedió un voto de confianza, esperanzado en que la premura con la que abandonó el vehículo estuviese justificada y regresase a pagar el servicio. Corrió como jamás antes lo había hecho y las pocas personas que a esa hora de la noche suplicaban por la pronta recuperación de algún enfermo, comenzaron a teorizar sobre los motivos por los que casi tropieza con una señora. Se disculpó y continuó corriendo.

A pesar de estar a las puertas del verano, las nubes descargaban de forma agresiva una implacable tormenta sobre la ciudad que ya dormía a esas horas. La noche era tan oscura que, de no ser por el calor en el ambiente, no resultaría complicado imaginar que aquel era un hospital londinense en un día cualquiera de otoño. Y, como si la superstición que un gato negro lleva consigo sacudiese su espalda, tembloroso pronosticaba lo que estaba a punto de ocurrir. Aquella aura diabólica que lo envolvía todo estaba a punto de materializar su trágica fama. Jamás la oscuridad trajo consigo buenas noticias.

Preguntó por la habitación: 326. No esperó la llegada del ascensor. Subió las escaleras de dos en dos, de tres en tres. Sus pies casi no tocaban los peldaños. Embocó un largo y solitario pasillo que crecía a cada paso, un corredor que aumentaba la distancia de forma tenebrosa. Al llegar se detuvo con los brazos abiertos, apoyando sus manos en el marco de la puerta ante la mirada de sorpresa de todos los que rodeaban la cama. Su madre, que no tenía esperanza alguna en que llegara a tiempo, rompió a llorar mientras se abalanza sobre él con los brazos extendidos. Abrazó a su hijo y le apretó con fuerza contra ella. Respondió tembloroso a ese gesto de terror mientras imaginaba que no haber llegado a tiempo para decirle adiós era el peor de los finales. Su padre permanecía sentado junto a la cama, cogiendo con firmeza la mano de Paula. Se derrumbó sobre la barandilla protectora derrotado por las lágrimas y los lamentos. Estalló como si llevase días aguantando esa explosión de rabia que inundaba la profundidad de su alma. El buen hombre, el gran padre, se deshizo en lamentos ante lo inevitable. Nunca lo vio llorar. Si acaso, triste y dolorido por el irrefrenable final al que su hija estaba abocada. Pero jamás mostró ese dolor en público. No se podía permitir el lujo de que nadie se contagiase de su amargura. Debía mostrarse acerado para no contagiar la pena que corría por su torrente sanguíneo. Ocultó sus lágrimas para exponerse siempre como un padre fuerte, capaz de llevar sobre sus hombros el lamento escondido que martirizaba su espíritu paternal y que ahora se desbordaba como un vaso repleto de desamparo y angustia.

Un halo de tristeza y dolor envolvía la escena y hacía que el aire fuese espeso, como un plomizo manto de resignación sobre quienes sabían que ese momento llegaría sin remedio. Las paredes rezumaban historias de esperanza, de ilusión, pero sobre todo, de miedo. Observó por encima del hombro de su madre al resto, tíos y demás familia que no podían, que no debían estar en otro lugar más que en aquella desangelada habitación de hospital. Los sanitarios habían desconectado y retirado el instrumental que controlaba el ritmo cardíaco de Paula. Nada se podía hacer ya por alargar su vida. Continuar con su sufrimiento se antojaba inhumano. La mano del hombre, todo el conocimiento acumulado durante la historia de la medicina, los descubrimientos revolucionarios de nuevos fármacos, no fueron suficientes para otorgar a su hermana un pequeño rayo de esperanza. El respirador al que estaba conectada descansaba en una esquina, resignado, dolido por no haber logrado su propósito. Quizá en otra ocasión, con otro paciente, con otra vida que se aproximase a su último minuto.

Un día se desplomó ante ellos sin haber mostrado hasta ese momento ningún signo de que algo iba mal. En pleno despertar de su primavera vital, le diagnosticaron una de esas enfermedades raras, huérfanas de interés y de medios para combatirlas. Raras porque, comparando las cifras de otros trastornos, el número de pacientes es mucho menor. Pero, sobre todo, raras, raras y huérfanas, porque las farmacéuticas no tienen ningún interés en investigar su curación. ¿Acaso es comprensible que el hombre haya sido capaz de crear complejos mecanismos de la nada y, sin embargo, no busque el conocimiento necesario para reestablecer el buen funcionamiento de un cuerpo humano deteriorado por estos trastornos? Ninguno de ellos lograba comprender por qué derrochamos más medios en la investigación de robots que en curarnos nosotros mismos. ¿Acaso andamos enfrascados en la búsqueda de máquinas perfectas que nos sustituyan cuando hayamos desaparecido de la faz de la Tierra? La raza humana es la única que permite y promueve la destrucción de su entorno, de su casa, sus alimentos, sus ríos y que se elimina unos a otros sin la necesidad de hacerlo para comer. Israel era consciente

de que las empresas farmacéuticas no estaban para salvar vidas, sino para hacer negocio. Paula era la prueba de ello y su único destino posible siempre fue un «Lo siento, no podemos hacer nada más por ella» que retumbaba por los pasillos del hospital como un estribillo mecánico que se repetía una y otra vez en los oídos de los allí presentes. Nadie culpó a los facultativos que entregan sus vidas en luchar por los desarreglos de unos cuerpos mal creados por la naturaleza. Dar la terrible noticia del final de una vida, con sus historias, sus vivencias, sus alegrías y sus penas, debía ser el peor trago de una profesión admirada por todos.

Su familia le saludaba de forma lastimera, apretando los labios, mostrando su pesar por la inevitable pérdida. El hermano mayor de su padre, con el que llevaba varios años sin cruzar palabra por un tenso debate sobre los motivos del divorcio de su hija, le dio unas palmaditas en la espalda. No fue capaz de ofrecerle un abrazo. Ni siquiera le miró a los ojos. Guardaba las distancias, como un perro temeroso que no se acerca a las manos que le ofrecen un mendrugo de pan. El resto le besaba y humedecían sus mejillas con lágrimas. Durante un segundo se preguntó qué hacían allí. Suponía que era lo que se esperaba de los seres queridos, que nos acompañen en momentos difíciles y dolorosos. Tragó saliva para no recordarles a cada uno de ellos las muchas ocasiones en las que su hermana se quedó esperando una llamada cuando pasó por una de sus múltiples crisis. Una ráfaga de ira le envolvió y a punto estuvo de desahuciarlos a todos de la habitación. Se contuvo, pero con mucho gusto los hubiese echado de allí con una cariñosa patada en el culo. Paula estaría de acuerdo con ese modo de proceder. Puede que incluso se animase a participar del desalojo de aquellos ocupas del dolor ajeno.

Pero ella solo podía oír, imaginarse la escena que pasaba por la cabeza de su hermano mientras observaba unas manchas en el techo de la habitación. Sabía que había llegado el final, lo sentía cerca. El barquero lo tenía todo listo para llevársela con él y Paula llevaba desde hacía días en sus manos las monedas para el peaje. Notaba cómo, poco a poco, su cuerpo se iba quedando vacío, desistiendo ya



de agarrar con fuerza su alma para que no la abandonase hasta poder despedirse de él.

Israel sacó fuerzas de donde pudo y se acercó a la cama. Aquella no era Paula. No, imposible. Ese no podía ser el rostro vivaracho y centelleante que tenía grabado a fuego en su retina. Ni siquiera eran sus manos las que intentaron agarrar las suyas. Una armadura demacrada de hueso fácilmente visible y una piel pálida como un rostro espantado, parecían no contener ya su fuerza vital. Le ofreció por fin una tímida sonrisa, una dolorosa mueca permitida por el diminuto hilo de energía al que su tundido cuerpo podía recurrir. Ese fue su gesto de bienvenida tras todo el tiempo sin verse. Demasiado para dos hermanos que, a pesar de la distancia de los últimos meses, no podían sobrevivir el uno sin el otro. Por un momento, Israel se maldijo por haber permitido que el tiempo pasase entre ellos como una ola desmedida que impedía que se tocasen.

Odió verla en este estado, yacente sobre unas sábanas toscas como el asperón, tirada como un vulgar trozo de madera carcomido por el agua y el tiempo, apagada como esa foto antigua que duerme en un polvoriento desván y que perdió el brillo de antaño. Nadie debería ser consciente del momento en el que la muerte está lista para recogerte en sus fríos brazos y llevarte con ella para siempre. Quizá morir solos sería una buena opción, que nadie nos viese marchar. El dolor que produce ver cómo se apaga nuestra luz es un recuerdo terrible y doloroso que estará por siempre en la memoria de quienes se quedan aquí para continuar con sus vidas, ya sin la persona que se va. Morir solos y quedarnos solos, como aquel poema, ese «contraste de vida y misterio, de luz y tinieblas». Irnos con la inevitable compañía de los recuerdos propios de nuestro tibio paso por este mundo. Solos, sin más visión que el reflejo de las miradas de quienes estuvieron siempre a nuestro lado. Solos, como un refugiado en tiempos de guerra que deja atrás a su familia y marcha en busca de esperanza lejos de las ruinas, de los vestigios de una vida truncada por la sinrazón y que como abrigo, no recibe más que vallas construidas por quienes deberían ayudarle. Solos, como el morador anónimo que descansa en esa tumba olvidada de un cementerio a la

que hace décadas que nadie lleva flores y que el tiempo se ha encargado de ennegrecer.

La soledad del último viaje, esa amante que nos acompaña en vida y a la que en muchas ocasiones acudimos buscando descanso y respuestas, puede ser la mejor compañera en el último adiós de esta deshilachada vida terrenal. El retiro que jamás permitimos que nadie ultraje, la misma fiel compañera que está siempre que la necesitamos. La soledad es testigo muda de nuestros pensamientos más profundos, las frases dichas en voz alta suplicando ser rescatados de nuestros lamentos por un ente salvador, por un alma que se apiade de nuestros pesares.

Ninguno de los dos hermanos dijo nada. Solo se miraron y sonrieron, teatralizando un final pronosticado por la ciencia. Él sintió unos deseos irrefrenables de estallar en un llanto doloroso para que Paula, como siempre lo había hecho, le consolase tomando sus manos y le acariciase la mejilla mientras sonreía. Entre ellos sobraban las palabras en los momentos más importantes. Como dos amantes conocedores de lo que el otro necesita en cada momento, aprendieron a comunicarse con las miradas. Lo suyo era pura química, ese lazo invisible que conecta entre sí a todos los organismos vivos del universo y los envuelve en un aura de luz cegadora. Eran el viento y las nubes, el mar y la playa, la noche y las estrellas, la luna y los poetas románticos. A pesar de la distancia, ninguno era nada sin el otro. Se esculpieron mutuamente con el cincel más hermoso que el hombre posee, guiado por el sabio conocimiento del amor entre dos hermanos.

Paula no quería marcharse sin antes despedirse y él era consciente del enorme esfuerzo que supuso no bajar los brazos hasta verle por última vez. Ahí estaba, a su lado, como cuando empezó a dar sus primeros pasos cogida de su mano, una mano tres años mayor que la suya. Una mano que siempre estaba para acariciar su pelo antes de ir a dormir, que la agarraba para correr los dos juntos por el campo, que limpió más de una lágrima vertida por desamor. La memoria de Israel comenzó a derramar miles de imágenes de la niñez que le provocaron un inmenso nudo en la garganta. La respiración se

entrecortaba y sus manos temblaban sin poder hacer nada por detenerlas.

Con un movimiento lento de cabeza, ella le pidió que se acercase.

—Sabía que llegarías a tiempo. Siento mucho que tengas que verme así —. Le costaba trabajo escuchar sus palabras. Él respondió de igual manera, hablándole al oído con suavidad, calmado.

—No digas tonterías. Tu cuerpo está tan bien como siempre. Quizá necesites un toque de maquillaje por aquí y una buena sesión de peluquería, pero nada más —respondió apartando un mechón de pelo de sus ojos—. Así que hazme un favor. Recupérate cuanto antes porque tenemos muchas cosas por hacer. Y sabes que yo solo no puedo —continuó con los ojos inundados por unas lágrimas deseosas de derramarse delante de todos. Paula se dio cuenta al instante de que mentía como un bellaco, como un hermano suele mentir por una hermana cuando necesita consuelo.

Un amago de carcajada muda le provocó un ataque repentino de tos. Su padre se incorporó para acercarle un vaso de agua que ella rechazó con dulzura.

—Claro que podrás, siempre lo has hecho. Has sido capaz de hacer mil y una cosas solo, sin ayuda de nadie —replicó con un hilo de voz temblorosa.

Volvió a sonreír. Sabía cómo actuaba su hermano ante cualquier situación en la que ella se sentía comprometida. Aquel momento no iba a ser diferente.

—Nunca has sabido mentir. Te tiembla la nariz cada vez que lo haces. Además, siempre desvías la mirada y ese gesto te delata, tonto —. Jamás escuchó su voz tan dulce. Tragó saliva e intentó mantener la compostura. Todos guardaban silencio, observando compungidos el diálogo entre ellos.

La hubiese abrazado con todas sus fuerzas para que la enfermedad no la llevase de su lado. Estaba dispuesto a quedarse para siempre con ella, no volver a marcharse jamás, a pesar de que su última página llevaba tiempo escrita.

Paula comenzó a respirar con dificultad. Notó que había llegado su hora y apretó su mano con todas las fuerzas que aún le permitía su

maltratado cuerpo. Tenía algo que decirle y esperó con paciencia a que su respiración volviese a la normalidad. Tiró de él y puso su oído junto a sus labios.

—Búscame, búscame y no pares hasta dar conmigo. Sabes que tenemos mucho que contarnos todavía. Nos queda una última charla pendiente, esa que nunca hemos sido capaces de tener. Búscame, Israel, búscame.

Se incorporó sin entender muy bien lo que esas palabras querían decir. Tenía los ojos abiertos, sin luz. El color rosáceo característico de sus labios había desaparecido. La esencia, el olor, el brillo cegador que la acompañó toda su vida se habían marchado, viajando entre recuerdos fugaces de los que observan la escena en un segundo plano. Ocurre con todos a la hora de marcharnos para siempre. La naturaleza no permite que nos despedamos de los nuestros con un gesto dulce que sea recordado para siempre. Nos arranca la vida y solo deja un cuerpo demacrado, lúgubre. No nos regala una última mueca que sea recordada con belleza. El dolor se convierte en la música de la despedida. Su último aliento le hizo sentir solo al instante, como si un soplo de aire le hubiese arrancado toda la alegría de un plumazo.

Alguien avisó a los facultativos. Una enfermera entró a toda velocidad, tomó el pulso a Paula y abandonó la habitación con premura. Israel escuchó cómo un grupo de doctores se acercaba susurrando algo que no consiguió desvelar. Entraron y hablaron con sus padres. No les prestó atención, no quiso saber nada más de lo que ocurría allí dentro. Sitió que no quería estar junto a un cuerpo que ya no protegía el alma de su hermana.

A las once y treinta y cinco minutos, Paula se marchó para siempre. Las lágrimas se apoderaron de la habitación. Todos lloraban y abrazaban a los angustiados padres, destrozados por ser incapaces de aceptar que jamás volverían a ver a su hija. De pie frente a una ventana del pasillo, su otro hijo observaba la oscuridad de la noche, más tenebrosa que ninguna otra, más noche que nunca. Recordó al taxista. El vehículo ya no le esperaba. Supuso que no vio necesario cobrar la carrera. De alguna manera, la sinrazón y la tristeza salieron

por la ventana y le contaron al oído la escena vivida en esa habitación de hospital.

Una parte importante de Israel huyó con Paula aquella noche. Dudó que algún día pudiera recuperar el espacio que tenía reservado en su interior para las cosas dulces. Se lo arrancó sin piedad y se envolvió en él para su último viaje.

«Búscame, Israel, búscame».

Aquellas palabras resonaban en su interior una y otra vez, como el eco lejano del tañido de una campana que vuela entre unas calles vacías de vida.

En la sala de espera, fría y silenciosa como cualquier sala de espera de cualquier otro hospital de cualquier ciudad del mundo, algunos de los amigos más cercanos de la difunta intentaban asimilar con la respiración entrecortada y sus miradas perdidas en el suelo de baldosas beige, lo que pensaban que de forma irrefrenable estaba a punto de ocurrir. No había halo de esperanza alguna, ni en sus palabras, ni en sus ojos. Hablaban en pasado al recordar alguna anécdota vivida con la moribunda. Sonreían levemente, pero al instante regresaban al silencio. Nunca había visto tantos ojos buscando respuestas en el frío suelo de un hospital, cuando lo habitual era levantar la vista al cielo suplicando un último remedio. Israel pudo intuir los lamentos resignados sin eco. Algunos parecían querer decir algo, pero temblaban y maldecían para sí sin sonido alguno. Cuántas historias de padecimiento permanecían adheridas a esas paredes, frías como el olvido.

Al verlo entrar con el rostro desencajado y triste, comprendieron lo ocurrido.

Se consolaban unos a otros y lloraron. Alguno se acercó y le regaló un sentido «lo siento», al que Israel respondió apretando los labios y asintiendo con levedad. No levantó la mirada. Permanecía sentado con las manos en los bolsillos. Miró sus pies mientras los movía de un lado para otro. No había palabras, solo sollozos. Desde el fondo del pasillo llegó el llanto roto de su madre. Levantó la mirada y observó a todos. Pocos se fijaban en él. De repente, el silencio se

apoderó de la sala, permitiendo solo ciertos desgarros en los susurros de consuelo para las amigas más cercanas de Paula.

Se barruntaba una época oscura. Sus padres se abrazaban hasta cortarse la respiración. Un familiar les acariciaba la espalda, un gesto inútil que no conseguía calmar el dolor de la partida de su hija. Dos doctores les consolaron y lograron hablar con ellos en la escasa confidencialidad del corredor. Asintieron levemente, dando a entender que comprendían las palabras de los hombres de bata blanca. El padre se marchó con uno de ellos y se perdieron tras una puerta. El doctor parecía tener algo de prisa. Cinco minutos más tarde, regresaron a la habitación con dos auxiliares. El cuerpo sin vida de su hija abandonaba con cierta prisa la habitación cubierto con una sábana.

El eco de sus palabras taladraba su mente como el epitafio de un adiós. Lo que parecía ser el último deseo de su hermana era un misterio para él.

Hay momentos en los que la vida, por mucho que algunos se empeñen en demostrar lo contrario, nos demuestra que no es perfecta. Pero, ¿acaso lo ha sido alguna vez? Quizá somos nosotros los que deberíamos buscar ese camino de perfección, gritando contra todo cuando así lo sintamos y llorando sin vergüenza de que alguien nos vea. Puede que así y solo así, consigamos entre todos hacer de este mundo un lugar algo más llevadero.

El problema era que no podría serlo sin Paula e Israel no sabía gritar ni llorar ante nadie.

«Búscame, Israel, búscame».

Por las ventanas abiertas de par en par se colaba el aroma del mar, mezclado con el olor a pescado traído por los barcos hasta la lonja. Pocos eran los que quedaban ya por regresar a puerto después de toda una noche faenando en bajura. Los hombres se afanaban en desenredar las redes y tenerlo todo listo para la noche siguiente. Limpiaban las cubiertas de los pesqueros mientras algunos de ellos ya tomaban el primer y merecido trago del día.

Jimena observaba la salida del sol mientras sus oídos captaban los graznidos de las gaviotas, revoloteando en busca de la pesca descartada por las bordas de las pequeñas embarcaciones, desvencijadas y viejas como las manos de los que cada mañana observaban desde la barandilla del muelle el regreso de aquellos que ocuparon su lugar sobre las olas.

Pensaba en el día de ayer.

Un día más sin noticias suyas. No lo había visto en ninguna esquina, ni cuando acompañó a Elena a clase ni al regresar a casa por una calle distinta a la del día anterior. No podía soportar más cómo la miraba desde la distancia. Imaginaba sus pensamientos y solo podía sentir miedo. Luchaba contra ese temor mientras se relajaba junto a la ventana con una taza de té antes de abrir la tienda. Esos pensamientos la atrapaban de tal manera que comenzaba a sentirse mal conmigo misma por mantenerlos dentro de su cabeza. Un año y aún le provocaba miedo.

Había comentado su preocupación con varias personas pero, o no supieron o no quisieron darle sus consejos. Quizá pensaban que eran imaginaciones suyas, que él jamás le haría nada de lo que luego pudiera arrepentirse, que no se atrevería a acercarse a ella. Nadie

sabía por lo que pasó realmente y cómo se comportaba en casa. Aquellas mujeres, que habían nacido y crecido en el pueblo y ya tenían cierta edad, vivían por y para sus hombres, nada de pensamientos personales que convirtiesen sus días en algo parecido a una vida propia de cualquier persona que se siente querida y libre. Se convirtieron en esclavas en el mismo momento que dieron el sí quiero, suficiente consolidación para el poder de unos brazos masculinos que jamás abandonarían esas calles para lograr un futuro mejor.

Le resultaba difícil encontrar en sus palabras algo que le provocase cierto sosiego.

Fue incapaz de verlo, de aceptar lo que ocurría. Casi a diario sufría lo que sus palabras ocultaban. Para su ex marido no era más que una hembra sumisa, alguien que debía aceptar sin rechistar sus ocurrencias. Martilleaba su dignidad con ataques verbales que la relegaban al nivel del betún, dejando de ser una mujer para convertirse en la nada más absoluta.

—Si no fuera por mí, ¿quién querría estar contigo? No serías capaz de salir adelante si no fuese por mi ayuda, por lo que yo traigo a casa. Van a llevar razón quienes dicen que soy demasiado bueno y que te permito demasiados caprichos —rebuznaba cuando tenía la más mínima ocasión.

Día tras día, sin un leve descanso que le hiciese ver que aquello podría tener una solución, soportaba como podía sus desaires. Ni rastro del hombre que tiempo atrás consiguió enamorarla con algún extraño hechizo.

Los resultados de las pruebas médicas solo vinieron a empeorar su situación, si es que podía ser peor. Comenzó a verla como un animal débil, una mujer endeble y moribunda que no podía darle la vida de marqués frustrado que él había soñado. Para su propia desgracia, los privilegios que la sangre azul otorgaba, jamás podría llegar ni a imaginarlos.

—Ser una buena esposa no es tener las piernas abiertas cuando me lo reclame —pensaba con dureza cuando se encontraba sola en



casa, llorando en la cocina mientras tomaba conciencia de lo que ocurría o planeando hacer la maleta y escapar lejos con su hija.

Él presumía de poder tener a cualquiera y, sin embargo, sentía que malgastaba su fantaseada vida con ella.

Jimena sabía que buscaba consuelo en otros brazos, pero nunca pudo demostrarlo. Su comportamiento, su distancia, sus silencios, su desprecio en la cama, eran signos más que suficientes para darse cuenta de lo que ocurría. Cuando marchaba a la mar lo hacía sin mirarla, sin un beso. Cuántas esperanzas malgastadas para que cada mañana fuese la última despedida. Pero, irremediamente, volvía una y otra vez y con él sus menosprecios, sus miradas, sus amenazas veladas y su aliento nauseabundo.

Conseguía atemorizarla desde la distancia, sonriendo de manera tenebrosa cada vez que se atrevía a mantenerle una mirada fría y amenazante. Jimena lo esquivaba, cambiaba de acera cuando lo veía o intentaba no pasar por donde suponía que podría estar. Ciertos días recibía llamadas anónimas, pero al otro lado nadie contestaba. Era él, lo sentía, no necesitaba escuchar nada. Le oía respirar, bufar como un toro en la plaza antes de embestir. Imaginaba su retorcida mente fraguando lo peor. Sus bravuconerías no llegaban a sus oídos, pero no era necesario, porque aquellos que frecuentaban la cantina junto a él, también le dedicaban miradas de reproche. El odio brotaba de sus pupilas y destrozaba su espina dorsal, provocándole una ansiedad que los tranquilizantes no podían aplacar. El cardiólogo le advirtió de las consecuencias de un uso indebido de ansiolíticos, así que prefería mantener su corazón en el estado correcto y solo tomarlos las noches en las que el sueño no llegaba de forma natural. Caminar con suavidad y evitar los sobresaltos que pudieran dañarlo, al menos hasta que se acoplase perfectamente a su nuevo cuerpo, era el tratamiento indicado.

Desahogaba sus pensamientos con esa persona a la que aún no conseguía poner rostro. Había soñado mil veces con decenas de caras que llamaban a su puerta. Las invitaba a tomar un té y comenzaban agradables conversaciones sobre cómo fueron sus vidas. Se deshacía en elogios y agradecimientos por su altruismo mientras contestaban

que no tenía por qué agradecerles nada, que bastaba con cuidar lo mejor posible esa bomba que le dio una segunda oportunidad. Al final, todos ponían la mano en su pecho sintiendo por última vez su latido, su fuerza. Se desvanecían ante sus ojos sin poder despedirse como deseaba y sin llegar a conocer sus nombres.

Todos se apartaban de ella, incluso los personajes fantásticos que llegaban en sueños. Ni siquiera sentía el calor de sus supuestas amigas, solo consejos vacíos y livianos. Se comportaban de manera distante, pasando de puntillas sobre sus confesiones. Cualquiera día, ellas se desvanecerían también frente a sus ojos y pasarían a ser simplemente fantasmas, una lista de nombres que borraría para siempre de su memoria.

Un año teniendo ese sueño noche tras noche. Un tiempo en el que regresó a la vida comenzando un nuevo martirio por las amenazas desfiguradas del padre de Elena. Su hija no sabía nada. Compartía ciertos días con su padre. Si le había contado algo para lograr ponerla en su contra, Elena era tan comedida que no desvela nada por miedo a dañar su maquinaria interior. Era dulce como solo una hija es capaz de ser con su madre. Tenía algunos problemas en el colegio debido a su extraña afición por vestir siempre de negro. Para los chavales era solo un bicho raro. La comparaban con un miembro de la familia Cullen por tener una tez blanca como el alma de un bebé. Se referían a ella como «la vampiro». La crueldad de los niños a esa edad es implacable. Solo tenía un par de amigos, adictos también a escuchar música impropia para su juventud, siempre desde la visión de su madre, y a leer cuentos de Edgar Allan Poe. Jimena sabía que la quería, lo notaba, se lo decía, a pesar de no ser una niña muy conversadora. La adoraba y Jimena lo sentía. Aguantaba estoicamente a diario el distanciamiento silencioso de su padre. Nunca lo decía, pero al igual que su madre, sentía miedo por lo que pudiera hacer.

Maldecía a diario el instante en que aceptó su ofrecimiento para casarse con él.

—Nunca tenemos a mano una bola de cristal cuando más la necesitamos —, resonaba en su cabeza a diario—. Maldito, maldito

seas mil veces. Tú y tus miradas, tú y tus silencios, tú y tu sonrisa amenazante.

Cada tarde regresaba a casa y la envolvía esa soledad a la que, incluso la gente de su entorno, los que estaban en la cola del súper, sus vecinos, la habían arrastrado sin motivo alguno. Por eso, el tiempo que pasaba vendiendo recuerdos y pequeñas cajitas de taracea era su retiro voluntario a un universo paralelo, el espacio donde relajaba su mente y sonreía a los turistas que, amablemente, entraban para comprar algún detalle. La tienda se había convertido en su refugio, el único lugar donde conseguía arrancarse el dolor y el miedo. Y pensaba en su hija, en su futuro, en el vacío que la cubría por estar señalada y apartada por no ser como el resto. Era diferente y lo sabía, la diana preferida por los dardos envenenados y la maldad que se puede tener a esa edad. Pero, ¿no es la gente diferente el verdadero motor que este planeta necesita? ¿Por qué se ataca a aquellos que se escapan de los cánones que creemos normales, aceptados por todos?

—No cambies nunca, hija, no cambies nunca. Las personas como tú están predestinadas a construir un nuevo mundo. Te atacan porque te tienen miedo, porque eres valiente y ellos no —, decía para sí, esbozando una sonrisa y edulcorando su mente.

No tenía ayuda de nadie. Sus hermanos vivían lejos de ella y eso le creaba una ansiedad que la derrotaba cada vez que colgaba el teléfono tras largas conversaciones. Echaba de menos su presencia cuando la tristeza se sentaba junto a ella en el sofá. Se sentía como alguien con quien nadie quería tomarse un café, como si estuviese mal visto estar a su lado. Los saludos de los conocidos eran discretos. Si acaso, unas escuetas preguntas sobre su hija, poco más. Le hacían sentir apartada de sus vidas, de la cotidianidad de un pueblo que mantenía unas tradiciones que jamás se darían la mano con el sentido común. Las miradas acusadoras le atravesaban el alma. No aceptaban que hubiese puesto punto final a una vida con alguien a quien ellos ni siquiera conocían de verdad. Él era un hombre que la calle vestía de buena persona, trabajador, pero a quien la oscuridad del hogar convertía en un demonio. Desde aquella vez que rescató a

un compañero tras caer por la borda en una agresiva tormenta y consiguió salvar las redes, no había ni un solo vecino que se atreviese a pronunciar una palabra en su contra. Algunos lo conocían, sabían de su comportamiento cuando vaciaba alguna botella. Aun así, la balanza siempre se inclinaba a su favor. Todos le otorgaban cierto grado de confianza por los méritos adquiridos en el campo de batalla, alguien que se merecía poco menos que un busto en la plaza del pueblo recordando su heroica acción. Y ya puestos, que la banda municipal amenizase la inauguración mientras un ágape digno de reyes saciaba los estómagos de los cobardes y falsos vecinos.

Ella solo era la que incomodó al héroe local, un lastre para un hombre bueno.

Jimena sentía que la odiaba, tanto que no aceptaba haberla visto levantarse sin su ayuda. Él hubiese preferido ver cómo su vida terminaba en aquel hospital. La convalecencia fue un tránsito por el desierto, meses de idas y venidas que tuvo que afrontar sola. Elena la visitaba a diario, llorando tanto o más que su madre por lo que ambas creían irreversible. Esperaba a que se marchase con su sentido beso y su ropa oscura para que no notase el terrorífico pensamiento de que cada despedida podía ser la última. Pero aquellos besos se convirtieron en chasquidos de «buenas noches, mamá». Desde entonces, no había vuelto a derramar ni una sola lágrima. Sabía que estaría ahí hasta el final, hasta que llegase el momento en que su hija volase para empezar su proyecto propio de vida. Sería entonces cuando regresasen las lágrimas de dolor, de un no sé qué que toda madre siente en el momento en que sus hijos abandonan el nido y temen que no sepan defenderse ante un mundo cruel y feroz. Y si eso ocurría, volvería a ofrecer su mano para lo que su hija necesitase. Siempre estaría ahí, pero no como madre, sino como dos manos amigas que aparecerían cada vez que ella chasquease los dedos. Cada vez que la imagine, cada vez que la sienta lejos, cada vez que llorase por la distancia, su madre aparecería. Sería el faro permanente que iluminaría su camino cuando Elena no encontrara el camino en la noche.

Cada vez que lo veía en la calle, cada vez que sus acompañantes reían de forma descarada ante algún comentario suyo, pensaba en las mujeres que vivieron atrapadas en sus propias vidas. Imaginaba sus miedos, que fueron los suyos propios. Revivía sus pesares y sus lamentos en su propia voz, que se alzaba valiente a pesar de tener que arrastrarlos sin nadie a su lado. Ellas no tuvieron tiempo de gritar, y si acaso ocurrió, no hubo brazos que acudieran en su ayuda antes de que les asestaran el tiro de gracia. Unos volaron desde el balcón tras la injusticia cometida, otros se colgaron de la cuerda de la locura para acabar con una historia forjada con el maltrato y la maldad. Ninguno se marchó con la penitencia cumplida. De ellos no quedará recuerdo alguno. De ellas, sus nombres en una tenebrosa lista de mujeres que no pudieron luchar contra el fuerte, nos recordarán que hay hombres que han nacido para ser leones, fieras sin domesticar que jamás han sabido lo que es amar a una mujer. Quizá fue lo que vieron en sus casas durante su infancia o, quizá, un padre descerebrado se metía entre sus camas cada noche y los convertían en objeto de sus desahogos sexuales. Donde hay leones siempre hay corderos.

Desde el mismo momento de tener conocimiento de su enfermedad dejó de tocarla. Ni para disfrutar de sus cuerpos deseosos del juego en la cama entre dos amantes, ni para acariciar su pelo por el simple hecho de hacerlo. La golpeaba con su voz, con gritos, con maldiciones, con profecías que esperaba se cumpliesen en su contra. La doblegaba con lanzas verbales que se clavaban como puñales. Dos años en los que no tuvo marido. Desde que supieron cuál era la única solución a su problema cardíaco, comenzó una nueva vida a espaldas de su familia. Todo fue muy rápido. Se lamentaba de la enfermedad y decidió que beber le daba el calor y arrojó necesario para sobrellevar su mala suerte desde que se casaron. Jamás la acompañó a las revisiones del cardiólogo. Sola, siempre sola. Tras la operación in extremis, la única vez que volvieron a verse frente a frente fue con un abogado como testigo de la separación. No pronunció ni una sola palabra. Asistió a la lectura del

documento, firmó y se marchó. Ese fue el último día que ejerció como marido y como padre.

Ahora, su compañía eran las decenas de turistas que se acercaban a diario a la tienda y los rezagados que aparecían fuera de temporada. Con ellos mantenía unas pequeñas y discretas charlas sobre la dificultad de la fabricación de los joyeros o sobre el esplendor los paisajes. Al menos, siempre le devolvían una sonrisa sincera agradeciendo su amabilidad y hospitalidad. No resultaba difícil complacerles. Ocurre cuando una persona siente que tiene tanto para dar y encuentra la reciprocidad adecuada frente a ella. No hay camino más fácil hacia la sonrisa que verse reflejada en una.

Aprendió a vivir sola, sin más compañía que la de su hija. Sus amigos se alejaron como quien se aparta de un perro plagado de pulgas que lo tienen en los huesos. Ya no la invitan a cenas ni a paseos por la playa cuando el sol comenzaba a caer sobre los tejados.

—¿Por qué me han sacado de sus vidas? Intento no pensarlo, pero duele, duele ver cómo me han relegado a un lugar oscuro donde no les creo ninguna incomodidad. Soy invisible para todos. He desaparecido de su mundo y ni siquiera me echan de menos —. Esta pregunta la persiguió durante un tiempo, pero nada pudo hacer para recuperar unas amistades que no querían ser tales.

Quizá les inquietaba su forma de ver la vida tras la operación, después de todo el miedo padecido y de haber tenido tan cerca las puertas del paraíso. Era una nueva persona que había aprendido a vivir sin prisa, a saborear cada momento especial, a aumentar su sensibilidad ante cualquier detalle que le proporcionase una excusa para sonreír. No, no aceptaban que sus días fuesen maravillosos y lo demostrase a la más mínima ocasión. No sabía si la tormenta había pasado de manera definitiva, pero su actitud ante su nueva vida le decía que no era la misma.

Su escala de valores había dado un giro radical. El dolor provocado por la desafección de sus amigos hizo que descubriese quiénes estaban junto a ella realmente.

—¿Acaso soy culpable de que sus historias sean tediosas, repletas de un arrepentimiento que mantienen en silencio? Son el resultado

de su falta de amor propio, de sus decisiones aceleradas para no perder la oportunidad de conseguir a ese hombre que hiciese de sus vidas un teatro ficticio.

En aquellos años, lo prioritario era escapar de sus casas y de la censura de unos padres demasiado restrictivos. Pero huyeron de una prisión para caer en otra.

Sí, estaba sola, lo sabía. Tras su renacimiento, al contrario de lo que esperaba, la suerte parecía no querer sonreírle del todo con los que la rodeaban. Un día cogería las maletas y su hija y ella se marcharían lejos del pueblo y de todos.

—Que se queden aquí con sus acusaciones, con sus flagelaciones, con sus miradas indiscretas y sus silencios acusadores. Yo construiré un nuevo mundo para nosotras y para quien quiera acompañarnos —se repetía una y otra vez cada noche, tumbada en la cama mientras pensaba en el porqué de esa actitud de los que antes parecían contar con ella. No volverían a ver nunca más esa cara que repele a diario sus aciagos pensamientos—. Si así es como me quieren ver, les ahorraré el mal trago y desapareceré para siempre de esta tribu de viejos y jóvenes que envejecen más rápido que sus ancestros.

Se tranquilizaba presuponiendo un poder que los demás no tenían. Permanecería allí, donde siempre ha vivido y donde quería terminar sus días. Estaba la tienda y Elena, no necesitaba nada más para salir adelante. Aún había gente que la quería y que se preocupa por ella. Así que esperaría paciente, sentada en la playa, parada en cualquier esquina o leyendo en calma en el mostrador de «La orilla» a que, de una vez por todas, el destino se dignase a brindarle la oportunidad perdida que él no le quiso dar jamás. Nadie se atrevería a acusarla de nada, nadie le levantaría nuevamente la voz, nadie haría que doblase la espalda para recoger sus propias penurias. Nadie volvería a hacerla culpable de todos sus males.

Si alguna vez lo intentan, que se cuiden de quien volvió a la vida empuñando la espada de la victoria ante un destino incierto que ha intentado, sin éxito, arrastrarla a lo más profundo del abismo. Siempre saldría a flote, siempre.

No permitiría que ni su padre ni nadie como él, hiciesen creer a su hija que los sueños son solo bromas pesadas que el cerebro le gasta al corazón.



Se observaba desde arriba, desdoblado, como si su alma escapase unos segundos de su cuerpo y otease la escena desde un plano superior. No sonreía, no decía nada, solo miraba. Respiraba profundamente mientras mantenía su cuello rígido, enfadado por la infame imagen del hombre derrotado que se hacía pasar por él.

Extendido sobre la cama, con los brazos y las piernas abiertas cual hombre de Vitruvio materializado en carne y hueso sobre unas sábanas blancas, recibía los primeros sonidos del día, ganando una vez más la batalla al sol. Observaba el techo, esperando que cayese sobre él el ánimo adecuado para levantarse, pero las llamas del Pentecostés bíblico tampoco harían su aparición estelar en ese momento. A las siete de la mañana, el horrible claxon no faltaba a su cita diaria. Giró la cabeza hacia la ventana y pensó que cualquier día bajaría medio desnudo y destrozaría a golpes ese maldito vehículo. En esos minutos en los que la ciudad se desperezaba, cualquier susurro se convertía en un estruendo que le irritaba.

Sabía perfectamente dónde estaba. En el mismo sitio de siempre, en la misma cama y en el mismo agujero del que hacía tiempo desistió de llamar hogar. La rutina se repetía desde hacía un año. Tapó su cabeza con la almohada y maldijo al incívico conductor que continuaba haciendo sonar la bocina. Le apetecía seguir tumbado hasta media mañana, lamentándose y dando mil y una vueltas hasta que le doliese la espalda.

Le apestaba el aliento. Su boca era un ecosistema corroído por una amalgama de sabores que le producían un asco que ni siquiera él soportaba. Puso la mano cóncava delante de sus labios y exhaló un soplo de aire. Arrugó la nariz y apartó su cara hacia un lado. Era el

olor de la derrota. Pero no se movía. Comenzó a contar los segundos. Uno, dos, tres...hasta sesenta. Hizo un amago para incorporarse, pero desistió del intento y comenzó a contar de nuevo.

Su psicólogo tenía una frase definitiva que repetía en cada sesión: «La actitud con la que emprendemos cada día marca de manera insondable el resto de la jornada». Intentaba seguir sus indicaciones, pero le era imposible. Su cuenta corriente de ímpetu llevaba tiempo en números rojos. Eso sí. El rincón donde se almacenan a diario dejadez y lamentos ofrecía un saldo desbordante, una fuerza que le arrinconaba contra la pared de la desazón y le aprisionaba el pecho hasta convertirlo en mantequilla emocional. Un día, el especialista intentó con su ágil verborrea activar su lado más desidioso, utilizando unas palabras siempre evocadoras.

—Debes plantearte qué quieres que ocurra el resto de tu vida. Claramente, tienes solo dos opciones. La primera, y creo que la menos acertada en el caso de que desees seguir sus líneas, es dejarte llevar, no hacer nada. Sentarte y esperar que un día todo cambie por la influencia de una energía desconocida que llegue de no se sabe dónde y reactive lo que ahora permanece dormido —. Aquí fue cuando se levantó de su silla y se acercó hasta la ventana, permaneciendo de pie, observando la ciudad desde las alturas, como si lo que estaba a punto de decir lo hubiese vivido en sus propias carnes—. La segunda, y créeme cuando te digo que ésta sería tu camino de baldosas amarillas, es volver a coger las riendas de tu propio destino. Me explico. Somos lo que construimos a diario, cada decisión que seleccionamos de entre las diferentes opciones que se nos presentan, cada palabra que pronunciamos creyendo que no tendrán ninguna repercusión en el mundo. De ese análisis dependerá nuestro futuro. Plántate qué esperas que ocurra cada segundo, cada minuto. Busca lo que sientas que debe ocurrir. Escarba en tu interior y sé fiel a aquello que siempre te ha ayudado a caminar hacia adelante. Resuelve tus cuentas pendientes, cierra los círculos que aún permanezcan abiertos. El secreto de la vida es estar siempre en una constante búsqueda y en paz con nosotros mismos.

Su teoría era que todos vivimos buscando aquello que nos haga felices. Unos lo encuentran o creen haberlo encontrado. Otros, y aquí es donde debía de estar Israel, permanecen a la espera de que algo importante ocurra por casualidad, que caiga del cielo la respuesta a todas sus preguntas. Hay gente que busca y gente que encuentra. Él no tenía ni la más mínima idea de a qué conjunto pertenecía. Quizá su psicólogo llevaba razón y estaba dentro del grupo de los que esperan, no estaba seguro. Lo que sí tenía claro es que aquellos que encuentran lo que desean, un día dieron comienzo a una búsqueda constante. Simplemente, comenzaron a moverse.

Decidió ponerse en marcha. Tenía que entregar unas fotos en la redacción de la revista que solía confiar en su trabajo. Les llamó hablándoles de esas imágenes. Las esperaban desde hace un tiempo.

—Que les den —pensaba—, nadie más las tiene.

Aquello le permitía contar con cierta beligerancia ante sus múltiples llamadas telefónicas. A la hora de pagar no mostraban tanta celeridad como la que le pedían cuando esperaban sus instantáneas. Además, había tenido que sustituir el obturador de su cámara y rascarse su ya maltrecho bolsillo. Un manifestante saharauí tropezó con él cuando la policía comenzó las cargas. Por suerte, pudo repararla. Se encontraba en Marruecos realizando un reportaje cuando le llegaron noticias de que el régimen iba a aleccionar a unos manifestantes que se estaban concentrando en Rabat, frente a la residencia oficial del Rey. Rápidamente, se fue hasta allí y pudo conseguir un material impresionante que la policía no pudo incautar. Dos pájaros de un tiro. Tres, más bien. Uno, el reportaje para el que le contrataron. Dos, varias de las fotos de aquella revuelta servirían a esta agencia para ilustrar un artículo. Tres, la exposición que gestionaba junto a una ONG con la que solía colaborar, impartiendo alguna charla sobre su experiencia en algunos lugares calientes del planeta y dando voz a los que siempre se procuraba silenciar.

El aire de la habitación pesaba como un plomizo manto que aplastaba su cabeza contra sus hombros. Decidió dejarse barba, más por vagancia que por moda. Cada vez que su reflejo le mostraba el desagradable rostro que decía parecerse a él, pensaba en los miles de

chicos a los que aparcar la espuma y la cuchilla había ayudado a sentirse aceptados, unos más dentro del clan «caras peludas» que poblaba el planeta. Sonrió tras ese pensamiento y se lavó los dientes. No le apetecía una ducha tan temprano, nunca le ayudó a desperezarse. Su ex decía que era un cerdo. «No entiendo cómo puedes salir así a la calle». Pues sí, salía y seguiría saliendo. No creía que las cosas buenas o malas que pudieran ocurrir viniesen predeterminadas por un vulgar baño. Era hombre de ducha nocturna y desayunos escasos. Además, tampoco llegaba a comprender por qué ella salía de casa con tres capas de maquillaje que cambiaban por completo su rostro. Al cruzar la puerta era una persona totalmente distinta a la que se despertaba a su lado cada mañana. Disimulaba, se colocaba el rostro de su personaje cotidiano y salía a comerse el mundo interpretando su papel a la perfección. Un día cambió de menú. Dejó al mundo y a Israel de lado y decidió probar a un compañero de trabajo. Debió de gustarle ese plato. Es lo que suelen hacer algunas personas, cambiar la carta de su restaurante particular y variar sus comidas.

—Igual su pareja decide abrazar el mundo vegano cualquier día de estos y ella tendrá que abrir sus puertas a la comida low cost. Esas bromas que tiene el universo y que te devuelve multiplicadas por cien —pensó cuando descubrió el doble juego de su ex.

Preparó la cafetera mientras permanecía de pie con las manos apoyadas en la encimera, observándola, a la espera de que el apreciado líquido brotase como un pequeño pozo petrolífero. Cogió el móvil y vio las fotos que sus amigos trasnochadores le enviaron la noche anterior, saludando con una copa en la mano o abrazados a alguna chica con cara de asco. «Fracasados», pensaba. Sentía pena por ellos, aunque no tanta como la que ellos mostraban por su amigo, ese que un buen día decidió enclaustrarse y desterrar su vida social. Entre apesadumbrado y muerto de envidia, levantó la vista y observó su guarida. El vacío lo inundaba todo. No era minimalismo ni estilo zen. Era vacío, sin más. Un maltrecho sofá, una pequeña mesa, un par de sillas desvencijadas y una vieja y enorme televisión con cuerpo de

elefante. ¿Un fotógrafo sin una sola imagen colgada de las paredes? Sí, así era, el herrero que presumía de cubiertos de madera.

«Es agua, joder», se repetía mientras volvía a dudar si darse una ducha, tomando la jarra y vertiendo un poco de café en la taza. Cuatro cucharadas de azúcar. Sí, cuatro. Todavía no había conseguido descubrir si esa cantidad era capricho o necesidad física. El caso es que necesitaba cuatro. Si se distraía con algo y perdía la cuenta, tiraba el café y empezaba de nuevo con el ritual. «Una, dos, tres...».

Dio un sorbo y se sentó en el sofá. No miraba nada concreto, solo escuchaba la soledad que envolvía su espacio. El silencio, ese fiel compañero que le acompañaba cada mañana. No había nadie que le dedicase un sentido «buenos días». Otro sorbo. Tres sorbos. Removió el azúcar y dejó la taza en la mesa, junto a unas revistas temáticas que servían como único elemento decorativo, como la mesa de cristal de una peluquería o la consulta de un dentista. Tomó de nuevo el café entre sus manos, lo colocó junto a su boca y sopló para enfriar el siguiente sorbo mientras dirigía su mirada hacia la ventana.

Buscó algo de ropa limpia entre la montaña que cubría la silla del dormitorio. Eligió unos vaqueros y una camiseta que, si conseguía disimular lo suficiente, pasaría como recién planchada. Cogió su bolsa y comprobó que las fotos y el pen drive estuviesen dentro. Tenía ganas de acabar con ese asunto. Eran las imágenes que esperaban, pero disfrutaba tanto retrasándose que pensaba en inventarse una excusa para alargar la publicación. Pero no, no podía comportarse así. No se merecían sus putadas. Para eso ya se tenía a sí mismo, sufriendo a diario la vida en la que se instaló desde...

Necesitaba aires nuevos. Tenía que hacer algunas llamadas. Echaba de menos sus viajes, sus viejos amigos de Sudamérica y Asia. Aquella sí que era la vida que siempre había deseado y que en un pasado cercano pudo disfrutar. Campo, montañas, animales y gente nueva por conocer cada día. Pero sobre todo, añoraba a sus queridísimas ancianitas. Las arrugas y cicatrices que el tiempo provocaba en el rostro de aquellas mujeres, sus tristes miradas que ocultaban años de lucha, bastaban para comprender toda una vida. Historias que arañaban el alma de quienes se permitían el lujo de

detener sus pasos y escuchar durante unos minutos cómo se sobrevive con apenas un poco de agua y unos alimentos cultivados por ellas. Las manos como mejor azada. Son ellas y la tierra, nada más. La lucha eterna de la supervivencia del hombre frente a la naturaleza. Conocían mejor que nadie lo que suponía parir unas crías cuya esperanza de vida se limitaba a sus plegarias diarias al cielo. No sabían nada de tecnología, de ordenadores, de teléfonos móviles, de mercados bursátiles ni de guerras en el mundo. Su única ilusión era despertar una mañana más y luchar, siempre luchar. Su mundo era otro, lejos del avance lógico del planeta, lejos del ruido, lejos del hombre actual, lejos de la medicina. Y, sin embargo, cerca de los ríos, del campo, del aire puro, del azul real del cielo y de ese trocito de tierra que tenía a bien regalarles unos alimentos bien cultivados. Para Israel aquello era la vida, no vagar por el mundo rodeado de cemento y autómatas que van y vienen de un lado a otro sin tomar contacto con nada de lo que ocurre a su alrededor.

Justo antes de entrar en la estación de metro, sonó su teléfono. No hicieron falta muchas palabras. Su madre, siempre tan elocuente e incisiva.

Lo había olvidado por completo. Sus padres habían tomado la decisión de entrar en la antigua habitación de Paula para recoger sus cosas. Un año sin abrir aquella puerta que tantas y tantas veces sirvió de escudo entre los dos hermanos y el mundo exterior. Sentía lástima por ellos. Por él no hacía falta que se preocupasen, bastante tenían con ver cómo envejecían con la pena implacable por la ausencia de su hija.

Desde su muerte todo cambió. Dejaron de ser ellos, tomaron el camino del lamento y la triste agonía de pasar el resto de sus vidas llorando por lo perdido. Si para Israel fue la estocada definitiva, para ellos la ausencia de Paula hizo que perdieran cualquier atisbo de ilusión ante los oscuros días que se abalanzaban sobre sus vidas sin luz ni piedad.

Observaba a diario los rostros que se cruzan a su paso. El metro era el mejor caladero para pescar historias. Solía crear guiones imaginarios dando vida a sus personajes. La novela que alguien

estaba leyendo o una mirada hacia la nada de algún viajero, le daba pie a cerrar los ojos y hacerles interpretar un papel en el mundo fantástico que creaba para ellos. Era un divertido juego que Paula solía comenzar cuando caminaban juntos. «A cazar historias», le advertía antes de empezar a observar a todo el que se cruzaba en su camino. «Ese chico debe ser artista. Mira cómo viste, cómo se mueve. Sí, definitivamente, es artista». No dudaba. Daba por ciertas sus suposiciones. «Esa señora mayor tiene cara de estar harta de vivir con su marido. Debe llevar... Cuánto, ¿cuarenta años casada con un hombre que no cuenta con ella para nada? Mírala. Camina como si fuese una liberación estar de compras con sus amigas». Mientras, él sonreía e intentaba emular a su imaginativa hermana.

La veía en todos los rostros, en cada chica, en cada anuncio de ropa que decoraba las marquesinas y los autobuses de la ciudad. Vivía para él en todas partes. Puede que se estuviera volviendo loco, pero tenía tanto que vivir con ella y se quedó tan solo tras su marcha, que había llegado a pensar que respiraba porque era lo que su hermana deseaba que ocurriese, continuar viviendo para poder reflejar en sus días su propia luz. Era una tarea complicada. Poca gente podría parecerse a Paula jamás. Ni siquiera su propio hermano.

Bajó en Ventas. Fiel a su espacio habitual, la chica que interpretaba canciones de Amy Macdonald parecía haberse convertido en parte viva del mobiliario. Como cada mañana, amenizaba la llegada del día con una sonrisa, como si ganarse unas míseras monedas que alguien decidiera dejarle fuese su vida soñada. Pensaba que ojalá pudiese regalarle una nueva guitarra y así dejar de lado ese ajado instrumento, cuyas notas se asemejaban más a tristes lamentos que a una armoniosa melodía extraída con gusto de sus ennegrecidas cuerdas. Le ofreció su sonrisa diaria y dejó caer lo que llevaba suelto en el bolsillo. La joven cantante le agradeció el gesto y asintió sin dejar de cantar. Nadie más la miraba, aunque siempre había alguien que la analizaba como si debiera estar en otro sitio, ganándose la vida con un empleo normal, no en una estación de metro cantando al aire su repertorio como una vulgar pedigüeña. Tristes vidas las suyas. Aquella chica era libre, mientras quienes corrían para cumplir con el

reloj o para evitar la bronca del jefe, vivían esclavizados a unos trabajos que odiaban.

Para Israel, las miradas condescendientes de quienes parecían apiadarse de la artista sin echarle un par de monedas, le herían tanto o más que a la propia intérprete. Siempre había quien no prestaba atención a las imágenes más bellas del día, esas que dejamos pasar desapercibidas y que embellecen nuestro entorno ante nuestra ceguera.

—No cambiaremos nunca —pensaba—. Únicamente nos preocupamos por nosotros. Nuestra falta de interés por lo que ocurre fuera de nuestra frontera, lejos de nuestra piel, donde negamos una mano a los demás, es ridículamente obscena.

Y así pasaba los días, pensando, analizando un mundo que, a su parecer, se derrumbaba bajo nuestros pies mientras centramos la atención en cosas banales.

Pensaba en Paula y en la decisión de sus padres, en el enfado que le debía producir el hecho de que su habitación estuviese en la más absoluta oscuridad desde su marcha. Sin duda, ella hubiese abierto puerta y ventana para hacer respirar al que fue su espacio en vida. Pero ellos eran de otra pasta, el material del que están hechos todos los padres. Sacudían su pena con silencio, casi no hablaban entre ellos desde que el fuego se llevó el cuerpo de su hija. En una ceremonia dominada por el dolor, esparcieron sus cenizas en una arboleda secreta. Durante su vida, comentó varias veces dónde quería descansar para la eternidad, esperando el momento del reencuentro. Adoraba los árboles, su fuerza, su poder para luchar contra viento. Israel bromeaba diciendo que no tuviese prisa en reencontrarse con él. Tenía muchos planes y no esperaba unirse a ella sin antes haber cerrado todos los círculos que tenía abiertos.

La redacción retomaba el bullicio ante la proximidad del cierre del siguiente número. Desde la distancia, el director, reunido con el redactor jefe, le hacía señales para que se acercase hasta su despacho. Saludó a los pocos que conocía y entró, sacando las fotos de su bolsa.

—Ya era hora, joder —. Ni siquiera le dio los buenos días. Solo se lamentaba por su retraso, nada más—. Llevamos días esperando tus



fotos para cerrar este número.

Estaba enfadado y estresado. Notaba su nerviosismo por la tardanza. Israel sintió ganas de recoger sus instantáneas y largarse de allí. La prepotencia del director estaba colmando su capacidad de aguante. El redactor guardaba silencio, era más reservado. Les comentó los problemas que tuvo con su cámara y aprovechó para utilizar la depresión de sus padres como excusa. Le creyeron, pero en realidad no les importaba lo más mínimo. Amablemente, asistieron al funeral, un ritual social en el que pocos sienten verdaderamente la pérdida del difunto. Como mucho, solo tuvieron que emplear un par de horas de sus vidas para acercarse hasta el tanatorio, aparcar, dar el pésame a la familia y largarse por donde llegaron.

«Qué solos se quedan los muertos», recordó mientras se mantenía serio ante aquel recibimiento.

Salió de la redacción y se dirigió hacia una cafetería que conocía bien. Había pasado allí muchas horas. Los mismos clientes, el mismo mobiliario, el mismo olor, mantenían la esencia de lo añejo, un lugar repleto de historias de abogados y firmas de negocios turbios de aquel renacido Madrid de la transición. El camarero le sonrió mientras hablaba del tiempo que llevaba sin verle por allí. No era necesario pedir nada, aún recordaba lo que tomaba siempre. Un humeante café doble y una copa de su licor habitual. Una sonrisa apareció al comprobar que somos animales de rituales fijos, al menos, él lo era.

El barman lo observaba desde el otro lado de la barra. Se acercó hasta él con el trapo en su hombro derecho mientras Israel terminaba su café. En silencio, dibujaba una y otra vez círculos con el dedo sobre el filo de la copa. Hacía tres meses que no probaba ni una sola gota. Desde la pérdida de Paula, empezó a salir más de lo que debía y a beber sin motivo alguno. No ayudaba a olvidarla porque era algo que jamás quería que ocurriese, pero de alguna manera los rigores del alcohol le hacían más llevadera su ausencia. Ahora, siempre teatralizaba la misma escena. Un café y esa maldita copa que nunca llegaba a probar. Era su prueba personal que le hacía sentirse capaz de vencer cualquier tipo de ansiedad, un reto que tenía que

realizar cada vez que ponía un pie en un lugar así. Por supuesto, su psicólogo le advirtió del peligro que suponía intentar buscar las respuestas a todos sus males en el fondo de una botella. Consiguió dejarlo a tiempo. Hubiese sido un error que Paula jamás le hubiese perdonado. «No es una maldita botella con un mensaje en su interior que encuentras en una playa desierta», dijo en aquella ocasión, cuando mantuvieron una conversación sobre las personas que comenzaban a beber para intentar arrancar un mal trago de sus vidas.

Su viejo amigo se interesaba por él, por sus silencios. Él le hablaba de las fotos que acababa de entregar en la revista, de su triste vida, de Paula. Intentaba sin mucho éxito animarse y mostrar las bondades de una vida que no era vida alguna sin aquello que le complementaba. Narraba melancólico que eran una sola persona dividida en dos cuerpos que llevaban vidas paralelas a pesar de la distancia entre ellos. El camarero sonreía con dulzura y le apretaba el brazo en un gesto de cosuelo.

Le invitó a otro café que aceptó con agrado. Comenzaron una conversación que giraba entorno a la situación económica del país y al futuro que le esperaba a los miles de jóvenes que se habían marchado fuera en busca de una apuesta más segura. El barman hablaba de un tal Abel, el hijo de unos amigos que, tras una extraña historia, ahora vivía en un pequeño pueblo de Italia, entregado en cuerpo y alma al mundo del vino. Israel daba poco crédito a aquella historia con final feliz. Pero su colega continuaba con su monólogo.

—Quizá todos deberíamos ser como él —comentaba con la mirada triste—. Si fuésemos la mitad de valientes, muchos no persistirían en su estancia pasiva aquí, donde el único pasatiempo es mirar cómo se les va la vida entre los dedos. Tú tienes el mismo brillo de ojos. Debes encontrar lo que buscas.

«Maldito camarero aprendiz de psicólogo. Ha vuelto a dar en el clavo. Me ha recordado que en cuanto termine de ayudar a mis padres, no debo esperar ni un solo segundo más y realizar esas llamadas que me devolverán mi vida anterior. No puedo continuar así, quieto, lastrado por los recuerdos. He de ponerme en marcha.

Nada ni nadie podrá devolverme la sonrisa de Paula. Solo ella tenía las respuestas a mis desgracias, así que voy a pensar en cómo actuaría si estuviese en mi lugar», pensaba justo antes de despedirse.

Pagó la cuenta. Tenía que regresar a casa y pasar por el súper a comprar algo de comer. Recordaba aquella habitación y en el hecho de que sus padres no hubiesen vuelto a abrir su puerta. Indagó un poco más en ese pensamiento y descubrió que tampoco él lo había hecho. Inconscientemente, había seguido sus mismos pasos, dejando de lado esa estancia de la casa.

—Se acabó. Hoy entraremos todos y comprobaremos lo absurdo que ha sido querer recordarla con el dolor como excusa. Ella no querría esto, estoy seguro.

La había notado más contenta, o menos triste, según se mirase. No sabía cuál podía ser la diferencia entre una cosa y la otra. El caso es que había sonreído tres veces. No era fácil verla arrugar su nariz mostrándose feliz, pero así había sido. Tres veces, algo que no era habitual que ocurriese.

Como siempre, como cualquier otro día, la acompañó a clase. Sus amigos la miraban como si aún fuese un bebé con su protectora madre siempre a su lado. Solo faltaba que la llevase de la mano a todos lados. Pero lo importante era que había sonreído tres veces. Daba igual que le recolocase el pelo que se escapaba de la goma de su coleta, que plantase mil besos sonoros en su cara delante de todos como si fuese una abuela. Eso no era importante si sonría, al menos, tres veces al día. Y había ocurrido, así que debió ser una jornada diferente para ella. Elena se sentía feliz por las dos, por su pequeña familia de dos.

Su madre se preocupaba por esa admiración extraña de reunirse con sus amigos para leer a Edgar Allan Poe, escuchar rock y vestir con ropa oscura. Creía que deseaban ser diferentes porque no querían saber nada del resto de chicos y de ahí que fabricaran un mundo y un uniforme para distinguirse de los que no querían clonar. Leían y escuchaban lo que les hacía sentir cómodos. Puede que si sus libros hablasen de vampiros que van al instituto, de mundos futuros en los que había que luchar hasta la muerte en un juego terrorífico para poder comer o de adolescentes que suspiraban por encontrar a alguien que las secuestrase y las llevase lejos de sus casas, su madre se sentiría más cómoda. Pero su hija estaba fuera de ese universo absurdo de jovencitas que pasaban la mayor parte del tiempo

suspirando por el chico guapo de turno. Cada curso era uno diferente, un nuevo objetivo para sus uñas pintadas con esmalte robado a sus madres y labios provocativos, morritos atrevidos que immortalizaban en decenas de selfies que después publicitaban en sus redes sociales, queriendo dar a entender que sus aún jóvenes y poco experimentadas vidas eran perfectas.

«La orilla» estaba cerca del instituto y siempre la esperaba a la salida para volver juntas a casa. Tenía diferentes itinerarios por los que regresar, como el protagonista de aquella novela que creía estar siendo vigilado e intentaba no crear un patrón en su rutina diaria. Elena sabía que tenía miedo de su padre. Lo notaba en sus ojos, en sus temores escondidos, en sus palabras. Pero sobre todo, en aquello que no le preguntaba, en lo que no contaba, en sus silencios. Jimena no quería saber nada de lo que su padre y ella hablaban cuando estaban juntos. Pero él no hablaba mucho, ni siquiera con su hija. El mar lo traía de vuelta cada mañana con las fuerzas justas para dejarse caer en la cama. Hablaban poco o nada, tan solo alguna pregunta sobre las clases, poco más. Mientras tanto, Elena intentaba mantener su casa algo decente, limpia, ventilada. No, su padre tampoco era el que fue tiempo atrás. Hacía mucho tiempo que se apartó de su madre, antes incluso de que su salud empeorase. Sabía que también de ella. No conseguía reunir el valor suficiente para preguntarle qué cambió para que se convirtiera en lo que era, un hombre adusto, silencioso, extraño. Elena se sentía en el centro de un campo de batalla donde dos ejércitos rechazaban todo contacto o pactos puntuales, aun teniendo a su hija como el más importante elemento en común.

Cada día sentía que el cuento de «La cenicienta» podría no ser tan fantástico como los niños creían. Existen miles de Cenicientas anónimas que, en silencio, intentan convertir sus vidas en un simple cuento que las lleve lejos de los problemas que se escapan a sus entendederas. Quizá una carroza guiada por unos ratones sería un buen vehículo para que su madre y ella huyesen de un universo retrógrado y rancio. Al menos, lejos de los miedos que atizaban el imaginario de su especial familia de dos.

La desventurada hija planeaba que quizá debería ser el imán que rehiciese de nuevo aquella familia y hacer regresar los días difíciles. Su padre se volvió loco, tiró por la borda lo que habían construido y se dejó llevar hacia otro mundo. Por ahora, era imposible que diesen un paso atrás, que fuesen de nuevo aquella familia que un día inventaron. «Todo tiene un principio y un final, así ha sido siempre y así continuará siendo. Las cosas empiezan y terminan, nacen y mueren, crecen y menguan. Por lo visto, los hospitales pueden separar a aquellos que antes se prodigaban en arrumacos y carantoñas que hacían ver que el amor era el lazo vital para una familia», pensaba en los momentos en los que la nostalgia lograba ganarle terreno.

Desde que su madre volvió a la vida, era otra. Una mujer nueva, más alegre, más observadora, más madre. Su padre cambió antes de la operación, antes de todo. Ahora lo recordaba, siempre fue otro. Algunas noches lo escuchaba murmurar que jamás debió casarse, que se merecía algo mejor. Le dolía escucharle hablar cuando creía que nadie estaba cerca para darse de bruces contra sus cavilaciones. Sentado en la mesa de la cocina, con el vaso en la mano, fumando un cigarrillo y con los restos de comida sin recoger, se maldecía por las decisiones tomadas tiempo atrás que le habían llevado a no alcanzar sus sueños. Quizá deseaba una casa más grande, un buen coche, una finca con caballos o un yate, en lugar de un viejo barco pesquero y ese pequeño piso desidioso. Lo que no llegó a descubrir es que tenía una esposa preocupada por el bienestar de su marido. La ropa siempre limpia, las camisas planchadas y la comida lista en la mesa. Era su cometido y Jimena lo aceptó con agrado. Cada uno tenía su rol en casa. Pero, o no supo o no lo quiso reconocer nunca. Era él y mil veces él, nadie más. Su universo era tan pequeño que los límites los marcaba su propia piel. Fuera de esa frontera no había nada que le interesase, si no era para proporcionarle bienestar o placer sin remuneración con la que contrarrestar lo recibido.

Pero era su padre, así que suponía que debía quererle igual. Trabajaba mucho, dormía poco y bebía demasiado. Elena no creía que los consejos de su hija de catorce años le fuesen de mucha ayuda.

Él prestaba más atención a las conversaciones absurdas sobre fútbol con sus amigos de la cantina. Quizá si saltase por la ventana, su padre le prestaría más atención. Quienes se sienten un fantasma para los demás, para su propio padre, suelen tener buena aerodinámica.

—Es culpa del trabajo y el mar —se consolaba a menudo—. Él no es así, no era así. Me quiere, lo sé, pero no lo demuestra, no me lo dice. Ni siquiera sonríe cuando pasamos juntos algún fin de semana. Se comporta como si estuviese obligado a hacerlo simplemente porque es mi padre y cree que es su obligación. Pero no debería ser así. Tiene que sentirlo, desearlo, vivirlo. Y, por desgracia para mí, ocurre todo lo contrario.

Más días de lo habitual sentía ganas de salir corriendo y no regresar a esa casa. Solo era la sirvienta que limpiaba e intentaba hacerle su vida más cómoda. No apareció una calabaza que se convirtiera en una bella carroza, ni ratones parlanchines que le ayudasen en las tareas. Allí solo había silencio y un resentimiento oculto en los ojos de su padre. Y ese olor, un rastro rancio a tabaco y alcohol cada vez que se encontraba en casa y que le retorció las tripas.

Tampoco su madre hablaba abiertamente de sus sentimientos, pero Elena era consciente de lo que ocurría, lo que pasaba por su cabeza, lo que veía en los ojos de su ex marido. Un miedo siempre presente por el devenir de una actitud agresiva que mostraba en su rostro cada vez que se cruzaba con él. También ella notaba cómo ese mismo miedo se iba enquistando en ella, como el sonido de una gota de agua constante golpeando sobre su cabeza.

Durante la clase de Historia lo había visto por la ventana. Caminaba solo, supuso que pensando en esas cosas en las que solo él piensa y que nunca compartía con ella. Se detuvo frente al instituto, encendió un cigarrillo y miró al edificio. Esperaba que estuviese embarcado, pero parecía que el tema de la cuota de capturas que habían impuesto, hizo que la Cofradía decidiese que los barcos permanecieran amarrados a puerto. No conocía mucho sobre esos temas, pero por lo que alguien había comentado alguna vez, no era nada bueno ni para los hombres del mar ni para sus familias. Solo se alegraba Santiago, el dueño de la cantina donde todos pasaban el

tiempo cuando no había faena ni redes que recoger repletas de pescado.

A pesar de que su madre no quería hablar sobre el tema, su hija sabía de su sufrimiento por todo lo que habían tenido que vivir durante este tiempo. Y Elena en el centro, haciéndoles creer que no sabía nada de lo que ocurría. Y lo que sucedía es que su madre sentía miedo. No confiaba en la reacción que su padre pudiera tener algún día, uno de esos en los que pasaba la mayor parte del tiempo en tierra, vaciando botellas sin control y buscando con las manos el camino de regreso a casa.

—Ojalá cierre ese bar. Ganaremos todos —pensaba en más de una ocasión.

Pero su madre había sonreído tres veces. Algo había cambiado. Y como no solía ser habitual, aprovechó el momento para provocar una de sus disputas. La cogió en un momento de defensa baja y de silencio en la cena. La miró y vio un rostro diferente al de otras ocasiones. Parecía que estaba pensando en algo que le hacía tener un gesto dulce. Jimena removía la comida con el tenedor y mostraba un guiño amable, una mueca en los labios que daba a entender que algo había cambiado dentro de ella.

Elena pasó al ataque.

—¿Sabes que mis amigos se ríen de mí cuando me ven llegar contigo a clase?

—¿Qué quieres decir con eso?

—Nada, solo que se ríen. Creen que me tratas como a una niña pequeña.

—Eres una niña pequeña.

—Tengo catorce años —contestó Elena de inmediato.

—¿Y a qué edad, según usted, dejamos de ser pequeños?  
—preguntó irónica.

—Pues... a la edad en la que empezamos a sentirnos avergonzados cuando nuestra madre nos acompaña a clase, nos da besos chirriantes y nos recoloca la coleta.

—Así que es eso. No te gusta que me comporte como una madre delante de tus amigos, ¿cierto?



—Igual podrías olvidar los besos y mi coleta —. El estado de Elena comenzaba a mutar de feliz a inquieta por las respuestas de su madre. Su ataque pasó en breves segundos a defensa improvisada.

—Me gusta darte besos, lo hago desde siempre —insistió, dejando los cubiertos sobre la mesa y cruzando sus manos bajo su barbilla —. ¿Hay una edad para que una madre deje de dar besos a su hija?

—No voy a ser una niña pequeña toda la vida —. Se quedó sin una respuesta tajante. Su madre comenzó a ganarle terreno.

—¿Eres o no eres una niña?

—No, no lo soy. ¿Conoces a alguna niña pequeña que lea a Poe o que escuche a Evanescence?

—Tampoco conozco a ninguna mujercita que no le guste las muestras de cariño de su madre.

—Sabes a lo que me refiero. Y no me llames mujercita.

—¿Quieres entonces que deje de hacerlo? ¿Te sentirías mejor si no te besase más delante de tus amigos? He visto cómo se comportan sus madres y no es muy diferente a lo que yo hago — respondió con una sonrisa burlona.

—Ni sus caras a la mía tampoco.

Intentó que comprendiese que le encantaban sus muestras de cariño, aunque Jimena sabía perfectamente adónde quería llegar. Se divertía poniéndola en situaciones límite de las que su pequeña aún no sabía salir, sobre todo porque solía arrancarle alguna sonrisa. Era un juego entre las dos que les gustaba practicar cuando no tenían otro tema de conversación. Se provocan, se medían, sacaban lo mejor de cada una cuando nadie las observaba. Eran un tándem perfecto, necesario para que sus vidas fuesen por el buen camino.

Elena continuaba sintiéndose en el centro de sus miradas y sus miedos.

Pero había sonreído tres veces, un nuevo día en el que su madre dejó otra rosa secreta en el lugar de siempre. Esas flores que le recordaban que alguien murió para que ella viviese. Sus rosas de la vida, su pequeño altar de la gratitud.

—No tienes buena cara.

—No empecemos otra vez, por favor —le reprochaba a su madre, siempre analizando su aspecto físico. Bastaban tres o cuatro palabras para que se lo dijera todo a bocajarro. Israel observó sus ojeras y su pelo descuidado y prefirió no decir nada al respecto.

—Tu padre se ha marchado. Dice que nos encarguemos nosotros de las cosas de Paula.

—¿Se ha marchado? —repitió extrañado, a pesar de ser algo que ocurría día tras día desde hacía un año.

—Sí, como cada mañana. Ya ni siquiera le pregunto adónde va. ¿Para qué? ¿Para tener como respuesta su cara de resignación?

Notaba sus palabras sin brillo, doloridas por soportar la ausencia de su hija y cansada de las huidas de su marido. Se había perdido la conexión entre los dos. Se comportaban como si fuesen compañeros de piso, como si se acabasen de conocer. El vínculo que los mantenía unidos todos estos años comenzaba a resquebrajarse.

—¿Y tú?

—¿Yo?

—Sí, tú.

—¿Qué pasa conmigo? —preguntó mirándola fijamente, sabiendo con certeza a qué se refería.

—¿Has pensado ya si vas a regresar a tu mundo?

—¿Mi mundo? Creo que nunca he bajado de él —ironizó.

—Sabes a lo que me refiero. ¿Volverás a marcharte?

—Puede. Lo estoy pensando. Antes, al menos tenía una vida. Ahora... Ahora solo tengo demasiado tiempo libre.

Su madre no conseguía quitarse de encima el sufrimiento que la abordaba por un nuevo flanco. Parecía no tener la fuerza necesaria para tirar hacia adelante. A Israel le entristecía pensar que su marcha pudiera hacer que se agravase su situación. Descubrió que se sentía sola cuando en cada visita la encontraba sentada en su sillón junto a la ventana, observando el cielo con la mirada de una enferma mental. Quizá debería visitarla más a menudo. Sí, visitarla, a ella, porque su padre siempre salía huyendo. Tampoco sería mala idea hablar con él, que se desahogase de una vez por todas para liberar su carga. Paula ya no estaba y no podían hacer nada para que regresase. Pero temía que hubiese tirado la toalla. Tenía que pensar en su esposa, abrir los ojos y abrazarla de nuevo, regalarle las palabras de apoyo que necesitaba. Estaban solos y debían darse cuenta de que en sus manos estaba el abrigarse mutuamente para luchar juntos contra el vacío que oscurecía la casa. Cada día, al salir el sol, entraban en un bucle infernal y no había nadie que los rescatase de esa espiral que no cesaba de girar y girar una y otra vez. Ni siquiera la música que antaño inundaba la vivienda había vuelto a sonar en su viejo tocadiscos. Y una casa sin música no es más que hormigón y ladrillos colocados en cierto equilibrio.

Dos meses antes de la muerte de su hermana, celebraban felices la jubilación del padre. Sus amigos y compañeros de trabajo organizaron una fiesta sorpresa que resultó no ser tan sorpresa, pero que disfrutó con un sentido agradecimiento. Odiaba tener que empezar a vivir una nueva vida con todo el tiempo del mundo para dedicarse a lo que antes no podía hacer por vivir en exclusiva por y para a su empresa. Siempre hablaba sobre qué haría cuando dejara de trabajar, algo que le quemaba la sangre. Podría jugar al tenis, pasear con su esposa, pescar y viajar cuando les apeteciese. Pero todos esos planes se truncaron de golpe. Paseaba, sí, pero no surgía ningún nuevo proyecto común que pudiera afianzar un matrimonio que había olvidado cuidar el uno del otro. Se querían, pero parecía como si cada uno hiciese la vida por su cuenta. Dejaron de ser uno para volver a ser dos desconocidos en continuo comienzo de todo.

Su madre había preparado unas cajas de cartón para embalar las pertenencias de Paula. Comentó que una buena opción podría ser entregarla a una ONG que recogía ropa usada para los más necesitados. Paula, al igual que su hermano, también colaboraba con una asociación que ayudaba a personas sin hogar y con pocos recursos. Se sentiría feliz de ver cómo reutilizaban sus vestiduras y las lucían con orgullo.

—No es necesario que nos deshagamos de todo. Echa un vistazo. Puede que quieras conservar algo como recuerdo. No sé, fotos, por ejemplo. Tu hermana lo guardaba todo.

Continuaba hablando mientras su hijo la observaba. No deja de mirar al suelo y de moverse de un lado a otro, interpretando un dinamismo inexistente. Actuaba e Israel se dio cuenta al instante. Sabía que pasaba los días sentada en su sillón, viendo la televisión o mirando por la ventana la evolución del sol entre las nubes. Se preguntaba qué pasaría por la cabeza de una madre cuando tiene que aprender a vivir sin su hija. No volver a verla, ni acariciarla, ni olerla, ni besarla. Prefería encerrarse en sí misma y llevar su calvario en silencio. Entre ellos no hablaban de este asunto. En realidad, casi no cruzan palabra alguna. Cenaban en silencio, se sentaban en el sofá a terminar el día viendo algún programa absurdo por televisión y se marchaban a la cama sin abrir la boca. Aprendieron a quererse en silencio.

Su madre era de esas mujeres que habían venido al mundo con la única misión de tener descendencia. Dejó de lado su empleo para dedicarse en cuerpo y alma a la educación de sus hijos. Era feliz sintiendo que, sin ella, estaban perdidos en el mundo. Lo malo, algo que jamás reconocería, es que también sacrificó gran parte de su vida en ese adiestramiento social. Debió de alcanzar el nivel de satisfacción que buscaba, porque pactar con los pequeños cuando surgía alguna tensión en casa y disfrutar de los resultados de su esfuerzo, le proporcionaba un nivel de felicidad que mostraba a la más mínima oportunidad. Iba anotando puntos en su auto evaluación, como si cada cierto tiempo tuviese que pasar algún control de calidad ante el Ministerio de Madres.

Eran felices viajando con sus hijos a todos lados. Conocían casi todos los campings del país y se habían vuelto expertos en negociar con los hoteles para que no les cobrasen una segunda cama supletoria. Inventaban actividades los fines de semana para mantener a sus vástagos ocupados con una educación invisible a sus ojos que, de manera inteligente, dejaría huella para el futuro. Recordaba como una época dura su entrada triunfal en la adolescencia. No era fácil controlar a dos chicos jóvenes a punto de descubrir los placeres de la vida, ocultos hasta ese momento tras los brazos de unos padres protectores. Pero abdicaron, no tuvieron otra opción. Paula comenzó a flirtear con algún que otro chico, a vestirse a la moda del momento y a recibir llamadas eternas casi a diario. Acaparaba el teléfono todas las tardes. Eso sin contar las innumerables veces que llegó tarde a casa después de salir con sus amigos. Y ahí estaba siempre Israel, intentando mediar entre sus padres y su hermana para resolver el conflicto antes de que llegara demasiado lejos. Paula siempre se lo agradecía con un sonoro beso y un sincero «gracias, te debo otra». Hacía tiempo que perdió la cuenta de las que le debía, aunque su hermano suponía que eso ya daba igual.

Su único interés, el de cualquier joven adolescente de aquellos años, era tener tiempo para jugar al fútbol o bajarse al parque con los amigos, algunos de ellos martirizados por un acné que delataba una etapa difícil para asumir cualquier decisión no tomada por sí mismos. Era época de cubrirse las espaldas el uno a al otro, de secretos entre hermanos, de inventarse las excusas más extravagantes para justificar su retraso a la hora de llegar a casa. Siempre fue muy correcto en lo que hacía y sus padres no tuvieron que preocuparse demasiado por su hijo. Simplemente, era un joven de lo más tranquilo para aquellos años.

—Vamos, algún día tenía que llegar este momento —. Su madre caminaba delante de él y se dispuso a abrir la puerta. Cogió el pomo y le miró. Esbozó una casi imperceptible sonrisa nerviosa, tragó saliva y abrió.

Todo estaba exactamente como lo recordaban. Fotos pegadas a la pared, su colección de muñecos de peluche que conservaba desde pequeña, una camiseta sobre la silla y recuerdos de algún viaje. La madre se detuvo y examinó la habitación desde la entrada sin decir nada. Israel se quedó tras ella, esperando alguna palabra que diera el pistoletazo de salida. Se le escapó un suspiro. Acarició la cama, giró sobre sí misma y sonrió al ver el armario entreabierto. Tomó la camiseta, la dobló con cuidado y la guardó. Cerró el armario como si Paula estuviese a punto de regresar y no le gustase que nadie tocara sus cosas. El polvo mostraba con exactitud el tiempo que había pasado. Siempre es la prueba inerte del paso del tiempo, del olvido, de la memoria cuando abandona a quienes antes otorgaban vida a los objetos más insignificantes.

Un nudo en el estómago le retrotrajo a un tiempo en el que la luz inundaba todo y la música siempre estaba presente. La imagen de su hermana tumbada en la cama escuchando música o leyendo un libro, entrecortó su respiración y sus ojos se inundaron de lágrimas que intentaba ocultar desviando la atención hacia una lámina antigua que representa a un payaso triste regando una planta, con una leyenda romántica junto a él. En su recuerdo, veía cómo se quitaba el auricular y sonreía al verle entrar. Cerraba el libro y le invitaba a sentarse junto a ella para contarle la historia que encerraban esas páginas. Hablaba de amor, de ira, una trama casi irreal. Él la hacía enfadar comentando lo fantástico que resultaban a veces esas novelas, repletas de buena gente y de éxitos amorosos propios del cine de Hollywood. Ella le recriminaba que somos tan imbéciles, que el mero hecho de pensar así era el principal motivo por el que la gente solía fracasar en su vida.

—Si tuviésemos más fe en lo que hacemos, en lo que soñamos, nos iría mejor a todos. Mucha gente cree que el amor no existe, que es solo química, una reacción que ocurre en nuestro cerebro y que no podemos controlar. ¿Creemos de verdad que el amor es solo electricidad, descargas que corren por nuestro sistema nervioso y que no tiene nada que ver con otras personas? Somos nosotros los culpables de ese terremoto que provocamos en otros cuerpos. Sí,

puede que la ciencia lo explique así, pero prefiero pensar que es mucho más que eso —comentaba indignada en su vaporoso recuerdo.

Su madre lo miró de nuevo, esperando que fuese él quien comenzase a seleccionar lo que quisiera desechar. Dio unos pasos y miró los peluches, las fotos, el armario ahora cerrado. Observaba el payaso de la pared y leyó la frase que lo acompañaba.

“Mientras más hondo cave en vuestro corazón la tristeza, más capacidad tendréis para llenaros de alegría”.

Parecía que Paula eligiese aquel póster y lo hubiese estado guardando precisamente para que su madre y su hermano lo leyesen justo en aquel momento. Qué tramposo se mostraba el destino que, teniéndolo todo planeado a la perfección, ponía ante ellos unas palabras que en vida serían dichas por la persona que más quería a la familia.

—Supongo que nada de lo que hay aquí nos servirá —dijo Israel con un tono de voz casi inaudible.

—Está bien. Hay mucha gente esperando esta ropa, aunque solo podrá ser usada por mujeres —comentó su madre tras otro suspiro. Colocó una caja a su lado y comenzó a vaciar el armario, doblando todo con un cuidado extremo.

Qué difícil le resultaba tocar las prendas impregnadas con su olor, ese conocido perfume con ligeros matices a vainilla. Israel hizo un rápido cálculo y comprobó con tristeza que la vida de su hermana quedaría reducida a unas míseras cajas de cartón.

—¿Esto es toda su vida? —. Al pensar aquello, un latigazo de ira le produjo un amago de patear aquellas cajas.

Su madre decidió salir a beber un poco de agua que le ayudase a pasar el mal trago. Mientras tanto, él se sentó en la cama y lloró. No quería que lo viese. Tenía que mantenerse fuerte para que ella no se rindiera.

Comenzó a despegar las fotos de las paredes y las guardó en unos sobres vacíos que encontró en el escritorio. Las miraba y sonreía al recordar aquellos momentos. Sus amigos aparecían en todas, los mismos que esperaban en aquella sala de hospital el día de su

muerte. Fotos en la playa, en Roma, de fiesta o disfrazados en carnaval. Abrió los cajones y los vació también. Cartas, lápices, pequeños blocs de notas incompletos, un cargador de teléfono móvil y monedas sueltas.

Su madre regresó con los ojos enrojecidos y metió los peluches en bolsas de basura negras. «Cuántos niños podrán jugar con ellos», dijo con un nudo en la garganta. Pero se alegró de que esos animales de tela pudieran renacer en otros hogares. La última muestra de amor de Paula sería regalar felicidad, lo que siempre quiso y tan bien sabía hacer.

Al cabo de poco más de una hora, solo quedaban los muebles desvestidos y un pequeño flexo rojo sobre la mesa. Un diminuto espacio de tiempo bastó para borrar cualquier rastro físico del paso de Paula por aquella casa.

Había algo en el suelo, quizá una tarjeta de transporte o de crédito. Israel la recogió sin examinarla y, sin saber por qué, de manera intuitiva la guardó en su bolsillo. Metió en su bolsa la pequeña selección de fotos donde Paula mostraba al mundo su eterna sonrisa y dieron por terminada la limpieza a la habitación.

No quiso quedarse, aunque estaba seguro de que su madre es lo que deseaba. No soportaba el silencio en las comidas y en esa casa se había convertido en la banda sonora habitual. Su padre aún no había regresado, así que pensó que bien estaba irse a comer donde siempre, como siempre. Solo, a su casa de estilo minimalista, a ver su televisión de cuerpo de elefante. Lo sintió por su madre, pero no podía permanecer allí más tiempo.

En el metro recordó las palabras de su psicólogo. No pudo evitar darle toda la razón, pero las cosas no eran tan fáciles como él pudiera pensar. No sabía si hablaba desde la experiencia propia o por las historias que le contaban sus pacientes. Era un buen profesional, aunque no creía que tuviese el remedio para todos los males que azotan y maltratan ciertas vidas.

—No tiene solución, Israel. Nos debemos a todo lo bueno del mundo y a todos los nuestros. Cada cierto tiempo la vida nos pone a prueba con duros golpes que nos desalman, que nos rompen por la



mitad y nos ponen a cavilar. Creemos que es el fin del mundo, que se acabó nuestro proyecto de vida. Pero no, así no podemos vivir. Hay que levantarse, luchar, plantarle cara a ese lado oscuro del universo que se empeña en hacernos caer. Tenemos que decirnos: ¡Yo podré con todo, nadie me vencerá! Sé que es difícil, que cuesta, que parece un cliché manoseado en exceso. Pero si queremos volver a tener una segunda oportunidad, solo dependerá de nosotros. Movimiento, Israel, movimiento. Que nuestros pies nunca se detengan.

Él le recriminaba que desde su posición todo se veía mucho más fácil. Puede que fuese aquel maldito diván que convertía a todo el que se tumbaba en él en un libro abierto y sacaba todo lo que sus pacientes llevan dentro. Por el contrario, su silla parecía ser la atalaya inexpugnable adonde los malos pensamientos y el dolor no alcanzaban. Allí se sentía poderoso, lejos de la maldad de esta puta vida que día tras día se esfuerza lo suficiente para que siempre haya personas sufriendo con dureza sus jugarretas.

Era bueno en su trabajo, pero no daba con la solución a su problema. Empezó estas conversaciones con la ilusión de poder arrancarse la nostalgia causada por el recuerdo de Paula. Le contaba que la veía en todas partes, en cada tienda, en cada cafetería, en cada paso de peatones, en la acera de enfrente, a sus espaldas, cada vez que se miraba en el espejo estaba tras él, en cada charco provocado por la lluvia.

Cinco de la tarde. Prefirió quedarse en casa. No tenía nada que hacer ni ningún sitio al que ir. Ni siquiera le apetecía coger la cámara y comenzar a preparar el reportaje sobre la gente que espera en las paradas del Metro que se había propuesto. Se sirvió otro café. Esta vez fijó su mirada en el microondas, mientras la taza giraba y giraba como una noria hirviendo al son que marcaba el ritmo giratorio.

Cuatro cucharadas de azúcar. Conectó el portátil y dedicó unos minutos a curiosear en la vida de sus contactos de Facebook. Nunca le gustó, pero no tenía mejor plan que hacer de voyeur de las alegrías del resto y leer esas frases tan espirituales con las que otros intentaban contar al mundo que ellos son así. Mentira, ni lo eran ni querían serlo. Solo les importaba la imagen que el resto se hiciese.

Una publicidad engañosa creada a base de millones de fotografías de viajes y platos de comida de elaboración propia. Aventureros y grandes chefs que suspiraban por la aprobación de un simple clic.

Recordaba a su madre, desolada al verle marchar tras la negativa a quedarse a comer con ellos. Su mirada le suplicaba que la acompañase para no tener que volver a pasar sola el mal trago de comer con el mudo de su padre, cuyo único interés durante la hora de la comida era ver las noticias por televisión. Al terminar, ella se levantaría para recoger la mesa. Él se iría al sillón y cambiaría de canal una y otra vez, esperando que algún noticiario ofreciera una versión distinta de la actualidad.

Al levantarse para lavar la taza, notó en su bolsillo algo que le rozaba la pierna. «La tarjeta que encontré», pensó. La sacó y le echó un rápido vistazo.

“Tarjeta de donante de órganos. Eres perfecto para otros”.

Entrecerró los ojos y leyó el reverso.

“Manifiesto mi voluntad de ser donante de órganos”.

Automáticamente comenzó a hacerse preguntas.

—¿Paula era donante de órganos? No tenía ni idea. Siempre fue muy altruista a la hora de ayudar a quien fuese y así lo demostraba cada día, pero de esto no tenía noticias —. Aquel descubrimiento hizo que se le erizara el vello.

Sonrió y dejó la tarjeta sobre la mesa sin darle más importancia. Se tumbó en el sofá y esperó que las musas llegaran para arrastrarle hasta la calle y comenzar con ese reportaje que por ahora perdía la batalla contra la desidia.

Al momento y sin saber por qué, comenzaron a llegarle imágenes de aquella fatídica noche. Los amigos de su hermana en la sala de espera y sus padres llorando junto a la familia. Se vio a sí mismo sentado, mirando cómo se balanceaban sus pies mientras los apenados amigos de Paula le daban el pésame.

—¿Podría ser que aquellos doctores que se acercaron rápidamente a la habitación fuesen a comunicar a mis padres que Paula era...? No,

lo sabría, me lo hubiesen dicho cuando les informaron —pensó mientras miraba al techo.

Agudizó su memoria y recordó cómo uno de aquellos médicos se marchó acompañado por su padre, quien regresó al poco tiempo y se abrazó a su esposa con fuerza.

Se levantó como un resorte y cogió el teléfono. Llamó para salir de dudas. Tardaron en contestar. Imaginó a su padre desoyendo la llamada y a su madre limpiándose las manos mojadas.

—Mamá, ¿recuerdas de qué hablaron papá y aquel doctor la noche que murió Paula?—preguntó sin siquiera saludar.

—¿Qué doctor, hijo? —. Estaba triste y no pudo disimularlo.

—La noche que murió Paula, mamá. Justo un minuto después llegaron dos médicos a la habitación con prisa. ¿Recuerdas de qué hablaron con papá?

—Un momento...

Le dejó a la espera. Escuchó cómo se alejan sus pasos y ciertos murmullos al otro lado. Reconoció la voz de su padre.

—Hola hijo —. Su voz era grave y parsimoniosa.

—Hola papá. Siento no haberme quedado a comer. ¿Recuerdas la noche en que murió Paula? ¿Qué hablaste con...

—Comunicamos que tu hermana era donante de órganos. Actuaron con celeridad. Después se llevaron su cuerpo. Nos trataron muy bien, fueron bastante comprensivos. Era lo que ella siempre quiso.

Un silencio se hizo entre los dos.

Colgó sin despedirse. Se quedó de pie, mirando la tarjeta en sus manos. La examinó, como si estuviese esperando que le contase algo más.

—No puede ser. ¿Ya está? ¿Así de sencillo? —se preguntó en voz alta—. ¿Esta era la última y sorprendente acción que Paula nos tenía preparada?

Al instante se transportó a aquella noche, bajo aquella lluvia. Recorrió uno a uno los peldaños de la escalera y revivió cada segundo. Sintió de nuevo el dolor, el clima tenebroso de la noche

tormentosa, los lamentos de los amigos de Paula en la sala de espera, las palmaditas en la espalda de los familiares, el silencio roto.

Abrió los ojos como quien encuentra un cofre repleto de monedas de oro. El plan oculto de su hermana se estampó contra él como una ola contra las rocas.

—¿Es esto es lo que querías decirme? —preguntaba mirando al cielo a través de la ventana.

A pesar de no haber vuelto a llorar desde aquella noche, las lágrimas regresaron a sus ojos. Su hermana le había vuelto a hablar a través de un simple pedazo de plástico.

«Búscame, Israel, búscame».

Se habían puesto en contacto con don Eritz para reparar una grúa. La Cofradía le pidió que se acercase hasta el puerto y le echara un vistazo a ese viejo brazo de metal. Siempre agradecía enormemente la confianza que depositaban en él, pero sus manos le pedían algo sosiego. Estaban agrietadas, rotas por el calor, el aceite de los sistemas hidráulicos y la sal. Se podía decir que eran el reflejo de su alma, agotada y desecha desde hacía años. Si antes su oficio era el diseño de maquinaria industrial, ahora metía las manos dentro de sus tripas para devolverlas a la vida. El mundo del mar era el abrigo en el que se refugió desde que recaló en esa tierra. Buena gente, dura y curtida como el mejor cuero. Un pueblo alegre que bañaba sus penas en canciones carnavalescas y que barruntaba un coraje propio de quienes se habían cansado de callar. Gente valiente que arrancaba al mar el fruto que llevaba a sus mesas convertido en el pan de cada día.

Nunca fue el mar su vida, pero los viejos lobos le acogieron y le dieron el cobijo que su huída necesitaba. Se escondió entre redes y viejas barcas de pesca desvencijadas por los años y el salitre, repintadas decenas de veces, paradoja inevitable del camuflaje que había encontrado en aquellas calles. Vivía entre olor a fuel y escamas de atún de la Almadraba, entre el coleteo del fruto del océano y el humo de los puros de la victoria. Reparaba sus instrumentos de pesca y ellos le consideraban uno más, un viejo bucanero que lanzaba sus redes en tierra y que sobrevivía con un salario que, hasta que llegase su momento, le concedía cierta dignidad.

Vivir aquí, lejos de donde debía estar, era morir despacio, sin saber si algún día restauraría el daño provocado. El miedo y la pena se

presentaron sin esperarlos y se clavaron en su pecho para el resto de sus días. Llegaron como siempre llega ese golpe que la vida decide asestarte de manera aleatoria, por la espalda, con el temblor propio de su fama. Si su alma se marchó con ella para siempre, su pequeña se quedó huérfana de madre y padre por su inacción, siempre por su culpa. Ni siquiera se podía decir que su hija tuviese un padre, porque la cobardía le relegó a otro cargo, lejos de lo que cualquier hija pueda esperar de un progenitor conmovido por la muerte de su esposa.

Escapó lejos de ella, lejos de todo y de todos. Se marchó buscando un oasis que le proporcionara el retiro espiritual que su casa, vacía ya, le negaba. Pero lastimó lo que más quería en el mundo. Atravesó su corazón con la daga del abandono desconcertante. Y quedó herida para siempre, herida y perturbada, herida, perturbada y muerta para aquel al que tiempo atrás llamó padre. Renació en un nuevo mundo en el que no se sentía sola, un espacio en el que no dejaba que ni un solo recuerdo la atormentara. Construyó un parapeto emocional apuntalado por su esposo y un proyecto de familia esperanzador para los dos.

Su interior se moría lentamente y no deseaba que su hija fuese testigo de su declive, un muerto en vida que esperaba con ansia la llegada del recolector de almas que lo llevase al lado de su esposa para la eternidad. Su queridísima Eulari y él, juntos de nuevo, para siempre. Se marchó para evitar a su hija el dolor de verle morir cada día.

Diez años sin mediar palabra, sin buscarse, sin esperarse. Diez largos años en los que, noche tras noche, la imaginaba feliz con su marido y sus hijos, sus nietos, sin pensar en su padre, relegando al olvido a quien jamás superó una muerte que le apartó del mundo real, de su mundo. El buen hacer de su amigo Aimar le proporcionaba una dosis de calma cada cierto tiempo, cuando él creía que podía tener buenas nuevas. Sus cartas le contaban que había vuelto a ser madre, que la veía feliz. Consiguió por fin su ansiado empleo y disfrutaba de una plácida vida en la ría, donde siempre quiso vivir. «Su marido parece un buen hombre, fuerte y cuidadoso,

como un marido debe ser», le escribió una vez, interpretando el papel de corresponsal de su dolor en la distancia.

—Se sentirá protegida, en calma. Es lo que deseo, por lo que rezo. Estoy feliz por ella y por su vida. Quizá algún día reúna las fuerzas necesarias y reclame el perdón que por ahora me niega mi falta de valentía para recuperar a la única persona que me podría ayudar a calmar mi tormento. Mi hija, el fruto de un amor que se rompió cuando menos lo esperaba. Mi hija, mi única hija —. Estos pensamientos le atormentaban cada día, cuando no había forma posible de arrancarse la nostalgia de la piel.

Vivía sin luz, sin esperanza, en ese pueblo que duerme entre el mar y el cielo, entre el horizonte y la realidad. Pasaba sus eternas jornadas reparando motores en el puerto o arreglando pequeños electrodomésticos que los vecinos ponían en sus manos. Se presentaban a cualquier hora pidiendo clemencia para el arreglo de un termo o una cortadora que no funcionaba como debían. Nunca les negaba su mano ni ponía mala cara por intempestiva que fuese la hora. Era su forma de sentirse útil en este pequeño universo perdido que no era el suyo, pero que tanto se asemejaba a su hogar, al mundo del mar del norte.

Y entre reparación y reparación, añoraba verla de nuevo, rendirse a sus pies pidiendo clemencia, un perdón que no tendría jamás por haberse convertido en un padre cobarde que escapó cuando el sepulturero dejó caer la última paletada sobre el féretro de su esposa. La tierra se apoderó de su cuerpo, de sus recuerdos, de su vida, y cubrió con un pesado manto todo aquello que un día fue. El destino le arrebató todo lo que tenía, el elixir del que disfrutaban juntos, bebiendo sorbo a sorbo los milagros de una vida construida entre dos. Una vida que creció con la llegada de su pequeña, aquellos grandes ojos grises que iluminaban cada una de sus mañanas. Unas pupilas que los guiaban por el difícil camino de ser padres.

Pero su mundo se derrumbó con aquel último puñado de tierra que sonó como un trueno en una noche de tormenta. Un trozo de mármol y un epitafio efímero eran las únicas pruebas de su paso por

el mundo. Un solitario nombre y dos fechas labradas a cincel, así se resumía una vida de brillo constante y de amor eterno.

La tierra, el lugar de donde venimos y al que irremediablemente volveremos para ajustar cuentas con los nuestros. El destino en el cual descansaremos para la eternidad, viviendo, si así nos lo permiten, en el corazón de quienes nos quisieron en vida. Pero por ahora, prefería que su trozo de tierra siguiese esperando. No tenía prisa por volver a la cuna. Aquí era necesario para ellos, esa llave capaz de abrir todas las puertas a la solución de sus problemas. Pero no dependía de él, sino de ese vehículo de hueso y piel que recubría su mal, el motivo que le llevaría al lado de Eulari más pronto que tarde.

Aquella mañana, recibió en el taller la visita de su buen amigo Jacinto. Era el ordenanza municipal. Había oído que alguien llegaría en breve para realizar un trabajo sobre los hombres del mar. Como siempre, su lengua reaccionó más rápido que su cerebro.

—...y no he podido contenerme, don Eritz, ya me conoce. Así que les he dicho que quién mejor que usted para ayudar a ese muchacho. Es un hombre con estudios y lleva mucho tiempo con nosotros. Seguro que le será de gran ayuda. Además, usted habla bien, se le entiende, no sé si me explico.

—Ya sabes que no me gusta que me llames de usted, que somos casi de la misma edad, hombre. Y dices que viene a realizar un trabajo sobre...

—Sobre el mar, sobre la pesca, sobre nuestra vida. Según me han comentado, ha trabajado incluso para esa famosa revista de animales. Cómo se llama... —dudó—. Sí, hombre, esa que realiza reportajes sobre animales silvestres.

—¿National Geographic? —respondió confiado.

—Correcto, esa misma. Creo que es fotógrafo. Me caen bien los fotógrafos. Ojalá hubiese podido pagar uno cuando me casé con mi Rosarito.

—Si accedió a casarse contigo, estoy seguro de que se lo merecía —bromeo—. Bueno, ¿y cuándo llega ese reportero?



—Pues en breve. El secretario no ha dicho mucho más. Esperan a ver si usted acepta el ofrecimiento.

—Hombre, digamos que por mí no hay mayor problema. Si me piden que muestre las bondades del pueblo, lo haré encantado. Aunque quizá le cuente algún que otro secreto... —sonrío.

—Se alegrarán. Hablan de que puede ser un buen impulso de cara a los visitantes. Y usted mejor que nadie sabrá que no son buenos tiempos para nadie. Los jóvenes se marchan y ya solo quedan viejos. Si esas fotos pueden hacer que más gente pase por aquí, entonces será bueno para todos.

Era un buen hombre este Jacinto. Jamás hubo maldad alguna ni en sus palabras ni en sus actos. La Rosarito tenía que sentirse orgullosa de haber acertado con el marido. Sus ojos rebosaban alegría lloviese o quemara el sol. Siempre era un día feliz para él. Se tomaba su oficio de conserje como si el desarrollo del pueblo dependiese de su buen hacer en el trabajo.

Miró sus manos agrietadas mientras se preguntaba por qué seguía allí, cuando debería estar junto a ella, ver crecer a sus nietos, a los que ni siquiera conocía, dejar de recurrir a las cartas de Aimar mientras suspiraba por nuevas noticias. Las conjeturas iban y venían como un remolino de viento formado en su cabeza. ¿Cómo le recibiría? ¿Aceptaría las disculpas de un padre que no lo era desde hacía diez años? No, por supuesto que no. Estaba condenado a vagar por el mundo cumpliendo la penitencia de su dejadez, de su abandono. Las culpas estaban para ser expiadas. Pensaba en las decenas de cartas que tenía ocultas y que nunca llegó a enviar. En ellas intentaba pedirle perdón por todo el daño que le había causado. Las escribió como diario, como bálsamo personal para sobrellevar su huída y auto complacerse de que hizo lo correcto. Pero cuando los fantasmas revolotean por tu mente días tras días, no hay mejor prueba para demostrarse que los errores forman parte de nuestras vidas. Aquellos sobres daban muestra de su miedo, un temor plasmado en papel y que no venía más que a corroborar que abandonaría este mundo solo.

Lo sabía, había sido un mal padre. No debió marcharme jamás y dejar que caminase sola. No servía de nada haber escrito tanto y que esos papeles continuasen aún en un cajón. Las cartas se escriben para que viajen en busca de su destinatario, para ilusionar a quien se acerque con premura al buzón, no para permanecer ocultas del mundo.

No le quedaba mucho tiempo. Algún día tendría que salir corriendo a buscarla y pedir clemencia por sus múltiples errores.

—Ella sabrá perdonarme, entenderá mis razones. Nos abrazaremos llorando y nos pediremos perdón mutuamente. Diremos que nos hemos comportado como niños y nos volveremos a abrazar. Nunca es tarde para arrepentirse, nunca es tarde para perdonar. Espero que, al menos, para mí no lo sea.

Las tres de la tarde. El motor de la grúa ya estaba casi reparado. Lo puso en marcha y confirmó que todo funcionase como debía. Aprovechó la visita de Jacinto para que le echase una mano. Parecía que todo estaba correcto. El cable bajaba y se recogía bien, en tiempo, volvía a tener la fuerza de antes. Trabajo terminado. Un poco más de aceite para el circuito hidráulico y listo.

Se limpio la grasa de las manos y guardó las herramientas, cada una en su lugar. El bueno de Jacinto se despidió y le citó para una partida de dominó esa misma tarde. Le gustaba pasar momentos con él, embarcados en eternas charlas sobre los males del mundo, del pueblo. Don Eritz era un buen conversador, delicado, con un tacto especial para llamar la atención a quien se lo mereciese, así como alabar cualquier buena acción.

Allí era el viejo del sombrero Panamá, el indomable hombre del norte que entre todos adoptaron. Esto hacía que algunos recelasen de sus palabras cuando la política interrumpía con fuerza en las conversaciones de la cantina. Pero todos cedían, todos bajaban el tono y la emoción. Sabían que no solucionarían sus problemas vociferando como leñadores. Sus disputas se circunscribían a las paredes del bar, nada escapaba a esos viejos muros de piedra que retenían con fuerza las palabras lanzadas al aire, a veces sin pensar en el malestar que pudieran causar a los contertulios.

Allí, junto al mar, cada uno resolvía sus problemas de puertas para adentro, cada casa era un universo privado donde las estrellas giraban en el sentido que ellos dictaban. Donde el tiempo viajaba en barca y se detenía ante las tormentas marinas sacando las garras.

Era dura la vida en el mar, frágil la vida en tierra para unos cuerpos acostumbrados a lidiar con las olas.

## Z

Poco a poco, las feligresas comenzaban a entrar en el templo. Siempre las mismas caras, siempre el mismo olor a laca, perfumes baratos y esos peinados perfectos. Don Rafael revisaba la documentación y los proyectos enviados para la deseada reforma de la torre. Eran muchos los vecinos que llevaban años solicitando al obispado que tuviera en cuenta sus peticiones pero, por lo visto, el obispo estaba en otros asuntos más importantes. Las palomas y sus excrementos eran un problema insostenible para la estructura de los entresuelos. Muchos años desde que se llevó a cabo la última actuación de limpieza y mantenimiento, así que ahora tocaba remangarse y ponerse manos a la obra o se vendría abajo. El pueblo se había volcado en la recaudación del dinero para la obra. Después de decenas de sorteos, de alguna que otra verbena benéfica y de centenares de horas de dedicación altruista, parecía que nadie quería darles la última ayuda que llevara un soplo de aire fresco a sus desalentadas almas y al templo de su fe.

Apenas llevaba un año como párroco en el pueblo. El día de su bienvenida se convirtió en el inicio de un vía crucis que aún perduraba en el tiempo. Un joven bien parecido del que se podría pensar cualquier cosa menos que era cura y a quien costaba trabajo llamar de usted, no era buena carta de presentación para unas gentes acostumbradas a lidiar con párrocos viejos y rechonchos provenientes de aquellos años oscuros. El joven rompió los esquemas de más de un celoso marido, pero, sobre todo, de las señoras que comenzaron a asistir a misa de manera habitual, atraídas por la juventud y la energía del nuevo párroco.

Estaba en boca de todas las clientas de las peluquerías, en cualquier bar, en todas las plazas, alentados por el ímpetu lógico de su edad. Para los hombres no era algo propio de un sacerdote y para las más beatas, no eran formas que un siervo de Dios debiera utilizar en su servicio. Era alegre, risueño y amable con todo el mundo. Realmente, lo único que para ellos resultaba inquietante era su afán por saludar y presentarse a cualquier persona que se cruzase en sus paseos en los días como recién llegado, cuando intentaba hacerse un mapa mental de cada una de las calles.

Pronto se ganó el apodo de «el cura zapatillas», por su afición a estar siempre paseando y hablando con los vecinos. No había mucho divertimento para un cura aficionado al rock y a la escritura. Lo primero no le importaba darlo a conocer, pero recelaba de desvelar que había comenzado a dar forma a la que esperaba fuese su primera novela. No tenía demasiado claro que, por el momento, nadie tuviese noticias de su afición por la escritura. La novela que estaba preparando no sería precisamente algo que agradase ni a la Iglesia en general ni al ejército de fieles creyentes del pueblo en particular. Ni siquiera que desnudarse de aquella manera fuese bueno para su propia fe. La búsqueda de un pseudónimo con el que, llegado el caso, publicar su obra, le había llevado más de una noche a la pérdida absoluta de sueño. Pero qué demonios. ¿Qué tenía que ver la fe con lo terrenal? ¿Quiénes de aquellas mujeres y viejos tenían pruebas fehacientes de la existencia de aquel hombre que murió en un madero? Su obra rebosaría verdad y dureza, algo de lo que sus fieles no podían presumir precisamente.

Y como un sacerdote joven no podía pasar desapercibido fácilmente, algunos problemas y ciertos celos por parte de los hombres rudos del mar no tardaron en llegar. Pocos eran los que dejaban de lado su aspecto físico y aceptaban su invitación al saludo y al diálogo. Don Rafael les hablaba de sus primeros destinos y de lo complicado que resultan los comienzos promulgando la palabra de Dios para un cura novato. Ellos, de los problemas de la Cofradía de Pescadores y de los rugidos en los días de tormenta. Casi todos habían pasado meses en alta mar en grandes barcos, hasta que, poco

a poco, la experiencia y la familia les relegaron a unos trabajos más cercanos a la costa, propiciados por los ruegos de sus esposas y de la velocidad con la que crecían sus hijos. Pero el desempleo maltrataba muchos hogares, algo común a un país que dormía en la inmovilidad y hacía que el carácter de la mayoría se tornase serio. Muchos rostros habían perdido la luz y el brillo de sus ojos.

También estaban los que preferían mantener en un plano más alejado al hombre que estaba en boca de las mujeres más jóvenes. A nadie se le escapaba que, a pesar de sus votos, los cuchicheos de las señoras no entendían ni de hábitos ni de creencias. Los maridos menos cargados de años se mostraban celosos de la publicidad no deseada que los corrillos de marujas le daban al nuevo cura y de su repentina popularidad. Él prefería tomarse aquellas palabras como simples comentarios escasos de malicia, propios de su edad y de su cargo. Sería quien los casaría, quien les diera la comunión y quien escuchase con atención sus confesiones más íntimas. Nadie parecía creer en el secreto de confesión, así que no pocos maridos prefirieron vetar esos momentos a sus mujeres. Digamos que no estaba bien visto decir abiertamente que una venía de confesarse. Los secretos del hogar tenían que purificarse de puertas para adentro, no arrodilladas en un confesionario ante un desconocido. Cada uno ponía en práctica su fe dependiendo de la libertad que se practicase en el hogar. Pero detrás de esas decisiones más que cuestionables, se ocultaban los celos de unos esposos que se sentían desplazados por aquel hombre joven.

Pero no era nada de aquello lo que traía de cabeza al joven clérigo. Una muchacha de veintidós años, guapa y salvaje como se podía suponer, ávida de ilusiones y de buenos momentos que sus vecinos le negaban, pareció quedarse prendada casi al instante, desde la primera vez que lo vio officiar su primera misa. No era habitual verla por la parroquia, pero aquel día, a falta de que sus musas particulares le ofreciesen un remedio mejor al hastío, decidió asistir al templo el domingo de Ramos. Sus ojos no se apartaron ni un instante de aquel hombre que hablaba de una manera distinta a todos los curas que había visto antes, a todos los hombres que conocía. Sus palabras

atravesaron su coraza y la elevaron como una pequeña pluma llevada por el levante. Bastó enamorarse de su voz para iniciar un asedio tenaz, firme como los juncos que no se doblegan ante el viento que los azota.

Don Rafael no tardó en darse cuenta de lo que ocurría, pero su situación le hacía mantener la calma, creer que aquello no era más que una flecha perdida de Cupido que fue a dar en el corazón equivocado, confundiendo a la joven con unos pensamientos sin fundamento. Comenzó a asistir a misa todos los días, lo detenía en la calle con cualquier excusa con tal de estar cerca de él durante un momento. O, incluso, llamaba a su puerta a esas horas en las que se supone que ya todo el mundo está preparando la cena, con la única intención de volver a oír su voz. Y aquello iba a más, tanto que en una de aquellas visitas clandestinas, la joven declaró su admiración y la atracción que sentía por él. El párroco reaccionó de la mejor manera que supo y con mucha delicadeza en su voz y en sus gestos, la invitó a marcharse a casa, a serenar su ímpetu juvenil con el estudio.

En su clandestinidad, en los momentos en los que sentía más cerca a Dios, reconocía estar halagado por aquella atracción imposible. Abría las puertas al hombre, al pensamiento carnal. Y dolía, ardía su interior como arde un puñado de hierba seca al paso del fuego. Pero con el altísimo se mostraba tal y como era, dejaba surgir al hombre por encima del ministro de Dios. Y ese hombre era más carnal que devoto, más sentimiento que razón. Su lucha interna era tal que las lágrimas acudían con facilidad a unos ojos cansados de llorar por el dolor que provocaba lo inevitable.

Se tranquilizaba pensando que no era más que una obsesión de juventud, una chica a la que aquel puñado de casas blancas se le había quedado pequeño. Alguien que debería coger sus maletas y volar lejos, buscar un nuevo destino para no envejecer a edad temprana. Había intentado persuadirla varias veces, pero su ímpetu juvenil no se dejaba aconsejar. ¿Por qué no había puesto sus ojos sobre uno de los muchos jóvenes fornidos del pueblo? ¿Por qué tuvo que fijarse en un sacerdote, alguien que sabía perfectamente que era inaccesible para ella? Sonreía al pensar que en las palabras de un

hombre de Dios había de todo menos lo que una chica joven como ella esperaba escuchar.

Quedaban apenas cinco minutos para el comienzo de la eucaristía y el murmullo de las conversaciones provocaba un sonido grave en el templo. Como cada día desde hacía un año, todas comentaban el mismo asunto, sus miradas indiscretas lo demostraban. Hablaban de él, lo sabía, estaba en boca de todos. Intentaba mostrarse como si no ocurriese nada. Dejó los planos de la torre y echó una rápida mirada a la pequeña nave central. Sí, las mismas beatas que día tras día llegaban para escuchar la palabra de Dios como quien sale a pasear por la playa, por costumbre, algo que de forma mecánica repetían todas las tardes a las seis. Su único objetivo era ganarse un hueco en el cielo, aunque fuese a base de asistir una y otra vez a ver cómo el protagonista ocasional de la historia que ocupaba todas las tertulias les hablaba de un mundo necesitado de bondad cristiana.

Observaba con detenimiento a cada persona, parecía que ella no estaba entre las presentes. Le resultó extraño. No faltaba a su cita ni un solo día. Su obsesión se estaba volviendo enfermiza. Automáticamente, todas las miradas se clavaron en su nuca cuando entró en escena para encender los cirios del altar. El rumor subía de volumen y la prisa se apoderó de sus pasos. Las oía ahogar sus voces, así que decidió terminar cuanto antes con ese lamentable espectáculo. «Hoy la misa será breve», pensó mientras regresaba a la sacristía. Las imaginó señalándole con el dedo mientras caminaba ofreciéndoles su espalda.

Cierto era que no llevaba ni sotana ni traje negro con chaqueta, ni siquiera una camisa gris con alzacuellos. Un cura en vaqueros y camiseta, o camisa si el día lo requería. Podía pasar por cualquier otro hombre menos por un sacerdote. Pero ese acoso le estaba pasando factura. En casa, cuando terminaba sus rezos, se sorprendía pensando en ella, en su pelo negro, en esa cara angelical que no dejaba de perseguirle en sus pensamientos más íntimos. Tenía que volver a hablar con el padre Alejandro, su confesor durante los años de seminarista. Sabría lo que tenía que hacer. Sus últimas palabras sobre este asunto fueron reveladoras.



—No somos ajenos a los placeres de la carne, querido Rafael. Unas veces es Dios quien nos pone a prueba y otras el diablo. Uno para fortalecernos, el otro para debilitarnos. Debemos discernir cuál de esas situaciones es contra la que estamos obligados a luchar con más contundencia. Nuestro éxito radica en saber diferenciarlas, pero actuar de igual manera ante los dos casos es primordial —decía con firmeza el viejo sacerdote confesor.

—¿Y el instinto, la fuerza de la naturaleza? Somos seres vivos, al fin y al cabo, animales cuya función más ancestral es la reproducción. ¿Qué tengo que hacer para alejar de mí estos pensamientos, padre? Cada vez son más fuertes y mi debilidad mayor.

—Tenemos que luchar contra ello cada día. Ahí, precisamente, reside nuestra verdadera fuerza. Es cierto que algunos de nuestros hermanos sacerdotes han sucumbido al placer carnal, unos con más acierto que otros. Hay quienes decidieron colgar los hábitos y emprender una vida fuera de la eucaristía formando una familia. No creo que nuestro Señor los castigue por eso. Permanecen dentro de la Iglesia, solo que en un lado más abierto a otro tipo de funciones y experiencias. Todos somos hijos de Dios, Rafael, todos.

—¿Qué debo hacer entonces? Sé que esto no es más que un incendio romántico, un capricho de juventud. Pero mi verdadero miedo reside en cuánto tiempo podré combatirlo. El diablo tienta mi mente a cada momento, padre. Creo que estoy perdiendo las fuerzas.

—Para ella no eres más que una ilusión. Te ve un hombre bien parecido, fuerte, alguien a quien todo el mundo respeta. El erotismo se oculta detrás de cualquier vestidura, no solo de la desnudez o la insinuación. Y, por supuesto, también en la prohibición. Reza, querido Rafael, reza. Yo también te tendré presente en mis plegarias.

Esa mañana se cruzó con ella. Estaba hermosa, como siempre. Caminaba decidida cuando su sonrisa le hizo temblar. Siempre se mostraba sereno ante el pueblo, pero lo miraban de manera extraña, unas veces confiando en su fortaleza para no dar pie a nada más que un simple saludo, otras creyendo que caería en sus redes como cualquier hombre lo haría. Por discreción, solo aceptó una breve conversación sobre el sol que castigaba con dureza desde hace unos

días y sobre la rehabilitación de la torre. Su despedida fue dulce, como siempre. Tras perderse por una esquina, se maldijo por ello. ¿Creería acaso que esa ternura respondía a un cierto interés hacia ella, más como objeto de deseo que como una criatura de Dios? Rezó para que no fuese así mientras se maldecía por dejar que esos pensamientos entrasen en su mente.

No hacía mucho tuvo un pequeño rifirrafe con un muchacho amigo de la joven. Recibió por su parte una serie de amenazas que nadie conocía. Estaban solos, ninguna mirada indiscreta que diera publicidad a su encuentro. Entendió rápidamente lo que ocurría. El chico le había confesado su atracción por ella, pero recibió una respuesta negativa por su parte. Don Rafael tuvo que contenerse, porque en aquel momento hubiese mandado al infierno al sacerdote para dar paso al hombre temperamental que dormía en su parte más natural.

Tenía claro que era él quien tenía que ofrecer una reacción que calmase sus temblores emocionales. Sus oraciones debían de estar en la cola de espera, lejos aún del registro de entrada. Comenzaba a impacientarse y a recelar de sus fuerzas.

Se revistió, besó la estola y la colocó con delicadeza alrededor de su cuello. Tomó el misal y revisó las lecturas y el salmo del día. Aquella tarde, Dios pareció enviarle una señal ante sus múltiples plegarias.

«El Señor es mi pastor, nada me falta. Aunque pasee por un valle tenebroso, ningún mal temeré, porque tú, Señor, estás conmigo; tu vara y tu cayado me inspiran confianza. El Señor es mi pastor, nada me falta.»

—¿Por qué, Señor, me pones a prueba? ¿Acaso no he demostrado mi fe, mi amor por tu Iglesia? ¿No soy yo el que ha conseguido unir a esta gente en la misma misión de reconstruir tu templo? Ahora me involucras en esta batalla contra un demonio que se camufla en el cuerpo de una joven, dulce, hermosa, pero obsesionada con este humilde sacerdote cuya única misión en su vida es llevar tu palabra adonde se me requiera. Dame fuerzas Señor, dame fuerzas —suplicaba antes de que sonase la tercera señal.

Se arrodilló frente al sagrario y se giró hacia el altar. Observó a su público. Beatas del tres al cuarto, cotorras repeinadas preocupadas más por el vecino que en reorientar sus pecadoras vidas. Mientras tanto, sus maridos se libraban de ellas durante un rato bebiendo en cualquier bar.

Y allí estaba, fiel a su cita, como todos los días desde la primera vez. Él permaneció unos eternos segundos en silencio, mirándola fijamente, de pie en el banco de siempre, en la última fila. Un sudor frío le recorrió la frente mientras apretaba con fuerza el misal contra su pecho ante la mirada atónita del resto, que se giraba para comprobar que la joven ocupaba su lugar.

Se dejó caer con una suave genuflexión, dando comienzo al ritual.

Las cuatro de la tarde.

A todos nos ocurre alguna vez. Cuando viajamos solos en coche nos convertimos en cantantes ocasionales, casi como si estuviésemos delante de un auditorio repleto de ávidos fans ansiosos por escuchar nuestra aterciopelada voz. Israel conducía cantando a gritos, gesticulando algún que otro redoble de batería y maltratando su cuello con latigazos al compás de las notas de las guitarras. Recordaba los días de vacaciones con la familia, cuando se enfadaban con sus padres por no poner la emisora de radio que a su hermana y a él les gustaba. A cambio, minutos eternos con Fórmula V, Los Brincos y The Beatles.

Suponía que se sentía feliz, aunque podía ser que esa felicidad no fuese más que un sosiego momentáneo. Se inclinaba más por pensar que era una ráfaga fugaz de alegría provisional. Esperaría para ver cuánto tiempo decidía quedarse con él. Así que, mientras esa sensación le acompañase, seguiría cantando en voz alta. Puede que se diesen las condiciones necesarias para que sus fantasmas fuesen espantados. Y no lo pensaba por su timbre de voz, desafinado y estridente, sino porque prefería ocupar los huecos de su alma con canciones antes que con lamentos. «Somos música», dijo Paula una vez cuando intentaba explicar a sus padres que hasta en el tráfico de una ciudad podemos encontrar notas musicales.

Las penas se enquistan, se aferran a nuestra felicidad hasta desvanecerla.

Por momentos conducía sin prestar demasiada atención al entorno. Recorría la autopista de la memoria trazando el plan que seguiría a su llegada. ¿Dónde buscar a esa persona? ¿Cómo

localizarla? ¿Cuáles serían sus primeras palabras cuando estuviesen frente a frente? «Hola. Soy Israel y he venido para decirte que...». No, esas no. Tenía que ser algo más mesurado, menos contundente. Debía ser dulce, manejar con tacto la situación para no ser rechazado y tratado de psicópata. Nadie tiene el poder suficiente como para aparecer en la vida de una persona y desmoronar sus cimientos por las buenas. Al menos, si no es por amor.

Decidió parar en un bar de carretera para comer algo y estirar un poco las piernas. Su viejo coche le pedía a gritos un respiro después de varias horas de conducción continua. Solo un par de camioneros tomaban café mientras se masajeaban el cuello para relajar los músculos cervicales. Uno observaba el televisor sin sonido desde la distancia, leyendo las noticias que pasaban sobrescritas en la parte inferior de la pantalla. El otro, sentado junto a la barra, perdía su mirada alelada en un punto fijo. Por sus rostros, calculó que llevaban a sus espaldas muchos kilómetros y estaban deseosos de llegar a casa para abrazar de nuevo a sus familias. Los examinó con detenimiento y pensó que, a pesar de lo que pudiésemos creer, había viajes en los que lo único que importaba era el regreso.

Mientras cruzaba los extensos campos de Castilla y un inmenso océano de olivos y dehesas, pensaba en la tarde noche de ayer, en cómo nuestro comportamiento a lo largo de nuestra vida nos tiene reservado siempre un feed back que, a veces, dirige el viento a nuestro favor. Es lo que había ocurrido con su buen amigo Fidel. Hace años, un tiempo en el que andaba perdido y no sabía hacia dónde dirigir su vida, tras una intensa charla sobre su futuro y de provocar decenas de tardes de conversaciones, le recomendó, casi le obligó, retomar sus estudios de Derecho. Los terminó y ahora trabajaba en la gerencia de un hospital. Es decir, que el acceso a ciertos datos privados de pacientes estaba al alcance de su mano. Nunca lo había dicho, pero en aquellos momentos Israel fue su salvavidas.

Se puso en contacto con él con la intención de lograr lo que daría comienzo a su viaje. Su reacción fue lógica, ya que indagar en aquella información estaba dentro del secreto que establecía la Organización

Nacional de Trasplantes. Y como su obstinación podía llegar a ser enfermiza y soporífera para el resto, no tuvo más remedio que abdicar.

—Lo que me pides es imposible. Me jugaría la apertura de un expediente disciplinario y una denuncia, estoy seguro. No puedo darte esa información así, por las buenas.

—Vamos, no creo que sea para tanto. Solo te pido un nombre y una dirección, nada más.

—Joder. Sabes que te quiero tío, pero esto...

—Esto no lo sabrá nadie jamás. Solo tienes que mover unos cuantos hilos.

Le dejó esperando en su pequeño despacho. Tardó más de lo que se imaginaba. Cuando regresó, se cercioró de que la puerta estuviese bien cerrada. Tomó asiento y dejó sobre la mesa una carpeta color crema. La abrió y echó un rápido vistazo, pasando los documentos de una mano a otra.

—No tenemos muchos datos del receptor. El sistema establece que solo el hospital donde se realiza la intervención posea esa información. Sí puedo decirte que aquí solo realizaron la extracción y a dónde se envió el órgano. Éste es el expediente clínico de Paula.

Le pasó el informe. Lo leyó con detenimiento y corroboró que llevaba razón. Pero el primer paso estaba dado y ya tenía más de lo que esperaba.

Le apretó un poco más las tuercas. No quería marcharse de allí sin tener lo que había ido a buscar. Solo necesitaba un par de nombres. Fidel dio una rápida lección sobre cómo funcionaba el S.N.T. Los datos del donante son secretos para el receptor, cosa que, por otro lado, era algo que conocía. Israel preguntó por qué nunca se revelaba la identidad de la persona donante. Fidel explicaba que lo que se quería evitar con esto, es que la familia del fallecido intentase presionar o chantajear al receptor, pidiéndole dinero a cambio de haber salvado su vida, además de los trastornos psicológicos que pudieran ocasionar a los familiares más cercanos. Le informó que el hospital en el que se realiza la operación final es quien posee los datos que buscaba. Pero claro, si había sido capaz de convencerle

para que buscara esa carpeta, ¿qué esfuerzo le supondría a su amigo hacer una llamada, unas cuantas mentiras piadosas para conseguir un nombre y una localidad?

Fidel comenzaba a sentirse algo irritado por su insistencia, pero cedió. El álgebra impredecible del universo comenzó a situar los astros en el dibujo adecuado, en la distribución correcta. Cogió el teléfono. Tras varios minutos en los que pasó por diferentes responsables, dio la llamada por finalizada.

—Perfecto, te lo agradezco enormemente. Ya sabes, ni una palabra a nadie sobre mi consulta. No es nada importante, pero es mejor que esta llamada nunca haya tenido lugar, ya me entiendes. Me alegro mucho de volver a escucharte —. Y colgó, cruzando sus manos sobre la mesa y dirigiendo una mirada resignada hacia su amigo. Suspiró.

—¿Y bien? ¿Tenemos algo? —preguntó Israel con gesto ilusionado.

—Sí.

Se reclinó en su asiento y de nuevo volvió a suspirar suplicando que jamás dijese dónde y gracias a quién había conseguido esos datos.

—Puedes estar tranquilo, soy una tumba. No volveré a pedirte nada jamás.

—Aquí lo tienes —. Le pasó una nota con dos nombres, el del portador y su localidad de residencia. Nada más, ni dirección ni teléfono.

—¿Esto es todo? —. Israel estaba feliz, disimulando, haciendo creer que con esos nombres poco podría hacer.

—Eso es todo. Ahora, lárgate de aquí antes de que me arrepienta.

—Gracias, te debo una. Ya sabes que Paula...

—No creo que tu hermana me hubiese pedido algo así jamás.

—Pero yo no soy ella.

—Lo sé. Paula no se parecía en nada a ninguno a nosotros.

Y ahí estaba, camino de no sabía muy bien adónde, esperando poder encontrar a la persona que se escondía tras el nombre que llevaba escrito en la nota de Fidel. Pensaba que en toda vida existía, al menos, un círculo por cerrar. Pues bien, es lo que intentaba conseguir

con este viaje, terminar de leer esa página, la corta vida en común de dos hermanos que se truncó antes de lo previsto.

Aprovechó que su madre le había preguntado por sus planes de futuro para camuflarlo todo con un trabajo de última hora. Se despidió de ellos pronosticando que a su regreso tendrían al hijo que dejó de ser un año atrás. El padre no prestó demasiada atención al motivo de su marcha, pero la madre, con su agudeza habitual, entrecerró los ojos y analizó cada uno de sus gestos.

—Bueno, hijo. Espero que volvamos a ver al Israel que tanto echamos de menos. Dale un abrazo a tu madre y prométeme que regresarás siendo otro. Haz lo que tengas que hacer —aconsejó esbozando una pequeña sonrisa, mientras Israel tuvo la impresión de que conocía sus planes.

Con aquellas palabras en las que creyó ver más de lo que decían, salió de Madrid en dirección sur en busca de la luz, de esa persona desconocida que esperaba encontrar justo en el límite de la tierra con el mar.

Cuántas veces había soñado con aquella noche, cuántas otras revivió sus palabras antes de su último suspiro. La herida que llevaba consigo desde aquel día no cerraría jamás, ni siquiera deseaba que ocurriese, pero tenía que convertirla en el sustrato donde sembrar la semilla de su propio renacer. No podía seguir así por más tiempo, no debía. Si ella pudiera verle tendría que prepararse para una de sus míticas broncas cuando su comportamiento no se adecuaba a la forma de comportarse ante la vida de su hermana.

Ahora, después de todo lo ocurrido en el último año, no habían sido una ni dos las ocasiones en las que se había sorprendido a sí mismo hablando con Paula como si estuviese a su lado, como si nada hubiese ocurrido, soñando que una imaginaria máquina del tiempo lo trasladaba de vuelta años atrás. Y se reía ante cualquier broma, bailaba cuando escuchaba alguna de sus canciones favoritas. Incluso saltaba sobre el sofá, algo que le recriminaba como un hermano mayor que se descubría hablando y comportándose como su propio padre lo había hecho en innumerables ocasiones. Era entonces él quien esbozaba una sonrisa escuchando sus propias palabras y



sentenciando que aquel era el signo definitivo de que, sin poder remediarlo, estaba comenzando a madurar. A partir de aquí, casi todas las conversaciones con sus amigos solo sirvieron para rememorar aquellos maravillosos años repletos de anécdotas que le producían mil y una sonrisas.

Uno no sabe que ha llegado a la madurez cuando es capaz de enfrentarse a determinados retos antes temidos, ni siquiera cuando tienes una hipoteca que pagar o cuando los niños y chavales te llaman de usted. No. Sentenciamos que hemos entrado en ese estado cuando ponemos en nuestros labios las mismas palabras que nuestros padres nos dedicaban en los años mozos y reprochamos a la gente joven los mismos comportamientos que teníamos cuando el acné marcaba nuestro rostro. Es entonces cuando da comienzo un ligero declive emocional que en más de una ocasión aplaca ciertas euforias.

Creía que su madre sabía casi con toda seguridad el motivo de ese viaje. Puede que no conociese sus planes con exactitud, pero sí que algo tenía que ver con la muerte de su hija. A lo largo de los años, su sexto sentido se agudizó de forma incisiva. Bastaba con analizar los titubeos y miradas evasivas de su hijo para corroborar que algo ocurría. ¿Por la mañana no tenía ningún plan para su vida y unas horas más tarde, con una decisión inquietante, se marchaba de viaje a un lugar que no quiso desvelar? Notó cómo le observaba al girarse mientras encaraba la puerta. Sentía sus ojos clavados en él, pensando qué narices se traería entre manos.

La estación de servicio no estaba muy lejos de la capital andaluza. El GPS le indicaba que aún quedaban algo más de dos horas de viaje. Se notó cansado. Esa mañana lanzó el primer anzuelo para su plan. Se había puesto en contacto con personal del ayuntamiento y mintió. Les había hecho creer que viajaba hasta su localidad con la intención de realizar un reportaje sobre las gentes del mar, que tanta importancia tienen en sus vidas. Le prometieron que a su llegada lo tendrían todo preparado. Alguien, de quien no recordaba el nombre, le acompañaría durante su estancia y le aportaría todo lo necesario

para comprender el modo de vida de quienes tienen en las redes su azada, su apero de labranza.

Marchaba camino de un lugar desconocido, con un coche que no soportaba ya ni un suspiro, con un futuro incierto, un reportaje ficticio bajo el brazo, en busca de alguien a quien no conocía y con la incertidumbre de no saber cómo reaccionaría ante su aparición. No pintaba bien, nada bien. El porcentaje de éxito de su plan se desplomaba peligrosamente.

¿Cómo sería? ¿Habría cambiado su vida desde que recibió el regalo de Paula? Nunca se había parado a pensar en algo así, en esas personas que han mirado cara a cara a la muerte y consiguieron vencerla, esquivando la visita del barquero y su siniestra barca. Era consciente de la generosidad a la hora de regalar una parte de nosotros llegado el momento, que eran miles las personas que habían driblado a su destino, supuestamente escrito de antemano, gracias a un gesto simple y repleto de amor por los demás. Pero le asaltaban ciertas preguntas con la necesidad de equilibrar la balanza por el lado negativo. ¿Cómo podíamos asesinar animales, maltratar los montes, agredir físicamente a otras personas en un arrebatado de locura y, de manera antagónica, ser capaces de ofrecer el gesto más generoso que un ser humano puede realizar? ¿No es vida, al fin y al cabo, lo que quitamos por un lado y donamos por otro?

Estamos condenados a evolucionar hacia un estado tal que destierremos nuestra agresividad para siempre y abracemos al resto de seres vivos del mundo. Una sociedad que ame a las especies con las que comparte planeta siempre será una sociedad mejor. El resto no es más que un salvajismo ancestral que nos hace confundir maltrato y agresividad con cultura, en un estado de locura transitoria que la evolución se encargará de curar.

Israel sabía muy bien el mundo en el que quería vivir. Su universo no se parecía en nada a éste. Era la vida del bien común, de generosidad gigante, de verdad y bondad. Pero no, no en este lugar al que llamamos casa. Una casa, un hogar, era otra cosa muy diferente. Un edificio donde se concentraba todo el amor de las personas que creen en las personas por mucho que nos defraudasen de manera

continuada a los otros. Porque esa es una característica propia del hombre: la inseguridad e incertidumbre sobre lo que queremos ser, hacia dónde queremos dirigirnos. Los humanos somos inseguros y locuaces, intransigentes y generosos, insaciables y dominados, unos seres capaces de ser grandes y pequeños al mismo tiempo.

Tenía que ponerse en marcha si no quería que la noche le sorprendiera en la carretera. Estaba nervioso, agitado. Un nudo en el estómago le decía que algo fascinante estaba a punto de ocurrir, que Paula aún le tenía preparada su última gran sorpresa. Respiró hondo, conectó la radio y se dispuso a entonar de nuevo las notas musicales que envolvían el habitáculo.

¿Cómo será? No acertaba a imaginar un rostro, sus ojos, su pelo, su nariz, sus manos. Quizá no encontraría lo que buscaba o quizá esa persona le estuviese esperando, deseosa de ser encontrada.

No dejaba de preguntarse si estaba haciendo lo correcto.

Pero tenía la necesidad de creer que ese músculo había invadido un nuevo cuerpo para renovar su vida y añoraba conocer a quién pertenecía.

No quedaba mucho para descubrirlo.

Acataría cualquier consecuencia.

«Búscame, Israel, búscame».

Caminaba despreocupada por unas calles desconocidas, una ciudad en la que jamás había estado. Se encontraba sola, sin vehículos en las calles, sin pájaros revoloteando por los árboles y sin una leve brisa que mostrase algo de vida. Solo unas nubes grises barruntaban una tormenta inminente dispuesta a acabar con aquel silencio que lo envolvía todo. Unos carteles gigantes desplegados por doquier, animaban a seguir los pasos de «El líder», a confiar en su doctrina.

«La obediencia es el verdadero camino hacia una sociedad más justa. Confía en El Líder, haz tuyas sus palabras».

Levantó la vista y miró hacia los edificios, tan altos y grises que se perdían entre las nubes, sin ventanas, nada que mostrase lo que había en su interior. Sobre sus cornisas, unas esculturas titánicas representaban cuerpos que recordaban a unos guerreros medievales sin rostros, blandiendo espadas pétreas en una mano y escudos en la otra. ¿Dónde estaba? ¿Qué mundo era aquel? Un edificio, que se mostraba más imponente que el resto, desplegaba en su fachada una gigantesca bandera roja con una gran cruz blanca enmarcada en un círculo negro. La observó y tembló.

Pero, ¿a quién iban dirigidos esos mensajes? ¿Dónde estaba todo el mundo? Jimena no daba crédito a lo que veía y un escalofrío se empezaba a adueñar de su cuerpo. Una extraña sirena con un sonido estremecedor la sacó de su asombro. Se detuvo. Giró varias veces sobre sí misma intentando averiguar lo que ocurría, pero no logró descubrir el origen de aquella resonancia metálica. Como quien acude a la llamada del cambio de turno en una gigantesca factoría, centenares de personas comenzaron a salir de todos los edificios, formando hileras tenebrosas. No tenían rostro, solo unas

desconcertantes cabezas desprovistas de ojos, nariz y boca. Todos vestían con un extraño atuendo, chaquetas y pantalones grises, sin hacer distinción entre lo que ella creía hombres y mujeres. Ninguno de aquellos seres se percataba de su presencia, ni siquiera evitaban chocarse con sus hombros al pasar a su lado. Comenzó a girar entre la marea de cuerpos intentando entender qué ocurría. Una ciudad, un mundo de personas ciegas y mudas que parecían caminar con un mismo rumbo marcado de antemano. Se desplazaban como autómatas sincronizados por un endemoniado mecanismo que los controlaba desde algún lugar remoto. Como si ella no estuviese allí, continuaban su marcha sin notar que un elemento extraño se cruzaba en su camino. Era invisible, un fantasma.

Giraba de nuevo, analizando atónita el desfile de cuerpos, cuando algo llamó su atención. A lo lejos, en la misma acera, una figura oscura permanecía de pie, hierática, mientras junto a él, la corriente de personas sin rostro pasaba sin detenerse. Notó cómo la observaba en la distancia. No acertó a distinguir si tenía o no rostro. Con las manos en los bolsillos de su abrigo negro, levantó la mirada en su dirección y mostró una sonrisa sombría. La sangre de Jimena se congeló al instante y un escalofrío tensó su columna vertebral. Al momento, comenzó a caminar hacia ella. Una sensación de pánico la envolvió y dio unos pasos hacia atrás. La avalancha de gente sin rostro continuaba. Echó a correr mientras la lluvia descargaba sobre las calles, primero con unas gotas lentas y gruesas para, seguidamente, dar paso a una tormenta atronadora. La figura oscura se acercaba cada vez más mientras esquivaba sin despeinarse la procesión de seres robóticos. A cada momento, ella se giraba y comprobaba la distancia con su terrorífico perseguidor. Aceleró sus pasos, pero parecía que el caminar acompasado de aquel extraño era más efectivo que su carrera.

Hasta que...despertó empapada en sudor, alertada por el tan odiado sonido chirriante del despertador. ¿Por qué un mundo sin rostros, sin voces que la alertasen de aquella siniestra sombra? Malditas jugadas de la mente que nos hacen caer en un universo

ficticio y nos desalienta de tal modo que tardamos en recuperar el aliento cuando llega el inicio de un nuevo día.

Se incorporó y permaneció sentada en el filo de la cama con la mirada perdida en el suelo. Casi sin pensarlo, trasladaba su pesadilla a la vida real. Imaginaba que esas calles desconocidas eran las mismas que recorría a diario y aquellos cuerpos sin rostros las personas con las que se cruzaba por las aceras. ¿Quizá una premonición camuflada en un sueño tenebroso? Y la sombra, siempre la sombra, sintiendo cómo a cada uno de sus pasos clavaba su mirada en su nuca. Él, siempre era él. Lo sabía, lo presentía. Notaba su odio camuflado en sonrisas retorcidas como el peor de los presagios. Pero se mantenía distante, por ahora no había dado un paso más en la dirección que ella temía. Aún no se había enfundado su abrigo negro para perseguirla con las manos en los bolsillos.

¿Era cierto el temor que sentía o no eran más que malas pasadas de su mente? ¿Tenían justificación sus temores si nada había ocurrido que le diese pie a pensar que algo malo podía suceder?

No eran más que simples pensamientos oscuros de un temor que no tenía por qué hacerse realidad. Estaba construyendo una serie de sucesos siniestros que, por ahora, nada indicaba que llegaran a materializarse. Los laberintos de la mente se antojaban un gran enigma para Jimena. ¿Por qué tenerlo siempre presente si no era más que un hombre cualquiera? Su ex marido, sí, pero un don nadie a sus ojos de madre preocupada y mujer valiente. Él sería tan importante como el protagonismo que ella le quisiese dar. Y para Jimena no era más que un simple actor secundario, como todas las personas que evitaban cualquier contacto con ella o su hija.

Pero, a pesar de no querer otorgarle un protagonismo innecesario, su sola presencia la irritaba.

El sonido de la cisterna del baño indicaba que Elena ya estaba despierta, siempre en pie antes que nadie. Abrió la puerta del dormitorio y sonrió al darle los buenos días. Al igual que ella, su cara parecía reflejar también una noche de sueño ligero. Desde hacía un tiempo mostraba una preocupación que no podía esconder. Calmaba el interés de su madre con mentiras infantiles, con excusas ligeras

que ella no llegaba a creerse del todo. Su dulzura no tenía límites, pero nada era como intentaba hacerle creer. No hablaba sobre lo que ocurría los días que convivía con su padre, pasando por alto cualquier comentario que hiciese con alguna intención oculta. Solo él sabía qué planes rondaban por su retorcida mente. Todo menos mostrar un mínimo de interés por la educación de su hija, por sus inquietudes, por su vida. Elena le ocultaba sus desvaríos para no preocuparla por algo que creía poder controlar con, a pesar de su juventud, su dilatada experiencia emocional.

La vida de sus padres le había hecho comprender los problemas que atañen a los mayores. Había madurado antes de tiempo, cuando las preocupaciones a su edad debían estar centradas en asuntos menos vitales para alguien como ella.

Como cada día, y a pesar de sus esfuerzos para que dejase de hacerlo, Jimena acompañó a su hija a clase. Dos calles antes de llegar le pidió que la dejase ir sola. Al fin creyó entenderla. Los niños tienen un desarrollado sentido del ridículo que todos hemos vivido, aunque ahora, como madre, no llegaba a compartir, pero sí a aceptar. Se quedó unos segundos viendo cómo se alejaba hasta que comprendió que, posiblemente, aquel sería el último día que su hija tendría que resignarse a su presencia ante sus amigos. Cuando estaba a punto de girar la esquina y perderla de vista, se volvió hacia ella y le lanzó un beso y una sonrisa. Sí, aquella debía ser la última vez.

La mañana había despertado con un cielo entreverado de nubes, aunque no parecía que la lluvia llegase para enturbiar lo que para ella siempre era motivo suficiente para estar feliz, ni más ni menos que un nuevo día. El mar y el viento solían poner sobre aviso ante un posible aguacero, pero no llegaban nubes negras de alta mar. Se alzó en cuello de la chaqueta y se dirigió hasta la tienda, como todos los días, como toda su vida.

Don Rafael la había invitado a desayunar a media mañana. Tenía algo que consultarle, desahogarse con su amiga sobre el tema de siempre. Jimena sabía perfectamente lo que le corroía por dentro. Nunca entendió cómo una persona a una edad tan temprana era

capaz de hipotecar toda su vida para dedicarse a proclamar la vida y obra de Cristo, «su mensaje». Lo veía como un sacrificio inmenso, cuando cualquier cristiano podía hacer esa misma labor sin llegar a apartar de su vida ciertos placeres que los demás se negarían a sacrificar.

Estuvo más a su lado que cualquier otro cuando todo ocurrió. Una tarde de lluvia se refugió en la iglesia. No había nadie, solo el tintineo musical de las velas encendidas que otorgaban al edificio un halo de misterio propio de una novela romántica. Había entrado muchas veces al templo, en distintas celebraciones y entierros, pero nunca se había detenido a observarlo con detalle. Le parecieron hermosas las pinturas que flanquean la nave central y que destacaban sobre la austeridad de un altar sobrio, con un retablo sencillo y geométrico.

Se sentó en un banco de las últimas filas y comenzó una extraña conversación con la figura crucificada que presidía el ábside. Le hablaba de su enfermedad, de su familia, de la tienda, de lo complicado que se puede volver tu vida sin poder hacer nada por evitarlo. Le explicaba la complejidad de criar a una hija sola sin ayuda de nadie, con sus problemas y dilemas de juventud, con sus ansias por querer descubrir el mundo y probar todo lo que la vida ponía ante sus pasos. Detuvo sus palabras y sonrió, preguntándose qué demonios hacía hablando con una talla de madera policromada. Escuchó unos pasos que se acercaban a sus espaldas y se giró. Una sonrisa dulce la observaba y parecía tener toda la intención de acercarse hasta donde se encontraba. Un pensamiento fugaz lo describió como un joven atractivo.

Aquel hombre se sentó a su lado y llevó su mirada hacia la parte alta del altar mientras cruzaba las manos sobre sus piernas.

—Es una bonita talla, ¿verdad? —preguntó sin presentarse—. Es lo primero que me llamó la atención cuando me destinaron a esta parroquia.

Al instante, y sorprendida por el hecho de que un joven como aquel pudiera ser el nuevo sacerdote, confirmó que estaba en lo cierto.



—No entiendo mucho de arte, pero supongo que es hermosa —acertó a decir.

—No la he visto nunca por la iglesia. ¿Vive aquí? Espero que no le moleste mi pregunta. No pretendo...

—Sí, aquí vivo. Desde siempre, desde que nací.

—El caso es que su cara me es familiar. ¿Quizá es usted la dueña de «La orilla», la pequeña tienda de souvenirs que hay en el puerto?

—Así es. Y no me equivoco si digo que usted es el famoso párroco del que todo el mundo habla, ¿verdad?

—Yo soy. Perdón, no me he presentado, que descortés. Soy Rafael, el cura famoso—sonrió irónico.

—Jimena.

—Así que es cierto que todo el mundo habla de mí —corroboró con un gesto conformista y entrecerrando los ojos—. Nunca he llevado bien este asunto de la fama—le guiñó un ojo.

—No sé si todo el mundo, pero he escuchado algún que otro comentario sobre...—cerró la boca al instante para no repetir la opinión de ciertas madres sobre su trasero.

—Sobre... —se interesó.

—Déjelo, cosas de pueblo, nada importante. Ya se habrá dado cuenta de que aquí las noticias corren como la pólvora y la llegada de un nuevo párroco es todo un acontecimiento. No son éstas unas vidas muy interesantes que digamos. Aquí matamos el tiempo con chismorreos de marujas y viejas.

—Lo noté en mi primera misa. La casa de Dios estaba repleta de miradas curiosas. Los días que vinieron después ya son harina de otro costal. La novedad, supongo. Es agradable sentirse como una estrella de rock durante unos minutos —bromeó y sonrieron los dos.

Aquel día comenzó a bordarse una pequeña gran amistad entre ellos. A pesar de no perder la oportunidad de conducir la vida de su nueva amiga por el sendero de Dios, guardaban una prudencial distancia entre los asuntos de la fe y los cotidianos. Rafael era cortés, fiel a sus creencias y tremendamente amable con las personas que él creía necesitadas de ayuda. Y así es como la vio desde aquella tarde lluviosa en la que se conocieron. Aunque Jimena era algo mayor,

desde entonces procuró estar cerca de ella y de Elena. Le resultaba extraño recibir consejos de alguien más joven que ella y sin experiencia alguna en problemas de mujeres. No sabía de las heridas del corazón, de discusiones de pareja, de la relación entre padres e hijos, más allá de lo que cualquier mortal pudiera suponer. Eligió «el camino que Dios puso ante mí» y eso suponía no poder vivir jamás en primera persona las bondades y maldades de una vida corriente, de la carne y sus despropósitos. A pesar de todo, ejercía la labor de confesor fuera y dentro de la iglesia. Y Jimena se lo agradecía.

Pocos eran los que aquella mañana se interesaban por la artesanía local. Solo un matrimonio despistado camino de la ruta de los Pueblos Blancos decidió que un pequeño joyero sería un buen regalo para su hija. Puntual como el sol de cada mañana, Rafael esperaba paciente en la puerta de la tienda a que cobrase la cuenta. Jimena colgó el cartel de «Vuelvo en diez minutos», se cogió de su brazo cual mujer unida a su amante y caminaron juntos como siempre que se encontraban. A ninguno de los dos le importaba demasiado que una mujer divorciada caminase del brazo del cura del pueblo, a pesar de las miradas acusadoras de las señoras más señoras y los hombres más hombres.

Ella un café con leche y él su ya clásico té verde.

—Bueno, señor cura, usted dirá —bromeó—. Supongo que este desayuno es para hablar de esa joven.

—Para tu desgracia, así es —sonrió—. No sé cuánto tiempo más podré soportarlo. No consigo quitármela de la cabeza.

—¿No consigues quitártela de la cabeza? —repitió con una sonrisa maliciosa—. Cualquiera podría pensar otra cosa.

—No me jodas, Jimena. Sabes perfectamente a lo que me refiero.

—Cuide ese vocabulario, señor cura. Alguien como usted, una de las autoridades del pueblo... ¡Qué diría la gente si le escuchasen hablar así!

—Deja de burlarte de mí. Bastante tengo con este asunto.

—Perdona, no era mi intención. Así que continúa con su acoso, ¿no es así?

—Ya no sé cómo afrontarlo. He hablado con ella muchas veces intentando convencerla de que no es más que una ilusión lo que persigue. Aparte de la diferencia lógica de edad, está mi situación. Mi unión es solo con Dios y su mensaje, nada más. Hay ciertos placeres que están vetados para los hombres como yo. Y si no fuese sacerdote, tengo muy claro que no habría nada entre una mujer tan joven como ella y yo.

—Hay personas que creen que la edad no es un problema importante cuando de asuntos del corazón se trata. Pero cuando la sotana se interfiere entre dos personas...

—La sotana no se ha interpuesto entre nadie, Jimena —reaccionó enfadado—. Te repito que no ha ocurrido ni ocurrirá nunca nada entre nosotros. Es completamente imposible. ¡Por todos los santos, soy un hombre de Dios!

—Me refiero a todo lo que se rumorea. Sabes que estoy contigo en esto. El hecho de que seas el párroco no ayuda. Es más, el morbo que genera entre los vecinos multiplica por cien la posibilidad imaginaria de que haya podido ocurrir algo.

—Cosa que no ha pasado ni pasará jamás.

—No tienes que convencerme de nada, de eso estoy segura. Ha llegado el momento de dar un paso más para acabar por fin con este martirio. Quizá deberías hablar con su familia. Conozco a sus padres, comprenderían lo que ocurre y reprenderán la actitud de su hija. Son personas muy conocidas y estoy segura de que este asunto es un quebradero de cabeza para ellos.

—Mi mentor y confesor, el padre Alejandro, me recomienda que me mantenga firme ante cualquier comentario o rumor. Lo importante es mi relación con Dios y mis pensamientos. Pero ya sabes lo que puede llegar a ocurrir si la insistencia de esa chica sobrepasa las fronteras del pueblo. Sería un escándalo para la diócesis. Y la Iglesia no pasa por su mejor momento que digamos por culpa de estos temas.

—Insisto en que lo mejor que puedes hacer es hablar con sus padres. Comprenderán que a esa edad todo se vuelve tibio, las ideas no son demasiado claras para una adolescente impetuosa. Ven lógico

y normal ciertos comportamientos que el resto vemos como... impropios, por decirlo de alguna manera.

Jimena suavizaba sus consejos cuando lo que realmente haría sería hablar cara a cara con la chica y, digamos, asustarla lo suficiente como para que se olvidase de eso que ella creía que era amor. Sus formas habían cambiado. Ya no era la mujer que antaño se amansaba bajo las órdenes y desvaríos de un marido férreo y poco tenaz en el amor. Su nueva visión de la vida le aconsejaba no dejar un solo tema pendiente por solucionar. Las cosas había que repararlas cuanto antes, no dejar que el tiempo fuese quien borrara los problemas. Ahora se enfrentaba a todo con firmeza y valentía, embistiendo a la vida por delante.

Pero a pesar de ese cambio de conducta, sus propios miedos aún no habían encontrado su final.

—Bueno, ¿qué tal te encuentras tú? ¿Cómo está Elena?

—Supongo que estoy tranquila —. No mentía, pero tampoco decía toda la verdad.

—¿Has vuelto a verle?

—Hace días que no sé nada de él.

—Solo es un hombre atormentado por el alcohol. Mal destino espera a las personas que recurren a la bebida para solucionar sus problemas —. Rafael intentaba normalizar la conversación. Jimena miraba su taza de café.

—Tengo miedo, no sé por qué. No ha hecho nada, pero esa forma de mirarme y su sonrisa amenazante...

—Relájate, disfruta de tu nueva vida. Tienes la tienda y una hija encantadora. Y, por supuesto, nos tienes al viejo y a mí —. Justo en ese momento, el camarero pasaba junto a ellos. Se sorprendió al escuchar las palabras del sacerdote. Don Rafael se percató, pero no hizo caso al gesto de sorpresa entrometida.

—Es algo difícil de explicar. Sé que no se atrevería a hacernos daño, pero cada vez que cruzamos nuestras miradas no puedo evitar recordar el tiempo en el que todavía estábamos casados. Sé que esos ojos esconden algo que aún no reconozco.

—Por suerte para vosotras ese tiempo terminó. Era tu única salida posible y la tomaste justo en el momento apropiado. Volviste a nacer para ti y para Elena. Sois una pequeña familia de dos, pero una familia grande —. Resultaba extraño oír hablar a un sacerdote de los beneficios del divorcio con aquella naturalidad y de lo normal que parecía que una familia solo la formasen una mujer y su joven hija.

—Eres un encanto.

—Lo sé, lo sé —sonrió—. Suelo causar ese efecto en ciertas mujeres.

Los dos sonrieron ante la mirada siempre atónita de quienes oían sus carcajadas. Jimena se sentía extraña, a pesar de las sonrisas y de las palabras tranquilizadoras del sacerdote. Aún así, en su interior se libraba una batalla inquietante, a pesar de no tener más motivos que la rabia camuflada en la mirada de su ex marido.

—Entonces, tu consejo es... —pidió una vez más antes de despedirse.

—Haz siempre lo contrario a lo que tu miedo te diga.

Como si de una gigantesca sábana se tratase, la gran mancha de casas blancas se abría frente a sus ojos como el mar ante el niño que lo ve por primera vez. Bajó las ventanillas del coche y el olor a sal inundó todo el habitáculo. Apartó el vehículo en un apeadero y bajó. Ante él se mostraba toda la inmensidad del océano, grande, infinito como el universo. El sol rozaba ya el horizonte y generaba unos colores ocres que se mezclaban con el azul del agua, creando una paleta celestial de tonos dulces y suaves. Desde su posición la vegetación era relativamente abundante, pero no lo suficiente como para privar al viajero de unas vistas propias de las puertas de cualquier paraíso. Cerró los ojos y respiró profundamente la brisa marina que con delicadeza golpeaba contra su rostro. Durante unos segundos se trasladó a otro lugar.

Se divisaban con claridad tres marcas. Una, el espacio que ocupaban las casas del pueblo, unidas como una colmena. Otra de color ocre perteneciente a la arena de la playa, se extendía hasta donde alcanzaba la vista a derecha e izquierda, inmensa y fuerte. La tercera, de un azul intenso, el color que a esas horas mostraba el Atlántico, lejos del humo y del ruido, lejos de los coches, lejos de todo lo que podía distorsionar su visión. Apoyado en una barandilla hecha con maestría con troncos de pinos perfectamente cortados y lijados, Israel disfrutaba de la belleza que regalaba aquella mezcla excitante de colores y sensaciones.

Cerró los ojos e inspiró de nuevo hasta llenar por completo sus pulmones.

El mar, siempre el mar. Para unos, símbolo de lo eterno, de paz, de tranquilidad. Para otros, el final, allí donde todo muere. Y recordó:

«Nuestras vidas son los ríos que van a dar al mar, que es el morir». A partes iguales, podía causar sensación de libertad, calma y ahogo. Es esa poesía que a cada lector le sugiere algo distinto. Para Israel, el agua era la vida, la actividad, la energía para enfrentarse a cualquier cosa.

—No me vendrás nada mal para lo que he venido a hacer aquí —decía mirando la línea del horizonte, hablándole directamente a la gran masa de agua azulada.

Regresó al coche y cogió con fuerza el volante, dirigiendo su mirada hacia el pueblo con cierto grado de inseguridad. El final del camino, el lugar donde podría encontrar a la persona que había ido a buscar. Alguien que habría comenzado una nueva vida, que tendría planes, sueños y problemas. ¿Le trataría como a un desequilibrado? Nadie en su sano juicio comenzaría un camino para encontrar a alguien que pudiera no querer ser encontrado. Pero tenía que arriesgarse, tenía que hacerlo por Paula. Quizá también por él mismo, pero aún no lo sabía. Por su mente viajaban de un lado a otro aquellas últimas palabras como miles de mariposas que despiertan con el día y salen de su escondite formando una nube irracional con un vuelo perfectamente controlado. Resonaban en sus oídos y alentaban la necesidad de saber dónde y dentro de quién estaba su recuerdo.

De todas formas, no era momento para dar marcha atrás. Estaba a escasos minutos de entrar en aquel enjambre de casas. Planeaba diferentes excusas para dar la vuelta y marcharse con las manos vacías. Puede que ya no viviese allí, que se hubiese trasladado a otra parte del país, o incluso al extranjero, como el chico aquel del que le habló el camarero de la vieja cafetería de Ventas. Podía ser una persona extraña, seria, con un punto de soberbia que mostraría desprecio hacia un loco que llegaba para contarle una historia poco creíble. Sabía que no debía airear cómo consiguió los datos que poseía, así que otro gran problema que se planteaba era explicar cómo había dado con ese lugar y con esa persona.

Continuaba agarrado con más fuerza si cabe al volante, con el motor parado, sudando como si estuviese dentro de una sauna. Tenía

miedo. ¿Y si no fuese todo tan sencillo?

—Hola, soy Israel, el hermano de... —pensaba—. He venido para...para...

Ninguna de las palabras que elegía parecía ser la más adecuada para presentarse. Soltó el volante y miró sus dedos, marcados en rojo por la presión. Bajó del vehículo, se echó las manos a la cabeza y levantó la vista al cielo. De nuevo, respiró con fuerza para aliviar la tensión y el miedo que empezaban a apoderarse de sus pensamientos. Un golpe de viento movió su pelo y las plantas que había a su alrededor. Como si fuese un boxeador a punto de saltar al ring, estiró su cuello y los brazos. Se giró nuevamente hacia el mar, apretó los labios y cerró los ojos.

—Vamos. Si continúo pensando así tiraré por tierra todo lo que he hecho hasta ahora. ¿Y si me reciben con los brazos abiertos? ¿Y si es una persona encantadora, tierna y comprensiva que entiende a la perfección por qué estoy aquí? —. Intentaba autoconvencerse de que estaba haciendo lo correcto, que no tenía nada que temer.

Regresó al vehículo, cogió de nuevo el volante con determinación y arrancó. Respiró hondo y pisó el acelerador.

Pocos minutos después intentaba localizar el hostel donde había reservado una habitación. Algo sencillo, lo normal para un mileurista convencido y resignado de que no podía ni siquiera plantearse buscar algo más lujoso. Le bastaba con una cama donde poder descansar y un baño decente. En sus planes no contemplaba estar allí más tiempo del necesario, a pesar de que con aquellas playas y aquellos paisajes no le importaría retrasar su regreso unos días más de los previstos. Las calles eran estrechas, unas vías irregulares que parecían no seguir ningún orden. Unas aceras estrechas enmarcaban los adoquines y dejaban poco espacio para el paseo.

El GPS de su teléfono móvil le advirtió de la llegada a su destino. Localizó un aparcamiento y bajó con su escaso equipaje para realizar el checking. Tras el pequeño mostrador de la entrada, un hombre de mediana edad reía al ver los gags de un programa de televisión. Sentado en una butaca de tela marrón más vieja que el mismo edificio, ignoró el chirrido de la puerta al abrirse. En las paredes del



espacio que hacía las veces de recepción del pequeño hostel, unos cuadros azulados por el paso del tiempo representaban imágenes de pequeñas barcas de pesca y playas. Israel tosió con delicadeza para llamar la atención de aquel hombre, quien se levantó como un resorte pidiendo disculpas. Muy dispuesto, realizó los trámites habituales de registro.

—Aquí está. Habitación 105, primera planta. Si necesita algo más, alguna bebida o algo de comida, no dude en pedírmelo —se ofreció con amabilidad el recepcionista, intentando compensar el descuido cometido. Israel agradeció el gesto. Mientras subía las escaleras escuchó una nueva carcajada de aquel hombre, que continuaba viendo aquel programa de televisión. Y sonrió suponiendo que no todos los hostales tenían por qué ser iguales.

Eran más de las nueve. A esa hora no podría hacer más que buscar un lugar donde poder comer algo y regresar al hostel para descansar. La habitación era austera, como las habitaciones de todos los hostales en los que había estado. Al menos podría ver la televisión, en el caso de que en las horas que había durado su viaje, los distintos canales hubiesen decidido en consejo extraordinario desechar ciertos programas insustanciales para programar algo más interesante en sus parrillas.

Se había propuesto localizar cuanto antes a quien había ido a buscar. No quería dejar pasar el tiempo, sin olvidar que su coartada era realizar un reportaje fotográfico. Lo habían citado a la mañana siguiente con su guía en una plaza para comenzar la ruta. Salió a la calle con las manos en los bolsillos mirando hacia todos lados. No hacía calor, ni siquiera la sensación de humedad se mostraba agresiva. Los edificios eran blancos, de no más de tres alturas. Casas adosadas, encaladas hasta el tejado y muy bien cuidadas, de las que colgaban macetas con geranios de todos sus balcones. Algunas cornisas a media altura pintadas de amarillo otorgaban un agradable sentido de horizontalidad a los edificios.

Llegó a una pequeña plaza en la que una fuente y unas palmeras hacían las veces de rotonda para el escaso tráfico que había a esa hora. En la cara Oeste, negando la posibilidad de observar el mar

desde allí, se alzaba una iglesia de estilo colonial, blanca como el resto de casas, cuyas torres coronadas por cúpulas semiesféricas recordaban con facilidad a construcciones árabes. Justo en frente, al Este, la terraza veraniega de un bar le pareció un buen lugar para calmar los gruñidos de su estómago hambriento. Se dejó caer en una silla como quien lleva varios días sin sentarse y pidió una cerveza bien fría.

Y regresó el pánico de no saber qué ocurriría cuando estuviese cara a cara con aquella persona. Imaginaba que se quedaba en blanco sin saber qué decir, cómo sería el saludo, qué palabras utilizaría para no causar una mala impresión o cierto temor por el motivo de su llegada. Sonreía por la inocencia de sus pensamientos, por lo infantil que debía ser su cara mientras ponía imágenes a sus suposiciones. Otro trago, cerveza casi terminada. Respiró profundamente e intentó olvidarse por un rato de lo que le atormentaba. No quería ni ponerse la venda antes de la herida ni pensar en un éxito que pudiera no aparecer. Examinaba todo lo que veía desde su posición. Las personas que caminaban, algunos clientes sentados en el mismo lugar. Incluso un par de niños que paseaban hablando de sus cosas mientras arengaban a un pequeño yorkshire para que no oliese todo lo que encontraba a su paso. El cielo comenzaba a tomar un color grisáceo. Un coche con las ventanillas bajadas, mostraba al mundo una música estridente. Israel frunció el ceño, molesto por el sonido que desentonaba en aquel pintoresco cuadro.

El camarero le aconsejó unos cuantos platos fuera de carta. Israel aceptó la propuesta como siempre que pisaba un lugar nuevo por primera vez. Se recolocó en la silla y encendió un cigarrillo. Semanas atrás comenzó su particular plan para dejar de fumar. Solo uno a ciertas horas del día sería el mejor inicio para salir triunfal de su batalla contra la nicotina y el alquitrán. Por ahora lo sobrellevaba más o menos bien, a pesar de tener que soportar cierta ansiedad y tener la mandíbula destrozada de tanto mascar chicle. Pero era su nuevo reto, así que prefería un dolor muscular al agotamiento y perjuicio para su salud que suponía consumir una cajetilla diaria. Paula se lo recriminó en innumerables ocasiones. Para ella era incomprensible cómo

alguien era capaz de introducir en su cuerpo elementos que lo único que provocarían sería una arterioesclerosis grave o alguna enfermedad coronaria, además de «ver cómo tu piel se estropea». Israel esbozó una casi imperceptible sonrisa al recordar las lecciones de su hermana. Siempre aconsejando, siempre queriendo hacer extensivo su modo de ver la vida a los demás. Una vida para el resto, acciones que hacían que sus sueños fuesen plácidos. Jamás una mala acción le impidió conciliar el descanso nocturno, jamás una mala palabra le hizo ganarse algún enemigo.

Echó un rápido vistazo a sus redes sociales. Fidel había dejado un mensaje para él en Facebook recordándole la confidencialidad que le pidió el día de antes. Respondió tranquilizando a su amigo, explicando que su viaje no era más que la necesidad imperiosa de saber. Le informó que pronto acabaría con esa historia. Volvió a darle las gracias por su ayuda. Su madre también le preguntaba por el viaje y comentaba algo sobre su padre. Nada nuevo, un día normal dentro de su triste rutina de paseos hacia ningún sitio y su escasa conversación con su esposa. Estaba esperanzado en que a la vuelta pudiese mantener una charla con él para intentar sacarlo de su escondite. Un padre dolorido, roto por dentro. Un esposo alejado de su mujer y convertido en un fantasma que deambulaba por la casa arrastrando la bola unida a sus cadenas, como si él fuese el único culpable de la muerte de su hija.

—Usted no es de por aquí, ¿no? —preguntó el joven camarero, sacándolo de su silencio.

—No, acabo de llegar.

—¿Madrid?

—Madrid, de allí vengo.

—Perdone si le molesto, pero hoy no ha venido mucha gente por aquí y a mí me gusta hablar. Muchos dicen que más de la cuenta, pero yo creo que no. Solo intento que los clientes estén a gusto. Algunos turistas no suelen ser muy habladores, pero qué le vamos a hacer. Supongo que ya hablan demasiado en sus trabajos o en sus casas.

Hablaba sin parar, casi sin tomar resuello. Israel evitaba ser descortés aguantando una carcajada. Solo observaba y asentía.

—Además, todo el mundo espera que un camarero comience alguna conversación, y como a mí no me gusta hablar del tiempo, dejo que sean los clientes los que digan la primera palabra. Vamos, la primera palabra o todas, porque ya le digo que me gusta hablar pero también sé escuchar. Creo que eso es bueno, saber escuchar, quiero decir. Porque hay momentos para hablar y otros para escuchar, al menos eso dice siempre mi padre —. Casi no respiraba. Su acento del sur, la nula pronunciación de la jota y las eses, un seseo muy pronunciado y la velocidad con la que lanzaba sus palabras, hacía que Israel casi tuviera que intuir lo que quería decirle —. Trabaja en el ayuntamiento, de ordenanza. Se toma muy a pecho su trabajo, es muy responsable. Pues ahí lleva ya más de cuarenta años el hombre. Entró siendo un chiquillo y ahora está a punto de jubilarse.

Lo miraba sonriendo, sorprendido de encontrar a alguien con esa velocidad de palabra. Agudizaba el oído para llegar a entender bien lo que decía. Echó un rápido vistazo a su alrededor y lo invitó a sentarse con él. ¿Quién mejor que alguien así para comenzar a investigar a cerca de la persona que buscaba? El gesto del chico se torció por la repentina invitación. Miró al interior del bar, observó el resto de mesas y aceptó.

—No suelo tomar nada mientras estoy trabajando, no vaya a ser que la bandeja esté todo el tiempo en el suelo. Entiéndame. Con nada me refiero a nada de alcohol, porque agua sí que bebo. Uno tiene que mantenerse bien hidratado por estas latitudes si no quiere que le dé una pájara. Y en este trabajo, como no bebas la suficiente agua, puede darte una lipotimia o algo así. Una vez le ocurrió a mi jefe y tuvo que venir la ambulancia. Nos asustamos, pero todo quedó en una simple bajada de tensión. Se lo decimos a menudo, que tiene que dejar de comer tanta grasa y tomar más pescado azul. ¡Será por pescado azul aquí! Más de un litro de agua diario es lo que bebo yo. Sí, casi dos litros. Y caminar, también tiene que caminar más. Ya sabe usted, la gente mayor deja de hacer caso de los médicos.

—No solemos prestarle atención a nuestra salud —acertó a decir Israel en un leve respiro del camarero parlanchín.

—¡Es justo lo que yo digo! Cualquier día su corazón dejará de trabajar como debe y hasta aquí hemos llegado. Mira que se lo digo, pero es tan terco que no hace caso de mis consejos. Porque créame cuando le digo que de este tema sé un poco más que él. Leo mucho sobre medicina. No me pregunte por qué, pero me gusta. Porque para andar en bicicleta uno tiene que estar informado de lo que debe y no debe hacer, ¿me entiende?

—Perfectamente —. No podía dejar de sonreír ante la gran tormenta de palabras que emitía el joven. Pero el camarero parecía ser más astuto de lo que en un principio parecía.

—¿Entiende bien todo lo que digo? Es un pequeño defecto que tengo. Hablo muy rápido, lo sé, pero no puedo controlarlo. Aquí todo el mundo habla más o menos así y nos entendemos todos. Pero claro, usted al ser de fuera...Supongo que no le será fácil entender nuestro acento. A algunos les resulta simpático. A mí no, es nuestra forma de hablar. Me refiero a que no sé si es simpático o no, es solo nuestro acento. Sabemos que, entre la velocidad que tomamos cuando queremos decir mil cosas a la vez y nuestra pronunciación, a la gente de fuera le resulta complicado entendernos. Creo que no todo el mundo tiene buen oído.

—Es...curioso —dijo para no ser descortés con el camarero—. Todos tenemos nuestro propio acento. Es una seña de identidad de un pueblo. El suyo me gusta, suena natural sencillo, amable.

El muchacho asentía ante aquellas palabras. Apoyó el codo en la mesa y puso su mano bajo la barbilla, cual pensador de Rodin. Observaba con atención a su nuevo amigo.

—Nunca lo había visto de ese modo —. Por extraño que pareciese, bajó la velocidad. Que Israel dijese que su acento le resultaba amable, hizo al camarero ralentizar el ritmo—. Puede que eso sea lo que le ocurrió a mi prima. Se marchó de Jimena, su pueblo, para trabajar en una empresa alemana. Dos años después, cuando volvió, hablaba de otra forma. Más despacio, con alguna «s» que otra.

Un escalofrío recorrió la espalda de Israel. «Jimena también es el nombre un pueblo», dijo para sí. Sin duda, era la oportunidad para sonsacar al muchacho algo de información. Si había alguien a quien poder preguntarle cualquier cosa en una localidad pequeña, era sin duda a un camarero o a un peluquero, personas con las que solemos confesarnos y que conocen muy bien a cada vecino.

—Bonito nombre para un pueblo —dijo con toda la intención—. También era el nombre de la esposa del Cid Campeador.

—No está muy lejos de aquí, apenas a una hora de coche. Hay mujeres con ese nombre —informó, como si el turista no supiera que era nombre femenino—. Sin ir más lejos, aquí hay varias que se llaman así.

—¿Es un nombre habitual por la zona?

—Habitual no sé, pero que las hay, sí. Están doña Jimena, la maestra de primaria, también la mujer de Manuel y... Hay alguien más, pero no recuerdo quién... Claro, ya está —dijo chasqueando los dedos—. La dueña de «La orilla».

—¿«La orilla»?

—Sí, una tienda de souvenirs, en el puerto. Pobre muchacha. Parece que las cosas no le van muy bien desde hace un año. Hay quien dice que no ha vuelto a ser la misma desde la enfermedad. Pero yo la veo bien, feliz cuando pasa por aquí cada mañana.

Las últimas palabras de su hermana comenzaban a resonar más y más fuerte, como si Paula estuviese a su lado, gritándole al oído, arengando a su hermano para que moviese el culo de aquella silla y corriese a conocer a esa mujer. Israel sintió un temblor, una mezcla entre miedo y sorpresa por lo sencillo que parecía todo hasta ese momento.

«Búscame Israel, búscame».

Sobre la mesa, una taza humeante de café recién hecho, el periódico del día y el mismo sobre cerrado desde hacía ya demasiado tiempo. Dudaba si abrirlo o no. Lo miraba con desconfianza, con miedo. Hizo el amago de cogerlo pero desistió al instante. Tomó la taza y se levantó con el impulso de quien se decide enfadado a no resolver un viejo asunto. A través de la ventana observaba el amanecer, luminoso y brillante como un jarrón de plata al que alguien acababa de sacar brillo. Dio un trago corto, todavía estaba caliente. Los visillos se agitaban al son de la brisa marina que hacía su habitual visita matutina. Un pequeño escalofrío le erizó la piel y sonrió. A falta de aquel beso que antaño lo despertaba, no conocía mejor manera de recibir un abrazo por las mañanas. Y él se dejaba envolver, acariciar por el aliento de las primeras horas, la inyección justa de energía para encarar las vicisitudes que pudiera acarrearle una jornada desordenada.

Esperaba los resultados de las pruebas sin esperanza alguna. Sabía lo que ocurría, lo presentía, como el cíclope que espera su momento con la maldición de ser consciente del momento justo en el que todo ocurriría. Los continuos dolores eran la muestra irrefutable de que algo no iba bien. Ni siquiera los calmantes realizaban ya su función. Un extraño pensamiento pronosticaba que no debía quedarle mucho tiempo. Soportaba en silencio su más que previsible destino, esperaba el desenlace camuflado siempre en una sonrisa que no mostraba su realidad. ¿Qué necesidad había de que alguien más supiese lo que el destino tenía reservado para él? Ni siquiera su buen amigo Aimar era conocedor de su enfermedad. Ni, por supuesto, su hija. Llegaría al final de sus días sin haber resarcido su delito. La

pena, que en un principio ardía en su interior destrozando cualquier atisbo de reconciliación paternal, se había convertido en un río de acero fundido que le consumía minuto a minuto.

De nuevo, aquel sobre tendría que esperar otro amanecer distinto para ser abierto, como si pudiese ver su contenido a simple vista sin la necesidad de examinar su interior. Como la puerta que no queremos abrir, como el paso que no queremos dar, como el conocimiento inquebrantable de que un día de estos todos nos iremos para siempre. No hace falta que nos lo demuestren. Lo sabemos sin haber realizado ningún experimento con nuestro cuerpo.

Pensaba en todo lo que aún le quedaba por hacer, pero por su testarudez, continuaba sin cerrar sus círculos. A pesar de la apariencia de ser un hombre tranquilo, alguien dulce y sociable que ya había vivido sus días plenteramente, su mundo interior no era más que una playa tras el paso aterrador de un tsunami, una ciudad arrasada por un bombardeo, miles de margaritas desojadas en el suelo habiendo dicho todas que no. Solo había una forma de poder salvar los muebles antes de desaparecer. Lo sabía, conocía perfectamente lo que debía hacer, pero parecía como si una mano invisible y torturadora lo retuviese en aquel lugar, cuando era en otras latitudes donde estaba la solución a su martirio. Había llorado tantas veces en la intimidad del hogar que ya no quedaban lágrimas capaces de sosegar el quebranto producido por aquella decisión tomada tras una huída que lo alejó de su hija provocando su rechazo.

Caminaba cabizbajo a su cita sin prestar atención al ajetreo diario del pueblo, con su típico sombrero Panamá cubriéndole la cabeza, dirigiendo sus pasos lentos a la plaza sin levantar la mirada de las baldosas de la acera. Sus vestiduras color crema durante los días de verano era algo que la gente del lugar veía con cierta sorna, aunque respetaban por encima de todo al gran hombre que les sacaba más de una vez las castañas del fuego. Aquel que manchaba y destrozaba sus manos con la grasa de los motores contaba con el respeto y admiración de un pueblo que lo acogió con los brazos abiertos. Agradecido y abrumado por tan agradable acogimiento, decidió



derramar su conocimiento en mecánica sobre aquella gente que vivía echando y recogiendo las redes del mar.

A lo lejos ya distinguía al bueno de Jacinto charlando de forma distendida con un joven desconocido. Supuso que sería él a quien acompañaría para la realización del reportaje fotográfico. Jacinto movía sus manos de un lado a otro, como si estuviese dando al desconocido ciertos detalles de la plaza, mientras su atento acompañante levantaba la vista examinando los edificios. Aceleró sus pasos y se acercó a ellos mientras se quitaba el sombrero por respeto. Don Eritz entró a la plaza repleta de palmeras, dejó a un lado la escultura de la Nave y se dirigió al punto de encuentro.

—Precisamente estábamos hablando de usted —dijo Jacinto al estrechar la mano del recién llegado.

—Espero que bien —bromeó.

—Sabe que yo siempre hablo muy bien de mis amigos.

—No me cabe duda alguna, querido Jacinto. Y usted debe ser el joven reportero —intuyó.

—Buenos días. Así es, encantado de saludarle. Soy Israel.

—Curioso nombre —dijo don Eritz, mientras que con un leve movimiento inclinó su cabeza hacia su hombro derecho.

—Tengo que agradecerse a mis padres. Ellos y su fe cristiana —apuntó el recién llegado.

—Comentábamos algunos lugares en los que podría conseguir buenas fotos. Parece ser que nuestro invitado pretende realizar una exposición centrada, sobre todo, en el trabajo en el mar —. El siempre servicial Jacinto se adelantaba a las posibles propuestas de don Eritz.

—Pues ha venido al lugar adecuado, amigo. Si hay alguien que conozca a la perfección la dureza del océano, sin duda alguna son las gentes de por aquí. Y dígame, ¿tiene pensado qué tipo de fotografías espera conseguir? —. El viejo mecánico mantenía una amable sonrisa y un tono de voz delicado, amable.

—Aquellas en las que refleje el sufrimiento de la pesca, el duro trabajo que realizan a diario. Pero no solo me quiero centrar en el mar —dijo corrigiendo las palabras de Jacinto—. Espero reflejar

también cómo son sus vidas fuera del agua. Ya sabe, aquello de «Marinero en tierra» —puntualizó Israel.

—Veo que le gusta leer. Bien, bien. De todo encontrará por aquí. Podremos charlar un rato con los viejos lobos de mar. Ellos le contarán mil y una historias sobre los años en los que la pesca era mucho más dura a bordo de los viejos barcos y cómo pasan ahora sus días.

—Perfecto. Pero supongo que no todo el mundo vive de la pesca, ¿me equivoco? —. Israel comenzaba a tejer su plan.

—Por supuesto que no. Un pueblo no funciona solo con pescado. Por desgracia, los golpes crueles del desempleo azotan también a muchas familias. Hablaremos con dueños de otros negocios. Pero sobre todo, caminaremos para que usted pueda retratar todo lo que sea de su interés. Este pueblo, al igual que todos los pueblos del mundo, no se llega a conocer si no se camina por él y se respira su aroma propio.

Hablaba de una forma cordial, elegante, algo que llamó la atención de Israel. Como era lógico, notó que su acento no se correspondía con el que hasta el momento había podido escuchar. Las tierras del norte habían dejado escapar a uno de sus hijos. No pensó nada más sobre el hombre de la curiosa vestimenta y del sombrero Panamá. Si aquel iba a ser su guía, la primera impresión había sido tranquilizadora.

Israel iba dejando caer cuáles eran sus intenciones. Además de la retahíla de fotografías que obligatoriamente tendría que tomar del mar y sus labradores, debía hacer todo lo posible por encontrar a la mujer que se escondía tras aquel nombre. Y qué mejor manera de introducir en su exposición ficticia la vida de quienes no comían directamente de la pesca. Su estrategia comenzaba a dibujarse sobre aquel papel, blanco y radiante como nunca había visto. Por suerte, todo parecía empezar con buen pie.

Jacinto, otorgando una relevancia desmesurada a sus funciones, se disculpó por no poder acompañarlos debido a la importancia de cierto trabajo que tenía que realizar antes de la vuelta del alcalde, que en esos días se encontraba de viaje. Don Eritz sonrió con amabilidad

y dirigió una mirada ocurrente a Israel, quien acertó a ver cierto grado de complicidad. Ambos miraban cómo el ordenanza entraba resuelto al consistorio, con el mismo aire supremo que irradia un coronel al entrar a su cuartel.

—A veces tengo la sensación de que es él quien manda en esta casa —comentó el anfitrión mientras se colocaba de nuevo el sombrero—. Comencemos pues, así podremos aprovechar bien el día. ¿Algún lugar en especial que quiera visitar en primer lugar?

—El puerto puede ser un buen comienzo, ¿no le parece? —propuso sagaz.

—El puerto, claro, perdóneme. Qué mejor lugar. Precisamente a esta hora la actividad allí es frenética. Adelante, pues. Primera parada, el puerto. Vamos a ver qué estampas nos regala la lonja a esta hora.

Asintió y le siguió. Los dos caminaban en silencio, pero para alguien como aquel hombre que se camuflaba del sol y del calor con aquella indumentaria que a Israel le pareció más propio de tierras al otro lado del charco, el silencio nunca fue una opción cuando la oportunidad le brindaba un contertulio que, posiblemente, podría ser un buen conversador. Así que no tardó en interesarse por su trabajo con la cámara.

—Y dígame. ¿Hace cuánto que se dedica el mundo de la fotografía?

—Pues ya son casi ocho años. Comencé realizando otros trabajos, bodas y demás celebraciones, ya me entiende. Lo primero era comer y pagar el alquiler.

—Le entiendo perfectamente. A todos nos ha ocurrido alguna vez. Jacinto me comentó algo sobre su trabajo para un canal de televisión...

—Sí. Hasta hace un año trabajaba como reportero free... Autónomo —corrigió al instante—. He estado en muchos países. Unas veces eran encargos para ese canal y otras para revistas especializadas. Bolivia, Cuba, Nepal, India... Pero, aprovechando el argot mariner, digamos que llevo un año en dique seco. Malas pasadas que la vida se esfuerza en jugarte.

—Todo un aventurero, por lo que veo.

—No lo crea. No siempre han sido trabajos en lugares fantásticos. En algunas zonas el peligro estaba muy presente. Y créame cuando le digo que inmortalizar el dolor y el sufrimiento no es algo fácil. Duele, duele mucho. Nosotros, los reporteros gráficos, solo podemos utilizar las imágenes como denuncia. Poco más podemos hacer contra un mundo que devora a las personas que no generan nada rentable. Solo nos acordamos de ellos cuando sufren la furia de la naturaleza. No debemos interferir si queremos salir vivos.

—Le entiendo perfectamente. Ya me contará alguno de esos peligros. Aquí, sin embargo, la vida es más lenta, aunque no estamos faltos de ciertas «aventuras» —bromeó—. No se parecen en nada a lo que usted haya podido ver en sus viajes por el mundo, pero una simple disputa en la cantina o un pequeño robo, puede convertirse en todo un acontecimiento. Y no digamos cuando un asunto de faldas irrumpe en las vidas de los vecinos —. Los dos sonrieron al unísono.

—Siempre hay un hecho o un motivo con peso para inmortalizarlo. Las fotografías cuentan mucho más de lo que creemos. Detrás de cada foto hay una historia que debe ser desvelada. El rostro de alguien paseando que es cazado por un objetivo acertado, quizá nos diga más de lo que podamos imaginar.

—El arte escondido tras el ojo del fotógrafo. De hecho, yo mismo tengo un gran archivo desde que llegué aquí. Cuando quiera puede examinarlo. Puede que encuentre algo de su interés. No son grandes fotografías, pero de entre tantas alguna le será de ayuda.

—Se lo agradezco enormemente, don Eritz. Estaría encantado de echarle un vistazo.

Tal y cómo había aconsejado el viejo mecánico, llevaron sus pasos hasta el puerto. Por el camino no faltaban los saludos al hombre del sombrero Panamá ni vecinos que se detuviesen a su paso para pedirle algún consejo de cómo reparar ciertos chismes. Don Eritz aguantaba estoicamente las consultas con una sonrisa. Nadie se fijaba en la compañía, salvo una chica que examinó a Israel de arriba

abajo y esbozó una sonrisa pícaro, al tiempo que el muchacho se sonrojaba.

El bullicio que provocaba la entrada y salida de camiones, las elevadoras mecánicas cargando y descargando la pesca y el trajín propio de la lonja, generaban una estampa que hizo que Israel sacase al instante su cámara. Las gaviotas se mezclaban con otras pequeñas aves a la caza de los descartes que se lanzaban al mar. No era un gran puerto. La lonja y los amarres se situaban sobre un muelle construido perpendicular a la costa, justo en el lado opuesto a un pequeño puerto deportivo con no muchas embarcaciones de recreo. Un gran espolón hacía las veces de parapeto contra las olas, creando una pequeña dársena a modo de redil marino.

Justo al norte, donde el cemento parecía haber detenido su avance, se extendía la gran arboleda que vio a su llegada, un inmenso pinar como un gran bosque verde que limitaba al Oeste con la playa. Hombre y naturaleza habían logrado un equilibrio esencial, una convivencia necesaria con el mar como enlace entre dos mundos. En la entrada a la lonja Israel se detuvo un momento. Subió sobre una caja de madera que creyó lo suficiente fuerte como para soportar su peso y oteó a lo lejos para disfrutar de nuevo de esa gama de verdes y azules. Cogió su cámara y robó varias instantáneas.

La luz lo inundaba todo mientras el graznido de las aves anunciaba el retorno de las barcas tras una larga jornada de pesca. El ajetreo portuario y el sonido de los motores de gasoil fabricaban una melodía especial que se repetía en el puerto cada mañana. Marineros felices por las capturas, sufridas manos expertas que se saludaban mientras se preguntaban unos a otros por el pan arrancado al mar. Algunos ya saboreaban el humo del trabajo bien hecho, representado en los puros que mordisqueaban y que bailaban en sus bocas. Mientras, en la pequeña cantina de la lonja, el café servía de consuelo al esfuerzo titánico una mañana más, cuando a lo lejos una sirena avisaba de otra llegada. Todas las conversaciones giraban sobre los mismos temas. Unos comentaban lo picada que estaba la mar y algún inconveniente sufrido en sus motores. Otros, el tamaño de las capturas, poco parecido a la de los meses anteriores.

Don Eritz lo observaba y sonreía. «Qué don poder ver una fotografía donde el resto solo vemos árboles normales», pensaba mientras señalaba hacia los barcos para que el visitante mirase hacia ellos. Acertó. Israel giró sobre sí mismo y comenzó a disparar de nuevo.

Se colgó la cámara y se acercó hasta uno de aquellos botes. En la cubierta, tres hombres limpiaban con agua los restos de la captura. La embarcación, pintada de blanco y azul suave, se zarandeaba con dulzura ante las leves embestidas del agua. Aquellos hombres saludaron a don Eritz, comentando con él los kilos de pescado logrados. Israel les planteó la posibilidad de subir a bordo y aceptaron. Dobló los bajos de su pantalón hasta la altura de las rodillas y con unos escorzos que los pescadores veían imposibles para ellos, disparó su cámara varias veces.

—Pues sí que es difícil esto de hacer fotos —comentó el que parecía el patrón de la embarcación, sonriendo ante las contorsiones tan extrañas de Israel.

—No siempre conseguir el ángulo correcto es sencillo —respondió el reportero.

—Lo que usted diga, amigo, lo que usted diga —. Israel arqueó las cejas y continuó disparando.

La lonja era un hervidero de sonidos. La subasta de pescado había comenzado hacía tiempo y no quedaba mucho género en las cajas de plástico. El hielo iba y venía para mantener los peces en perfecto estado. Algunos esperaban al último momento para conseguir unos precios más bajos. La clientela de muchos restaurantes había menguado y ya no se podía pagar tanto como tiempo atrás, así que todos debían hacer un esfuerzo para que ninguno perdiese, unos por su trabajo en el mar y otros por sus empleos en los restaurantes. Un pacto no escrito que todos respetaban.

Mientras don Eritz saludaba al presidente de la Cofradía de pescadores, quien lamentaba la bajada de cuota que la Unión Europea había impuesto sobre ciertos pescados, Israel iba y venía de un sitio a otro disparando su cámara sobre todo y sobre todos. Unas botas katiuskas en un charco de agua, cerca de una cesta con

pescado. Otra fotografía representaba a un marinero viejo levantando con dificultad un atún de mediano peso, ofreciéndoselo a la cámara. Otra encuadraba un grupo de compradores que miraban atentos los paneles donde se indicaba el precio de la remesa a la venta. Era un oasis para Israel, que no paraba de girar sobre sí mismo y sin apartar el ojo del visor. Su guía lo observaba por encima del hombro de su amigo, sonriendo al verle repetir el ritual de posturas imposibles para lograr la mejor imagen. Miraba su cara de satisfacción mientras obviaba por un momento los lamentos del presidente que continuaba con sus críticas. Nadie parecía prestarle atención al fotógrafo, como si aquellos aguerridos hombres ya estuviesen acostumbrados a la presencia de un ojo indiscreto que no respetaba su espacio. Por allí pasaban a menudo cámaras de televisión y todo tipo de periodistas interesados por el atún de la Almadraba y casi se podría decir que los reporteros eran un elemento decorativo más de la lonja.

En un lateral de la lonja, tres hombres procedían al ronqueo de varios atunes de gran tamaño. A su lado, varias cajas de corcho contenían los resultados del despiece. Lomos negros y blancos, espinetas, contramormas, faceras, tarantelos y descargamentos, muy apreciados en la cocina actual, eran recubiertos con hielo picado, listos para saciar los paladares más exquisitos. La escena sorprendió a Israel, quien no tardó en interesarse y sorprenderse con la habilidad de aquellos hombres en el manejo del cuchillo. Se diría que por unos momentos olvidó el verdadero motivo de su viaje ante tal cantidad de escenas inéditas para él reunidas en el mismo lugar.

Estaba tan abducido por lo que veía y escuchaba, que se sintió de nuevo en su mundo, como si el último año no hubiese existido. Paula estaba en su mundo de siempre, sus padres con sus celebraciones de jubilación y él con viajes de ida y vuelta.

Israel parecía haber conseguido sus propias capturas. Levantó la vista para localizar a don Eritz y se acercó hasta él. Le ofreció su cámara para que viese en la pequeña pantalla las fotografías robadas durante aquellos minutos. Asintió con agrado al ver la maestría del muchacho.

—Tiene usted buen ojo para esto —comentó al ver el resultado—. Es un placer ver cómo alguien es capaz de captar el arte que existe en una vulgar lonja de pescado. Le felicito amigo, enhorabuena. Nunca pensé que entre estas paredes se encerraba tanta inspiración.

El fotógrafo soltó una carcajada creyendo que no eran más que unos halagos disfrazados de un exceso de cortesía amable por parte de su anfitrión y guía. Saludó también al presidente quien, cómo no, conocía de su visita.

—Es buena toda publicidad que podamos tener. A ver si con su trabajo es capaz de revelar nuestras penurias y los vetos que más de un político europeo parece que se ha empeñado en ponernos. Lo más cerca que han visto pescado esos encorbatados ha sido en un plato. Una semana embarcados les daba yo a esos...—. Se guardó su opinión.

—No haga caso a don Francisco. Aprovecha cualquier ocasión para quejarse. Debe ser la edad —le guiñó un ojo—. Se le está haciendo eterno el tiempo de espera para su jubilación.

El muchacho no dijo nada, solo disfrazó su desconocimiento con una sonrisa apretando los labios.

—Sabes perfectamente de lo que hablo. Este vasco descascarillado no termina de comprender lo que ocurre —farfulló dirigiéndose a Israel—. ¿Acaso no ves las noticias y lo que todo el mundo comenta? Desde Europa se han propuesto que solo comamos pescado de Marruecos y lo van a conseguir.

—Bueno, bueno. Ni todo es tan malo ni tan bueno. Imagino que habrá que repartir los frutos del mar.

—¡Marruecos no es Europa, por Dios! Qué sabrás tú de esto. Lo tuyo son los motores. Déjanos a nosotros todo lo demás. El mar no es un huerto, es más bien un campo de batalla —. Se palpaba con claridad la rabia en las palabras del hombre cuyo rostro mostraba el castigo del salitre, del viento y del sol.

—Vámanos de aquí antes de que don Francisco coja un megáfono y monte una manifestación en cinco minutos —bromeó don Eritz.

—Muy gracioso el vasco, pero que muy gracioso, sí señor. Anda, tira. Si has venido solo a molestar, lárgate de aquí cuanto antes



—decía mientras daba un leve empujón a su amigo en señal de reprobación por su desconocimiento sobre las cuotas de pesca impuestas.

Volviéron sobre sus pasos y salieron del puerto. Iban dejando a un lado a los vecinos apostados en el espigón con sus cañas de pescar, luchando contra las olas por su bien merecido premio a la paciencia. Al final de la ensenada giraron hacia la derecha, embocando el pequeño y discreto paseo marítimo. Reían al recordar el mal humor de don Francisco y su ímpetu al hablar de los temas políticos que afectaban a la cofradía. Israel llevaba la cámara al hombro mientras escuchaba con atención las palabras de su nuevo amigo. A su derecha el mar se revolvía con cierta furia contra los bloques de cemento que protegían los muros. La espuma blanqueaba su derrota contra los cubos, intentando una y otra vez derrotarlos y abrirse camino sobre tierra firme.

Mientras don Eritz saludaba con efusividad a un matrimonio que descansaba en un banco de madera, Israel llevó su vista a las casas que bordeaban el paseo. De repente, el corazón le dio un vuelco. A escasos treinta metros de su posición, el escaparate de «La orilla» se mostraba reluciente, como un espejo deslumbrante.

Tragó saliva. No se movía, no parpadeaba. ¿Era aquella la tienda de la que había oído hablar al camarero la noche anterior? Un escalofrío le erizó la piel.

No le iba a resultar fácil romper con la rutina de acompañar a Elena a clase cada mañana. Un nuevo giro en su vida que, a pesar de ser algo sin importancia, para una madre suponía reconocer que su pequeña comenzaba a hacerse mayor. No mayor en el sentido de comenzar a tener las responsabilidades propias de alguien con más edad, no. Mayor porque empezaba a tomar conciencia de que los cambios en la vida de una adolescente son progresivos, según van descubriendo lo que les afecta más o menos. Y la vergüenza es algo común a todos los mortales a esas edades. Muy a su pesar, su pequeña ya no lo era tanto. Las pruebas eran más que evidentes. ¿Podía una niña de su edad mantener una conversación sobre la no relación entre su madre y su padre, sobre los problemas que llevaron al matrimonio a la separación y, por el contrario, tener que ir a clase cada mañana de la mano de mamá? Pues eso mismo es lo que Elena pensaba y su madre debía asumir sin remedio.

Como cada día, despertó antes que nadie, incluso antes que el mundo. Su alegría por las mañanas chocaba frontalmente con ese tono oscuro que acompañaba a sus amigos al poner un pie en la calle, siempre con sus ropas negras y unas miradas que muchos calificaban de tristes. En casa era otra, no la que caminaba sola con los auriculares puestos escuchando su música, no la que huía del resto camuflada en un grupo en el que sus miembros rechazaban cualquier estereotipo simple y vulgar que les hiciese ser catalogados como chicos a la moda. A pesar de todo, formaban una estampa más común de lo que ellos pudieran pensar. No eran los únicos que algunos veían como apestados que deciden seguir sus propias normas. A los ojos de los «normales», ellos eran los raros, los que no

querían saber nada de las rutinas ordinarias, los descontentos con lo aceptado sin rechistar por todos los chicos y chicas de su edad. Y de esos también había muchos, más de lo que cualquiera pudiera pensar. Sus silencios les hacen pasar desapercibidos a nuestros ojos vulgares, que no ven más allá de lo común, de lo que para todos es aceptado por ser algo extendido sin siquiera preguntarnos cuál es nuestra opinión.

De puertas para adentro era la Elena preocupada por su madre, el cincuenta por ciento de una familia especial, la adolescente que se despojaba de sus negras vestiduras y se enfundaba un pijama de ositos. En casa deseaba seguir ofreciendo esa imagen de niña adorable protegida bajo el abrigo de mamá. Jimena era consciente de ello y, aunque la realidad y la velocidad de la vida le oprimían el pecho con una angustia adorable, lo esperada desde el día que su hija vino al mundo. Para Elena aquellos gestos eran una forma de actuar para que su madre viviese feliz en una pequeña farsa.

Se sentía tímidamente preocupada por su hija. Parecía tener doble personalidad, ya que en casa era un amor de niña mientras que en público no aceptaba sus muestras de cariño. Veía con claridad la diferencia que marcaba según el escenario, sabía que no debía preocuparse por ella. Pero en el fondo le dolía no poder mostrarse como la madre que era. «Se está haciendo mayor», solía decirse para tranquilizarse ante esos pensamientos. «Todos hemos pasado por eso, así que no debo temer nada». Así ha sido siempre y así seguiría ocurriendo. En toda familia llega ese momento en el que los padres se entristecen por la sensación de que sus hijos ya no les necesitan, que han comenzado el camino de aprender solos los avatares de la vida. Y Elena no iba a ser menos. A pesar de su corta edad ya era toda una mujercita que intentaba volar sin la ayuda de su madre, al menos, para dar los primeros pasos públicos sin el paraguas materno. Jimena esbozaba una leve sonrisa, pero en el fondo lloraba por esa desconexión que ya esgrimía sus primeros bocetos.

Todavía no había decidido qué hacer en esos minutos que antes dedicaba a llevarla a clase. La mañana invitaba a tomar un té en la terraza que había junto a la tienda, así que asumiendo esa nueva

situación, se dirigió hacia el puerto intentando sonreír en lugar de fustigarse con pensamientos lastimeros. Se atusó el pelo bajo su sombrero. Su vestido bailaba al ritmo que marcaban las ráfagas de brisa mientras intentaba evitar con su mano que el vuelo de la tela fuese más alto de lo que debía.

En las azoteas, la ropa tendida se zarandeaba de un lado a otro al son del levante, otorgándose la función de banderas secándose al sol naciente que iluminaba ya los miradores de los edificios. Eran las velas de los barcos anclados en tierra, las insignias de unas mujeres ufanas que mantenían las coladas blancas como los buenos pensamientos. Mientras, en una casa puerta, un perro se desperezaba ante los ruidos del nuevo día, atento al descuido de algún gato más preocupado en llevarse algo a la boca que en los gruñidos de un perro bobo.

Jimena era más Jimena por las mañanas, cuando la luz le enseñaba el camino a «La orilla». Se dejaba empapar por el olor a mar y el fresco que llegaba del océano para limpiar cualquier rastro de desánimo del día anterior. Había conseguido sonreír «más de tres veces al día» y notaba que aquello era bueno. Se diría que bailaba sobre sus sandalias de esparto mientras tarareaba alguna canción para sí. A pesar de esa pequeña tristeza por el asunto de Elena, dejó a un lado ese minúsculo y absurdo sentir de madre. Nada más pasaba por su cabeza, ni siquiera la angustia de aquel sueño de seres sin rostro y la sombra que la perseguía en sus pensamientos más temerosos. Sin noticias de los ojos que la miraban con dureza, ni rastro de algo que pudiese llegar para ocultar la luz de aquel viernes de julio. Había descubierto que, al contrario de lo que muchos pudieran llegar a pensar, la felicidad estaba de puertas para adentro, cerca de lo que más quería en el mundo. Lo demás solo eran momentos efímeros, puede que repletos de risas y luz, sí, pero pasajeros al fin y al cabo. Nuestras casas encierran lo realmente importante, la gente que nos quiere de verdad, los que siempre están, los que lloran con nosotros y disfrutan de nuestra felicidad.

Observaba la llegada a puerto de algunas barcas rezagadas, flanqueadas por la agresividad y el hambre de las gaviotas. Té en

mano, rezaba para que ese día se dejaran caer por la tienda más clientes que el anterior. Las facturas y el frigorífico no entendían ni de días ni de turistas, solo de pagos y reposición de alimentos. Dura vida para una madre que apenas contaba con la ayuda económica del padre de su hija. Pero valiente como nadie, sabía salir al paso con lo poco que las dos tenían. Lo importante era lo necesario, nada más. Y en su vida lo único importante era Elena y el proyecto que entre las dos intentaban sacar adelante. Las tormentas eran habituales en su mar, pero eran fuertes como un barco de doble casco.

Aquella mañana no quería pensar en nada negativo, nada que desvaneciese la sensación de que sería un buen día en la tienda. Era ese momento en el que algo le decía que todo iba a salir bien. Y si no era así, pues a esperar una nueva oportunidad. «Menos mal que, al menos, puedo saborear un té», pensaba resignada, convirtiendo en placer de dioses aquel humilde brebaje.

A lo lejos reconoció la figura de alguien que charlaba con una pareja sentada en un banco. La silueta inconfundible de don Eritz no era cualquier silueta, con esas hechuras de alguien despreocupado por sus ropas, era difícil de pasar por alto. Dejó la taza en la mesa y se levantó para llamar su atención. El mecánico enseguida recibió el gesto y avisó a su acompañante para ir los dos a su encuentro.

—Querida Jimena, siempre es un placer verte. ¿Nos permites...?  
—preguntó extendiendo su mano hacia una de las sillas.

—Por supuesto que pueden —ofreció con un gesto de bienvenida.

—Te presento a Israel. Estará por aquí unos días. Ha venido para realizar un reportaje sobre la mar. He podido ver las fotografías que ha realizado en la lonja y puedo augurar que hará un buen trabajo.

—Encantado —acertó a decir Israel. Una chica joven, sentada junto a la puerta de «La orilla» y con ese nombre, solo podía ser ella. Tragó saliva y su estómago se retorció como el de un niño justo antes de su primer beso.

—Así que fotógrafo, muy bien. ¿Y en qué clase de fotografías está especializado?

—Digamos que de todo un poco. Hasta hace un tiempo me dedicaba a la denuncia social. Ahora quiero cambiar un poco de

registro. Ya sabe, por aquello de renovarse —mintió.

—Israel ha viajado por todo el mundo. Seguro que estaría encantado de contarte alguno de sus viajes —ofreció sin permiso don Eritz, mientras el muchacho soportaba un imprevisto rubor que subía desde sus pies hasta la cabeza.

—Estaría encantada de escucharlo. Tiene que ser bonito poder viajar a otros países. No como yo, que rara vez he salido de aquí.

—Bueno, esa opción hace tiempo que volvió a aparecer, ¿no? —. El mecánico sabía perfectamente lo que preguntaba ante la sorpresa de Jimena, que captó el mensaje rápidamente.

—Una cosa es el tiempo o la oportunidad y otra muy diferente la posibilidad —respondió en clara referencia a su poder adquisitivo—. No todos podemos permitirnos el lujo de disfrutar de un viaje de vez en cuando.

—No siempre viajar tiene por qué ser caro. Basta con planear bien el viaje —discrepó Israel—. Se sorprendería lo que se puede hacer con pocos medios.

—Incluso para eso hace falta dinero. Últimamente la tienda no es que sea las minas del rey Salomón —. Jimena dio a entender que el negocio estaba de capa caída.

—¿Qué tal está Elena? —interrumpió don Eritz—. Hace tiempo que no la veo. Estará hecha toda una mujercita.

—Creciendo muy rápido, como todas las niñas de su edad. Y yo intentando adaptarme a todos sus cambios. Una no se da cuenta de lo difícil que es ser madre hasta que llegan a esta edad.

Israel guardaba silencio. No daba crédito al hecho de estar hablando con la mujer que, con toda probabilidad, poseía lo que estaba buscando. El día de antes imaginaba cómo sería el encuentro. Ahora compartían mesa escuchando su voz, mirándola cara a cara e intercambiando palabras. Aunque no era más que un primer contacto, gracias a su falso reportaje había avanzado más de lo que esperaba. Su plan seguía el camino trazado. Y el miedo también.

Jimena y el mecánico comenzaron una conversación en la que el muchacho no pudo intervenir. Hablaban de don Rafael, un sacerdote que tenía algún tipo de problema en la parroquia. Israel para nada

estaba interesado en el contenido de aquellas palabras. Miraba de forma velada a Jimena, examinaba sus ojos, su tono de voz, sus gestos. Incluso desvió su mirada en varias ocasiones hacia su estilizada figura.

Pidiendo disculpas, don Eritz introdujo al joven en la charla.

—Qué descortés. Disculpe nuestra falta de respeto. Jimena, tenemos a un invitado y no le estamos prestando la atención que se merece.

—No se preocupe por mí —agradeció—. Me gusta escuchar.

—Hablamos de un amigo en común, un sacerdote. Digamos que... no está pasando por su mejor momento desde que llegó —puntualizó Jimena—. Es un joven maravilloso. Muchas mujeres de aquí piensan que es una lástima que haya entregado su vida a Dios. Más de una daría debida cuenta si colgase los hábitos.

Los dos amigos sonrieron con la complicidad que daba conocer el asunto en cuestión y mostrando la parte simpática que ellos veían en ese espinoso tema. Israel abrió los ojos y arqueó las cejas, intuyendo que un problema de faldas tenía preocupado al cura en cuestión. No quisieron ponerle en antecedentes por discreción, así que las preguntas se dirigieron al fotógrafo.

—¿Ha montado alguna vez en barco? —preguntó la dueña de «La orilla» a bocajarro sorprendiendo a Israel, que todavía intentaba adivinar en qué estaría metido su amigo sacerdote.

A pesar de haber vivido en varios lugares de costa, jamás había disfrutado de la navegación. El muchacho no era precisamente amante de esas actividades. Tuvo muchas oportunidades para disfrutar de las olas, pero por unos motivos o por otros nunca lo hizo.

—Pues no. La primera y la única vez que he puesto un pie en algo parecido ha sido hace un rato, en el muelle.

—¡No ha montado en barco! —exclamó don Eritz—. Pues eso hay que solucionarlo como sea. Uno no puede decir que ha disfrutado del mar si no ha saboreado el placer que supone dejar su cuerpo a merced de las olas. Es como acunar a un bebé, una sensación a la que te vuelves adicto con facilidad.

Su mente, siempre trabajando y rebuscando argumentos para poner un asunto en marcha, le mostró algo que permanecía escondido, un recuerdo que parecía estar dormido en lo más profundo de sus recuerdos. Paula, el motivo por el que estaba sentado a la mesa con aquellas dos personas, soñaba con navegar en un pequeño velero por alguna cala perdida, lejos del ruido y de «las malas acciones de la gente oscura». Nunca lo hizo, jamás subió a ningún barco ni pudo disfrutar de su diminuto sueño que en más de una ocasión hizo público. La ocurrencia de su guía activó un recuerdo que ni siquiera sabía que permanecía amarrado dentro de su memoria. Todo parecía indicar que pronto podría cumplir el sueño de su hermana. Y es que tenía tantas cosas por hacer y no pudo que su hermano se sentía en la obligación de tomar partido. Él sería quien viviría esas experiencias por ella. Y, atendiendo a las palabras de sus nuevos amigos, la primera de ellas no tardaría en llegar.

—Ya veremos qué podemos hacer para conseguir tu bautismo mariner. Tengo un amigo que me debe algún favor —comentó el vasco mirando al fotógrafo con la mano apoyada en la barbilla—. No voy a consentir que se marche sin saborear ese placer.

—No sé qué decir, la verdad. Me siento halagado por tanto ofrecimiento.

—Así es don Eritz, siempre pensando en cómo lograr que alguien sonría. El día que dirija esos esfuerzos en él mismo será cuando todos estemos contentos de verdad —. Jimena dedicó una mirada severa al viejo, que no dio ninguna respuesta.

—Pues parece que lo ha vuelto a hacer —añadió Israel—. No me imaginaba esta sorpresa. Montar en barco, yo, que tantas veces lo he podido hacer y jamás ha ocurrido.

Jimena se disculpó. Don Eritz le recriminó que pagase la cuenta mientras Israel no le quitaba un ojo de encima. Instintivamente, los dos hombres se levantaron para despedirla.

—Por cierto. Espero poder oír la historia de alguno de sus viajes —dijo mirando directamente a los ojos de Israel—. Al menos, aunque solo sea escuchándole, podré viajar a través de sus palabras. Será... como un libro audio descrito, uno de esos cuentos para niños.



Israel enmudeció. Se quedó sorprendido por aquella invitación.

—Cla...claro...Po...por supuesto —trartamuedó.

—Ya nos veremos entonces. Me podrá encontrar aquí, en la tienda. ¿No nos hemos visto nunca? Tu cara me resulta extrañamente familiar. Bueno, no me hagas caso. Pasa tanta gente por la tienda que creo conocer cada rostro que veo —. Israel abrió los ojos tanto como pudo y tragó saliva. Negó con levedad y en silencio.

Observaba cómo se alejaba. Jimena sacó las llaves de su pequeño bolso y abrió la reja que cubría el escaparate. Antes de entrar se giró por última vez y saludó con la mano en dirección a la mesa. Don Eritz, zorro viejo en ciertos asuntos, no pudo evitar darse cuenta de la reacción química que había ocurrido en ese instante. Sonrió y dio un último sorbo a su bebida, viendo cómo el muchacho respondía al saludo con una sonrisa candorosa. Israel continuaba mirando hacia «La orilla» como si Jimena aún estuviese en la puerta.

—Vamos, aún hay mucho por enseñarle, amigo.

El joven salió de su ensimismamiento con un respingo. Parpadeó varias veces, como si regresara de un lugar oscuro.

—Es una gran mujer. A día de hoy todavía me pregunto de dónde saca las fuerzas para tirar hacia adelante. Su enfermedad, la operación, el divorcio... Y Elena, claro. Bueno, ella no es un problema, es una buena niña. Supongo que hay personas que están hechas de una pasta especial. Duras como el acero de los barcos, pero endebles al mismo tiempo como un junco azotado por el viento.

Escuchaba aquella descripción de Jimena mientras pensaba que, con toda seguridad, era la persona que estaba buscando. «Su enfermedad, la operación...». No había duda, la había encontrado. Había imaginado tantas veces cómo sería, joven o mayor, pero sobre todo, sus primeras palabras cruzadas. «Te tengo», pensó para sí mientras a unos metros, don Eritz le observaba con una sonrisa al descubrir ciertos pensamientos propios de la edad.

—Perdóneme. Vamos, le sigo.

El mecánico lo examinó unos segundos mientras salía de su aturdimiento. Los años vividos y la experiencia le hicieron recordar el día que vio por primera vez a su esposa. Fue durante un paseo. Él iba

con unos amigos y ella con sus padres. En un momento en el que se quedó sola, los muchachos comenzaron a mirarla y a silbar. El vasco les recriminó su comportamiento mientras sonreía a la desconocida con dulzura. La primera cita no tardó en llegar, siempre con el consentimiento de los padres de la muchacha. A partir de aquel día, nada hubo que los detuviese.

Era un tiempo en el que lo prohibido hacía que los jóvenes se atrajeran con más fuerza de lo que era aceptado. Entraban a lo desconocido por la puerta de atrás, en silencio, en los espacios oscuros que les proporcionaban la privacidad que la sociedad del momento les negaba.

Durante un instante, la mirada del joven fotógrafo le recordó a la suya propia.

—Este lugar suele causar ese efecto. Cuando cruzas la puerta de entrada te conviertes en parte del levante, del mar y del sol. Ten cuidado, porque puedes quedar preso para siempre. Te lo digo por experiencia.

Israel lo miraba sin entender muy bien a qué se refería, aunque en sus palabras se sintió descubierto por el mecánico.

Caminaban juntos. El tipo que se escondía bajo aquel sombrero y tras aquellas ropas iba poniendo al corriente a Israel sobre la vida de Jimena. No hacía falta que el joven preguntase por qué se centraba en ella. Con toda claridad, se había dado cuenta de sus miradas, ese brillo que apareció en sus ojos nada más sentarse en la mesa junto a la joven, a pesar de no conocer sus verdaderos motivos. Escuchaba atento la historia que dibujaba a una mujer que había pasado por un auténtico calvario, tanto por su matrimonio como por la enfermedad. No sería el fotógrafo quien cambiase la conversación para orientarla hacia el supuesto motivo de su viaje. Quería escuchar todo lo que el amigo de la dueña de «La orilla» tuviera a bien contarle. Necesitaba pruebas, señales de que aquella era la persona perfecta para el legado de Paula.

Esperaba que la revelación que estaba dispuesto a ofrecer sirviese al menos para iluminar un poco más su vida. Sería imposible que al hablarle de Paula no sintiese la obligación enorme de cuidar su

bomba. Nada de eso sería necesario, ya que Jimena daba las gracias cada noche y cada mañana al ser invisible que vivía dentro de ella, pero conocer de primera mano todo lo que siempre había imaginado haría que pronto pudiera poner rostro a uno de aquellos que siempre se marchaban sin dar sus nombres.

El único temor real pasaba por el rechazo a esa información. Podría pensar que no era más que un loco que venía a pedirle algo a cambio, un chantajista que dio con su paradero y que la acosaría hasta que se rindiese a sus peticiones.

Lo único que tenía para ofrecerle era la historia de su hermana, su forma peculiar de ver y vivir la vida.

¿Quién podría negarse a conocer la vida de una persona así?

El viernes era ese día en el que despertar más temprano que de costumbre y salir a pasear, antes incluso de que el sol llamase a la puerta del desvelo, se había convertido más que en una rutina voluntaria, en un hábito del que no podía prescindir. Enclaustrado en unos pensamientos que lo atormentaban desde hacía ya demasiado tiempo, el joven sacerdote caminaba deprisa mientras terminaba sus habituales rezos matutinos al ritmo que le marcaban sus piernas.

La playa de la Hierbabuena se había convertido en su refugio a esas horas en las que ni el ruido ni la luz fustigaban la mañana. Primero caminaba hasta la Torre del Tajo para después sentarse en la fina arena blanca a pensar, a darle la bienvenida al astro rey. Con las manos recogiendo las rodillas contra su pecho, el sacerdote miraba fijamente al horizonte, que comenzaba a tomar su color azul ante la inminente llegada de los primeros rayos. Tragó saliva y una lágrima escapó y rodó por su mejilla. ¿Acaso su fe ya no era suficiente para luchar contra los pensamientos que lo atormentaban? Se debatía entre el valor del hombre y la fe del sacerdote, una batalla en la que todo tipo de sensaciones e imágenes perturbadoras, que se clavaban como agujas incandescentes en su retina, lo abrían en canal al mundo terrenal.

Dibujaba líneas sobre la arena. La vocación llegó a su vida como respuesta a todas las preguntas sin respuesta que azotaban su mente en los años en los que la juventud cultivó la semilla de las dudas eternas. Llegó a la conclusión de que todo lo que no podía ser explicado y comprendido por el hombre no podía ser más que obra de Dios. Pero, ¿dónde estaba Dios para iluminar la salida a su desvelo? ¿Dónde cuando, plegaria tras plegaria, parecía no querer

escuchar sus rezos? Solo el recuerdo de las palabras del padre Alejandro dulcificaba su tristeza. Su viejo amigo sabía de sus pesadillas y miedos. Había puesto ante él ciertas soluciones a sus vacilaciones, a las tentaciones que el diablo dejaba caer sobre sus manos, haciendo fácil el descarrilamiento contra el que luchaba a diario, pero las fuerzas flaqueaban y de nuevo la incertidumbre ganaba terreno a la templanza propia de un ministro de Dios.

Dos mundos totalmente diferentes se abrían ante sus ojos. Dos universos vetados por la Iglesia y por los que el sueño lo había abandonado. ¿Eran esas las pruebas de fe contra las que tendría que luchar de por vida, aquellas a las que tantas veces hicieron referencia en el seminario? ¿De dónde provenían esas tentaciones? ¿Quizá de su entorno, del mundo descarriado en el que vivía? ¿De su interior? Y lloraba, se retorció al pensar que nada de lo que veía o sentía pudiese ser motivado por agentes externos. Si estaba sentado en su lugar de pensamiento, si las lágrimas humedecían su rostro, quizá todo aquello viniese de un corazón quemado por un fuego que luchaba por escapar. Enterró la cabeza entre sus brazos y suspiró.

Lloró tanto aquella mañana que el dolor le provocó un vacío interior que acabó por derrotarlo. Allí, en su rincón, en la misma arena a la que recurría para buscar respuestas, donde hablaba directamente con Dios y lanzaba al aire sus plegarias, aquella mañana, y ya eran muchas, Dios parecía haber cortado la línea telefónica entre los dos.

No había duda. Tendría que enfrentarse solo a sus propios fantasmas, a unos miedos que evaluaban su yo sacerdotal y atacaban con crueldad al hombre, involucrándolo en la eterna batalla que la razón y el corazón mantenían desde su aparición en la Tierra.

Regresó a la parroquia y tras una ducha salió en busca de su té habitual. La prensa del día, pues como la de cualquier otra jornada. Crisis, política, explosiones y más crisis. Y tristemente, aquellas revelaciones de abusos a niños por miembros de su Iglesia. Le revolvió el estómago, sacaban lo peor de él. Había rezado para que el Altísimo se apiadase de las almas de esos sacerdotes y les diese el valor necesario para abandonar el camino de la fe y pedir perdón a

las familias de los pequeños. Pero ante aquellas atrocidades, solo el silencio por respuesta. Ni unos ni otros habían clamado por el horror cometido. La iglesia y los fieles callaban, ni una sola manifestación reprobando unos actos tan terribles que solo merecían la expulsión inmediata de los acusados. Y rezó por los niños, lloró por ellos. ¿Cómo era posible que alguien de quien se esperaba amor y dulzura con los más pequeños llegase a cometer actos tan depravados? Su mente ardía en ira. «Esto no es lo que los fieles esperan de tu Iglesia. Señor, enséñanos el camino y cuida de los más débiles».

No había enfermos ni personas mayores que visitar ese día. No ejercería de sacerdote hasta la misa de las seis. Un día libre para él y su libro, para encerrarse y dejar apartadas por unas horas las miradas y los rumores. ¿Por qué hablaban todos así de alguien a quien no conocían? ¿Eran sus vidas tan tristes que necesitaban de esa gasolina para caminar, para alimentar unas conversaciones que lo único que conseguían era hacer crecer sus ganas de irse lejos? Pero no, no rezaba por ellos. Atendía sus lamentos y sus confesiones porque era lo que debía hacer. En más de una ocasión los hubiese echado del templo a golpes, igual que Jesús hizo con aquellos mercaderes. A la casa de Dios se iba a rezar, a suplicar por el encauzamiento de las almas descarriadas, no a mentir y a buscar su perdón para dormir bien por las noches. La clemencia divina no llegaría solo con unos minutos de rezos y cantos, no. Era una carrera de fondo, un día a día que pocos mantenían en equilibrio.

Una voz a su espalda le sacó de sus pensamientos. Se giró despacio.

—¿Le importa si me siento? —preguntó el motivo de sus desvelos. Tragó saliva.

—Claro.

—¿«Claro» que le importa o «claro» que no?

—Puedes sentarte —. Bajó la mirada e hizo un gesto de recelo al que la joven no prestó atención. El sacerdote ni siquiera ocultaba ya su incomodidad ante su presencia.

—¿Ha dado su paseo de los viernes? —. En más de una ocasión lo había visto pasear y practicar el escaso deporte que su ocupación le

permitía.

—Sí—. Un simple monosílabo fue suficiente.

Ella lo miraba como quien mira a un hombre con el que comparte algo más que amistad, como si la situación no tuviese que perturbarlo. El cura no levantaba la mirada de sus manos, que movía de manera nerviosa.

—Llevo toda la semana pensando que deberíamos tener una conversación —dijo ante el asombro del joven sacerdote.

—Para hablar de...

—Sabe de lo que me gustaría hablar. La gente hace comentarios. Ya sabe, sobre...

—Lo sé —interrumpió—. ¿Crees que es necesario que hablemos o bastaría con que te olvidases de algo que no puede ser de ninguna de las maneras? Por Dios, ¿te das cuenta de lo que persigues? Soy un sacerdote, un sacerdote... —dijo ahogando un grito y mirando a su alrededor, mientras la cogía por el brazo con un exceso de fuerza provocado al que ella respondió con un gesto de incomodidad.

—Solo quiero que hablemos, nada más. No le estoy pidiendo que cuelgue los hábitos. Necesito que escuche lo que tengo que decir. Después tome la decisión que crea mejor.

—No tengo que tomar ninguna decisión porque no hay nada sobre lo que tomarla. Es imposible, no hay más que hablar.

—Se lo suplico —pidió cogiendo su mano. El cura la apartó con celeridad—. Solo le pido unos minutos, lejos de las miradas de la gente.

No dijo nada. Miró fijamente a la joven y apretó los labios en un claro gesto de rabia. Un calor ascendió hasta su frente. Bebió un trago de te y levantó la mano para llamar la atención del camarero. La chica lo observaba esperando un nuevo desdén por su parte. El cura se levantó y dejó unas monedas en la mesa.

—Nos vemos esta tarde a las cinco en la parroquia. Sé discreta, procura que nadie te vea entrar. No quiero seguir alimentando unos rumores que ya están bastante descontrolados. Tenemos que cerrar este asunto hoy mismo.

La chica tomó aquella invitación como una victoria. Por fin abriría su alma para que el párroco pudiese elegir con cierto criterio. Se sentía feliz. Permaneció sentada viendo cómo se marchaba con paso tembloroso. Sonrió y pidió una bebida. Levantó su rostro hacia el sol y cerró los ojos de manera placentera. Por fin podría decir todo lo que deseaba. Sacaría fuera de sí el calor que la estaba consumiendo. No dormía, no prestaba atención a nada que no fuese sus propias imaginaciones sobre una relación que solo existía en su mente. Tal era la confianza que tenía en sí misma que podía saborear su victoria.

La fuerza de su amor secreto se había apoderado de ella. Era incapaz de controlar su ímpetu, así que había llegado el momento del todo o nada. Le había concedido la oportunidad que llevaba tiempo suplicando para abrir su alma, poner sobre la mesa todas sus cartas. Lo había teatralizado decenas de veces en privado. Frente al espejo actuaba y recreaba lo que iba a ocurrir esa tarde. Dialogaba con un actor imaginario que escuchaba paciente los motivos por los que se había enamorado de un imposible. Ni sus votos ni su amor por Dios iban a ser motivos suficientes como para borrar de un plumazo lo que sentía. Sabía que tenía que tocar la fibra del hombre, alejar el mundo eclesiástico ante el que había hincado su rodilla sacrificando las bondades del amor, del placer, de los miedos de ida y vuelta que suponía entregarse a otra persona en cuerpo y alma.

La joven se consolaba pensando que el sacerdote no podría despreciar lo que no conocía. Ella, como cualquier otra persona de su edad, sabía lo que era enamorarse, sufrir por un amor no correspondido de juventud. Pero, ¿qué hacer, cómo luchar contra los dictados de un corazón indomable? Podía ordenar a una pierna que caminase, a sus manos que saludasen o girar su cabeza a un lado y a otro, pero querer controlar la química que generaba su atracción escapaba a su control.

No era el mejor momento para enfrentarse a una hoja en blanco. Ardua tarea la del escritor que lucha contra el vacío en busca de unas palabras que no se muestran ante él en el orden correcto. Con las manos petrificadas sobre el teclado, no conseguía quitarse de la cabeza la visita inesperada del motivo de sus desvelos. La estación



era la apropiada para aligerar de ropa los cuerpos de las chicas más jóvenes mostrándolas en todo su esplendor y dejando poco a la imaginación. Se contorneaban ajenas a los ojos y los pensamientos depravados de algunos hombres, incapaces de reconocer lo propio de su edad. Donde ellas veían nada más que comodidad y lucha contra el calor, ellos veían el objeto de ciertos deseos impropios. Y él era un hombre más, alguien a quien su instintito más primario le jugaba malas pasadas.

Miraba la pantalla como quien observa el vuelo hipnótico de una hoja seca cayendo del árbol. No parpadeaba. Su novela no había avanzado mucho en los últimos días. Costaba reflejar el dolor y la angustia de sus personajes, relegados a un rincón del mundo por sus deseos, por su falta de valentía para enfrentarse al miedo. Se levantó de la silla y comenzó a dar vueltas por la habitación, gesticulando, echándose las manos a la cabeza.

—Vamos, esto no puede ser tan difícil. Piensa, piensa.

Hablaba solo, se detenía, ponía los brazos en jarra y continuaba dibujando círculos con sus pasos. Tomó asiento creyendo haber encontrado el comienzo del capítulo. Falsa alarma. Soltó un rugido y se levantó de nuevo. Parecía como si su cabeza se hubiese quedado vacía tras el breve encuentro con la muchacha.

Miró el crucifijo de la pared y se echó las manos a la sien. Como tantas veces, analizó fijamente la figura atlética y arqueó una ceja, un regalo de sus padres el día que fue ordenado sacerdote, un objeto que siempre le acompañaría allí donde estuviese. No esperaba que aquella interpretación del hijo de Dios le inspirara en su obra. Su trabajo era más flagelación que otra cosa, más ahondar en el fondo de su alma con la intención de descubrir los secretos que, por ahora, se mantenían ocultos.

Se sentía vacío, débil y desorientado. Las fuerzas comenzaban a dar señales de abandono. De la misma forma que cualquier persona se arrodillaba en el confesionario a suplicar por el perdón de sus pecados con la tranquilidad que daba el secreto de confesión, él solo podía hacerlo con otro sacerdote o directamente con Dios. Pero, ¿quién estaría dispuesto a aceptar y entender todo lo que tenía que

decir el joven párroco? ¿Quién callaría ante sus revelaciones? «Exacto, nadie», pensaba una y otra vez.

Sentía la derrota cada vez más cerca, midiendo la distancia como un león que aguarda para abalanzarse sobre su presa. Él, la gacela. Su temor, la fiera incontrolada que esperaba agazapada el más mínimo descuido. Su mayor duda, saber si lo que sentía era cierto o simplemente jirones en su fe. El cilicio que otros tensaban contra sus muslos se mostraba ante él como un puñado de hojas vacías a la espera de ser completadas y desvelarle la salida correcta.

Tenía a don Eritz y a Jimena, nadie más. Solo ellos podrían iluminar su oscuro camino, plagado de piedras y tentaciones. Solo sus dos amigos aceptarían sus lamentaciones y lo abrazarían con tanta fuerza que expulsarían de su interior todo su dolor. La amistad siempre fue la mejor medicina para los dolores del corazón. Ni la química ni el psicoanálisis podían hacer nada más por él. Lo que necesitaba era comprensión regada con unas gotas de consuelo y ánimo. Ni siquiera sus charlas con don Alejandro habían sido suficientes. El anciano se mostraba voluntarioso, pero no había sido capaz de sacar todo lo que su corazón escondía. El joven párroco no le había contado toda la verdad y mientras la verdad permaneciera escondida, la ayuda se mostraría distante.

Cada vez sentía más cerca la derrota, cada vez era más difícil blandir la espada en llamas que acabase con lo que él sentía como indestructible.

¿Cómo eliminar lo que ni siquiera él mismo sabía si deseaba derrotar? ¿Acaso pretendía ignorar la única verdad que había en su vida?

De nuevo frente al teclado, sus dedos parecían haber encontrado el orden adecuado para unas palabras que, ahora sí, brotaban como la luz de una vela en la oscuridad.

Y escribió.

Israel y el viejo mecánico caminaban inmersos en una charla sobre las bondades y milagros de vivir en un lugar como aquel. Don Eritz no paraba de alabar los beneficios del sol, de la brisa marina y de permitir que la arena de la playa se adhiriera a la piel. A pesar de tener poco tiempo para dedicarlo a sus cuentas pendientes, el vasco solía caminar por la playa, dejando que el sonido de las olas y las mareas se llevasen sus pesares mar adentro, decidiendo que no todo lo urgente siempre era lo importante. El océano, además de inspirar a poetas de todos los tiempos y de ser capaz de hipnotizar a cualquiera con su color, también era utilizado por muchos como vehículo para alejar de sus vidas todo lo que había que desechar, un vertedero de desilusiones, sueños rotos y males del corazón. Pero como una pelota de goma contra una pared, estaba la posibilidad de que devolviese todo lo lanzado a la marea.

Israel nunca lo había visto así. Jamás detuvo su vida para saborearlo como otros muchos hacían. No había sentido la necesidad de detener sus pasos para sentarse en la arena y dejar que sus pensamientos más profundos fluyesen al son de la espuma de mar. Pronto descubriría el sueño balsámico que producía en todo aquel que utilizaba la masa de agua azul como paño de lágrimas. Tanto él como su acompañante tenían demasiadas cuentas pendientes como para apostarse frente al mar y no moverse hasta hacerlo rebosar con sus pesares. Que fueran otros los que sembrasen las playas con plegarias que azoraban la incertidumbre de sus vidas. Ambos habían dejado pasar demasiado el tiempo. Puede que por miedo, ni ellos mismos lo sabían. Uno deseaba realizar los sueños sin cumplir de su hermana, ser su propia extensión. El otro, toda una vida de amor que

se acercaba al final con una herida abierta que sangraba más y más, parecía no otorgarle ese momento para la redención.

Compartían el hecho de haber detenido sus vidas en seco, un segundo fatídico que les hizo comenzar un camino que jamás pensaron que retomarían. Los dos estaban obligados a coger impulso para reconducir sus rumbos, sabían lo que tenían que hacer. Por ahora, la arena de la playa tenía que esperar.

Don Eritz confesaba que, a pesar de provenir de una región en la que el mar también forma parte de la piel de sus gentes, era en esta costa donde aprendió a hablar con el agua, a convertirla en parte esencial de sus momentos más íntimos. Muchos allí la tenían como la madre imprescindible, el colchón de plumas donde los sueños de las buenas gentes descansaban balanceados por el mimo de las mareas. El sonido de las olas adormecía la ira nacida de la falta de trabajo para unos y endulzaba las mesas de otros. Pero siempre era el mar, siempre su música azul y su ventolera.

Dentro de aquel cuadro multicolor que regalaba una paleta de tonos exquisitos, en aquel enjambre de casas blancas y redes de pesca, también se escondían las lenguas bípedas de quienes practicaban con mala intención la fea costumbre de hablar por hablar. Cuando resides en un pueblo pequeño, cuando todo el mundo sabe quién eres y te abres de manera desinteresada, tu vida deja de ser tuya y pasa a manos de cualquiera dispuesto a hacerte daño con un comentario malintencionado. Ya fuese por envidia, por algún motivo escondido o por el rescaldo de viejas rencillas familiares, había que andarse con ojo si no querías que tus acciones estuviesen en boca de todos. Y el viejo, a pesar de comportarse de manera siempre educada y de responder a sus llamadas, se mostraba muy descontento por los rumores que hablaban del abandono de su hija. Nunca se paró a investigar por qué parecía que todo el mundo conocía ese asunto. Algo debió dejar escapar en algún instante y a partir de ahí todo fue imparable. El recelo con el que se movía entre los vecinos, no era más que un mecanismo de autodefensa que aprendió a explotar para sobrevivir entre tanto lobo escondido en buenos gestos forzados.

O puede que todo comenzase aquella noche en la cantina de Santiago. Cuando apenas llevaba un mes allí se dejó embaucar por varios hombres que celebraban con vino y cerveza un gran acuerdo pesquero. La euforia con la que lo arrojaron al contar por qué dio con sus huesos en el pueblo y lo solo que se sentía, hicieron el resto. Aceptó todas y cada una de las invitaciones de sus nuevos amigos hasta el punto de no tardar mucho en perder el equilibrio. Su lengua, recatada y recelosa de su intimidad hasta ese momento, comenzó a narrar los motivos que lo habían llevado hasta allí. Sí, no había duda. En aquel descascarillado santuario fue donde abrió su pecho, abrigado por los rigores del vino y las palmaditas consoladoras en la espalda. Perdió la oportunidad de salir corriendo a buscar a su hija, pero aquellos hombres tercios lo retuvieron al calor de otro vaso de vino. Decenas de brazos se mostraron acogedores entre risotadas y consuelos surrealistas. Un teatro propio apuntalado por los rigores del alcohol y por una felicidad efímera que enaltecía una amistad que no había hecho más que empezar.

No había vuelto a probar ni una sola gota desde aquel día.

El muchacho escuchaba a su guía hablar y hablar de los buenos y de los malos, de los «currelantes» y de los vagos, de los luchadores y los que veían los toros desde la barrera. «Como en cualquier otro lugar», pensaba mientras dirigía su objetivo hasta la puerta de un edificio que parecía sacado de otra época y que sorprendió al muchacho. Allí, escoltada por lo que parecía ser la sede de algún organismo oficial a la derecha y por una nueva construcción a la izquierda, se mantenía en pie una vieja casa de dos plantas, orgullosa de haber ido ganando batalla tras batalla al progreso. Como un anciano tozudo que se negaba a que la parca lo recogiese antes de lo deseado, el bar de Santiago, con su fachada encalada y los frisos pintados de un azul intenso, a duras penas mantenía el tipo. Sobre la puerta pintada también de azul al igual que las ventanas, una humilde tabla indicaba el lugar: «Cantina».

—Ahí es donde se cuece todo —explicó don Eritz—. Dentro de esas paredes puedes llorar, reír, lamentarte de tus problemas o proponer alguna solución a los males del mundo. Todos te

escucharán, pero pocos creerán tus palabras. Una vez que cruzas las puertas de la cantina debes saber que tu vida puede cambiar en cualquier momento. Menos mal que el bueno de Santiago sabe poner a cada uno en su sitio. Aquí los hombres dejan de ser hombres por un momento. He visto llorar a muchos, caer a grandes señores y a otros pequeños convertirse en gigantes. Es un sitio especial, creo que hasta mágico. Si hay un lugar en este pueblo en el que tienes que andarte con ojo, es ahí dentro. Digamos que es el parlamento local, donde se dirimen los grandes asuntos.

Nunca había oído a nadie describir una simple cantina de aquella forma. Parecía como si al cruzar sus puertas te transportases a otro mundo, un lugar donde todo podía ocurrir. Un «país de las maravillas» oculto tras botellas de licor y el salitre enquistado en sus paredes. Don Eritz enumeraba las decenas de ofertas que su dueño había recibido en los años en los que el cemento y el ladrillo se apoderaron de todo. Pero, ¿cómo podía vender alguien su modo de vida, el espacio que su padre había construido para que sirviese de refugio a los pescadores y hombres que desde hacía años entraban para olvidarse de todo? Ni siquiera el poder de los bancos y las muchas manzanas recibidas pudieron doblegar al bueno de Santiago. Hablaba de noches eternas hasta que la luna se convertía en sol, donde las lágrimas de los hombres duros de mar se tornaban en carcajadas al calor del aguardiente, derramando sobre la barra de madera sus penurias y alegrías, sus gozos y sus tormentos cuando las únicas voces que quedaban ya eran las del padre del cantinero y un Santiago que aún no había cruzado el umbral de la madurez. También estaba quien contaba sobre sus espaldas el bochorno de haber tenido que aguantar la sorna correspondiente cuando sus esposas osaban entrar para arrastrar a su lecho a unos maridos que por unas horas habían olvidado que eran tales.

—¿Podemos entrar? —preguntó Israel mientras miraba la pantalla de su cámara.

—Por supuesto. Una charla con Santiago podría venirte bien. Nadie mejor que él para contar una buena historia de marineros. Es algo terco, pero cabal.

Sonrió y siguió los pasos del mecánico hasta la puerta. De nuevo tomó su cámara y fotografió el interior desde la entrada.

Las paredes aparecían repletas de antiguas fotos del puerto, aunque más desvencijado y humilde de lo que había podido ver aquella mañana. Varias mesas de madera deteriorada por el tiempo y por la lejía estaban vacías a aquella hora. Un pequeño grupo de hombres miraba en silencio la televisión, que informaba de una nueva protesta de una plataforma que reclamaba la devolución de un dinero a sus clientes por parte de cierto banco, engañados para comprar unas acciones de incierta legalidad. El camarero, tan viejo como aquellas paredes, revisaba la prensa del día con el trapo de manos al hombro. Se percató de la llegada de los dos clientes y cerró el periódico.

—Dígame que por fin se ha decidido a reparar la bomba del pozo —preguntó con gesto serio.

—Siempre es un placer ser recibido así por las mañanas —respondió el vasco guiñando un ojo al fotógrafo—. En cuanto tenga un hueco iré a echarle un vistazo a esa bomba.

—«Cuando tenga un hueco», «cuando tenga un hueco». Llevo escuchando lo mismo más de un mes. Y mientras tengo que achicar agua a base de cubos y más cubos.

—Puedo dejar los motores de las barcas abiertos mientras reparo tu bomba. Pero tendrás que ser tú quien se lo explique a sus dueños —propuso arqueando las cejas—. Total, solo tendrán que esperar un día o dos en tierra mientras sus polluelos no tienen nada que llevarse a la boca.

—No digo que dejes todo lo que estás haciendo, pero no me dirás que esperar un mes...

—Está bien, iré esta misma tarde, no vaya a ser que un nuevo diluvio universal caiga sobre nosotros y arrastre tu casa hasta la playa.

—Muy gracioso, sí señor, pero que muy gracioso. ¿Qué os sirvo?

—Para mí nada y para mi amigo... —dijo esperando que Israel pidiese algo.

—Agua, por favor.

Santiago abrió sus ojos de forma exagerada durante unos segundos. Hizo un poco de memoria y cayó en la cuenta de que en sus más de cuarenta años tras la barra de aquella cantina, no recordaba a nadie que hubiese pedido agua. ¡Agua! Poco menos que una falta de respeto que alguien pidiese agua. Estaba claro que la fama de su aguardiente no llegaba a todos lados. ¿Acaso no le había dicho nada la colección ingente de botellas vacías que descansaban en una de las paredes? No había duda de que aquel joven creía que había puesto los pies en una cafetería vulgar y no en un sitio con tanta solera que se podía decir que estaba allí antes que el mar.

—Agua, claro. Marchando un vaso doble de agua —. Imposible reservarse un chascarrillo ante aquel despropósito.

—Santiago es Santiago las veinticuatro horas del día, no le hagas caso. Beber agua es un sacrilegio impropio de hombres de ley, ¿verdad, amigo? —. La consternación del camarero era evidente.

Israel tuvo que hacer un gran esfuerzo para no soltar una carcajada que pudiera molestar al dueño. Tosió con disimulo mientras don Eritz se dejaba caer en una silla junto a la ventana. El fotógrafo siguió sus pasos.

—Aquí tiene, amigo, un vaso de agua bien frío. Agua, esto es increíble. Habrase visto... —refunfuñó.

Santiago se sintió ofendido por tener que servir a alguien un vaso de agua. Israel no vio apropiado ni por la hora, ni por la imagen que podía dar, ni por la compañía, enfrentarse un día más al reto de acariciar el filo de una copa con los dedos. Si servir un simple vaso de agua había supuesto poco menos que una afrenta para aquel camarero, imaginó que pedir una copa y no probarla podría desatar toda su ira. Sonrió y miró fijamente a don Eritz.

—Éste es el chico del que te hablé.

—¿El fotógrafo? Veo muchos por aquí casi todos los días. No recuerdo que ninguno bebiese agua... —insistió—. No tiene pinta de fotógrafo.

—Puede ser —añadió el mecánico mientras ofrecía una silla al barman—. Y deja ya en paz al muchacho. Además, ¿qué sabes tú de fotógrafos, aparte de que llevan una cámara colgada al cuello?



—¿Qué clase de reportaje va a hacer usted para necesitar la ayuda de un viejo vasco como éste? —. Santiago tomó asiento sin quitarse de la cabeza que alguien pudiese pedir un vaso de agua en su bar.

—Algo que nunca antes había hecho. He disparado mi cámara muchas veces para captar a gente de todo el mundo en sus oficios. Agricultores de té en China, criadores de llamas en Bolivia o fabricantes de tintes en la India. Pero jamás le he prestado atención a lo que tenemos aquí. Un día oí hablar de esta costa y aquí me tiene. El resto fue resultado de una simple llamada de teléfono —. No mentía al decir eso, pero fue su amigo Fidel quien realizó aquella llamada.

—Vaya. Resulta que tenemos a todo un aventurero entre nosotros —exclamó Santiago.

—Yo no diría tanto. He tenido el placer de viajar por todos estos lugares gracias a algunos empleos que he ido consiguiendo. Le puedo asegurar que de aventurero tengo más bien poco. Pero sí es cierto que es fácil acostumbrarse a trabajar de este modo. Uno llega a sentirse verdaderamente libre.

—Pues no espere encontrar tanto exotismo por aquí. Nosotros no somos más que gente humilde de pueblo. ¿Servían agua en las tabernas de esos países? —. El dueño de la cantina continuaba con su enfado.

—No seas modesto, Santiago —interrumpió don Eritz—. Esta tierra tiene mucho que ofrecer. Nuestro amigo intentará reflejar el trabajo del mar. Las fotografías que ha conseguido esta mañana son magníficas. Creo no recordar ni una sola foto en las que las arrugas de sus frentes quedasen tan marcadas. Además, tampoco sería mala idea actualizar estas —dijo mirando las que colgaban de las paredes de la cantina.

—Y no lo dudo. Pero ya sabes que esto ha cambiado mucho. Ya no se parece en nada a cuando yo era niño. Ahora los motores y los nuevos materiales han mejorado mucho las capturas. Además, en los últimos años nuestro carácter se ha vuelto más oscuro. El paro es la peor de las plagas. En silencio, destroza familias enteras y convierte a

hombres fuertes en niños endebles. Ese, ese es el verdadero dolor de este pueblo.

Entraron en una conversación que giraba en torno a la comparativa de lo que, de forma irremediable, había cambiado con los años. Santiago describía las penurias que los viejos soportaban a bordo de grandes barcos que viajaban hasta las costas de África o de cómo esos mismos hombres, a veces acompañados de sus mujeres y niños, remendaban las redes después de toda la noche en el mar.

—Ahora todo es sintético, ha desaparecido la artesanía. Solo importa el tiempo y la cantidad, no la calidad. Y luego tenemos las restricciones en las capturas. Solo la Almadraba consigue escapar a veces de la política. Intentan acotar la entrada de nuestro atún rojo para hacernos creer que el que llega del norte de Europa es mejor. Incautos, ¿qué sabrá un tipo con traje sentado cómodamente en su sillón del Parlamento de pesca!

Su tono era serio, atrevido incluso. Se diría que si tuviese la oportunidad de subirse al estrado apropiado, daría un discurso que ni el mejor de los analistas económicos se atrevería a refutar. Entre líneas, Israel pudo captar el amor y la pasión que profesaba por ese oficio, a pesar de no haber recogido ni una sola red en su vida.

Los tres continuaban con su charla, en ocasiones interrumpida por alguno de los hombres que los observaban desde la barra y que osaban entrar en la conversación aun sin estar invitados a la tertulia. Solo uno permanecía en silencio, observando y escuchando como un lobo. Un hombre de cuarenta y pocos años, serio, con el gesto hierático, daba un trago a su copa de aguardiente sin decir una palabra. Minutos antes contempló desde la distancia cómo Israel y el viejo charlaban con la dueña de «La orilla». Frunció el ceño cuando intuyó en la distancia un gesto zalamero entre el fotógrafo y Jimena en su despedida. Apretó un puño y entró a la cantina abriendo con fuerza la puerta de entrada, un golpe que hizo que los que estaban dentro se sobresaltasen. No saludó. Se sentó y con un gesto hosco pidió a Santiago su habitual copa.

El vasco lo miraba a cada momento, controlando sus miradas y silencios. Lo conocía bien, sabía de lo que era capaz. Tomó la decisión

de que mejor sería marcharse de allí para evitar males peores. En varias ocasiones había podido comprobar que esa seriedad y templanza estudiada precedía a un delirio incontrolado por parte de ese hombre.

Don Eritz tuvo a bien invitar a comer a Israel. Algo en su cabeza le hizo apartar todas sus ocupaciones para ese día, teniendo muy presente la reparación de la bomba de Santiago. No era habitual en él llevar invitados a su casa, ni siquiera a los más cercanos. Sus reuniones siempre eran o en la cantina o en cualquier otro bar. Israel se sintió halagado por el ofrecimiento y no creyó conveniente declinar la invitación. Caminaron con paso lento por las calles una vez más. Salvo la zona más próxima al mar, el resto de calles parecían no haberse desperezado aún al nuevo día. La luz, siempre la luz, lo inundaba todo, llegando hasta el último rincón de las estrechas vías, creadas para sobrellevar mejor los rigores propios del verano del sur.

Varias fueron las veces que el muchacho intentó por educación no discutir la invitación de su guía. Después de mucho tiempo sin prestar atención a su alimentación como debía, unas succulentas viandas bien podrían encauzar un estómago maltrecho.

—No soy un gran cocinero, pero algo podremos hacer con lo que tengo en la despensa —pronosticó—. Espero que le guste el vino. Tengo un par de botellas que esperan ansiosas ser descorchadas. Creo también que es un buen momento para hincarle el diente a un atún rojo exquisito, regalo de un buen amigo marinero. Ya está bien de esperar siempre ese momento adecuado, ¿no cree? Nos pasamos la vida retrasando una celebración que puede no llegar jamás. Hay que empezar a dejar atrás algunas majaderías.

Agasajado con la iniciativa que había tomado don Eritz, aceptó sin mucho impedimento la posibilidad de comer como Dios manda en lugar de picar cualquier cosa en otro lugar. Durante un momento, el rostro de Jimena regresó. El vasco continuaba hablando y hablando de anécdotas ocurridas, pero Israel parecía no escuchar sus palabras. Caminaba mirando al suelo mientras imaginaba cómo sería el momento en el que desvelaría a la joven quién era y qué estaba haciendo allí. A pesar del calor que empezaba a aplastar sus cabezas,

un escalofrío recorrió su cuerpo desde los dedos de los pies hasta el último pelo de su cabeza. Tembló y tensó su columna vertebral.

Una pequeña fachada de no más de cuatro metros de ancha daba la bienvenida a la casa del mecánico. La entrada, un pequeño zaguán decorado con azulejo andaluz, prevenía celosamente la planta baja de miradas curiosas. En la parte superior, un discreto balcón mostraba orgulloso una herrería bien elaborada y unas contraventanas de madera cuidada. El resto, todo blanco, sencillo.

—Bienvenido a mi humilde hogar —dijo con una leve reverencia que Israel no supo cómo tomarse. Un nuevo gesto amable en extremo del viejo y poco habitual en la gente común, pero estaba claro que aquel hombre no lo era.

Una puerta de la que colgaba una cortina hecha con canutillo y que mantenía abierta a pesar de no haber nadie dentro en ese momento, daba acceso a un patio interior, donde una mesa redonda de forja con cerámica en la parte superior y cuatro sillas también del mismo material, creaban un retiro perfecto en equilibrio con el resto del patio. Un pequeño arriate en una esquina con plantas coloridas y unos geranios, daban el toque de color adecuado. En un lado, una ventana dejaba entrar la luz hacia la cocina de la casa. Don Eritz le ofreció una de las sillas y el fotógrafo tomó asiento, mientras levantaba la vista y observaba un toldo recogido aún, pensado para aplacar los duros rayos de sol del medio día y de las calurosas tardes de verano.

—Vamos a probar ese vino —gritó desde la cocina—. Ya tiene que estar en su justa temperatura. Como verás, no es una gran casa, pero para alguien como yo es más que suficiente. Nunca me gustaron las casas grandes. Además, para una sola persona es todo un castillo.

Israel no pudo más que pensar que no debía ni olerlo, aunque con el calor que apretaba ya las tuercas de cualquier cuerpo, una copa no podría hacerle ningún daño. El miedo a despertar a la fiera dormida le mantenía siempre alerta por su propio bien. Don Eritz podría sentirse disgustado si su invitado despreciaba la invitación, así que un par de sorbos no podrían hacerle ningún mal.

Un minuto después, el viejo regresó con solo una copa en una mano y la botella descorchada en la otra. Tomó asiento, dejó el sombrero a un lado sobre la mesa y sirvió a su nuevo amigo.

—Me han confirmado que es un buen caldo. Espero que sea de tu agrado. Disculpa que no te acompañe, pero el médico me lo tiene terminantemente prohibido.

—No soy muy entendido en vinos. Mi paladar no ha sido bendecido con ese don.

Curiosamente, Israel, tras decir aquellas palabras, se detuvo un momento para pensar que acababa de hablar de la misma forma curiosa y cuidada que don Eritz. Esbozó una pequeña sonrisa y levantó su copa para brindar con el viejo mecánico, que limpiaba el sudor de su frente con un pañuelo en el que se podían ver sus iniciales bordadas con delicadeza.

—Por la luz de este lugar y por la vida del mar que estoy descubriendo.

—Y por el éxito que busca, amigo mío. No olvide que siempre que iniciamos un viaje puede ocurrir de todo, incluso tener que dar explicaciones de por qué estamos donde estamos.

Por un momento el muchacho no supo qué decir. ¿Eran aquellas unas palabras premonitorias o simplemente fueron dichas al azar, como quien desea suerte ante cualquier empresa que comienza? El viejo parecía haber vivido lo suficiente como para aprender a ver más allá de los ojos de cualquier persona que no hubiese cumplido las primaveras adecuadas para adquirir su misma experiencia. Irradiaba un halo de tranquilidad y fuerza a partes iguales e Israel se dejó cautivar casi al instante por aquella energía. Pero, ¿qué hacía alguien como él en un lugar así? Un viejo ingeniero del norte pasando sus últimos días justo en el punto opuesto, con aquellos peculiares ropajes y ayudando a reparar viejos motores de barcas.

Lo que era evidente es que su anfitrión también había hecho su viaje personal hacía tiempo. Si estaba o no en el lugar que esperaba, eso estaba por ver.

Con la inocencia por delante y la confianza que le otorgaba hasta el momento las palabras siempre bien cuidadas de don Eritz, lanzó lo

que creyó la pregunta adecuada para iniciar una conversación al abrigo de aquella botella de vino.

—Cuénteme. ¿Qué hace alguien como usted aquí, tan lejos de su tierra?

—Decidí marcharme en busca de un lugar tranquilo para pasar mis últimos días. Sobrevivo reparando motores y algunos cachivaches más que me traen los vecinos. Dejé la ingeniería de lado y ahora me dedico a meter las manos dentro de máquinas más pequeñas. A mí me gusta decir que soy cirujano de cosas pequeñas. Ahora tengo tiempo para viejas aficiones que tenía olvidadas, como la pintura, por ejemplo. Intenté elegir bien el destino. Conocía este lugar desde hacía años, así que la decisión no fue difícil.

—¿Cómo decidió que quería pasar aquí el resto de su vida?

—Lo descubrí después de haberme perdido infinidad de veces, tras haber fracasado en múltiples empresas que duraron lo que dura un sueño efímero.

—¿Su familia no le acompaña?

El viejo se sorprendió por la pregunta, aunque suponía que un muchacho tan avisado y confiado como aquel la haría en cualquier momento. No parecía molesto por la curiosidad del recién llegado. Apartó unos centímetros su sombrero y apoyó sus brazos sobre la mesa. Israel interpretó aquel gesto como un signo de incomodidad.

—Desde hace un tiempo mi familia soy yo mismo, nadie más.

El silencio se hizo entre los dos durante unos segundos. Israel mojó ligeramente sus labios de vino mientras desviaba la mirada, comprendiendo que aquella había sido una pregunta inapropiada.

—Lo siento si...

—Perdóname, no era mi intención incomodarte —reaccionó con rapidez—. Es solo que hacía tiempo que nadie me preguntaba algo así. Verá, hijo. Mi esposa murió hace ya diez años. Todo se vino abajo en mi vida y como única solución, no vi más vía de escape que marcharme. El problema es que hice daño a la persona viva que más quiero en el mundo.

—Vaya, lo siento mucho. No pretendía...

—No te preocupes, te lo ruego. Como te decía, hay una persona a la que no pude evitar hacer daño. Mi esposa y yo estábamos tan unidos que sabíamos que el día que alguno le faltase al otro, nuestro mundo se vendría abajo como un castillo de arena barrido por una ola. Y así fue. Ella se marchó primero y caí derrotado. No supe reaccionar como se esperaba de mí. Necesitaba aire, salir corriendo de allí, todo me recordaba a ella y no podía soportar su ausencia. Mi gran error fue que no tuve en cuenta lo que dejaba atrás. Mi hija, nuestra hija, suplicó para que despertase a tiempo y no cometiese el error que llevo queriendo remediar todos estos años. Se quedó sola, abandonada a una vida sin sus padres. No sabes cuanto lo he lamentado. Pero lo peor de todo —dijo mirándose las manos, como si en ellas estuviesen escritas sus palabras— es que he sido incapaz de reaccionar, regresar para suplicar su perdón. Con toda probabilidad, es alguien que he perdido para siempre.

Israel callaba, atento a las palabras de don Eritz. Tragó saliva sin saber muy bien qué decir. El viejo perdió su mirada. Recordaba el momento de su marcha. Entrecerró los ojos, como queriendo recordar con exactitud cada segundo transcurrido.

El muchacho lo observaba triste. Había hecho que una inocente pregunta trastornase un buen momento. Y aquel lo era hasta la narración del vasco. Tuvo que reaccionar para arropar de alguna manera al afligido cirujano de motores de barcos.

—No sé si los pensamientos o el dolor serán los mismos, aunque entiendo que no. Estos días se cumple un año de la muerte de mi hermana. Usted habla de lo unido que estaba a su esposa. Paula y yo vivíamos así cuando estábamos juntos. Desde pequeños sentíamos que entre nosotros había algo muy especial, no una simple relación normal entre hermanos, no. Era algo mágico que sobrepasaba cualquier barrera entre nosotros y el resto del mundo. Su pérdida fue horrible para todos. Mis padres...ellos y yo, todavía no nos hemos recuperado del todo.

El viejo de ropas blancas y sombrero Panamá sobre la mesa, esbozó una ligera sonrisa, comprendiendo al instante que Israel intentaba dulcificar un momento angustioso provocado por los

recuerdos de su esposa e hija. Agradeció aquella acción con una sonrisa que a Israel le supo a disculpa aceptada.

—¿Debo entender entonces que alguien como usted, que ha viajado por todo el mundo con su cámara fotográfica, ha venido porque cree que le queda algo pendiente por hacer?

—Sí—. No tuvo que decir nada más. Era la prueba evidente del poder que don Eritz poseía para adivinar las intenciones ocultas de cualquiera.

—Supongo que sus motivos tendrá para haber terminado aquí. Parece ser que esta costa atrae a aquellos que buscan respuestas tras momentos de dolor.

—Son muchos los que creen que hay lugares especiales en el mundo, espacios en los que las respuestas pueden estar más cerca. El reportaje que he venido a hacer puede...

—Porque ha venido a realizar un reportaje, ¿verdad?

El muchacho lo miró fijamente y apretó los labios. Comenzó a dibujar círculos sobre el filo de su copa de vino mientras observaba su dedo girar y girar.

—Digamos que...he venido en busca de algo.

El mecánico se acariciaba la barbilla intentando leer entre líneas. Asintió levemente y se reclinó, cruzando sus manos sobre su pecho.

—Sea cual sea el motivo de su visita, espero que encuentre lo que busca. ¡Qué demonios! Estoy convencido de que Paula y mi esposa hubiesen hecho lo mismo —exclamó de repente—. Somos nosotros quienes viviremos con la pena de no poder curar nuestras heridas mientras ellas nos cuidan desde un lugar mejor. Imagínese por un instante que nos están observando. ¿Acaso cree que quieren vernos derrotados por el dolor o, por el contrario, desean que seamos felices, aunque sus recuerdos no nos lo pongan fácil?

El fotógrafo respondió a la exaltación sabiendo que, al menos, él se encontraba en el lugar adecuado para conseguirlo. Israel levantó su copa haciendo chocar una de sus uñas contra el vidrio. El tintineo llegó hasta la última estancia de la casa.

—¡Por su esposa y por Paula!



Israel no bebió. Dejó la copa sobre la mesa y abrió su interior a aquel viejo crucificado por una decisión que quizá tomó sin tener en cuenta las consecuencias. Le contó todo con pelos y señales, desde su llegada al hospital aquella noche de tormenta hasta cómo había terminado allí.

Don Eritz no daba crédito a la narración de su nuevo amigo.

El fotógrafo viajero se desnudó ante el viejo mecánico como lo haría un amigo, como lo hacen dos amantes en la clandestinidad de su habitación de la que nadie conoce su paradero.

El viejo entró en la cocina y comenzó a preparar algo de comer. Un poco de atún con patatas y pimiento rojo, algo de verdura y pan. Observaba al muchacho a través de la ventana, quieto, mirando fijamente su copa y haciendo círculos de nuevo sobre el filo. Su corazón se reblandeció y, por un segundo, se vio él mismo en la tristeza que rezumaba aquel personaje que se había presentado allí cámara en mano.

Tras unos minutos, un nuevo ofrecimiento alargaría la leyenda del cirujano de pequeñas cosas.

—No se hable más. Te instalarás aquí hasta que lo veas oportuno. Esta misma tarde puedes recoger tus cosas del hostel. Prepararé la habitación. Cada vez se me hace más insoportable tanto espacio para mí solo. Si has recorrido todo ese camino para llegar aquí, qué menos que ofrecerte mi sincera ayuda. Además, no todos los días se puede escuchar y vivir de cerca una historia así.

El grupo de hombres que todavía permanecía en la cantina discutía sobre la conveniencia de cambiar el sistema de arrastre. De hecho, muchos eran los barcos que habían sido multados por utilizar ciertos métodos ilegales de pesca. Santiago pronosticaba el final de los viejos sistemas más pronto que tarde, algo que sería provocado por las grandes compañías a las que, de alguna manera, todos les estaban allanando el camino. Ya no había sitio para pequeñas capturas ni para preocuparse por la calidad. El aumento del consumo, la irrupción en el mercado de producto procedente de todos los mares del mundo a través de grandes superficies y a muy bajo coste, sumado a las restricciones europeas, dificultaba cada día más la supervivencia de un sector demasiado maltrecho de por sí.

Cada uno aportaba su opinión sobre lo que se debería hacer. Uno apostaba por cerrar fronteras al pescado que llegaba desde Marruecos. Otro prefería que las instituciones pusiesen en marcha las campañas necesarias para concienciar sobre el consumo de producto local y regional. El tercero, más sosegado que los otros, centraba sus palabras en buscar la calidad final, una apuesta para la que tendrían que contar con la colaboración de restaurantes y hosteleros. El turismo era la principal fuente de ingresos, así que en ese sentido deberían de ir todas las acciones.

Solo uno guardaba silencio sin hacer caso a aquel parlamento improvisado junto a la barra de la cantina. Tenía la mirada perdida, lejos del acalorado debate que poco a poco iba llegando a su fin sin conseguir una conclusión consensuada. ¿Quién era aquel hombre que acompañaba a don Eritz? Y lo que más le perturbaba. ¿Qué

demonios hacía sentado a la mesa con Jimena? ¿Qué escondían las miradas que se cruzaron en la despedida?

Su irritación iba en aumento al no conseguir disipar sus dudas. El desconcierto causado por la presencia de aquel desconocido que osaba estar si quiera cerca de la dueña de «La orilla», provocaba que su pulso sanguíneo subiera hasta un ritmo frenético.

—Ponme otro vino —. Santiago lo miró reprochando el tono de injerencia con el que llamó su atención. Él aguantó su mirada, como si el dueño del bar estuviese bajo sus órdenes.

El héroe local mantenía el pensamiento de que, de alguna forma, todos le debían algo. Aquel incidente en el barco y la efímera fama que le concedieron, hizo de su irreverencia habitual algo que empezaba a exasperar a quienes estaban cerca de él de forma más o menos habitual. Lamentablemente para él, su vida privada y algunos rumores sobre acciones más que cuestionables se estaban volviendo en su contra. Ya no contaba con la simpatía general, solo la de ciertos compañeros que sabían que era mejor estar a bien con alguien cuyo carácter y ausencia de miedo podrían acarrearles algún disgusto. Nada se teme cuando no hay nada que perder.

Santiago lo conocía bien. Ni antes ni ahora creyó que fuese un héroe, sino más bien alguien con un espontáneo ataque de humanidad que salvó a aquel muchacho de una muerte segura. La balanza que todos tenemos en la que sopesamos nuestras buenas y malas acciones, se inclinaba más hacia las menos aconsejables para una persona de bien. Sus secretos eran cada vez menos secretos y su fin como héroe no tardaría en llegar. Se le había visto últimamente con unas compañías poco aconsejables y muchos eran los que apostaban por confirmar que andaba inmiscuido en asuntos turbios. Solo alguien como él encajaba a la perfección en esos círculos ocultos que manejaban la legalidad a su antojo.

—¿Tienes algún problema conmigo? Ponme esa copa y deja a esta panda de charlatanes que arreglen el mundo a su manera —exigió a Santiago.

—El único problema que tengo contigo es cómo me miras. Quizá va siendo hora de que te largues de aquí y te ocupes a tu hija.

—Seré yo quien diga cuándo debo irme y cuándo quedarme. Mi pequeña sabe cuidarse muy bien sola —. Ni siquiera lo miró. No apartaba la vista de su copa.

—Tu pequeña, claro —. A pesar de su dureza aparente, Santiago sabía que jamás se enfrentaría a él. Todos los hombres jóvenes como ese hacían crecer su soberbia a base de intentar imponerse sobre el resto con fuerza física y con palabras agresivas que generaban un aura de miedo hacia los demás. Pero Santiago era toda una institución y aquel hombre se cuidaría mucho de tocarle un pelo.

Lo miró con rabia, pero no quiso seguir por ese camino.

—Sírvenme y calla. Estás aquí para vender y yo para beber. Creo que con esto tengo para pagar lo que debo y una copa más —dijo mientras dejaba un billete de veinte sobre la barra.

Para no insistir más en un debate que no llevaría a ningún sitio, rellenó su copa y se apartó. El resto de hombres observaban con la cabeza gacha y la boca cerrada, no fuese que la tomase con ellos también y ninguno quería enzarzarse en una bronca con alguien así.

—Para vender y para echarte a la calle si lo creo conveniente. Recuerda que esta es mi casa y en mi casa mando yo —. Absurdo continuar con la discusión. Pretender hacer entrar en razones a un desalmado no era algo que el bueno de Santiago hiciese por las buenas. Era un alma perdida y con las almas perdidas el cantinero sabía que no se podía ni luchar ni negociar.

Lo miró al girarse y levantó la copa a su salud después de escuchar sus palabras, en un gesto de desprecio que el camarero no llegó a ver. Sumergió en un último trago sus palabras, recogió la vuelta y se marchó, no sin antes dedicar una mirada lastimera a los hombres sumisos que observaron la escena.

Seguía con sus cavilaciones imaginarias. Su retorcida mente creaba fantasmas que le quemaban la piel. Jimena ya no era su esposa, pero algo muy dentro, escondido entre la rabia y la bilis que le producía el hecho de que una simple mujer sobreviviese sin su ayuda, martillaba su sien con la esperanza de una posible reconciliación, imaginaria hasta ahora. Creaba su propia obra de teatro en la que el protagonista se quedaba nuevamente con la chica, que regresaba a

sus brazos llorando y suplicando su perdón, aun habiendo sido ella capaz de salir adelante sin su ayuda. La imaginaba suplicando clemencia, pidiendo un abrazo que calmase su alma rota y unas manos que la rescatasen de un camino equivocado.

Bufaba como un toro a punto de embestir a un torero confiado. Para su mente era inconcebible la idea de que alguien tan débil, una mujer que estuvo a punto de morir y que no le dio la vida que esperaba, se burlase de él sin hacerlo. Lo despreciaba luchando para salir adelante de la mano de su hija, abriendo cada mañana «La orilla» para lograr algo de dinero y pagar las facturas, saliendo a la calle con la cabeza alta para decirles a todos «aquí estoy». Ahora la había visto flirtear con un desconocido que acompañaba al viejo mecánico. «En esas miradas hay algo más, estoy seguro. Maldita hija de puta». Un eco insistente resonaba en su cabeza infligiéndole tal amargura, que el mero hecho de recordar las miradas que cruzaron el fotógrafo y su ex mujer le hacía sentir como la última persona del mundo.

Con los ojos apretados por la claridad, abrió la puerta en silencio. Elena se afanaba en cocinar algo que fuese del agrado de su padre, quien ni siquiera saludó al entrar. Como cada día desde hacía un año, se dejó caer en el sofá y extendió los brazos sobre el respaldo. Tenía la mirada lejos de su hija. Ella lo observaba sin decir nada. Apagó el fuego y se sentó frente a él, esperando alguna pregunta, algún comentario sobre cualquier cosa. Quizá una charla normal entre padre e hija, algo nuevo que trajese una brizna de esperanza de cambio a aquella casa. Un simple «qué tal el día» hubiese bastado para que su hija volviese a poner sobre las manos de su padre la ilusión perdida.

Pero todo seguía igual que siempre. Ella sentada con las manos cruzadas y él en la misma posición, inerte.

—Hoy hemos terminado los exámenes. Estoy contenta.

Sin respuesta alguna mientras mantenía la vista en el rostro de su padre. Parecía como si nada de lo que escuchaba fuese importante para él, salvo sus pensamientos y el recuerdo de las miradas entre su ex mujer y el fotógrafo. Su expresión iba tornando hasta convertir su

semblante en el claro reflejo del odio. Entrecerraba los ojos y se imaginaba el cuello de ambos entre sus manos, quizá un escarmiento que le devolviese la ilusión de que ella estaba sola, sin nadie que la rondase y clamase por su atención.

Elena lo observaba pronosticando que algo había ocurrido en la lonja o en el barco. A pesar de lo habitual de sus silencios y de su falta de preocupación por sus estudios, se esforzaba por demostrar que lo quería, que hacía lo imposible por recuperarle, a pesar del temor interno que le provocaba los miedos de su madre. Había cambiado y se mostraba distante, sí, pero era su padre y el anhelo de que la relación entre ambos se restaurase le hacía mantener las fuerzas. Regresó a la cocina y preparó todo. Silencio en el resto de la casa, solo un hombre sin mirada sentado en el sofá, inmóvil como una estatua de sal.

El olor a vino y a tabaco y unos ojos rojos eran la prueba evidente de que su problema, lejos de resolverse, iba en aumento. Luego estaban sus sospechosas salidas cuando el sol ya se marchaba hasta el día siguiente. «Vuelvo en un rato».

—Guarda un plato de comida en el frigorífico. Tengo que salir. Vuelvo en un rato —. Su padre no dijo nada más. Cogió las llaves, se caló su gorra y cerró tras sus pasos mientras su hija lo seguía con una mirada de resignación.

—¿Volverás pronto? —. De nuevo, aquella pregunta se quedó sin respuesta, solo el sonido de la puerta al cerrarse.

Con esas palabras salía de casa ciertos días, nunca los mismos. Elena no sabía nada sobre el motivo de esas escapadas ni se atrevería a preguntarle. Siempre regresaba con el pantalón empapado y los zapatos sucios. Un par de horas después abría la puerta y se dejaba caer en la cama sin desvestirse ni decir una palabra.

Jimena, sin presionarla demasiado, había intentado muchas veces que su hija confesara lo que creyese oportuno sobre la vida de su padre. Pero Elena era discreta y no quería aumentar el odio en uno y el miedo en la otra. Para ella, cuanto menos supiese el uno del otro mejor para todos. Detectaba cualquier señal de alarma, incluso antes de ver el gesto de su hija. Había aprendido a leer sus movimientos y

sus rutinas en casa. Un leve cambio o una acción inesperada hacían saltar las alarmas de su radar de madre preocupada. Cribaba con maestría los asuntos referentes a sus amigos o al instituto de los que afectaban a la relación con su padre. La coincidencia en el tiempo de esos cambios de conducta con los días que pasaba en casa de su progenitor, confirmaban que algo no iba como debía.

Elena continuaba en silencio, guardando para sí unas preocupaciones que la devoraban por dentro.

Su esmero diario por mejorar en las artes culinarias no serviría de nada. Colocó cuidadosamente los cubiertos en la mesa y tiró a la basura el resto de comida, dejando reservado una ración para su padre. Tomó asiento y lloró. Con un movimiento brusco de su brazo, arrojó al suelo su plato estallando en mil pedazos, derramando los restos de su desesperación y desconcierto. Una niña de su edad no debía estar preocupada por algo así, no estaba preparada para enfrentarse a un padre que parecía no querer saber nada de su vida.

Nadie mejor que ella podría describir qué era la soledad. Su compañera fiel de viaje, su verdadera confidente en las horas en las que sentía la necesidad de soltar todo lo que llevaba dentro, la que estaba a su lado al terminar el día y al llegar la mañana. Notaba la preocupación de su madre y su llanto a altas horas de la noche. Pero, ¿quién no haría lo imposible por recuperar al padre que un día tuvo? ¿Quién dejaría que se deteriorarse el lazo que nos ata al amor de quien nos dio la vida? Algo que, tristemente, solo podía ocurrir si las dos partes mostraban la preocupación debida.

El problema era que su padre había dejado de serlo tiempo atrás. A pesar de aquello, todos los descarriados tenían el camino ante ellos. Solo había que buscarlo en el lugar adecuado. Y pensó en don Rafael, en la amistad con su madre y en sus buenos consejos. Quizá debería verse a solas con él para tener alguien que escuchase sus plegarias. La confidencialidad estaba asegurada con el sacerdote. Ya no solo por el secreto de confesión, sino porque en más de una ocasión había demostrado su amistad con madre e hija.

A esas horas en las que todo el mundo se encontraba departiendo con la familia y cenando plácidamente, una lancha motora se

acercaba a toda velocidad a la pequeña playa. Arriba, desde un punto elevado, tres hombres escudriñaban los alrededores para asegurarse de que ninguna mirada curiosa se percataba de aquel asunto. Con rapidez, cuatro culeros bajaron hasta la orilla, recogieron los fardos, los cargaron en un todo terreno y se perdieron con rapidez en el interior del inmenso pinar.

Parecía que todo había salido según el plan. Un cargamento más que llegaba a su destino. El padre de Elena echó una última mirada antes de montarse en el vehículo. El desembarco debía desarrollarse con celeridad. Agarró con fuerza el volante y permaneció unos segundos mirando al frente.

—Arranca de una vez —dijo una voz en el asiento de atrás—. ¿Quieres que nos cojan?

Echó una mirada por el retrovisor, asintió y puso el motor en marcha.

Hora y media después, regresó. Elena se había marchado. Los restos del plato roto todavía se esparcían por el suelo del salón. Observaba los destrozos de pie, con su gorra en la mano. Se dirigió a su habitación y, como una rutina diabólica, se dejó caer vestido sobre la cama.



El sol castigaba con rigor y hacía que durante las horas centrales del día todos huyesen de él a refugiarse en sus casas, atrincherados tras las persianas cerradas a cal y canto, haciendo que el único movimiento perceptible fuese el de los abanicos.

Una figura femenina caminaba ligera, intentando no llamar la atención de las mujeres a las que cualquier ruido podría hacerles mirar a través de los visillos. Sus pasos se oían como huellas sonoras de un caminante presuroso.

Al llegar a la puerta de la parroquia pulsó el timbre.

La voz del párroco respondió a la llamada al otro lado y un sonido eléctrico abrió la puerta. La residencia era una pequeña casa aneja a la iglesia, con un delicado y cuidado jardín a la entrada. El blanco de las paredes hacía resaltar el verde de las enredaderas que escalaban la fachada principal de la vivienda alzando su crecimiento en busca del cielo.

Don Rafael esperaba ya en la puerta, serio, con la esperanza de poder zanjar ese espinoso asunto de una vez por todas. No respondió al saludo. Hizo un liviano gesto a la joven para que entrase y cerró la puerta con cierta rabia. Sobre su mesa se amontonaban papales y presupuestos para la obra. La chica examinó la estancia mientras buscaba una silla libre. Le sorprendió que solo hubiese un crucifijo sobre el escritorio. Esperaba ver imágenes de santos en las paredes. En su lugar, solo pared blanca.

La casa parecía ser más austera de lo que esperaba. Hacía tiempo, cuando era más pequeña, había entrado allí el día de su comunión. Recordaba vagamente unos muebles antiguos que iban en consonancia con el párroco de aquel entonces. Pero las cosas habían

cambiado y ahora el minimalismo parecía ser más del agrado de don Rafael. El viejo tintero descansaba ahora en una vitrina como pieza de museo y había sido sustituido por un ordenador portátil.

—Puedes sentarte aquí —dijo el joven cura retirando su cartera de un sillón y sin mirarla a los ojos.

La chica lo seguía con la mirada. Notaba la tensión en sus palabras, así que prefirió no ser ella quien iniciase la charla. El cura recogía la documentación y la guardaba en el cajón del escritorio como si no hubiese nadie más con él. Desapareció por una puerta mientras los ojos de su problema lo seguían curiosos. Teatralizó su ausencia para planear con celeridad la estrategia que seguiría para con la joven. En el baño, apoyó sus manos en el lavabo y respiró profundamente. «Muéstrate tranquilo y firme, que no descubra ningún resquicio por el que atacarte», se decía mientras se echaba un poco de agua en la cara. Encendió un cigarrillo y dio unas caladas antes de arrojarlo en el inodoro, al tiempo que agitaba sus manos al aire intentando dirigir el humo hacia la ventana. Se atusó la camisa frente al espejo y regresó.

La joven seguía en el mismo sitio y en la misma posición, como si estuviese allí para enfrentarse a una entrevista de trabajo. Rígida, con su bolso sobre las piernas, permanecía en silencio, con una pequeña dosis de miedo en sus ojos. El joven cura mantenía la mirada baja. Entre los dos se creó un aura extraña que hacía que ninguno se atreviese a dar el primer paso. Ella se recolocó e hizo un amago de hablar.

—Los dos sabemos por qué estoy aquí y...

—Esto no puede ser, por Dios. Estamos dejando que este juego de niños se nos vaya de las manos —interrumpió el sacerdote—. Te he hecho venir para terminar este asunto aquí, en la casa de Dios, en la casa de todos. Tienes que comprender que lo que persigues es algo que solo está en tu cabeza, una ilusión de juventud que tienes que olvidar cuanto antes por el bien de los dos.

La joven lo miraba como si ya supiese lo que iba a decir. Pero parecía que aquellas palabras no fuesen dirigidas a ella.

—¿Qué sientes? —preguntó la chica con mirada de cordero degollado.

—No te entiendo.

—Cuando me ves, ¿qué sientes? —insistió.

—Nada.

—No lo creo.

—¿He dado muestras alguna vez de que siento algo por ti?—. No sabía a dónde quería llegar. Jamás se había sentido atraído por ella y mucho menos, nunca la había visto con otros ojos que no fuesen los de un pastor de almas.

—Desde el primer día que te vi noté que algo cambiaba dentro de mí. Poco a poco esto fue a peor. No creas que es algo que controlo, no. Si alguna vez has estado enamorado sabrás de lo que hablo.

—No siempre fui sacerdote.

—Vaya, pensaba que vosotros nacíais ya con la devoción grabada en la piel —bromeó.

—Pues no. Estas cosas no funcionan así. La llamada de Dios llega cuando menos te lo esperas y...

—Igual que el amor —interrumpió decidida la joven.

—Exacto, igual que el amor. Lo que ocurre es que yo no he sentido esa llamada de la misma forma que tú. Mi amor es por todos los hombres y mujeres del mundo. No es un amor carnal, sino espiritual. Y ya que lo dices, deberías pensar si lo que sientes es amor o solo simple atracción. A veces suelen confundirse las dos cosas. Uno no puede sentir amor hacia alguien a quien no conoce, alguien sobre el que nada sabe. El amor es otra cosa. Lo tuyo no es más que algo... físico, habitual en la gente de tu edad.

Don Rafael intentaba controlar sus nervios y sus palabras para que la muchacha no se sintiese atacada. De buena gana la hubiese puesto de patitas en la calle y así zanjar de forma abrupta el asunto. Pero su delicadeza le impedía comportarse como un ogro. Ni lo fue ni lo sería nunca.

—Mira. Los dos sabemos que esto no puede ser —continuó con un tono de voz relajado—. Te he invitado a venir para que me cuentes qué es realmente lo que sientes. ¿De verdad crees que puedo dejar

todo esto así, por las buenas? ¿Que el amor del que me hablas llega a todos por igual? Mi mundo es otro muy diferente al tuyo —añadió abriendo los brazos, como queriendo abrazar todo el templo—. Una vez sentí ese tipo de amor, pero mi vida cambió y elegí un camino diferente.

La joven comenzaba a sentir cierta excitación. No sabía cómo salir del encierro al que la estaba sometiendo su anfitrión. Se removía en el sillón mientras escuchaba sus palabras, mientras el cura continuaba hablando y gesticulando con delicadeza para no mostrarse en una posición agresiva.

—Por el bien de los dos, tienes que comprender que jamás habrá algo entre nosotros —insistía—. Si hubiese querido orientar mi vida por el camino del resto, quizá ahora estaríamos los dos tumbados en la playa, disfrutando de nuestra compañía y fabricando una vida en común. Pero no es así. Siento que tengas que escuchar todo esto, pero no veo otra forma de pedirte que dejes de seguirme a todos lados y creer que puede existir alguna posibilidad de que tú y yo seamos uno.

Don Rafael guardó silencio mientras mantenía la mirada fija en los ojos de ella, que poco a poco comenzaban a llenarse de lágrimas. Se reclinó sobre el respaldo de su silla y cruzó las manos. ¿Qué extraño sueño hizo creer a aquella chica que existía la posibilidad de que un cura joven como él pudiera caer rendido a sus encantos? ¿Acaso era eso, su juventud, la que le hizo creer que sería todo mucho más fácil?

El cura conocía a su familia y tenía constancia de que su vida allí no le resultaba nada fácil a la muchacha. Una educación férrea la estaba convirtiendo en un pajarillo enjaulado con unas ansias enormes de volar. Hubiese jurado que el cristianismo extremo de sus padres, influenciados por una de sus tías, beata de misa diaria, estaba logrando el efecto contrario que buscaban. Además, los rumores y comentarios maliciosos del círculo familiar sobre su supuesta relación con el sacerdote no le ponían las cosas mucho más fáciles. Queriendo criar a un ángel estaban fabricando un demonio que no tardaría mucho en tentar a Cristo en su particular peregrinar por el desierto. Estaba claro que había aves que necesitaban más

espacio que otras para alzar el vuelo y a ella le faltaba el aire en un lugar sin posibilidades.

La joven estalló en un llanto cristalino, mudo. Su respiración se entrecortaba mientras daba por perdida su oportunidad para conquistar lo que deseaba. El párroco se mantenía impertérrito, ajeno al sentimiento de fracaso que la muchacha mascaba desde el primer minuto. Tragó saliva. Apretó los puños y se puso en pie, apartando con suavidad su silla. Se acercó hasta ella despacio, como un lince que intenta saltar sobre una liebre. Hincó su rodilla en el suelo, delante de ella. Tomó sus manos entre las suyas y limpió una de sus lágrimas con un dedo.

—Con el paso del tiempo verás esto como algo irrisorio. Te acordarás y te reirás pensando en lo infantil que ha resultado todo. Creo que lo mejor es que...

No tuvo tiempo de reaccionar. La joven se abalanzó sobre él, lo envolvió con sus brazos y lo besó con fuerza. Él la cogió por los brazos intentando deshacerse de su prisión y la lanzó hacia atrás.

—Pero... ¿Se puede saber por qué has hecho esto? ¿Has escuchado algo de lo que te he dicho? —gritó.

Sonrió y lo miró con toda la pena que fue capaz de mostrar en su mirada. Él se levantó sobresaltado y apretó los labios antes de decir todo lo que le pasaba por la cabeza. La miró y frunció el ceño con firmeza.

—¡Márchate, vamos! Veo que no quieres entrar en razón. Así no actúa una persona madura. Gracias por demostrarme que no lo eres.

—Solo quería...

—¡Fuera! —gritó de repente—. Fuera de aquí y no vuelvas a dirigirte a mí jamás. He intentado arreglar esto por las buenas, pero veo que es imposible. He querido ser delicado contigo y me lo pagas así, besándome.

—Pero Rafael. Eso no ha sido más que...

—Un despropósito y una locura, eso es lo que es. Si tus padres se enterasen de esto...si alguien nos viese...Me estoy jugando el cuello por ti y tú...tú...

Con una tranquilidad que extrañó al sacerdote, la joven cogió su bolso, se colocó el pelo y se puso en pie. Él la miraba expectante. Respiraba con dificultad mientras recordaba los labios de la chica sobre los suyos. Una extraña sensación y un sabor dulce permanecieron en él unos segundos sin poder apartarlos de su mente.

De repente, la muchacha se giró.

—Esto no ha terminado aquí. Ya nos veremos.

Por una vez en mucho tiempo, un suspiro parecía ser la señal de que aquella dramática historia de amor irreal parecía llegar a su fin, aunque esas últimas palabras provocaron un disparo de turbación que no supo cómo encajar.

Cuando iba a regresar a su escritorio con la intención de reordenar los papales de la reforma de la torre, el timbre sonó de nuevo. Su rostro se tornó serio y abrió con fuerza.

—He dicho que no quiero volver a verte por...¡Elena! —exclamó abriendo con fuerza los ojos—. Perdona, creía que eras otra persona.

—Hola. ¿Quién es la chica que ha salido corriendo de aquí? Me ha parecido...

—Nadie. Alguien que ha venido a pedirme consejo sobre un asunto —mintió.

—Es curioso, por eso mismo estoy aquí.

—No me queda mucho tiempo antes del comienzo de la misa, así que te agradecería que fueses breve, aunque no es el mejor momento.

Se mostraba nervioso, con las pulsaciones aceleradas por la conversación con la joven. Elena esperó a que terminase de recogerlo todo en el mismo sillón donde minutos antes estuvo sentada la chica.

—¿Y bien? —preguntó el amigo de su madre mientras tomaba asiento en su escritorio y cruzaba las manos sobre la mesa.

Elena fue desgranando la historia de su padre, cómo era su comportamiento en casa y algunos de los comentarios que hacía en relación a la vida de su madre. Le hablaba del rencor disimulado, de las miradas que le dedicaba a su ex mujer y de la falta de comunicación entre ellos.

Don Rafael conocía gran parte de aquella historia, así que poco le sorprendió lo que la hija de su amiga le contaba. Gracias a Jimena estaba al tanto de sus miedos, que en gran parte eran los de su hija. A pesar de llevar poco tiempo en el pueblo, el cura conocía bien las andanzas de aquel hombre, terco y resentido como nunca había visto a nadie. No le bastaba con el agradecimiento general por aquel rescate sino que, a su parecer, todos debían rendirle pleitesía eterna. Pero hasta las buenas acciones poco a poco las borra el tiempo, pasando a formar parte de un pasado que se diluye con facilidad.

Elena lloraba, estaba muy dolida con su padre, por la sensación de que tarde o temprano dejaría de ejercer como tal, a pesar de que eso ya estaba ocurriendo. Don Rafael intentó consolarla diciendo que a veces las personas cambian y que quizá solo había que darle un tiempo para que comprobase la retahíla de errores que como padre estaba cometiendo. Pero la esperanza rota de la dolorida hija no esperaba grandes esfuerzos por su parte. La frustración por no haber logrado conquistar sus castillos en el aire lo había llevado a la deriva, arrastrando con él a su esposa y a su hija.

Don Rafael abrazó a Elena y auguró que todo se solucionaría. «Las aguas, por el bien de todos, siempre vuelven a su cauce», decía mientras la hija de Jimena sonreía. La joven suspiró profundamente mientras agradecía al sacerdote su amabilidad al escuchar sus lamentos. La necesidad de escuchar una voz amiga se había vuelto indispensable.

—Ahora tienes una deuda pendiente conmigo. Como pago a mis servicios —bromeó— espero verte más por la iglesia. Y si consigues que también venga tu madre será todo un éxito.

Difícil tarea hacer que Jimena pusiese un pie en el templo. Durante su enfermedad y el tiempo que pasó en el hospital hasta el último momento, rezó como jamás lo había hecho. A pesar de no ser creyente y estar siempre alejada de la doctrina de la Iglesia, durante aquellos últimos días se encomendó a Dios como último y desesperado recurso espiritual en busca de la clemencia que la propia naturaleza parecía no tener para ella. Recibía la visita del capellán del hospital a menudo y llegó incluso a entablar cierta

amistad con él. No eran más que simples conversaciones sobre la vida y las duras pruebas que se empeña en hacernos superar. Enfermedades, muertes repentinas o devastadores desastres naturales que convierten en ceniza los sueños de muchas personas.

—¿Acaso Dios nos envía estos retos porque nos ama? ¿Es eso? Aleja de nosotros a nuestros seres queridos, deja caer sobre el mundo toda su furia y engendra seres maléficos capaces de controlar a la población. ¿Es éste el mundo que ha creado para nosotros? —preguntó al capellán con visible aire de rabia.

—Los caminos del Señor son inescrutables. Todo esto que dices no son más que pruebas constantes a las que nos somete nuestro Padre para que aprendamos a luchar contra el demonio, tenga la forma que tenga. Nosotros, por el contrario, cedemos ante todas esas vicisitudes aceptando con resignación que no podemos hacer nada. El hombre es obediente, sumiso como ninguna otra especie sobre la Tierra. Puede que no estemos escuchando con atención lo que Él intenta decirnos.

Don Rafael, que ya conocía el gran espacio que Jimena fabricó entre ella y la Iglesia, no tenía ninguna esperanza en verla por allí. Entre bromas y cafés siempre comentaba que a nadie le hacía daño escuchar de vez en cuando la palabra de Dios, con la clara intención y la confianza de que sería capaz de llevarla por el camino de la fe.



Rara vez uno encuentra un anfitrión como don Eritz. Israel paseaba camino del puerto sin poder sacarse de la cabeza que la vida a veces pone en tu camino personas tan castigadas y tristes, que basta una simple palabra de cariño para que se entreguen en cuerpo y alma.

Y eso es lo que parecía que acababa de ocurrir con el viejo del sombrero Panamá. Un final de vida angustioso para un hombre excelente, un plan para recuperar a su hija perdida con la ilusión de conseguir el perdón que le hiciese poder descansar en paz el día de su marcha. Había algo en sus ojos, un vacío que Israel pareció captar entre miradas perdidas y suspiros que parecían no imaginar un buen final para una larga vida de amor junto a su esposa. ¿Qué pasaba por la cabeza de aquel ingeniero reconvertido en cirujano de cosas pequeñas? Sin duda, el joven fotógrafo intuyó un secreto que su anfitrión prefirió esconder. Aquellas palabras del vasco fueron reveladoras.

—Quizá haya llegado el momento de dar el paso. No puedo, no debo esperar más. No hay mejor juez que el tiempo para colocar cada cosa en su sitio. Permanecer aquí, quieto, sin hacer nada más que lamentarme, no hará que recupere lo que más quiero en el mundo. Y para mí, el final de este mundo está muy cerca.

Las campanas, que llamaban por tercera vez al culto de las seis, sonaban tan presentes como el bostezo del perro que lo miraba despreocupado tumbado en el escalón de una casa al pasar junto a él. Un grupo de niños sin camiseta corría persiguiendo a otro, mientras los primeros se burlaban de los segundos al creer que nunca lograrían alcanzarlos. Uno de los pequeños tropezó y cayó. Sentado en el suelo y con un gesto de dolor evidente examinó su rodilla,

donde un desollón mostraba una pequeña herida conseguida en el campo de batalla. Mojó con saliva uno de sus dedos y limpió la poca sangre que brotaba de su piel, como un perro magullado que se lame las heridas. Se incorporó con velocidad y continuó la carrera, no sin antes ser capturado por el objetivo de su cámara fotográfica. «La saliva convertida en el mejor bálsamo reparador», pensó Israel, sonriendo al recordar que aquella escena le era conmovedoramente conocida.

A lo lejos ya divisaba el mar, tranquilo y medio dormido a esas horas. Algún que otro corredor se afanaba en conseguir su mejor marca personal, mientras unas ancianas cruzaban la calle sin mucha precaución y confiando en la benevolencia de los conductores. La terraza de una cafetería se animaba con el bullicio de unos niños que habían conseguido sus helados como recompensa por haber comido bien, mientras sus madres comentaban cualquier cosa que escapaba a sus oídos.

Soplaba una leve brisa que ayudaba a combatir el calor de la tarde, trayendo consigo el olor a sal y cierto aroma a gasoil de los viejos barcos que dormían ya amarrados a puerto.

¿Sería capaz de contarle a Jimena por qué estaba allí? Se había confesado con don Eritz como quien siente la necesidad de disipar una mala bilis que lo amarga por dentro. Quizá fuese igual de sencillo con la dueña de «La orilla». Su confianza en que aceptaría de buen grado la noticia y que se alegraría al saber la verdad, le otorgaba un punto extra de valentía que no había mostrado en el último año con respecto a su propia vida.

—Comenzaré con la historia de algún viaje para relajar el ambiente y no dar una impresión equivocada. Después, poco a poco iré dando pistas de quién soy realmente y por qué estoy aquí. Tercero, le hablaré de Paula —planificaba para sí, repitiendo una y otra vez las mismas palabras, memorizando el papel que interpretaría en las tablas del teatro en el que debutaba.

Cuando apenas quedaban veinte metros para llegar a la tienda, detuvo sus pasos, bloqueado, sacudido de repente por un frío poco racional. Encendió un cigarrillo y se apoyó contra la pared. Se rascaba

la nuca dudando de si estaba haciendo lo correcto. Podría romper la ya difícil vida de aquella mujer con una revelación inesperada. Desconocía si Jimena estaba preparada para descubrir algo que podía no querer conocer. Por lo poco que el viejo mecánico le había contado, el último año había sido una dura batalla para resurgir de su turbio pasado y fabricar un nuevo destino para ella y su hija. Su ex marido, las dificultades económicas y la nula comprensión de unos vecinos que parecían no querer saber nada de ella, golpeaban en su contra como quien pretende nadar siempre en dirección contraria al resto del universo. Claramente, sus vecinos no iban a permitir que la verdad que siempre acompañaba las palabras de la dueña de «La orilla», destruyese sus propias ilusiones, por falsas e infundadas que estas fueran.

¿Qué pretendía alguien presentándose así, por las buenas, y que llegaba con esa historia, mintiendo y ocultando su verdadera intención? ¿Por qué en ese momento, cuando parecía que la nueva vida de Jimena comenzaba a tomar algo de impulso? Más y más preguntas sin respuesta. La única forma de conocer la consecuencia de una acción era, como siempre decía Paula, poniéndose en marcha. Si algo había aprendido de ella era la seguridad de que no sabremos jamás lo que ocurrirá si no actuamos. Muchas son las personas que se detienen cuando sus dudas y miedos frenan en seco su camino. ¿Quería Israel ser de esos que se preguntaban qué hubiese podido ocurrir o, más bien, de los que abren puertas para ver lo que hay detrás? Definitivamente, era de los que querían salir de dudas cuanto antes, un explorador del futuro que no permitiría que nada se quedase en el tintero de sus suposiciones.

Aquella conversación con su hermana pequeña cuando apenas tenía veintidós años, le hizo ver que lamentarse por decisiones no tomadas por miedo al fracaso y a bajas dosis de autoestima era el camino equivocado. La primera vez que tuvo ante sí la posibilidad de viajar hasta Bolivia para un trabajo que le tendría fuera tres meses, sintió un miedo terrible por enfrentarse a un reto que podría no sacar adelante. Fue Paula la que le convenció de sus capacidades y su

habilidad para demostrarle a quien fuese que él era el mejor candidato. Así fue como comenzaron sus continuas ausencias.

Apagó el cigarrillo y por un momento pensó que, quizá, solo quizá, nunca tuvo que hacerle caso. Hubiesen estado juntos siempre. Pero la vida pertenece a cada uno de nosotros, a nadie más. Lo que construimos, las decisiones que tomamos en los momentos más difíciles, marcan de manera irrefrenable nuestro futuro. Pero, sobre todo, los síes y los noes en los segundos más importantes.

Los dilemas que antaño se esfumaron con las palabras de Paula regresaron con fuerza y lo paralizaron contra la pared. La osadía de la que solía hacer gala, ahora no era más que unas gotas de sudor resbalando por su frente.

Se incorporó, hizo un movimiento circular con sus hombros y tragó saliva.

Una música ligera salía por la puerta de «La orilla». Pudo ver a Jimena leyendo tras el mostrador, ajena a su presencia. Echó un vistazo general a las paredes interiores. Gorras, camisetas, figuras de cerámica, pequeñas cajitas de madera y postales varias. Al abrir, el sonido de unos tubos metálicos colgados del techo sacó de su aventura literaria a la dueña de aquel pequeño bazar de recuerdos. Sonrió y dejó el libro a un lado.

—Bienvenido. Pasa, no te quedes ahí —invitó Jimena con amabilidad.

—No sabía dónde ir a estas horas, así que he comenzado a pasear y aquí estoy—mintió.

—Igual has venido a contarme alguno de tus viajes, ¿no? ¿Te apetece tomar algo? ¿Té, agua?

Israel aún no se creía que estuviese allí, delante del continente que guardaba con celosa intimidad una parte de su hermana. Fueron tantas las ocasiones en las que soñó con ese momento que se hubiese pellizcado para cerciorarse de que era real. Con timidez, mantenía un gesto afable, casi infantil.

—Bueno, ¿cómo va el reportaje?

—¿El reportaje? —preguntó como si desconociese por completo lo que le estaba preguntado.

—Sí, el reportaje. Ya sabes. El mar, los barcos...tus fotografías...

—Mis fotografías...

—Eres Israel, ¿verdad? El mismo Israel que he conocido esta mañana, ¿no es cierto?

La miraba como si no entendiese nada de lo que le estaba diciendo. Abrió los ojos tanto como pudo y reaccionó.

—Claro, claro, perdóname. Por un momento me he quedado en blanco. Lo siento. Debe ser el vino que he tomado en casa de don Eritz.

—Espero que él no haya bebido nada —. Tiempo atrás, Jimena vigilaba de cerca que el viejo no se acercase a ninguna botella de alcohol.

—Pues ahora que lo dices, no.

—Siéntate. Parece que hoy tampoco será un buen día de ventas.

Jimena sacó de la trastienda un pequeño taburete de madera y se lo ofreció. Con gesto avergonzado, tomó asiento. Lo miraba dejando que fuese él quien dijese la primera palabra. Israel examinaba todos los objetos de las estanterías y algunos que estaban en el suelo, dentro de unas cestas de mimbre. No dejaba de acariciarse las manos en claro gesto de nerviosismo. Jimena se percató y esbozó una sonrisa ladina.

—¿Suelen venir muchos turistas por aquí? —. No se le ocurrió otra pregunta más lúcida.

—No tantos como me gustaría. Hay épocas mejores que otras. Pero bueno, digamos que los suficientes.

—Entiendo.

—¿Qué cuenta el vasco? Hace tiempo que estoy preocupada por él. Lo veo más triste de lo habitual, más silencioso. Esa historia de su hija...

—Debe ser duro terminar tu vida de esa manera. Yo también he notado que vive como si le faltase algo, como si en realidad no fuese aquí donde quisiera estar. La muerte de su esposa, su hija...Es demasiado doloroso como para creer que puede sobrellevarlo solo. No le he dicho nada, pero no entiendo su decisión.

—Nunca he querido hablar con él sobre este tema. Desde el día que decidió contarme todo, no he vuelto a sacar ese asunto, supongo que para no hacer más daño del que ya siente. Su reacción fue un tanto irracional, pero es lo que decidió en aquel momento. El resto solo podemos imaginar lo que hubiésemos hecho en su lugar, pero nada más.

Jimena conocía perfectamente aquella historia de dolor y rabia contenida. Al igual que otros amigos, decidió no indagar más y dejar que fuese el viejo quien hiciese las cosas a su manera.

—Hay momentos en la vida donde somos incapaces de enfrentarnos a ciertos dilemas. Nos quedamos sin soluciones, sin fuerzas para buscarlas. Y desistimos, tiramos la toalla y dejamos que sea el tiempo quien decida por nosotros si lo que hemos hecho es lo correcto. Aquí nunca podrá saber si su hija piensa en él, si está esperándole con los brazos abiertos o, incluso, si lo está buscando.

Israel decía aquello mientras pensaba que era lo que él había hecho. Si se hubiese quedado cruzado de brazos no estaría sentado en aquel incómodo taburete, hablando con la persona que había ido a buscar. Jimena lo observaba creyendo que en algún momento de su vida el fotógrafo había tenido que tomar una decisión similar. Claramente, no le faltaba razón.

—¿Y si es el miedo el que no le permite dar ese paso? —preguntó el muchacho sin mirar a su anfitriona.

—¿Miedo? ¿A qué? Lo podemos llamar miedo o incertidumbre, que para el caso es lo mismo. En el fondo creo entender lo que hizo. Debemos respetar las decisiones que la gente toma sobre sus propias vidas. Escapan a nuestro entendimiento. Todos tenemos unos motivos que los demás no comparten. Somos seres complejos. Parece más sencillo seguir el camino menos lógico, qué le vamos a hacer —explicó Jimena.

—Miedo a lo que pueda descubrir, a la reacción de su hija. Son demasiados años sin ningún tipo de contacto entre ambos. Cualquier persona podría suponer que no puede esperar una bienvenida con los brazos abiertos. Pero, por otro lado, no sé, es su padre.

—Un padre que se alejó de ella sin ninguna explicación convincente. Por Dios, ¡se marchó así, sin más! —exclamó, despistada por la confianza que mostraba Israel en su argumento—. ¿Acaso crees que una relación rota de aquella manera entre un padre y su única hija, puede tener una solución tan sencilla? Esto escapa a cualquier comprensión. Estoy segura de que ha sido tanto el dolor provocado que el viejo ha perdido toda esperanza en recuperarla. Él vive sin nada, manchado de grasa y lamentándose día a día de lo que no ha sido capaz de solucionar. Supongo que debemos dejar que cada uno lleve su camino a su manera. Aunque un padre jamás debería separarse así de su hija.

—Solo lo conozco desde esta mañana, pero en su expresividad, en sus ojos, he creído ver algo más que no cuenta. Tengo la impresión de que podría haber alguna noticia en breve. Parece un hombre valiente, decidido, pero temeroso al mismo tiempo.

—Si lo fuese, este asunto estaría solucionado desde hace años. O quizá nunca hubiese ocurrido. Tú no lo conoces, pero es más terco que una mula.

—He visto en él mucha tristeza. Quizá necesite ayuda. Hay momentos en la vida en los que necesitamos un empujoncito, una mano amiga que nos rescate y nos devuelva a la luz.

Jimena miraba a Israel. Un no sé qué le decía que don Eritz le había contado algo que ella desconocía. Aquel fotógrafo hablaba como si llevase entre ellos más tiempo. Veía cómo perdía su mirada cuando narraba lo vivido en casa del viejo.

—Así que fotógrafo —comentó Jimena de repente, cambiando el sentido de la conversación—. Y has trabajado en distintos lugares del mundo.

—Sí.

—Venga, cuéntame alguna anécdota curiosa que te haya sucedido. Estoy segura de que tantos viajes darán para muchas historias.

—Historias no sé, pero sí puedo decir que lo mejor ha sido toda la gente que he conocido y que es feliz sin nada.

—Cuéntame

La dueña de la tienda dejó el libro bajo el mostrador y cruzó sus piernas. Entrelazó sus manos y se dispuso a escuchar al muchacho. Era extraño para Israel aquella invitación así, por las buenas. Por la mañana el contacto había sido muy breve. Pero no estaba dispuesto a dejar pasar la oportunidad. Haber puesto en un serio aprieto a su amigo Fidel y la decisión de buscar lo que haría cerrar uno de sus círculos, eran motivos suficientes como para aceptar la naturalidad con la que Jimena lo trataba.

No es que le resultase extraño aquella amabilidad y la sensación de que era uno más allí, pero el miedo a la respuesta le hacía mantenerse precavido.

—No sabría por dónde empezar. He visto a campesinos en Bolivia y criadores de llamas en los Andes. Pero sin duda, la gente que más me ha marcado fueron las ancianas en una aldea de China. Vivían del cultivo de hojas de té. Son mujeres duras, viejas como aquellas tierras e indomables ante el avance de los tiempos. Para ellas no existe otra vida que no sea despertar al sol con sus manos listas para el nuevo día. Conseguí un gran material en aquel viaje, además de encontrar nuevas sensaciones que me marcaron para siempre. Digamos que descubrí que el verdadero tesoro de mis viajes no han sido las fotografías, sino las huellas que han dejado en mí. Nunca regresé siendo el mismo. Con cada experiencia me he traído algo nuevo conmigo.

Israel iba desgranando historia tras historia mientras Jimena escuchaba con atención sus narraciones. Por unos momentos, el fotógrafo se olvidó del verdadero motivo de su viaje, de esa nueva aventura personal de la que también esperaba descubrir algo nuevo.

Cada cierto tiempo lo interrumpía para indagar un poco más en algún aspecto que le llamaba más la atención. Él disfrutaba respondiendo a su curiosidad ampliando anécdotas varias y describiendo lo sencillo que resultaba para muchas personas llevar una vida sencilla y humilde.

—...y terminas comprendiendo que estamos preocupados por cosas que realmente no necesitamos para nada. Mientras pensamos en qué zapatos comprarnos o qué nuevo vestido estrenar, esas



personas sonríen mil veces más al día que nosotros, aunque nunca llegaremos a comprender el por qué, cuando nosotros lo tenemos todo y ellos nada.

—¿Lo has descubierto?

—¿Saber por qué sonríen más que el resto del mundo? Claro que sí, es sencillo. Un día, tras fabricar con unos niños un balón de fútbol con un simple globo y unos cuantos trozos de tela, entendí lo que significa vivir. Y créeme, no se parece en nada a la idea que tenemos. En su universo, el que ellos conocen, se sienten libres. Piensa en cómo se vive en nuestro mundo supuestamente civilizado. Nos dejamos esclavizar por cualquier estupidez. Un perfume, un nuevo teléfono móvil o un par de zapatos nos pueden llevar a perder la cabeza sin detenernos a pensar si realmente los necesitamos. Ellos viven sin ser esclavos de bienes materiales. Sus mayores alegrías son un buen baño de agua limpia y añadir carne a sus comidas una vez al mes.

Jimena se quedó en silencio sin saber muy bien qué contestar. Las evidencias eran claras. Ni ella ni su hija estaban dentro de ese tipo de personas que eran tan felices como grandes fuesen sus posesiones. Su familia especial de dos era un conjunto que sobrevivía al mercantilismo de las modas, más por la evidencia de no poder costearlas que por falta de deseo de tenerlas.

—¿Lo somos? —respondió Jimena con otra pregunta.

—¿Libres?

—Sí.

—Creemos serlo, pero nos hemos vuelto esclavos de artilugios que otros han fabricado para hacernos creer que los necesitamos. Nos sentimos tristes si no podemos cenar en un restaurante, si no conducimos éste o aquel coche, si comparamos nuestra diminuta casa con una enorme mansión con piscina y jacuzzi. ¿Qué haces si sales de casa y olvidas tu teléfono móvil? ¿Qué ocurría cuando no existían esos aparatos? Creemos que necesitamos todo eso cuando en realidad son esas cosas las que nos convierten en esclavos ilusos que se mueren por vivir unas vidas que no son las nuestras. Son otros los que fabrican sueños imposibles para que creamos que se cualquiera

los puede alcanzar. Y no digo que tener una casa enorme sea algo imposible, pero nos martirizamos creyendo que ese debe ser nuestro objetivo principal —. Jimena lo observaba con la boca abierta. En más de una ocasión ella misma había suspirado por algo así—. La verdadera alegría está en la calle, en la terraza de una cafetería, en un simple paseo por la playa. Todo lo demás son esos hilos que nos atan a las manos y nos convierten en marionetas. Nuestras mayores tristezas vienen envueltas en lujos que jamás podremos alcanzar. Mientras espolvoreamos nuestros lamentos, millones de personas en los rincones más recónditos del planeta son inmensamente felices sin nada.

Nunca había oído a nadie describir la libertad de aquella manera. Las palabras del fotógrafo parecían sacadas de un libro tibetano de pensamiento emocional, aunque en el fondo sabía que llevaba razón. ¿Cuántas veces había sonreído la preocupada madre al recibir un beso o un abrazo de Elena? Desde hacía poco, al menos, tres veces al día. Su vida no giraba alrededor de grandes fastos ni de un armario repleto de vestidos de alta costura. Ni siquiera de algún lujo que se dejase caer de vez en cuando. La felicidad entre ella y Elena estaba en la sonrisa, no en sus cuentas corrientes.

—Pero no es solo cuestión de posesiones, no. El tiempo es uno de los mayores grilletes. Estamos atados a él como las abejas a la miel. Pertrechamos las horas libres de nuestros hijos con actividades que saturan sus mentes, suponiendo que no dejarles respirar es lo mejor para su futuro. Nosotros, prisioneros de un reloj que nos dice qué debemos hacer en cada momento del día. Es una esclavitud aceptada, ya que pensamos que es la mejor manera para que este mundo funcione. Puede que así sea, pero entonces debemos reconocer que no somos libres del todo, que nos gusta vivir atados a un orden donde nos sentimos cómodos, protegidos al ser uno más.

—¿Y qué me dices de ti? ¿Eres libre? —disparó sin piedad tras escuchar en silencio—. Supongo que también tienes un reloj en tu vida.

—Lo tengo. A veces me planto y decido cuándo darle cuerda o cuándo detenerlo. Unas veces tengo suerte y otras no. Digamos, que

hasta un reloj parado acierta dos veces al día. Es en esos momentos cuando te das cuenta que, de manera indomable, siempre hay algo que marca tu siguiente movimiento.

—Entonces, algunas veces eres esclavo dos veces al día, ¿no?

—Soy un esclavo más, como tú y como todo el mundo, pero yo hace tiempo que tomé conciencia de ello y lo asumo. El tiempo nos da algún respiro para hacernos creer que somos nosotros los que llevamos las riendas de nuestra vida, pero siempre vuelve para mostrarnos quién manda aquí. Él controla las manecillas mientras nosotros bailamos al ritmo de su tic tac.

—Pero solemos creer que organizamos el tiempo a nuestro antojo. Bueno, al menos yo lo creo —. Jimena se vio desbordada por los argumentos que esgrimía su nuevo amigo.

—Y yo, todos lo pensamos. No me hagas caso, a veces me vuelvo desvarío con estos temas —comentó con una sonrisa.

Jimena arqueó una ceja sin dejar de mirarlo. Se atusó el pelo y bajó su mirada. Israel la observaba de manera velada, sintiendo unas ganas terribles de desvelarle todo.

—Don Eritz me ha hablado de tu enfermedad —. Sintió que era el momento de dar un paso hacia adelante.

—Oh... —exclamó sorprendida—. Bueno, es algo que ya pertenece al pasado. Fue una época difícil, pero todo está superado. Intento mantener los cuidados de manera metódica.

—Me alegro. Supongo que cada día es un nuevo motivo de celebración. Tu recuperación, la tienda, tu hija...

—Es una forma de verlo. Cuando te ocurre algo así aprendes a ver y valorar las pequeñas cosas que antes pasaban desapercibidas. Ahora he aprendido a vivir. Antes...era diferente —. Nunca había hablado de este tema con un desconocido.

—¿Ves? Puede que descubrieses una nueva forma de agrandar tu libertad, de ser tú quien le de cuerda a tu reloj.

—Es posible. Alguien me dijo una vez que hay que estar dispuesto a tomar el tren adecuado cuando pase delante de ti. Creo que eso fue lo que hice. Tu mundo cambia por completo cuando un doctor no te

da muchas esperanzas de vida. La mía llegó en el último momento, cuando pensaba que todo estaba perdido.

—Todos hemos perdido algún tren. No es sencillo verlo, pero la mayoría de veces pasa de largo ante nuestros ojos y no nos damos cuenta. Quien te dio ese consejo sabía a lo que se refería.

—Pero no podemos vivir siempre en constante vigilancia. Nos perderíamos muchas de las cosas que ocurren a nuestro alrededor —puntualizó Jimena.

—La única forma de no perder ningún tren es no tener que entrar jamás en una estación —. Jimena lo miró sin saber a qué se refería—. Es no comprar nunca un billete ni esperar que siempre esté libre el mejor asiento en un vagón. Los trenes hay que tomarlos en marcha, que la vida nos alcance corriendo a su lado, saltando de forma inesperada a su interior. Creo que no debemos planear jamás un viaje, una aventura, ni siquiera nuestra propia vida. Basta con levantarse y decir: «Estoy harto, hasta aquí he llegado. Me pongo en marcha». Eso debería ser vivir, olvidarnos de planificar hasta el último segundo de nuestro paso por este jodido mundo. Lo que tengamos que hacer lo haremos, pero caminando al lado de la vida, no detrás de ella.

Ella guardaba silencio mientras escuchaba aquella retahíla de pensamientos del fotógrafo, que mantenía un gesto serio al opinar sobre lo intransigentes que nos volvemos con nuestra propia existencia. Israel se levantó y examinó de cerca las figuras de una de las estanterías. Ella lo siguió con la mirada.

—Algunos no sabemos controlar nuestros miedos. Mírame —dijo mientras el muchacho se giraba hacia ella—. ¿Crees que esta es la vida que alguna vez planeé para mí y para mi hija? Durante un tiempo me lamenté por haberme casado con...con...Después de la operación todo cambió. Mi mundo se reinició y tuve que aprender a vivir de nuevo. Esos trenes de los que hablas pueden aparecer de mil maneras diferentes. En mi caso fue un renacer, un cúmulo de nuevas ilusiones. Fue otra persona la que me ofreció un asiento en el tren del que ella bajó de forma inesperada.

El corazón de Israel se detuvo durante unos segundos al escuchar esas palabras. Ya no había duda. En ese cuerpo que le hablaba desde detrás del mostrador latía lo que había ido a buscar. Comenzó a respirar con dificultad y ahora sí, pidió un poco de agua. Un calor repentino azotaba su cuerpo mientras no sabía ni a dónde mirar ni qué decir.

—¿Te encuentras bien?

—Sí, sí. Es solo que esas palabras me han recordado a alguien. ¿Sabes? No he conseguido grandes cosas en mi vida porque ni siquiera las he buscado. Pero he hecho siempre lo que la noche anterior me proponía con la cabeza recostada en la almohada. Creo haber alcanzado mis sueños gracias a aquellas personas que siempre decían que jamás lo lograría. Sus límites se convirtieron en mis metas.

—Es inaceptable que alguien te diga que no puedes conseguir algo. Hay alguien que creía que no podría sobrevivir sin su ayuda, que perdería en todo lo que me propusiera. Y aquí estoy. Puede que esta tienda y mi vida no sean lo que cualquiera pueda esperar, pero es lo que tengo y por lo que lucho a diario. No dejes que nadie te diga hasta dónde puedes llegar ni dónde tienes que estar.

—Había una persona que odiaba que yo mismo trabase mis pasos. Ella creía que podía alcanzar todo lo que me propusiese. Decidí comenzar un viaje para encontrarla y darle las gracias que jamás le di.

—¿La encontraste?

—Sí. Precisamente la tengo delan...

La puerta de «La orilla» se abrió con su singular tintineo metálico haciendo que Israel interrumpiese lo que estaba a punto de desvelar. Bajo el sombrero reconocido por todos, don Eritz entró decidido.

—Amigos, creo que ha llegado el momento.

Una agradable interrupción justo cuando el fotógrafo se disponía a desvelar quién era. Jimena salió de detrás del mostrador y besó al vasco. Israel permaneció de pie, mirando a su nuevo anfitrión. Don Eritz tomó asiento en el taburete que ocupaba el muchacho y comenzó a abanicarse con su sombrero.

—Basta ya de lamentaciones absurdas. Creo que ha llegado el momento de actuar. Imagino que ya sabrás que hemos estado comiendo en casa y que se quedará unos días allí —informó a Jimena—. Este muchacho tiene algo especial.

Ambos se giraron para mirar a Israel quien, sin saber muy bien qué decir, esbozó una leve sonrisa confirmando las palabras del viejo mecánico. Jimena esperaba paciente el motivo por el que su buen amigo se había presentado diciendo todo aquello.

—He decidido ir a buscar a mi hija.

Tanto la dueña de «La orilla» como Israel apretaron los labios. Ella se abalanzó sobre el vasco y lo envolvió en un fuerte abrazo mientras el recién llegado hacía un gesto de aprobación. Don Eritz comenzó a llorar mientras Jimena plagaba de besos sus mejillas. Suspiraba como un niño pequeño que acababa de salir airoso de una reprimenda de sus padres. La decisión tomada le producía cierta dificultad respiratoria y una ansiedad terrible. El miedo caminaba de la mano de aquella determinación, puesto que enfrentarse a su peor demonio después de tanto tiempo y sin una garantía mínima de éxito, era motivo suficiente para que cualquiera declinara la idea de comenzar aquella delicada empresa.

—Hace años que tenías que haber tomado esta decisión —. Jimena intentó que sus palabras no sonasen como un «te lo dije»— pero eso

ya da igual. Lo importante es que por fin has tomado el camino correcto. Nos alegramos por ti. Éste es el viejo mecánico que siempre hemos querido ver.

—Ha sido hoy cuando me he dado cuenta de que no puedo dejar pasar más el tiempo. Llevo toda mi vida dando consejos y reparando cosas mientras he descuidado mis propias averías. Sí, he tenido miedo y lo sigo sintiendo. Creía que un viejo ingeniero sería capaz de restaurar cualquier imperfección, pero no hay mecánico ni médico capaz de desagaviar lo que únicamente se soluciona con determinación.

—Así que ha decidido curar sus heridas. Es una gran decisión —recordó Israel.

—Nuestra charla ha debido activar algo que permanecía dormido. Tengo que darle las gracias, amigo. Sus palabras han conseguido algo que en estos diez años ni siquiera yo he sido capaz de lograr. Gracias, muchas gracias. Es bueno que aparezcan personas como usted. Tengo que reconocer que estoy muerto de miedo. ¿Y si no desea verme? ¿Y si ha perdido todo el interés en su padre, ese que la ha mantenido alejada de él diez años?

—Si no va a buscarla nunca lo sabrá —. Israel le acarició el hombro mientras don Eritz asentía dándole la razón—. No se puede quedar con la duda. Vaya y hable con ella. Es su hija, no creo que le cierre las puertas de su casa. Escuche lo que su corazón de hija doliente tiene que contarle —. Dicho aquello, Israel le guiñó un ojo. El viejo miró de soslayo a Jimena, quien observaba sonriente y con los ojos enrojecidos por la emoción.

—Israel lleva razón, querido amigo. Haga ese viaje. Busque a su hija y dígame cuánto la echa de menos —. La dueña de «La orilla» estaba feliz. Tras diez años, parecía que el mecánico había decidido acabar con su destierro voluntario.

A pesar de la felicidad que inundaba la tienda, Jimena suponía que ninguno de los dos la pondría al corriente sobre esa comida que habían compartido en casa del vasco. Pero no le importó. Aquel momento mágico era de su amigo. Ella se limitaba a saborear el

despertar de un corazón destrozado por un dolor que ni siquiera podía imaginar.

—Antes de marcharme tengo una sorpresa para nuestro invitado —. Israel se sorprendió al instante—. Creo que esta es una buena tarde para tachar de la lista una de sus cosas pendientes por hacer.

—¿A qué se refiere?—. El muchacho sintió un escalofrío agradable.

—Ha llegado el momento de descubrir el vaivén de las olas. Un barco nos espera en el puerto.

—¿Un barco? — preguntó atónito —. Quiere decir que...

—Que hoy navegará por primera vez. Será su bautizo mariner.

Su cara mostraba una sorpresa tal que Jimena comenzó a sonreír de manera descarada. Una risa tonta inundó a Israel ante la realidad evidente de que cumpliría uno de los sueños de Paula. Y como si una piedra hubiese caído en el estanque de las risas, los tres nuevos amigos se contagiaron de la felicidad que irradiaba el fotógrafo.

Por desgracia debía esperar a otro momento para hablar con ella. Aquella interrupción se había justificado por sí sola. No sería él quien antepusiese su objetivo a la posibilidad de que don Eritz recuperase el cariño de su hija y mucho menos al detalle que el viejo había tenido. Esperaría paciente otro momento. Gracias a su generosidad no tendría que preocuparse por el gasto que suponía su alojamiento en el hostel. El nuevo anfitrión había puesto a su disposición su casa y él la había aceptado con gratitud.

Los tres permanecieron en «La orilla» a la espera de que llegase la hora de cierre. Mientras varios turistas compraban algunas postales y un par de camisetas, distendían la espera con recuerdos y respuestas a las preguntas de Israel sobre la vida del vasco cuando eran una familia unida y completa. Éste, encantado de poder rescatar los momentos vividos junto a su esposa e hija, ahora con la naturalidad que no tuvo durante los últimos diez años, les hablaba de paseos por el puerto, de fiestas en casas de campo y de juegos tradicionales que hacían las delicias de los pequeños. Un tiempo en el que todo parecía imposible de desquebrajarse. Los padres eran felices y los niños se distraían manchando sus manos con barro y lamiendo las heridas de



sus piernas tras caer una y otra vez en las calles, cuando todavía se podía jugar en ellas sin peligro.

El barco dispuesto para la ocasión era de don Francisco, el Presidente de la Cofradía de Pescadores. Don Eritz consiguió hacer que volviese a navegar tras encallar en las rocas de un pequeño acantilado junto al pinar. La reparación de la quilla resultó costosa y el motor resucitó gracias a las manos expertas del viejo cirujano. Aquel pequeño velero pertenecía a la familia de don Francisco desde hacía cuarenta años. No era una pieza extraordinaria de museo, pero el cariño que le tenía y los recuerdos vividos en él desde que era un niño le otorgó el grado de irremplazable e intransferible.

Juntos se dirigieron hasta el muelle. Don Francisco se afanaba en preparar unas bebidas y algo para picar sobre una pequeña mesa que a don Eritz se le antojó inestable. Pero el mar estaba calmo, relajado tras un largo día de idas y venidas a la orilla en busca de su amada arena, así que no creyó oportuno decir nada sobre la posibilidad de que los vasos estuviesen más tiempo sobre la borda que en la mesa.

Algunos marineros, que desde hacía años pasaban más tiempo sobre sus barcos que en sus hogares, daban los últimos retoques a sus embarcaciones para la semana siguiente, como si para ellos no hubiese mejor lugar que la cubierta de sus botes para pasar los días de descanso. La lonja dormía tras el bullicio diario sin desprenderse de su característico olor a pescado y sal. Israel, siempre con su cámara al cuello, dirigió su objetivo a la proa del pequeño barco, donde don Francisco ordenaba los cabos y aligeraba de obstáculos la cubierta. Caminó unos metros más hasta llegar al final del muelle. Allí, donde solo se escuchaba el sonido del agua acariciando la barrera de hormigón, miró al horizonte.

—Siento mucho que tenga que ser yo quien viva esto por ti. Ojalá estuvieses aquí para ir los dos juntos. Pero estás, siempre estás.

Sus ojos se llenaron de lágrimas mientras un suspiro delator mostraba a un triste hermano ahogado aún por la ausencia de Paula. Una pequeña bandada de gaviotas regresaba a tierra con un vuelo tranquilo y suave. Levantó la vista y las observó. Se dirigían a su descanso, seguramente a atender a sus crías, ocultas entre el bosque

de pinos. «Solo el aire y el mar son libres. Van y vienen sin que nadie se lo impida. Ojalá fuese aire, ojalá fuese agua», pensaba, en un ataque de locura poética que ni él mismo supo de dónde provenía.

—¿Ocurre algo? —. La voz de Jimena sonó delicada a su espalda. Israel se giró intentando no mostrar sus ojos rojos.

—Oh...Nada, nada. Solo observaba el mar y esos pájaros. Estoy un poco nervioso por mi bautismo, pero feliz por poder navegar por primera vez. Vamos, nos esperan.

Don Francisco mandó detenerse a sus invitados antes de subir a bordo. Abrochó los botones de su camisa blanca y se caló su gorra de capitán. Los tres amigos no sabían muy bien qué decir, así que obedecieron sus repentinas órdenes. El patrón se situó a estribor y dio indicaciones para que subieran. Con un saludo militar les dio la bienvenida. Y como en cualquier bautizo que se preste, más pirata de lo que debiera, tenía preparado un mítico brebaje para el novato en asuntos del mar. Ofreció a Israel una copa con una bebida hecha con agua del océano de un color rojizo. Ante el desconocimiento de lo que ocurría, extendió la mano y tomó el recipiente mientras don Francisco pronunciaba unas palabras que todos escuchaban atentos.

—Grumete. Esta agua de mar es para expulsar fuera todo lo malo y evitar la marea. Que Neptuno nos proteja en esta y en venideras travesías.

Israel levantó su copa, asintió y dio un trago. Una mueca de amargor hizo sonreír de soslayo a Jimena y a don Eritz, quienes ya habían pasado por ese bautismo en su momento. Hicieron algún comentario sobre el excesivo teatro de su anfitrión y dieron una palmadita en la espalda al protagonista de la escena, quien tuvo que aguantar no dar una arcada y echar fuera el brebaje. .

Ante la ausencia de aire que permitiese desplegar las velas, don Francisco puso en marcha el motor de la embarcación. Firme como solo puede ser un patrón de barco, agarró con fuerza el timón y puso rumbo a mar abierto. El pasaje se amarraba con fuerza a los cables que protegían de una caída inesperada al agua. Israel no podía dejar de sonreír, incrédulo ante el regalo de don Eritz y por verse con el mar a sus pies. Sentía cada suave embestida de las aguas, cada ráfaga

de brisa que golpeaba su rostro sorprendido, cada badén en el que su estómago se estremecía. Y volvía a sonreír una y otra vez ante la atenta mirada del vasco.

Justo en ese instante recordó sus palabras en «La orilla».

—Las ocasiones nunca regresan, al igual que las palabras que pronunciamos o el tiempo que dejamos ir. Todo está relacionado. Las oportunidades son tiempo, las palabras que decimos son tiempo y el tiempo que pasa delante de nuestras narices suele ser nuestro enemigo silencioso. ¿Habéis disfrutado alguna vez del silencio? Pues ahí es donde quiero llegar. El silencio es aire que pasa sin ser respirado, instantes vacíos de actos y secos de vida. Malgastamos silencios cuando en realidad deberíamos llenarlos con decisiones y actitud. Cierto es que cuando callamos es cuando más sentimos. Pero, ¿qué es la vida sin exteriorizar esos sentimientos que solo suenan en nuestra cabeza? Tiempo perdido, lamentos por lo que no fuimos capaces de hacer.

Mientras esperaban el final de la jornada de Jimena, el viejo tuvo un momento existencial. Palabras que, ya puestos a debatir, hicieron que la dueña de la tienda se revolviere contra él. ¿Les hablaba de oportunidades perdidas cuando había esperado diez años para buscar a su hija? Suavizó su ataque para no quitar protagonismo al hecho de que al día siguiente cogería un avión para ir en su busca. Israel grababa a fuego cada sílaba pronunciada por don Eritz. Callaba, no tenía nada que reprochar, ya que él mismo era el ejemplo vivo de aquellas palabras, de esos silencios que se habían postrado ante él como una tormenta inesperada. Ni siquiera sacó nada bueno de los momentos en los que el tiempo detenía su avance para darle una oportunidad de pensar.

Ahora, agarrando con fuerza las cuerdas de protección de aquel barco, su respiración se ralentizaba recordando a Paula, reviviendo aquellos días en los que pasaban horas viendo cómo entraban y salían los grandes mercantes en las tardes de verano. Sentados al final del espolón, cuando obligatoriamente debían guardar las dos horas reglamentarias para la digestión, se sorprendían con el tamaño de petroleros y buques de carga y las maniobras de aproximación

dirigidas por los prácticos del puerto. Jugaban a adivinar la procedencia de los barcos según las banderas y a calcular el tiempo estimado de la duración de sus viajes desde su país de procedencia.

Fueron años de juegos continuos que agitaban sus jóvenes mentes, haciendo nacer en Paula un amor por el mar que no supo contagiar a los demás. Para sus padres eran días de descanso y para Israel una buena excusa para jugar partidos de fútbol con los niños que siempre veraneaban en la misma ciudad. Cada verano su hermana escribía una especie de diario vacacional que leía al resto cuando regresaban a casa. Pintaba cada día con escenas que parecía que solo ella había vivido, describiendo hechos que brotaban de su imaginativa mente y que hacían las delicias de sus esforzados padres.

Israel callaba. Pretendía saborear al máximo cada movimiento del barco y cada sensación recibida. Don Francisco y don Eritz hablaban del regreso de éste a su tierra mientras que Jimena dejaba que los últimos rayos de sol le dorasen la piel.

—Si crees que debes hacerlo, adelante. Estoy seguro de que tu hija estará feliz por verte de nuevo —pronosticaba don Francisco—. Nunca entendí por qué no lo habías hecho antes, pero es tu decisión. Cuenta con mi apoyo total. Maldito viejo testarudo. Más vale que regreses con buenas noticias.

—Ni yo mismo tengo las respuestas. El miedo y la tristeza hicieron bien su trabajo. No voy a excusarme en ello porque no hay excusas posibles. Sea como sea, en breve saldré de dudas y podré comprobar si aún continúo teniendo una hija. Además, mi tiempo se acaba y no puedo marcharme de este mundo sin haber visto una vez más a mi hija y por primera vez a mis nietos.

Por unos segundos, la imagen de aquel sobre que esperaba en la mesa de la cocina a que algún día se decidiese a abrirlo regresó a su cabeza.

Jimena se acercó a Israel y se sentó a su lado sin decir nada. Observaba la mueca de tranquilidad en su rostro. Parecía estar absorbiendo con los ojos cerrados cada segundo, cada nota musical que salía del mar, ni siquiera notó que tenía compañía. Recogió sus rodillas en su pecho, respiró profundamente y exhaló una gran

bocanada de aire que sobresaltó al fotógrafo. Se giró hacia ella. Seguía sin creer que fuese cierto que estuviese a su lado, apenas a veinte centímetros del recuerdo vivo de su hermana.

—¿Es siempre así? —preguntó con una mirada dulce y tranquila.

—¿Te refieres a la sensación de volar sobre el agua? Sí, siempre es igual. Hacía tiempo que no navegaba, pero son sensaciones que nunca se olvidan.

—Ahora me doy cuenta de todas las oportunidades que he tenido y no he aprovechado. Paula tenía razón. Es algo que solo puede describir quien lo ha vivido.

—¿Quién es Paula? —. Jimena preguntó aquello sin ningún interés especial, pero la evidencia de cierta atracción inconfesable era difícil de camuflar.

—Era mi hermana.

Desvió su mirada al horizonte. Tragó saliva creyendo que había llegado el momento de su confesión.

—¿Era?

—Murió hace un año.

—Vaya, lo siento mucho. Seguro que la echas mucho de menos.

—Hoy un poco menos. Fue ella la que estaba enamorada del mar y la que jamás navegó en barco. Esta tarde, cuando don Eritz nos dio la sorpresa, pensé que debía hacerlo, vivirlo por ella. En este instante está más cerca de nosotros de lo que puedas creer —. Al decir aquello no pudo evitar desviar la mirada hacia su pecho. Ella se percató. No dijo nada, pensó que sería un acto reflejo más que algo provocado. Israel no parecía ser de esos hombres que airean su descaro mirando descaradamente el escote de una mujer.

Jimena escuchaba sin más. Intentaba averiguar qué podía pasar por la cabeza de alguien que había perdido a un ser tan querido como una hermana, pero le fue imposible ponerse en su lugar.

—Siempre creemos entender qué se siente en momentos así, aunque supongo que es imposible saberlo sin haberlo vivido. Cuando alguien querido muere, arranca un pedazo de nosotros y nos quedamos vacíos —suavizó ella.

—Es una presión continua en el pecho, como si todo el mundo estuviese sobre ti. Creo que ni siquiera es dolor, sino rabia. De todas formas, Paula es inmortal para mí. Procuero tenerla siempre cerca —. Y lo estaba, tan cerca que podía tocarla con la punta de los dedos.

—Es muy hermoso eso que dices. La unión entre dos hermanos puede atravesar el tiempo y cualquier distancia. La memoria se encarga de mantener vivos a los nuestros. Dime, ¿estabais muy unidos?

— Sí, pero debido a mi trabajo el tiempo que pasábamos juntos era escaso. Ahora pienso que debería haber estado a su lado. Padecía una extraña enfermedad, pero nadie esperaba que se marchase tan pronto. Yo me encontraba fuera. Regresé a tiempo para despedirme de ella. Creo que aquella noche, sin saberlo, comencé un viaje personal. Mírame —dijo haciendo un gesto con la mano—, estoy cumpliendo uno de sus sueños. Puede que a partir de hoy me embarque en vivir lo que ella no pudo hacer y siempre soñó.

Israel hubiese dicho todo lo que tenía que contarle a Jimena en aquel instante. Si sentía cerca de su hermana era porque estaba sentada a su lado, hablando con él sin hablarle, mirándolo sin mirarle. Pero calló. No interrumpiría la navegación con una explosión que podría acabar con la magia del momento. Tenía que absorber la oportunidad para hacer llegar a su hermana lo que estaba viviendo sobre la borda de aquel velero. ¿Cómo era posible que Paula fuese capaz de describir sensaciones que ella nunca había tenido la oportunidad de sentir en sus propias carnes?

Se incorporó y se acercó al capitán. A pesar de la tranquilidad de las aguas, la embarcación se zarandeaba de un lado a otro, haciendo que mantener el equilibrio para un novato fuese un ejercicio complicado. Observó los instrumentos de navegación y escuchó con atención las explicaciones.

Frente al barco, el infinito. El sol doraba el horizonte con un baño de luz cálida. La fina línea que separaba con delicadeza las aguas del cielo se mostraba como una meta inalcanzable. «A los dos únicos lugares donde el hombre no podrá llegar jamás, el horizonte y los límites del Universo», comentó en una de sus explicaciones don

Francisco, quien sacaba su lado poético cuando se encontraba a los mandos del barco.

El fotógrafo se acercó hasta la proa y centró su mirada en los reflejos del sol sobre el agua. Jimena lo observaba con atención y sintió que debía estar solo.

Y habló con Paula.

—Bueno hermanita, aquí estoy, donde siempre quisiste estar. No sé si podrás notarlo, pero ahora entiendo cada palabra con la que describías lo que el mar te hacía sentir. Es cierto aquello de que «la mayoría de personas no saben escuchar al mar». Ahora lo sé, ahora lo noto, ahora lo escucho. Apenas llevo veinte minutos en este barco y ya he conseguido desvelar sus secretos, sus sonidos. Todos me recuerdan a ti, a aquellas tardes sobre el espolón cuando solo estábamos tú y yo, dos personajes intentando descubrir los enigmas del océano. Inventábamos historias de bucaneros que surcaban los mares en busca de nuevas rutas de navegación, de piratas románticos que echaban el ancla en islas perdidas para dar descanso a la tripulación a base de ron y mujeres deseosas de joyas arrebatadas a los navíos ingleses. Pero no soy yo quien debería estar recibiendo esta brisa en la cara, sino tú. Te tengo tan cerca que siento miedo. Podría alargar mi mano y tocarte, sentirte de nuevo. Pero temo que este plan no salga como espero. Eres tú la que está ahí dentro, así que nada puedo temer. Espérame donde estés. Tarde o temprano volveremos a estar juntos. Pero disculpa que no tenga prisa por verte —sonrió al aire—. Ya sabes que muchos de mis círculos continúan abiertos. Hoy he cerrado éste por ti. ¿Lo notas? ¿Sientes el aire?

Tres metros detrás de él, Jimena solo podía imaginar lo que pensaba. Israel se giró y la descubrió mirándole con ojos tiernos, sinceros. Dio unos pasos y esta vez fue él quien se sentó a su lado.

—Ya está. Ahora este viaje también es de Paula.

Los dos cerraron los ojos. Ella, sin saber muy bien por qué, recordó los rostros de quienes venían a visitarla en sueños. Él, con las pulsaciones disparadas, se moría por poner la mano sobre su pecho. Aquel hubiese sido un buen momento para confesarse, pero no estaban solos. Un barco y el mar, no podía imaginar mejor escenario.

Israel estuvo el resto del viaje pasando de proa a popa, de babor a estribor. Miraba la costa a lo lejos como un marinero deseoso de regresar a puerto y abrazar a su familia.

Don Francisco narraba historias de quienes se dejaron la vida en el océano, cuerpos que jamás regresaron a tierra. Leyendas de extraños avistamientos de seres más mitológicos que reales que servían para dormir a los más pequeños. Eran muchos los que defendían la existencia de especies marinas propias de novelas de piratería y que el imaginario popular había sabido utilizar para inculcar el miedo y el respeto a la inmensa masa de agua.

Y entre piratas y sirenas, dos personas comenzaban a sentir una extraña conexión entre ellas, como si se conociesen desde siempre, como si hubiese unos recuerdos escondidos que comenzaban a ver la luz.



Cuando el sol desaparecía tras los límites de la bóveda celeste, cuando sobre el pueblo caía ya una hermosa paleta de colores naranjas y ocres que bañaban los tejados y anunciaban la llegada de la noche, el navío hizo su entrada a puerto, una llegada triunfal si nos hubiésemos detenido a examinar el rostro de los tripulantes de aquella embarcación. A través de los bisillos de puertas y balcones entraban en las casas los últimos rayos de luz que daban sentido a lo que los poetas llamaban «las luces de la despedida», rememorando la hora en la que en tiempos de los viejos, los grandes barcos partían hacia alta mar, arrancando a los hombres de sus mujeres y novias hasta más ver, dejando en el muelle lágrimas de despedida y suspiros de amargura suplicando un pronto regreso a los brazos de quienes más los amaban.

El aire era fresco, húmedo y liviano. Israel se sentía pleno, rebosante de energía tras la breve travesía. Había sido una experiencia no buscada, pero entendió perfectamente cada una de las palabras que Paula utilizó para describir algo que ni siquiera ella había vivido. Sabía para qué estaba allí, entre aquella gente que con tanta amabilidad habían abierto su mundo. Pero a cada paso que daba descubría más secretos. Cada palabra, cada gesto, abrían ventanas inexistentes para él que le mostraban lugares ocultos escondidos tras decisiones o actos de su hermana. Poco a poco, el universo fantástico que tanto sus padres como él creían que solo formaba parte de su vida, se iluminaba despacio para mostrarle la verdad que ocultaba. Las fantasías de Paula se habían convertido en algo real ante el asombro de su hermano. Lo que antes parecía ser solo poesía de una joven soñadora, ahora era algo tangible que él

mismo estaba viviendo. El secreto estaba desvelado: Paula tenía el don de ver y sentir lo que el resto de mortales solo podían imaginar.

Antes de despedirse y de agradecer a don Francisco haber puesto su velero a disposición de sus amigos, Jimena recordó que esa noche tendría lugar la cita anual con la música. En una pequeña plaza cerca del puerto, año tras año se celebraba una velada con canciones arrancadas al carnaval y trasportadas en el tiempo.

—¿Música de carnaval? —preguntó Israel.

—No esperes plumas ni plataformas esta noche. La historia de esta fiesta es tan vieja que nadie recuerda la primera vez. No es un carnaval al uso, ni siquiera hay disfraces hoy. Eso lo guardamos para febrero. Esta noche solo habrá música y letras, tanquillos y pasodobles que hacen las veces de noticiario local y nacional —explicaba Jimena—. Te gustará. Todo el mundo se rinde a las letras y a las voces bien afinadas.

Israel sintió como si alguien hubiese preparado una agenda secreta de actividades para realizar durante su estancia. Había llegado solo para localizar a una persona y parecía que el espíritu que rondaba por encima de sus cabezas no quería que se marchase pronto. Había oído hablar en alguna ocasión de esa fiesta, de coros y grupos que cantaban sobre cualquier tema, la ironía y agudeza de unas letras que reflejaban con claridad sentimientos y hechos reales recubiertos con la pátina del arte que aquellas gentes rebosaban.

Don Eritz y el fotógrafo regresaron a casa. El mecánico debía preparar su equipaje para la mañana siguiente. Israel esperaba paciente en el patio, recordando cada sensación vivida a bordo de aquel velero mientras se acariciaba los brazos sintiendo la humedad impregnada en ellos. Escuchaba los pasos de su anfitrión subiendo y bajando escaleras. Podía sentir sus nervios ante el próximo encuentro con su hija. ¿Cómo un padre podía abrir una brecha tan grande con la única persona en el mundo con la que no debía romper su lazo de unión? Ni siquiera el dolor por la muerte de su esposa le resultaba un argumento válido como para abandonarla. ¿Qué tipo de persona sería capaz de actuar de esa manera? ¿Qué debió sentir para exiliarse

en aquel pueblo del sur? Fuese lo que fuese, estaba seguro que la sinrazón ganó la batalla al corazón maltrecho de aquel viejo.

Pero su misión no era entrar a valorar las acciones de otras personas. Estaba allí para reestablecer el contacto soñado con el recuerdo de Paula, volver a sentir una vez más el latido de su recuerdo. El rostro de Jimena acudía osado a aquel breve descanso. Apretaba los ojos y escuchaba su palpitar: pum, pum, pum, pum. Y entre aquel bombeo de esperanza regresaron las palabras de su hermana. «Búscame, Israel, búscame». Encendió un cigarrillo y pensó en sus padres. Cogió el teléfono móvil y se interesó por ellos. Su madre no podía ofrecerle ninguna noticia nueva. Más sobre silencios y desesperación, las huidas de su marido y la tristeza que ganaba espacio a la luz en una casa atormentada.

—Todo listo. El bus hasta el aeropuerto sale temprano, pero os acompañaré. En diez años no he faltado ni una sola vez a esta noche y hoy no va a ser la primera. La música sonará de manera especial.

—¿Puedo hacerle una pregunta?

—Dispara, muchacho —. El vasco tomó asiento junto a su invitado sin poder apartar de su rostro una sonrisa reveladora.

—¿Qué fue realmente lo que le trajo aquí? —. Más que por curiosidad, Israel preguntó aquello intentando poner en práctica alguna de las tácticas que su psicólogo había desarrollado con él. El cirujano de cosas pequeñas lo miró bonachón y sonrió.

—Verás, hijo. No creo que tenga una respuesta para tu pregunta. En alguna ocasión mi esposa y yo imaginamos dónde nos gustaría pasar nuestros últimos días juntos. Ella soñaba con un pequeño pueblo junto a la frontera con Francia. No es gran cosa, pero las raíces de su familia estaban allí. Yo, sin embargo, quería luz. Por el trabajo de mi padre, conocía bien esta zona. Pero ella se marchó antes de lo previsto, así que supongo que tomé la decisión de vivir con su recuerdo el resto de mi vida lejos de todo. Sigue conmigo desde aquel día. Me habla en sueños y cuida de que siempre haga lo que debo. Y para ser completamente sincero, alguna vez hasta he creído que sigue mis pasos. Es extraño, pero así es cómo lo siento. En cuanto lo que me trajo aquí, supongo que fue la cobardía. Uno es

menos valiente cuando las decisiones tiene que tomarlas solo. A la vista está que me comporté como un cobarde.

—¿No pensó en su hija?

—No he hecho otra cosa desde que me marché —. Su respuesta fue seca, tajante.

—Perdone que no lo entienda. ¿Cómo es posible? Estamos hablando de su hija, su única hija. No consigo comprender que un padre desaparezca de esa manera.

Don Eritz se ausentó un momento. Al cabo de unos segundos, regresó con una caja de madera de mediano tamaño. Al abrirla, decenas de cartas se mostraron ante los ojos de Israel. Comprobó que todas tenían el mismo destinatario.

—He escrito una carta a la semana desde hace diez años —comentó sin decir nada más.

—Veo que no envió ninguna.

—¿Para qué? Sé que no hubiese tenido respuesta por su parte. Me han servido como diario y penitencia. Han sido la forma de hablar con mi hija. Ahora las llevaré conmigo. Espero que las lea y descubra lo que su padre ha sentido y pensado todos estos años. Lo único que espero de mi viaje es su perdón, nada más.

—¿Qué cree que pensará cuando vea todos estos sobres cerrados? Diez años encerrados en estos sobres... Y mientras, ella sola ante el mundo sin el amparo de su padre, sin tener los abrazos y las reprimendas necesarias.

El mecánico bajó la mirada hacia la caja y no dijo nada más. Por su cabeza no pasaba otra idea que recuperar todo el tiempo perdido, recibir el cariño que le había faltado durante todo ese tiempo. Israel lo observaba esperando una respuesta que nunca llegó.

Pronto se reencontraría con ella, con su único motivo de esperanza. Y conocería a sus dos nietos y a su marido. Podría pasear de nuevo por la tierra en la que tiempo atrás su amor se mezclaba con el gris del ambiente y el verde esperanzador de la eternidad entre ambos. Pero sobre todo, volvería a abrazar a su hija y le dedicaría unas palabras que debía cuidar para ofrecer unas explicaciones que no serían aceptadas a la ligera. Regresar a unas

calles repletas de recuerdos, de miles de momentos vividos, de paseos y paradas aderezadas con besos y caricias. Cualquier árbol, esquina o escaparate en el que antaño se detenían a mirar algún vestido de temporada, sería motivo de emoción para el viejo.

Entre la ilusión de volver a besar a su hija y la alegría de poder arrancarse esa espina del corazón, aquel sobre cerrado aún esperaba en la mesa de la cocina, solo, esperando su momento.

No había nadie que no esperase la noche con entusiasmo. La afición a aquella música había llegado a todos los puntos de la geografía. La sentían tan suya que era raro ver a alguien que no conociese las canciones que los viejos ya cantaban en los años en los que el régimen intentó censurar las letras. La pluma de sus poetas sobrevivió férrea ante la sinrazón de los que, cortos de entendederas, pretendían controlar lo incontrolable. Cuando no se sabía qué hacer con el tiempo en el que no había nada pendiente, a la garganta de cualquiera llegaba alguna canción que tarareaba feliz. Las terrazas estaban repletas varios minutos antes de comenzar el espectáculo. Máscaras hechas de cartón y alguna que otra ristra de farolillos de papel colgaban de un árbol a otro. El bullicio de familias enteras que tomaban posiciones generaba un halo de expectación que se repetía año tras año. Era la noche en la que todos se olvidaban de quiénes eran, donde se mezclaban las vidas pobres, las adineradas y las que veían pasar los días como quien pasa las páginas de un libro sin leerlas con atención.

El escenario se había instalado en un lateral para que las actuaciones fuesen vistas con claridad desde cualquier punto de la plaza. El viejo e Israel llegaron sonrientes por el cuadro carnavalesco que se dibujaba en el espacio. Una mano se alzó entre la multitud a la que don Eritz respondió con el mismo gesto. Don Rafael esperaba paciente la llegada de sus amigos, reservando tres sillas vacías ante las miradas serias de quienes habían llegado tarde y no encontraban acomodo.

—Cinco minutos más y hubiese tenido que pelearme con media plaza —informó el sacerdote.

—Nadie se mete con el clero, querido Rafael. Aquí Israel, un fotógrafo que ha venido a...

—A realizar un reportaje. Ya me han hablado de él. Encantado.

—Lo mismo digo —. Ya ni siquiera se extrañó que alguien desconocido supiese de su llegada.

Mientras esperaban la llegada de Jimena, el invitado comenzó un bombardeo de preguntas sobre aquella fiesta que en realidad no era tal. Las ansias de carnaval habían roto las barreras del mes de febrero para extenderse a todo el año. La manzanilla corría de unas manos a otras y los platos con aperitivos se vaciaban a buen ritmo. Era noche para olvidarse de lo propio y lo ajeno, de detener el tiempo y dejar que fuese el azar quien eligiese qué ocurriría entre los más jóvenes, que se camuflaban entre las sombras para comenzar con los cortejos propios de su efusiva edad.

—Podemos decir que la música de carnaval es poesía hecha música. No he visto jamás un lugar en el que todo el mundo posea unas gargantas tan privilegiadas como aquí. Han convertido su afición en todo un arte que se extiende a lo largo y ancho del territorio —. Don Eritz ponía en antecedentes a Israel de lo que conocía sobre la historia carnavalesca del pueblo. Hablaba de grupos que cada cierto tiempo se reunían en las peñas para deleitar con sus coplillas míticas más viejas al respetable a cambio de unos cuantos vasos de vino. El cancionero popular estaba repleto de historias sobre el mar, de amores y mil y una anécdotas ocurridas en el pueblo.

El público comenzaba a crear ambiente cantando a coro alguna letra que todo el mundo parecía conocer, acompañando los cantes con una sinfonía de palmas al compás como percusión improvisada. Israel tomó su cámara, de la que no se había desprendido desde que llegó como parte de su disfraz, y captó varias fotografías desde distintos ángulos. Se centró en los ancianos, siempre ellos. Había quienes se vistieron para la ocasión con deslucidos y ajados sombreros. Otros sin embargo, y obligados por el calor y la humedad reinante, vestían pantalón corto y camisas blancas. Pero ante todo y sobre todo, a pesar de tener sus mentes pensando más en sus maltrechas economías domésticas y en ese trabajo que no terminaba

de llegar, parecía que todos se habían vestido con el traje del olvido de los malos tragos.

Los tres ocupantes de aquella mesa se dejaron empapar del ambiente jovial con facilidad.

—Y dígame, ¿cómo lleva su reportaje? —se interesó el párroco—. Este entorno es maravilloso y tener el mar cerca un privilegio —. Israel no pensó nada al respecto sobre que un cura estuviese sentado con ellos a la mesa, ni sobre su juventud.

—Algo de material he conseguido ya —respondió mientras dedicaba una mirada cómplice al vasco quien, atento a un grupo de jóvenes que calentaban sus gargantas, casi no escuchó la respuesta.

—Sí, sí... Tienes que verlas. Es un gran fotógrafo. Esta mujer siempre llega tarde —comentó en relación al retraso de Jimena. Don Rafael miró su reloj y sonrió.

Justo en ese instante hizo su aparición la dueña de «La orilla». Llegó acalorada por la tardanza, justificándose por la costumbre de Elena de acaparar el baño. Solo Israel se levantó a su llegada ante el asombro y sonrisa secreta de los otros dos.

—Señor cura. Usted en una fiesta pagana —bromeó la recién llegada.

—Lo pagano no va en contra de la Iglesia, querida. Es algo que durante siglos nos han hecho creer, pero no es así. De hecho, muchas festividades religiosas han tomado ciertas fechas del calendario para que coincidan con algunas de estas festividades.

—Siempre es un placer culturizarnos con este hombre —. Miró a Israel guiñándole un ojo—. Espero que no lo estés avasallando con tus sermones eclesiásticos.

—Tranquila, por ahora no lo he creído conveniente. Pero todo se andará, todo se andará.

Quienes lo conocían estallaron en una carcajada, haciendo ver al invitado que, a pesar de estar medio en broma, había mucha verdad en la afirmación de Jimena.

Poco a poco la música se iba adueñando de la plazuela. Los vítores y los aplausos se multiplicaban a cada actuación que terminaba. Israel observaba sorprendido todo aquel bullicio, empapándose de la

algarabía que inundaba las venas de los vecinos. Por momentos, sus nuevos amigos reían al ver cómo intentaba agudizar el oído para comprender alguna de las letras que salían de aquellas afinadas gargantas.

—Si me disculpan, creo que voy a tomar algunas fotos —dijo mientras se levantaba de la mesa.

Primero desde los límites exteriores del recinto abierto y después mezclándose entre la muchedumbre, fue dirigiendo su objetivo allí donde veía algo oculto. Un niño sentado en una silla escuchando atentamente unas letras que ni siquiera entendía, una madre dando el pecho a un bebé o unos abuelos que tarareaban una vieja canción ante el asombro de los que parecían ser sus nietos, siguiendo el compás con los nudillos sobre la mesa.

Un grupo de hombres junto a un mostrador, que hacía las veces de barra de bar, bebía vino mientras seguían con la mirada a alguna muchacha descuidada que marcaba con sus curvas los beneficios propios de la juventud. Baboseaban y hacían comentarios malintencionados sobre las posibilidades que daría tener al alcance un cuerpo como el suyo. Israel escuchó cada palabra y no fueron precisamente pensamientos agradables los que tuvo. Justo al lado del grupo pidió bebidas para él y sus amigos. Uno de aquellos hombres se percató de su presencia.

—Usted debe ser ese al que llaman «el fotógrafo» —. Su aliento ofrecía pruebas más que fehacientes de que no acababa de llegar. Ni siquiera escondió cierto tono de desprecio.

—Bueno, es una forma de decirlo —. Con rapidez intuyó que no pretendía entablar una agradable conversación. Israel tomó las bebidas y se dispuso a regresar con el resto.

—No tan deprisa, amigo —espetó cogiéndole del brazo—. Venga, le invito a una copa.

Aquel desconocido comenzaba a tener ciertos problemas de estabilidad. Su ex mujer estaba sentada en la misma mesa que el cura y don Eritz. Las malas lenguas le habían informado de que lo habían visto pasar la tarde en «La orilla» y del paseo en el velero de don



Francisco. Esa información le había llevado a sujetar al mensajero por el cuello para hacerle jurar que era cierto lo que decía.

—Si me disculpa, mis amigos me esperan —apremió Israel.

—Venga con nosotros. ¿Rechaza una invitación? —. Sus ojos mostraban algo que sus palabras no decían—. Será solo una ronda. Después podrá marcharse con el cura y el viejo. Y con esa...

Israel intentó sonreír para declinar la oferta. Al girarse, aquel hombre lo cogió por el hombro de manera brusca, provocando que los vasos cayesen al suelo. Todo el mundo se giró hacia la escena al escuchar el estallido de los cristales.

—Le he dicho que mis amigos me esperan —. El tono de voz del muchacho se volvió pétreo.

—Y yo que acepte mi invitación. ¿O es que acaso no somos buena compañía? —. Con una sonrisa burlona lo miraba fijamente, parpadeando con lentitud.

—No lo sé ni estoy interesado en saberlo. Solo quiero sentarme y disfrutar de...

—¿De ella?

—No sé a qué se refiere. Le ruego que me suelte.

Israel tragó saliva sin dejar de mirar los ojos enrojecidos de quien intentaba por todos los medios no permitir que regresara a la mesa. El desconocido no se movía. Su respiración se endureció ante el desprecio a su agresividad. Algunos observaban la escena con cierto miedo a lo que pudiese ocurrir a continuación. Todos lo conocían y sabían de lo que era capaz. No sería la primera vez que cedía ante su falta de autocontrol. Aturdido por las miradas inquisitorias, rebajó la tensión y regaló una sonrisa temblorosa al fotógrafo.

—Está bien. Lárguese. No creo que sea merecedor de la compañía de mis amigos. Seguro que nos volvemos a ver por aquí.

Israel no dijo nada. Apartó con el pie los cristales rotos para que ningún pequeño se lastimase y pidió de nuevo otra ronda de bebidas. El camarero, que había estado observando el incidente, rechazó con amabilidad el dinero que el fotógrafo quería pagar de nuevo.

La música continuaba y pocos fueron los que se percataron de lo que ocurrió junto al mostrador.

—¿Dónde estaba? —dijo don Eritz como siempre, tratando de usted a Israel—. A ver, queremos su opinión. Don Rafael opina que los grandes males de este mundo son debidos a la falta de fe de la gente y a su alejamiento de Dios. ¿Usted qué opina?

—Yo no he dicho tal cosa —le increpó el cura—. Lo que intento explicar es que no basta con tener una dosis alta de valentía para resolver los problemas —especificó el párroco.

Jimena lo miraba esperando su opinión, a pesar de no saber muy bien qué dirección llevaba el debate.

—Puede que lleve razón. ¿Por qué sucede todo? ¿Por qué parece que desde las decisiones tomadas en los más altos niveles hasta lo que nos afecta directamente a nosotros, a nuestros actos, siempre queremos que sean otros los que nos ofrezcan las soluciones? —. Intuyó con rapidez por dónde iba el hilo de la conversación—. Sí, creo que es falta de fe. Pero no en Dios, Alá o cualquier otro ídolo, sino más bien en nosotros mismos, en la falta de capacidad que tenemos para agruparnos y resolver problemas. El hombre necesita constantemente alguien que lo gobierne, que tome decisiones por él. Creo que somos seres sumisos, incapaces de vivir sin el alumbramiento de un pastor.

Ninguno supo qué decir ante las palabras del recién llegado. Se miraban entre ellos. El cura tomó su copa y dio un trago, algo molesto por no identificar fe con cristianismo. Jimena los miraba aguantando una carcajada, al ver cómo el fotógrafo fue capaz de hacer que ninguno tuviese una réplica inmediata.

—No piensen que no creo en el ser humano, más bien todo lo contrario. Lo que ocurre es que la espera de un cambio de conciencia se está haciendo ya demasiado larga —. A cada palabra de Israel, mayor era el asombro de sus contertulios.

—Entonces, según usted, el hombre necesita siempre un pastor que lo guíe, ¿no es así? —participó don Rafael.

—Sí, así lo creo. Unos lo llamarían pastor y otros líder a secas. Haga un poco de memoria. Siempre que ha aparecido un Mesías ha sido en momentos convulsos. La falta de capacidad del hombre para organizarse y levantarse como una sola voz, ha hecho que siempre

pongamos nuestro futuro en manos de algún iluminado. Y son muchos los ejemplos de que la mayoría de ellos solo buscaban la sumisión, el sometimiento de un pueblo temeroso ante un futuro incierto.

Escuchaban con atención la teoría de Israel mientras el párroco hacía ciertos gestos que mostraban el desacuerdo con sus palabras. Pero estaba en carrera y pocas veces hablaba de su mundo ideal y si de verdad estaba necesitado de esos líderes.

—No crean que estos iluminados aparecen solo para someter al hombre a su voluntad. En cierta forma, aquellos que llegan con buenas intenciones, los que promulgan la pobreza y la religión en su estado puro, de alguna manera demuestran que nuestra debilidad es su mejor arma para manipularnos. Es cierto que las intenciones de unos y otros son opuestas, pero reflejan lo que pretendo decirles, que estamos necesitados de creer en algo, en alguien, porque no nos vemos como los dueños y señores de nuestras propias vidas. Unos creen en Dios, otros en Buda o en un líder político. Mostramos cierto interés hasta que el fanatismo nos hace actuar como antes nunca lo habíamos hecho. ¿Son los mismos actos unos y otros? Por supuesto que no, pero repito que si el hombre tuviese más capacidad e iniciativa para levantarse y gritar en una sola voz, este mundo no sería el mismo.

Boquiabiertos, escuchaban «la teoría de la falta de fe» de Israel. Durante unos segundos, ninguno acertó a rebatir lo dicho por el fotógrafo. Le había quitado la razón al párroco y al mismo tiempo se la había vuelto a dar. Cada cual atraía a su mente imágenes que verificaban lo expuesto. Pero había una pregunta común que se hacían en silencio. ¿Jamás ha caminado el hombre sin ser guiado por nadie? Incluso en la época de las cavernas, el más fuerte del grupo encabezaba cada expedición, cada ataque, cada maniobra de caza.

—Cuando la razón no consigue imponerse, son la fuerza y la manipulación las que toman las riendas. Así es el mundo, millones de personas que entregan sus vidas al mejor predicador.

Comprendiendo el efecto no buscado que sus palabras acababan de provocar en sus nuevos amigos, Israel levantó su copa y pidió un

brindis por el verdadero protagonista.

—Pero dejémonos de conversaciones existenciales, por favor. ¡Por Don Eritz! Que regrese de su esperanzador viaje con las redes repletas de la mejor captura posible —. Qué mejor que un símil marinero para desear suerte al viejo mecánico para el día siguiente.

Todos levantaron sus copas al aire y desearon lo mejor a su viejo amigo.

La velada transcurría entre risas, aplausos y deseos de éxito para Don Eritz. Los grupos iban pasando por las tablas, regalando sus canciones a un público entregado en cuerpo y alma. Los más mayores fueron dejando sitio a los jóvenes, que abandonaban las sombras con la esperanza de poder cantar una de aquellas melodías al oído de alguna joven. El éxito no estaba garantizado, ya que ellas hacían ver que no sería tarea sencilla ganarse algún beso que otro.

Hacía un buen rato que el viejo mecánico se despidió de sus amigos. Entre besos y abrazos le desearon la mayor de las suertes en su viaje. Ninguno le impuso un objetivo claro más que regresar feliz. El destino se encargaría del resto. Iba ligero de equipaje, llevando en una mano su pequeña maleta y en la otra las cartas jamás enviadas. Quizá no las tuviese todas consigo, pero debía averiguar por sí mismo si aún quedaban rescoldos en el corazón lastimado de su hija. No quería hacer su último viaje sin antes utilizar la bala que guardaba en la recámara. Habían sido demasiados los años sin saber qué pasó realmente por su cabeza al tomar aquella decisión. Ahora tocaba aceptar la penitencia que el destino tuviese a bien otorgarle y dar las explicaciones oportunas.

Jimena, don Rafael e Israel permanecieron más tiempo en la plazuela. Elena rondaba cerca, pero como poco amantes de esa música, ella y sus amigos habían pedido los permisos oportunos para dormir todos en casa de una de ellos. Su madre había aceptado con la condición de que a la mañana siguiente, fuese ella quien le hiciese a mamá el desayuno. Un precio asequible a pagar para que la pequeña familia de dos continuase con su perfecto funcionamiento,

engrasando a diario el mecanismo que las empujara hacia delante y les permitiese a partir de ahora reír, al menos, tres veces al día.

Se podían ver pequeños corros de jóvenes cantando para acalorar los corazones de las mozas más predispuestas a juegos amorosos. Mientras los tres amigos charlaban sobre la fiabilidad que a los muchachos les daba tener una buena voz, una sombra se aproximaba a la mesa con paso desequilibrado. Israel observó el acercamiento, recordando el rostro de quien intentó sin éxito que compartiese un trago con él y sus amigos. El balanceo mostraba signos evidentes de que había bebido más de la cuenta. Aguantó la respiración y no dijo nada al resto. Tomó un trago ligero de su copa sin dejar de observar el cuerpo tambaleante.

—Vaya, vaya —dijo la figura inestable con cierta dificultad—. Qué bien acompañada te veo.

Jimena se giró, agarrando con fuerza su silla al comprobar quién era el dueño de aquella voz embastada por el alcohol. Miró rápidamente al cura y éste respondió con un signo de calma de su mano.

—No eres bienvenido —acertó a decir don Rafael—. Vuelve con los tuyos, por favor.

—¿Qué ocurre? ¿No puedo saludar a unos amigos? —insistió con voz pastosa.

—¿Acaso ves alguno por aquí? No queremos problemas, así que déjanos en paz —. El párroco no había tenido nunca ningún encuentro con él, pero gracias a su amiga conocía perfectamente cómo se las gastaba. Rápidamente, el aire se volvió turbio.

El fotógrafo observaba sin decir nada. Jimena bajó la vista a la mesa con una dosis de miedo en su mirada. Como un tic nervioso, con un dedo golpeaba de forma continua su vaso, apretando los labios con fuerza y rogando para que se marchase por donde vino. Mientras, el recién llegado apartó la silla que antes ocupaba don Eritz y tomó asiento de manera osada.

—¿No me vas a presentar a tu nuevo amigo? —. La tensión que se creó al instante hizo que don Rafael se levantara como un resorte. El hombre ni siquiera le prestó atención. Miraba con los ojos rojos a

Jimena y sonreía impasible a la invitación para marcharse. El fotógrafo no sabía muy bien qué ocurría, pero al ver la reacción del párroco entendió que ese hombre no era bien recibido.

—Vamos. Hace un rato tu amigo ni siquiera quiso tomar una copa con nosotros y nos hemos sentido algo molestos —balbuceaba mientras lanzaba su aliento hediondo sobre ellos—. ¿Os lo habéis pasado bien en el barco? Según me cuentan ha sido una travesía bastante...cómo lo diría...¿curiosa?

—Te agradeceríamos que nos dejases solos. Ya has causado bastantes problemas como para venir ahora a...

—Cierre la boca, señor cura. Nadie le está pidiendo su opinión. Intento hablar con mi mujer, no con la Iglesia —. Dirigió una mirada de desprecio al párroco, pero ni siquiera eso hizo que el amigo de Jimena cesase en su ímpetu por hacer que se marchara —. Veo que estás bien protegida.

—Por favor, márchate. Tu hija está aquí y no tiene por qué ver cómo su padre monta un numerito delante de todo el mundo —dijo al fin Jimena, que no era capaz de arrancar de su garganta un tono de voz desafiante.

—Mi hija es igual que su padre, así que no te preocupes por lo que pueda sentir. Así que tú eres el fotógrafo del que he escuchado hablar...Interesante —insistió.

Israel iba atando cabos. Sí, aquel era el ex marido de Jimena. No sabía muy bien cómo reaccionar. Era un desconocido incluso para los que compartían con él mesa y tertulia aquella noche de carnaval veraniego. Don Rafael apretaba los puños a punto de perder los nervios, mientras el borracho no le quitaba el ojo de encima a su ex mujer.

—Elena jamás se parecerá a ti. Por suerte, no tiene nada de tu lamentable existencia —. Jimena se levantó y se giró con intención de marcharse, pero un rápido movimiento de su ex marido la retuvo en su silla, cogiéndola con fuerza por la muñeca.

—¿Tienes prisa? Tus amigos todavía tienen sus copas llenas. Vamos, solo quiero que me presentes a tu nuevo amigo —machacaba obstinado con un tono de voz lento, trastabillado.

Don Rafael rodeó la mesa con la intención de enfrentarse a aquel monstruo. Jimena intentó detenerlo, pero fue inútil.

—Parece que has bebido más de la cuenta. Debería darte vergüenza pasearte así por...

No pudo decir nada más. El ex marido de Jimena se incorporó y de un empujón lo tiró al suelo, formando un estruendo al chocar con varias sillas metálicas. La gente se giró estupefacta hacia el caído. Al comprobar quién era, varios hombres se acercaron para ayudarlo a incorporarse. Su amiga hizo lo mismo al conseguir zafarse de la mano que la apresaba.

—Oh, lo siento. Parece que ha tropezado —rió de forma siniestra—. Debería dejar de beber, padre. Un hombre como usted no está acostumbrado a estas pequeñas batallas con el alcohol.

—Quizá debería marcharse —. Israel, que había guardado silencio hasta ese momento, se puso en pie y se acercó al hombre.

—Vaya, vaya, vaya. Veo que andas por ahí con dos guardaespaldas —refirió mirando a su ex mujer—. Bueno, igual deberíamos comprobar si es lo bastante bueno como para ganarse el puesto.

Jimena estaba junto a don Rafael, quien se quejaba de un dolor en la cintura provocado por la caída. Miró a Israel y con rapidez se incorporó para situarse entre los dos, previniendo algún ejercicio más de demostración de fuerza por su parte.

—¡Vamos, márchate! Ya está bien de espectáculo. ¡Lárgate con tus fulanas y demuéstrole a ellas lo hombre que eres! —gritó Jimena ante la escena tan lamentable que estaban padeciendo.

Su ex marido la miraba con ojos de ira mientras el grupo de personas que se había remolinado entorno a ellos ayudaba al cura a incorporarse. Israel no se movía, aguantando con estoicidad las bravuconerías de aquel hombre que no apartaba su mirada de furia del fotógrafo. La dueña de «La orilla» le recriminaba lo que estaba haciendo, palabras que el padre de Elena parecía no escuchar. Su grupo de amigos le aplaudían desde la barra, vitoreando desde la distancia cada acción. Él se giraba, sonriendo como podía a los alaridos de sus amigos y los saludaba con el brazo en alto.



Todo el mundo se preocupaba por el estado del cura, que aún estaba sentado en el suelo arropado por varios vecinos preocupados. Con un esfuerzo que pareció sobrehumano, se incorporó y se acercó hasta Israel y Jimena. Su gesto era una mezcla de miedo y dolor, pero lo suficientemente duro como para continuar bloqueando unos ataques sin sentido. El ex marido dio un par de pasos hacia atrás y se limpió la boca con la manga de la camisa, bastante sucia ya de restos de vino desde el cuello hasta la última de las costuras.

Nadie vio cómo Elena llegaba corriendo. Se acercó a su madre y miró con rabia a su padre. Se colocó entre ambos, intentando crear una barrera invisible para proteger al cincuenta por ciento de su familia de dos. Su respiración se aceleró tanto que creyó que el corazón se le saldría por la boca, pero consiguió controlar sus latidos.

—Parece que solo eres capaz de ser valiente con una botella en el estómago. Márchate, ¡márchate! —le gritó—. Estoy harta de verte así, de que no te comportes como un padre. Siento vergüenza de ser tu hija. Me das asco. Vuelve con ese grupo de amigos tuyos que huelen como tú. No vuelvas a acercarte a mi madre. Desde este momento, puedes olvidarte de mí. Se acabó ser tu Cenicienta.

Don Rafael e Israel observaban la escena incrédulos. Uno ya conocía bien la fuerza de Elena, mientras que el otro tuvo que deducir que la hija del matrimonio se acababa de declinar por continuar su vida junto a su madre. Las evidencias mostraban que aquella niña no soportaba más el comportamiento de un padre alcohólico y derrotado por la vida que nunca tuvo. El público improvisado presenciaba atónito la escena mientras se sorprendían de que la niña que siempre vestía de negro y que se relacionaba poco con sus compañeros de instituto, fuese capaz de calmar la furia de su padre, un héroe pueblerino venido a menos en los últimos minutos, esta vez a los ojos de todo el mundo.

—Está bien. Ya veo lo que ocurre aquí —dijo el borracho con voz firme—. Y vosotros, ¿qué miráis? ¿No tenéis nada mejor que hacer? ¡Dejadme en paz de una vez y marchaos a vuestras casas! —. Tiró su copa contra el suelo mientras miraba a la muchedumbre—. Hija, sabes que yo...

—No me llames hija —le recriminó—. Nunca te has comportado como un padre y hace tiempo que perdiste el derecho a llamarme hija. Déjanos en paz de una vez. No quiero verte nunca más cerca de nosotras. Lo poco que había entre nosotros dos acaba de desaparecer.

El ex marido apretó los dientes mientras asentía con la cabeza. Se recolocó la camisa dentro del pantalón y se atusó el pelo. Miró a todo el mundo y les dedicó una sonrisa muda. Israel puso su mano sobre el hombro de Jimena, quien con una mirada ligera, le dio a entender que estaba bien. Elena cogió la mano de su madre y la apretó con fuerza. Las dos se miraron sin decir nada. Justo cuando parecía que todo había terminado, cuando don Rafael se acercó hasta su amiga para interesarse por ella, Israel sintió un fuerte golpe en la mandíbula. Cayó al suelo sin saber qué había ocurrido, soportando un intenso dolor que le paralizó los músculos de la cara. Todos habían desviado sus miradas hacia Jimena y su hija. Nadie vio el puño que volaba hacia el rostro del fotógrafo.

El párroco le propinó un empujón que hizo que el ex marido de Jimena perdiese el equilibrio y también diese con sus huesos en el suelo. Justo en ese momento varios de sus amigos que permanecían en un segundo plano bebiendo en la barra, corrieron para levantarlo y llevárselo de allí antes de que la situación se le fuese de las manos, cuando en un arrebato de ira descontrolada intentó incorporarse para responder al empujón del cura. Jimena miró con rabia al padre de su hija mientras se alejaba del lugar arropado por sus amigos y de inmediato se arrodilló junto al fotógrafo, que mostraba un hilo de sangre junto al labio inferior. Israel se llevó la mano a su mejilla mientras hacía movimientos con la mandíbula. Elena los miraba de pie, sin saber quién era el hombre al que su madre intentaba ayudar. Don Rafael se arrodilló a su lado y le cogió del brazo para ayudarlo. Elena comprendió que era amigo de los dos y también intentó colaborar.

—Joder, es la primera vez que alguien me da un puñetazo —. No pudo evitar sonreír al decir aquello mientras se dolía del golpe —. Si llego a saber que duele tanto...

—Vamos, los he visto peores —bromeó el cura—. Vayamos a por un poco de hielo.

Elena corrió hasta la barra y regresó con unos cuantos cubitos en una bolsa. Se los ofreció a Israel y se los colocó junto a la boca. Todavía estaba desconcertado por lo que había ocurrido. No comprendía por qué aquel hombre le había propinado un puñetazo ni por qué interrumpió la charla con sus amigos. Una vez incorporado tomó asiento, mientras sus amigos recolocaban las sillas y el resto de gente se dispersaban para continuar con la velada. La música, que se había detenido por el altercado, volvió a sonar, pero en los corrillos que se formaban toda la atención se centraba en lo sucedido.

—Siento muchísimo lo que ha ocurrido. No tenías por qué haber visto esto. Lo siento, lo siento de veras —. Jimena intentaba disculparse por el comportamiento de su ex marido. Israel apretaba el hielo contra su cara y sonreía como podía.

—Ese hombre...

—Puedes llamarlo como quieras, pero no «hombre» —respondió.

—Vaya, está fuerte —. Mostró otra sonrisa cortada por una mueca de dolor.

—Esta es mi hija, Elena. Ese era su padre. Lo era, porque tanto para ella como para mí ya no lo es —. Miró a su pequeña y esta asintió con una mueca que mostraba aún nervios por lo ocurrido.

Justo en aquel instante, tras haber comprobado que los temores de su madre eran ciertos, Elena pasó de un lado a otro de sus dudas. Todos los intentos por conservar un padre, que hacía mucho tiempo que había dejado de serlo, fueron inútiles. Ahora lo tenía claro. No regresaría a aquella casa, jamás volvería a cocinar para un hombre que nunca se había merecido ni una sola muestra de cariño de su hija y todos los intentos por mantener con él una relación normal. Jamás limpiaría más esa pocilga ni esperaría paciente su regreso cuando la tarde a punto estaba de convertirse en noche.

Se acabó preparar su comida, limpiar sus platos y planchar sus camisas. A partir de ahora tendría que olvidarse de ellas dos para siempre. Si alguna vez existió un resquicio que aprovechar para

recuperar un amor que en muchas ocasiones dudó de que existiera, acababa de ver cómo se esfumaba tras aquella trifulca.

—Hola. Espero que no duela mucho —confió Elena, apartando la mano de Israel de la cara para ver si había dejado de sangrar.

—No es nada importante. El dolor será momentáneo. Es lo que ocurre con un golpe, duele tanto como uno quiera que duela. Encantado de conocerte, Elena. Normalmente no suelo tener este aspecto, pero hoy era un día especial —bromeó ante la inmediata sonrisa de la hija de Jimena.

Desconcertados todavía por lo que acababa de suceder, recolocaron las sillas. Don Rafael logró que se relajasen al amparo de unas palabras siempre bien escogidas. Jimena mantenía aún la respiración acelerada, incapaz de controlar unos temores que se habían materializado delante de sus ojos y teniendo a sus amigos como testigos directos de aquel impropio. Ella y su hija podrían volver a sufrir un nuevo ataque como el ese en cualquier momento. Y podría encerrarlas en su propia casa, fuera de oídos y palabras indiscretas que estropeasen su plan de mal nacido.

El labio de Israel dejó de sangrar, pero no pudo evitar sentir dolor al beber. Se había visto involucrado en una trifulca cuyas raíces venían de tiempo atrás. Recordó todo lo que el viejo mecánico le había contado sobre la vida de Jimena y comprendió por qué vivía feliz tras divorciarse de aquella bestia. ¿Quién no sentiría paz al deshacerse de un tipo como ese? Miró a la nerviosa madre y no pudo evitar sentir pena por tener que criar a su hija ella sola. Podía estar divorciada, claro que sí, pero tener que lidiar con los arrebatos del padre de Elena no debía ser tarea fácil para una mujer como ella, siempre preocupada y tirando de una vida que parecía no querer avanzar con normalidad.

—El ser humano tiene estas cosas. Durante un tiempo es capaz de crear una vida tan maravillosa como esta —comentó el cura en referencia a Elena— y, por otro lado, nadie sabe cómo puede llegar tan rápido a la autodestrucción. Observad lo que ha ocurrido. ¿Veis algún motivo real para un comportamiento así? Son respuestas que se ocultan en la oscuridad de una mente retorcida y triste. Sí, creo

que debe ser eso. A veces la tristeza nos hace comportarnos de manera que ni siquiera nosotros llegamos a comprender del todo. Tú mismo lo has dicho antes —puntualizó mirando a Israel—. Este hombre es alguien que no ha podido tener una mujer sumisa, nadie a quien controlar y decirle lo que debe y no debe hacer.

Jimena escuchaba las palabras siempre sabias de su amigo. Puede que no le faltase razón, pero ella sabía perfectamente cómo funcionaba el engranaje mental de su ex marido. La rabia existía, pero no por haber roto un matrimonio, sino por hacerla a ella culpable de todos sus males, de cada sueño no alcanzado. Y ahora la veía feliz y libre, andando su propio camino sin la ayuda de un hombre fuerte a su lado. Alguien que mantenía una vida en común con su hija, solo con una tienda que a duras penas daba para llenar el frigorífico. Su ex marido no asimilaba que una persona fuese capaz de vivir sin grandes sueños, mientras que Jimena sabía que era el mejor sendero, una forma de vida sencilla sin grandes expectativas que la pudiesen hacer caer de una gran altura. Quien nada espera difícilmente puede sentirse defraudado. Lo bueno que estuviese por llegar, todo lo agradable que la vida tuviese para las dos, llegaría en forma de regalo inesperado para endulzar sus días bajo el sol y el levante.

La noche había avanzado lo suficiente, así que los tres amigos decidieron que era el momento de abandonar. Elena ya descansaba con sus amigos, así que su madre podía estar tranquila. Caminaron juntos hasta llegar a la puerta de la parroquia, no sin antes asegurarse don Rafael de que su amiga si estaría bien. La velada no había sido tan agradable como todos esperaban, así que aquella preocupación era la esperada.

—Tranquilo, no creo que esta noche se vea con fuerzas como para buscarme —respondió Jimena ante el interés de su amigo. Con un beso en la mejilla se despidió de él.

Al abrir la puerta se percató de que había un sobre a sus pies. Extrañado de que no llevase sello alguno, lo cogió y lo examinó con recelo. Nada escrito, ni una muestra de quién lo había dejado allí.

Inevitable pensar que la chica que turbaba sus pensamientos volvía a las andadas.

Mientras se desvestía, recordaba el desagradable final de una noche que debería de haber sido mucho más plácida. Aún resonaban en su cabeza las palabras distorsionadas por el alcohol y la maldad de un hombre desprovisto de cualquier atisbo de razón. «Sí, Dios también es capaz de crear personas así que ponen a prueba la fortaleza mental de quienes caminan por la vida de manera honrada y sincera», pensaba mientras abría el sobre encontrado.

Sus ojos se abrieron del todo ante una letra que le resultó claramente conocida. Se dejó caer en la cama como quien pierde el equilibrio y las pulsaciones se multiplicaron por cien. Sus manos comenzaron a temblar de manera incontrolada y le era casi imposible leer con claridad. Un escalofrío le erizó el bello y una lágrima escapó de repente.

Jamás hubiese imaginado volver a tener noticias tuyas.

Lo último que hubiese pasado por la cabeza de Israel cuarenta y ocho horas antes, era que estaría acompañando a casa a la dueña del recuerdo de Paula, una noche de verano en un pueblo del sur, a unas horas en las que si agudizaba el oído, lo único que se escuchaba eran las olas luchando por alcanzar la orilla. Ciertamente era que todo había transcurrido muy rápido, desde la primera pista que aquel camarero cardíaco le ofreció hasta la batalla campal que había tenido lugar momentos antes. Pero no sería él quien se preguntase si el tiempo transcurrido era el adecuado o no, ya que de no haber sido por las interrupciones de don Eritz, Jimena ya estaría al corriente de todo. Era consciente de cómo cambia la noción del tiempo dependiendo de nuestra situación. Veloz cuando somos felices y lento cuando la pena nos ahoga, cuando el dolor o el miedo nos apresa con mano férrea. Un elemento creado por el hombre y que sin embargo se había apropiado de nuestras vidas, creando sensaciones en nosotros que, incluso estando solos, son capaces de voltearnos al aire.

Ambos caminaban en silencio tras despedirse del cura. Ella no conseguía sacarse de la cabeza el olor a alcohol del padre de Elena, mientras Israel, que no dejaba de masajearse la mandíbula por el golpe recibido, seguía de manera inconsciente sus pasos. Aquellos miedos que tantas veces la hicieron temblar en silencio, un pánico que sus amigos se afanaban en pronosticar que no era más que fantasías suyas, se habían hecho realidad delante de todos. Ahora el temor era palpable y más certero de lo que todos pensaban. Todos rehicieron sus teorías después de ver la agresividad con la que se presentó ante ellos.

—Llevo un año esperando que algo parecido ocurriese y ha tenido que ser precisamente hoy —acertó a decir—. Tengo que pedirte disculpas de nuevo. No sabes lo avergonzada que estoy de que hayas tenido que presenciarlo. Sabía que ocurriría, lo sabía.

—Olvidalo. Al menos estabas acompañada. Peor hubiese sido pillarte desprevenida y sola.

—Y no sabes cómo os lo agradezco. Durante todo este tiempo mi mayor temor ha sido que decidiese atacarme cuando nadie estuviese a mi lado. He tenido pesadillas con este asunto. Ahora supongo que se lo pensará dos veces antes de volver a hacer algo así. Aunque si lo conozco como creo, esa posibilidad nunca se esfumará del todo. Menos mal que tengo a don Rafael y a don Eritz. Estoy segura que a partir de esta noche no querrán dejarme sola. Y también está Elena. Ya la has oído, no volverá con su padre. ¿Quién querría vivir con él?

El miedo se podía palpar en su voz. Con una media sonrisa más temerosa que amable, Jimena luchaba por quitar importancia al altercado. Era incapaz de arrancarse el temor que su ex marido le hacía sentir. Conocía sus trapos sucios mejor que nadie, sus idas cada cierto tiempo a la playa cuando nadie más curioseaba por los alrededores. Sabía que aquello no podía terminar bien y más pronto que tarde daría con sus huesos en la cárcel. De una manera u otra, su historia no tardaría mucho en llegar a su fin. Pero mientras eso ocurría, el temor a una nueva aparición circulaba por sus venas como el viento entre las ramas de un árbol.

—¿Sabes? Creo que me ha gustado esta música. No sé, tiene algo que no alcanzo a identificar que se ha quedado aquí dentro —dijo el fotógrafo señalando su estómago—, a pesar de no haber entendido ni la mitad de las letras.

Jimena estalló en una carcajada que retumbó por toda la calle y sobresaltó a una pareja que regresaba a casa camuflada por las sombras de algunas farolas apagadas. Israel desvió la conversación con toda la intención que pudo. No iba a permitir que un descerebrado como aquel estropease una noche que, hasta su aparición, había sido casi mágica. Ella captó con rapidez el giro.



Pensó que tanta amabilidad por parte de sus amigos como por su parte, debía ser recompensada de alguna forma.

—Míranos. Un cura envuelto en un lío con una joven, un viejo mecánico queriendo recuperar a su hija perdida, una divorciada atemorizada por su ex marido y tú, buscando un puñado de fotografías para tu reportaje. Menudo cuadro —. Los dos sonrieron al unísono, comprendiendo que algo de surrealista sí que tenía la estampa creada de forma involuntaria en sus cabezas—. Ha sido un poco cómico. Ten por seguro que mañana seremos el tema de conversación en todo el pueblo.

—Supongo que resulta un tanto divertido, ¿no? Una música burlona, gente de todas las edades riendo y cantando, una mesa variopinta como la nuestra y un borracho dando la nota queriendo resaltar sobre el resto. Sí, resulta esperpéntico. Quizá la próxima vez esas canciones hablen de nosotros —bromeó.

De repente, una extraña sensación de querer liberar su interior atacó con todas sus armas a Israel. Estaban solos, ni siquiera don Eritz aparecería para interrumpirle esta vez. El momento había llegado. Jimena no sospechaba nada. Caminaba enviando algún mensaje a Elena para confirmar que ya estaba en cama, mientras Israel le lanzaba miradas buscando el momento apropiado para abrirse por completo.

¿Cuál sería su primera frase? ¿Cómo iniciar la conversación para que Jimena no pensara que no era más que un loco que había dado con ella con alguna oscura intención? Que un desconocido aparecido de la nada llegase para decirle que... No, no estaba tranquilo, ni siquiera su respiración, alterada más que nunca ante la inmediatez del momento.

—Te invitaría a tomar algo en casa, pero no sé si...

—Sí —respondió sin dar tiempo a que la dueña de «La orilla» terminase de hablar.

—Vaya, no esperaba tanta seguridad. No tengo mucho que ofrecerte. Quizá un poco de vino.

—No me apetece regresar ya a casa. Además, don Eritz estará descansando para el viaje y no quiero despertarle. Bastante hace con

ofrecerme una cama.

Ni siquiera hizo falta una invitación directa. Para Jimena sería una buena forma de agradecer la protección que le había otorgado en la plazuela ante el ataque de aquel loco. Sentía unas ganas terribles de hablar de sus miedos con un desconocido. Veía a Israel como alguien bueno, honrado y dulce, así que quién mejor que él para escuchar una nueva opinión sobre si su nueva vida podría tener éxito o no. Le contaría sus sueños y las sensaciones nuevas aparecidas gracias a su renacimiento. Además, era el primer desconocido en mucho tiempo, en muchos sueños, del que podía ver su rostro. «No puede ser tan malo, ¿no?», pensó durante un segundo. El joven no tenía una idea preconcebida de su anterior vida, así que quizá pudiera tener una nueva visión o algún consejo que le fuese de ayuda. Lo cierto es que no veía a Jimena, sino a su propia hermana en un nuevo continente de mujer valiente y temerosa al mismo tiempo.

Las calles estaban vacías a esas horas de la noche, a pesar de no ser demasiado tarde. Pero para los que se dejaban la piel en el mar, el descanso estaba más que merecido y no dejaban escapar ni un minuto de sus días en tierra para dormir abrazados a sus mujeres e hijos. Alguna voz más fuerte que otra de los jóvenes que regresaban a casa, volaba libre por las callejuelas bajo las luces amarillas de las farolas. La humedad empañaba levemente el capó de los coches y las macetas que colgaban de los balcones.

No había mucho que ofrecer en la despensa de Jimena, restos de la Navidad pasada y un par de botellas mediadas de vino que utilizaba para cocinar. El corazón del fotógrafo latía como la caldera de una locomotora fuera de control. Ella, sin embargo, se mostraba relajada, a pesar del contratiempo que frenó en seco una plácida velada. En el patio, sentados uno frente al otro, arropados por un silencio sepulcral e iluminados con la luz interior que escapaba por una de las ventanas, Israel sintió que había llegado el momento. Nadie rondaba cerca para robárselo.

Intentó serenarse, respiró hondo. No paraba de mover las manos cruzando y descruzando los dedos. Y de repente, se percató de que aquellas últimas palabras de Paula antes de su suspiro final no

resonaban a su mente. Quizá ya no eran necesarias. Quizá la búsqueda había terminado.

Pero fue Jimena la que se adelantó a su turno de palabra esperado.

—Supongo que habrás imaginado quién es —aseguró sin preguntar.

—¿Tu ex marido?

—Nos separamos hace un año, aunque todo comenzó mucho tiempo atrás. En realidad creo que las cosas fueron de mal en peor desde el mismo momento que nos casamos —. La voz de Jimena sonaba débil, no triste ni desalentada, sino débil—. Siempre tuvo unos planes que jamás llegó a alcanzar. Ya sabes, esos sueños de grandeza que todos tenemos alguna vez en nuestra vida, pero los suyos no supo o no quiso abandonarlos nunca. Siempre me culpó a mí de no haberlos logrado. Creo que yo no entraba en ellos.

—Vaya... —. Israel la escuchaba arqueando una ceja, pensando en que su turno podía que esperar—. ¿No hubo buenos momentos, ni siquiera con el nacimiento de tu hija?

—La llegada de Elena no hizo más que empeorar las cosas. Si te refieres a si cambió, no, no lo hizo. No fue una niña buscada. Llegó y punto. No alteró ni un solo ápice de su vida. Si acaso, hizo que pasase más tiempo en la cantina o fuera de casa en asuntos turbios que he descubierto hace poco. Comenzó a beber y ni siquiera le preocupaba que lo viesen borracho. Solo aquel incidente en el barco hizo que nuestra relación mejorase. Se sintió querido y adorado por todos, poco menos que el santo local. Hasta esta noche.

A lo lejos se escuchaba el silbido del aire, rondando por las callejuelas desprovistas de vida. Jimena se acariciaba un brazo mientras dirigía su mirada al cielo, que mostraba un manto de estrellas titilantes que los vigilaba con atención.

—¿Nunca pensaste en dar tú el paso? Ya sabes, me refiero a...

—¿Dejarlo? No, no lo pensé. Tenía la esperanza de que su comportamiento fuese algo pasajero, un no sé qué que tuviese escondido y que solo él tendría que solucionar. Nunca lo supe, no era hombre de muchas palabras. Con la llegada de Elena me centré más en ella, dejando de lado su parte oscura. ¿Mejóro algo? Para nada.

Fueron años de tinieblas y de silencios eternos en casa. Después se embarcó durante seis meses en un gran mercante. Necesitábamos dinero y no había otra opción mejor. Decir que aquel tiempo sin él fue el tiempo más feliz no sería decir demasiado.

Su marido no siempre había estado perdido. La juventud en los años en los que las cosas eran diferentes para todos, resplandecía como un faro en una noche de tormenta. Los juegos amorosos, las cuitas ocultas tras los portales, mostraban una atracción entre ellos fiel a una edad en la que todo estaba por llegar. Juntos descubrieron el sabor de dos cuerpos cubiertos de sal ocultos de los rayos de luna en la arena de la playa. Se confesaron sueños, viajes por hacer, tesoros que encontrar y vidas por vivir. Unidos, como fieles compañeros de un viaje a ninguna parte, como dos amantes clásicos que solo la muerte podría separar.

No era fácil para unos muchachos huir justo cuando el corazón lo pedía, en el momento en el que sentían que la oportunidad pasaba por delante de ellos y les abría las puertas de ese tren del que dicen solo pasa una vez en la vida. Y llegaron las lágrimas y el desánimo, el dolor y la pena. Pero a pesar de todo lo que se dejó escapar, había que reorientar la vida y aferrarse a lo que se tenía, a lo que el mar ofrecía como alimento. No todos eran aves de altos vuelos, así que pronto aprendieron a vivir con ello y a batir sus alas en los límites que aquella gran mancha de casas blancas les dibujaba.

—¿Qué cambió para que a su vuelta siguiérais juntos? —. El fotógrafo escuchaba atentamente a Jimena, mientras ella parecía no estar en el mismo lugar que su invitado.

—Regresó siendo otro —prosiguió—. Pasaba más tiempo en casa, atendía mejor a Elena y hacía que me despreocupase del cuidado de todo. Algo debió de ocurrir en aquel barco. Supongo que el tiempo que pasamos solos lo utilizamos para analizar nuestra propia vida. Al menos eso quise creer, porque ni siquiera tuve explicación alguna que me sacase del asombro.

—Solemos pasamos por malos momentos. Imagino que, de alguna forma, ese viaje en barco le sirvió para pensar y darse cuenta de lo que tenía en casa. Todos hacemos ese viaje alguna vez en la vida.

Paramos en seco, observamos, analizamos y nos replanteamos muchas cosas.

—Pues poco debió pensar —interrumpió—. Bastaron apenas dos días para que todo volviese a ser como antes de marcharse. Regresaron los silencios, la ausencia de miradas y la falta total de complicidad. Rápidamente dejamos de ser un matrimonio que intentaba buscar el camino de la felicidad con su hija a convertirnos en simples compañeros de casa. Así que, sin hablar, decidimos que estaríamos juntos hasta que el tiempo así lo viese oportuno. Es él quien hace el trabajo cuando no encontramos la solución y nos rendimos. El tiempo es un juez implacable.

—Pero fue algo que no duró demasiado... —. Israel sabía que los sueños y las ilusiones había que regarlos como una planta. Aquel que se detiene o no saca sus manos de los bolsillos, solo podrá ver pasar las oportunidades mientras son otros los que las cazan por ellos.

—A la vista está. Descubrimos que éramos dos personas que no tenían nada en común. Él comenzó a tratar con cierta gente nada aconsejable. Se vio envuelto en más de un altercado con la policía, pero jamás pudieron demostrar nada de lo que le acusaban. Al principio hacía alguna escapada al otro lado del estrecho para luego ser él quien organizase cierto «mercadeo». Y si no me equivoco, en eso sigue. Un día de estos será detenido y encarcelado.

—¿Te refieres a tráfico de drogas? Joder, ese asunto es muy serio.

—¿Quiénes crees que eran los que querían invitarte a una copa esta noche? Has hecho muy bien en no aceptarla. Si te ven con ellos, un forastero al que nadie conoce y que dice haber venido a hacer un reportaje fotográfico... Tendrías a la policía tras tus pasos al instante. Tienen mucha presión para detener a cualquiera rápidamente. Creo que sin quererlo, te has librado de una buena. Aquí todo el mundo conoce a lo que se dedican, pero hasta que no haya pruebas para detenerlos, la policía no puede hacer nada. La gente no quiere verse inmiscuida en asuntos con la ley, por eso todos callan.

Israel tembló al escuchar las palabras. «Traficantes de droga entre aquellas buenas gentes», pensó al instante. Recordó las decenas de noticias que había visto y leído en referencia a redadas antidroga en

aquella zona y el dinero fácil que los jóvenes podían conseguir haciendo de culeros. Bastan una o dos noches para conseguir el sueldo de todo un mes. Afortunadamente, el comportamiento desagradable de su ex marido le puso sobre aviso de que no serían buena compañía.

—El caso es que has conseguido sacar tu vida y la de tu hija adelante, algo que no es fácil para una mujer sola. Puede que seas más fuerte de lo que piensas. Os tenéis la una a la otra y un negocio que levantar. No necesitáis nada más.

—Haber vivido varios años sin marido no fue lo peor. Luego llegó mi enfermedad. Me detectaron una deficiencia cardiaca. A partir de ese momento la situación en casa empeoró. Se volvió más agresivo, más indolente con cada informe médico que recibíamos. Culpó a mi débil corazón de sus propios fracasos. Elena ya era lo suficientemente mayor como para darse cuenta de lo que ocurría. Gracias a Dios, ella es especial.

Hablaba palpando a cada momento su pecho, asegurándose de que su corazón seguía ahí dentro, procurándole la energía necesaria para vivir. Sonreía al notar que sonaba con más fuerza cada vez, como si el hecho de estar contando todo aquello a un desconocido alegrase los latidos de su nueva bomba. Israel se percató del gesto. Dejó escapar una casi imperceptible sonrisa y tomó un trago.

—¿Y quién eres ahora? —preguntó esperando una respuesta que le diese aliento y la llevase por una conversación más afable—. Llevo poco tiempo aquí, pero noto una felicidad propia de alguien que ha dejado atrás todo lo malo vivido, alguien que ha caído y se ha vuelto a levantar.

—Soy un cuerpo y un alma hechos de retales y repleto de tiritas. Algunas han servido para cerrar viejas heridas y otras se encargan de no permitir que las ya sanadas sangren de nuevo. Son huellas que no se borrarán nunca del todo. Aprendí a vivir con ellas, así que en lugar de curármelas me limito a acariciarlas. Más por Elena que por mí, más por su vida que por la mía —. Jimena se frotaba los brazos de nuevo mientras cruzaba y descruzaba sus piernas—. Hay días que me siento llena de actividad, de alegría. Pero también hay otros en los

que actúo. Supongo que más o menos como cualquier persona. Me pongo la cara de normalidad y salgo a la calle a hacer lo de todos los días.

—¿Le guardas rencor por no haber querido formar parte de la vida que esperabas?

—¿Rencor? Nunca supe qué es eso. No voy a dedicarle ni un solo segundo de nuestra vida, a pesar de los malos presentimientos que tenía y que se han confirmado esta noche. Lo que de verdad dolía era comprobar que me casé con alguien a quien estaba dispuesta a dar todo, lo que sentía y lo que creía que debía mientras, a cambio, solo recibía desilusión. Estaba dispuesta a dar todo aquello que siempre he querido tener, pero fue imposible. No, no creo que sea rencor, sino decepción. Aunque te puedo asegurar que duele de la misma forma. Hay momentos en los que la solución a nuestros miedos y problemas no aparece ante nuestros ojos. Es entonces cuando tomamos el camino más corto, rendirnos. Eso fue lo que hice, bajar los brazos y esperar que el tiempo hiciese su trabajo. No se puede luchar por alguien que no quiere estar en nuestra vida.

—El rencor conduce al odio y el odio a cometer errores importantes. ¿Cómo recibió Elena vuestro divorcio? Los niños a esa edad suelen ser muy sensibles a las rupturas de sus padres —. Justo tras preguntar esto, Israel se sintió como un periodista intentando arrancar un titular a su entrevistado.

—De alguna manera, mi hija jamás tomó a su padre como ejemplo. Ha sido siempre a mí a quien ha recurrido para todo. Aunque hubo un tiempo en el que no hablaba mucho, podía notar que era feliz conmigo, juntas en nuestra familia especial de dos. Tuve que reaccionar. Me cansé de mirar hacia fuera. Con eso solo conseguía soñar cosas que quizá nunca llegarían a conseguir. Así que comenzamos a vivir cuando mi mirada se dirigió a mi interior, a prestar atención a lo que Elena me pedía sin palabras, a ser suficiente una mirada entre las dos para saber lo que deseábamos.

—Estoy feliz por escucharte hablar así de tu hija. Por algún capricho extraño, la naturaleza ha querido que los lazos entre madres

e hijas sean más fuertes. Supongo que llevarla dentro nueve meses puede hacer que entre las dos se transmita algo más que alimentos.

—Estoy plenamente convencida de eso. Durante mi estancia en el hospital fue ella la que me cuidó. Cuando pensaba que todo estaba perdido, cuando faltaban minutos para que mi tiempo terminase, fue ella la que se sentó a mi lado para leerme uno de esos libros que comparte con sus amigos. Ni siquiera la escuchaba. Me limitaba a observarla y grabar su cara en mi retina y su voz en mi cabeza. Jamás he escuchado a nadie leer como Elena lo hizo aquella última tarde. Pensaba que si conseguía guardarla bien adentro, sus palabras estarían conmigo incluso después de muerta.

Israel sintió romperse cada tendón de su cuerpo. Oír cómo Jimena contaba que vio la muerte de cerca, no hizo más que acrecentar las ganas de contarle quién era. Se recolocó en la silla, bebió un poco de su copa y apretó los labios.

Su momento, el momento de Paula, había llegado.

—Verás, no he sido sincero del todo contigo —dijo por fin, mientras Jimena desviaba su mirada a las estrellas.

—¿Sincero? —respondió sorprendida.

—Sí. No he venido hasta aquí para realizar ningún reportaje. Es cierto que soy fotógrafo, pero este viaje no es para un trabajo. He venido en busca de alguien.

Ella abrió los ojos tanto como pudo, extrañada por lo que estaba escuchando. Él empezaba a sentirse incómodo. Comenzaba a pensar que no resultaría tan sencillo como pensaba contar su secreto. Con don Eritz fue diferente, pero con ella parecía que las palabras no brotaban tan alegremente en el momento importante.

—¿Y has encontrado a ese «alguien»? —preguntó, sintiendo que su nuevo amigo parecía no tener muy claro si continuar hablando.

—Sí.

—Estarás contento entonces. ¿Quizá alguien a quien no veías desde hacía tiempo?

—Más bien, alguien a quien no había visto jamás.

No sabía qué decir. A cada pregunta o comentario que hacía, el fotógrafo parecía no querer decir con claridad quién era esa persona



a la que había ido a buscar hasta allí. Ella, que creía estar dentro de una adivinanza, continuaba con sus preguntas como en una divertida partida de Cluedo, haciendo las veces de detective resuelto a averiguar quién era el asesino.

—Veamos. Eres fotógrafo pero no has venido a realizar ningún reportaje, has encontrado a alguien que estabas buscando pero que no habías visto nunca... Necesito alguna pista más para resolver el caso —comentó sonriente.

—Buscaba a una persona que posee algo que, en parte, también me pertenece.

—Me lo pones muy difícil. A ver, aver...

—Te buscaba a ti.

Jimena dejó de sonreír de repente. Israel la miraba con gesto tranquilo, suplicando que su revelación no hiciese estallar por los aires el acercamiento conseguido hasta ese momento. Ella tragó saliva sin saber muy bien qué decir. Parpadeó varias veces mientras su sorpresa parecía que se iba tornando en miedo.

—No te entiendo. ¿Qué quieres decir con eso?

—Antes de nada, quiero pedirte que no te asustes. No he venido con malas intenciones —dijo con una sonrisa temblorosa—. Si me das la oportunidad, te lo contaré todo.

No sabía ni qué decir ni cómo reaccionar ante aquella revelación que cogió a Jimena sin una defensa preparada. Al instante, por su cabeza pasaron toda clase de teorías nada descabelladas para alguien que había vivido tantos malos tragos con su ex marido. ¿Sería uno de sus amigos? ¿Estaría allí para causarle algún mal y así él poder seguir haciéndole daño sin tener que acercarse a ella? No, no podía ser. Esa noche había intentado mediar en el acercamiento nada amable de su ex.

—La verdad es que no sé cómo empezar. Creía tener muy claro lo que decir cuando te encontrase, pero ahora resulta más difícil de lo que pensaba. Si me das unos minutos, te lo contaré todo desde el principio.

Jimena no dejaba de mirarlo agarrada con fuerza a la silla. Tanteó la posibilidad de excusarse durante un momento para ir al baño y

enviar un mensaje de aviso a Elena o a don Rafael, pero la mirada de Israel desveló que nada malo podía ocurrir. No confiaba en nadie que no fuese el viejo mecánico o el cura, pero la extraña aura que envolvía a aquel desconocido la mantenía atrapada de manera hipnótica.

—Para empezar, debería de haber venido hace mucho tiempo. Un año, para ser más exacto. Paula me puso en la pista, pero no fue hasta hace unos días cuando descubrí lo que entonces pretendía decirme. Al principio pensé que no eran más que los desvaríos de alguien moribundo, pero resultó ser su último deseo antes de marcharse.

Jimena no entendía nada. Lo miraba sin saber a qué se refería con esas «últimas palabras». Asentía levemente ante lo que escuchaba, esperanzada en que aquella sorpresa no pasaría a mayores. Israel la observaba intentando analizar si el desconcierto inicial podía convertirse en miedo.

—Fue ella la que me pidió que te buscase. Aquella noche solo podía pensar que no volvería a verla jamás. Estábamos muy unidos, a pesar de mis continuos viajes. Tanto que aquí estoy, realizando un viaje que no sé si tendrá un buen final.

—Espera, espera. ¿Qué tengo que ver yo con Paula? —. Jimena creyó sentirse libre de las intenciones de Israel fuesen cuales fuesen. El alivio fue momentáneo, ya que el fotógrafo continuó con la narración.

—Por favor. Te pido que no te asustes con lo que te voy a contar ahora. Mis intenciones no van más allá de querer conocer a quien tiene su legado. Si estoy aquí, es porque entre ella y yo quedaba una conversación pendiente. Ahora sé, si tú me lo permites, que podré hacerlo al haberte encontrado.

Jimena se levantó y puso sus brazos en jarra. Le dio la espalda a su invitado y permaneció así unos segundos.

—Está bien. Dime a qué has venido y por qué dices que soy yo a quien buscabas —. Rápidamente, el semblante de Jimena se oscureció, preocupada por la revelación del supuesto fotógrafo, pero creyó comprender el motivo real de la visita de Israel.

—He venido para despedirme para siempre de ella.

—Explícate.

—¿Qué fue lo que ocurrió al final de tu enfermedad? ¿Por qué estamos ahora mismo hablando cara a cara? —preguntó, manteniendo siempre un gesto amable y cordial.

—¿Cómo que qué ocurrió? Pues que...que...

La dueña de «La orilla» abrió los ojos tanto como pudo por lo que acababa de comprender. De no haber sido porque de manera instintiva puso sus manos sobre el respaldo de la silla hubiese caído a plomo al suelo. Israel se levantó con rapidez para cogerla. El pulso de Jimena se aceleró tanto que casi le era imposible respirar con normalidad. Israel le ofreció un poco de agua, temiendo que la noticia la alterase más de lo que esperaba y dañase su maltrecho corazón.

—Toma, bebe —le ofreció—. Tranquilízate, no vaya a ser que estalle por los aires —bromeó.

—Eres...Eres...

—Sí. Paula era la dueña del corazón que te devolvió a la vida.

No sabía cómo reaccionar, no podía hablar ni sabía qué preguntar. Solo escuchaba y miraba sin parpadear al fotógrafo. Por su cabeza pasaron mil imágenes conocidas, mil caras que esta vez sonreían ante ella sin desaparecer. Comprendió al instante que su bomba vital había sido encontrada por el hermano de su dueña.

Su comportamiento no era como alguna vez alguien le había advertido. No parecía reclamar nada a cambio de la muerte de su hermana. Sus palabras, sus gestos y sus movimientos suaves parecían no querer saber nada que no fuese una última oportunidad, el mero hecho de saber cómo era la nueva vida del motor de quien fue su compañera de viaje durante tantos años.

—Como decía, segundos antes de morir pronunció unas palabras que supuse eran fruto de su miedo por no volver a vernos jamás.

—¿Qué palabras fueron esas? —preguntó con voz temblorosa.

—«Búscame, Israel, búscame». Pasó el tiempo y ni siquiera caí en la cuenta de que pudieran tener un significado lógico. De hecho, las borré de mi cabeza casi al instante. Fue hace unos días, cuando en casa se decidieron a embalar todas sus pertenencias, que por casualidad descubrí que era donante. Mira, esta es la prueba.

Israel sacó de su cartera el carné de donante de órganos de Paula y lo puso en la mesa. Jimena lo cogió entrecerrando los ojos. Conocía muy bien aquella tarjeta. Ella misma había convencido a varias personas para que, llegado el momento que nadie quería que llegase, ofrecieran sus órganos para revivir a otras personas.

—Si hubieses conocido a Paula entenderías por qué estoy aquí. No éramos dos hermanos normales. No sabíamos vivir el uno sin el otro. Conocía todos mis secretos y yo los suyos. Solía contar las cosas de una manera tan especial que cualquier desconocido se quedaba obnubilado al escucharla hablar sobre una nimiedad —. Israel hablaba de su hermana con un brillo especial en sus ojos, como un padre habla de su bebé recién nacido—. Estoy seguro de que te hubiese encantado, pero sobre todo a don Eritz. Veo muchas cosas de Paula en su forma de ver la vida.

—Yo...no sé qué decir —. Volvió a levantarse de la silla y comenzó a deambular, agitando los brazos—. Llegas al pueblo, nos ofrecemos para ayudarte en todo lo que necesites y ahora descubro que nos has mentido —exclamó ante aquella revelación—. Necesito estar sola. Por favor, márchate.

Israel intentó tranquilizarla suplicando su comprensión, pero le pidió de nuevo que la dejase sola.

—¡He dicho que te marches! —gritó.

—Sabía que esto podía ocurrir. Perdón por todas mis mentiras y por querer conocer a quien... Nada, déjalo. Siento todo lo ocurrido. No todos los viajes deben tener un final feliz, ¿verdad? Lo siento de veras. Adiós, muchas gracias por todo. Cuida bien de esa niña y de... —detuvo sus palabras mientras miraba fijamente el pecho de Jimena.

Mostró una sonrisa de resignación y cerró la puerta tras de sí, dejándola temblando y sin poder pensar en nada.

La oscuridad de la noche y los vigilantes fantásticos del sueño no habían sido benévoloos con él. La llegada imprevista de aquella carta y lo que en ella había escrito, devolvieron al párroco a unos días que llevaba tiempo queriendo borrar de su memoria, por hermosos, por inadecuados, por haber dejado en él una huella tan profunda que ni dos vidas serían suficientes para borrarla. Pero como en una sesión hipnótica en la que alguien cae presa de un péndulo oscilante del que solo puede despertar con una palabra concreta, al leer aquellas letras algo revivió en su maltrecho corazón, que palpitaba al ritmo que le marcaban las beatas del tres al cuarto y la desazón por no poder solucionar el asunto de aquella descontrolada chiquilla.

Habían pasado casi cinco años. Cada noche regresaban ciertos recuerdos escondidos tras esos momentos en los que hacemos un rápido repaso del día antes de caer rendidos por el sueño. ¿Por qué ahora? Y sobre todo, ¿cómo había llegado ese sobre hasta él? Un escalofrío tensionó cada músculo al pensar que podía estar cerca. Y si así era, ¿quién le había informado de su paradero? Llevaban tiempo sin tener contacto alguno. Ninguno de los dos había hecho nada por provocar un encuentro tras lo vivido durante un tiempo en el que se escondían del mundo. Ocultaron el juego peligroso en el que estaban sumidos mientras a su alrededor nadie sospechaba nada extraño. La noche era su mejor aliada y abrazaba a ambos en su regazo, permitiendo que el secreto durase tanto como ellos desearan.

El sacerdote miraba por la ventana los árboles del Parque de la Infanta, que se dejaban llevar por el vaivén de las ramas movidas por el viento. El levante azotaba fuerte aquella mañana, haciendo bailar los trapos en las azoteas y cimbreado los postes de la luz y algunas

farolas descuidadas. Las nubes pasaban rápidas por un cielo lapislázuli y proyectaban sus sombras sobre las calles, que ya se iban llenando del bullicio típico de los sábados de mercadillo. Con la carta en la mano palidecía reviviendo una y otra vez las noches entrelazados y los días separados por una conducta que no despertase ninguna señal de lo que ocultaban a las miradas incisivas de los vigilantes del amor negado. Fue un tiempo de secretos, de verse a escondidas, de ser uno cuando se marchaba el sol y de actuar cuando reaparecía. Así debía ser y así fue durante el tiempo en el que se dejaron llevar por los instintos más íntimos de dos personas que empezaban a construir cada una por su lado un futuro común que al final resultó no ser el mismo.

Por su cabeza iban y venían preguntas que golpeaban su sien una y otra vez. ¿Por qué reaparecía ahora? ¿Por qué no tomaron esa decisión en aquel momento, cuando se dejaron escapar por miedo a no saber crecer juntos en un mundo que se desperezaba a grandes pasos? Volvió a leer la carta y no conseguía vislumbrar cuáles podían ser sus intenciones ni por qué de aquel regreso tanto tiempo después. Fue uno de los párrafos, escrito desde lo más profundo, el que dejó entrever unos deseos de rescatar lo que la corriente se llevó con el silbido de aquel último tren de la tarde. Un adiós que ambos hubiesen cambiado por un «quédate para siempre».

«No seré yo quien diga ahora lo que tuvimos que hacer entonces. Nos dejamos llevar más por nuestros propios miedos que por la realidad que nos envolvía. De saberlo, nadie hubiese apostado por lo nuestro, salvo nosotros. Nadie hubiese creído que lo que estábamos cultivando brotaría recio de entre las malas hierbas. Pero éramos nosotros, tú, yo y unos sueños que dejamos volar atados a unas premoniciones que ni siquiera sabíamos si podían llegar a ser ciertas. Nos pudo el miedo a los demás y no fuimos capaces de luchar y mostrarnos tal y cómo éramos. ¿Acaso hay en el mundo algo más fuerte que el amor entre dos seres capaces de luchar contra aquello que los oprime? Lo tuvimos fácil, pero rompimos nuestros lazos como si fuesen de cristal. No te culpo por ello. Solo espero que, al igual que yo, el mismo fuego que entonces nos hizo perdernos tantas

noches por rincones que solo nosotros conocíamos, logre ahora prender lo que puede que esté muerto en tu interior. El fuego purificador que alimentaba nuestras manos quizá redoble sus fuerzas en este nuevo tiempo y te traiga de regreso a estos brazos desprovistos de vida desde que te marchaste».

Fue entonces cuando se derrumbó y lloró. La angustia era tal que a cada lágrima caída sobre el papel emborronando la tinta azul, notaba cómo su interior se llenaba de dolor y rabia por la claridad con la que ahora parecía verlo todo. Si en el pasado las dudas podían más que los sentimientos escondidos y la incertidumbre golpeaba los cimientos que rezo tras rezo construía, ahora deseaba que un huracán arrasase todo su mundo y se llevase lejos las mentiras con las que debía convivir a diario. Cómo olvidar aquellas noches en las que, a escondidas, se juraron ver juntos cómo sus cabellos blanqueaban con los años, cómo sus cuerpos se doblarían poco a poco hasta dar con sus cabezas en el suelo mientras sus manos jamás se soltarían en eternos paseos, entonces sí, bajo un sol que los iluminaría a los ojos del mundo.

Claramente, no era ni el lugar ni su posición la más adecuada para gritar a los cuatro vientos quién fue durante el tiempo que los dos huían de las miradas conocidas y de los espacios abiertos. Aquella relación se fraguó en la oscuridad de camastros y escaleras que callaban cuanto allí ocurría. Creyeron llegar tan lejos que a punto estuvieron de deshacerse de todas las cadenas y desde la torre más alta, volar con la primera bandada de pájaros que surcase el cielo, esos mismos que veían cada mañana antes de despedirse y ponerse su disfraz.

Aún notaba el amargo sabor y los rescoldos de la noche anterior. A pesar de que todos sus pensamientos estaban sobre aquel papel, el cura acertaba al pensar que ese día Jimena necesitaría un buen café y palabras de apoyo para desterrar los malos momentos vividos en la plazuela. ¿Cómo osó acercarse a ella después de todo lo que le hizo pasar? La maldad vivía latente en aquel hombre, alimentada por los humores del alcohol y por el mal camino que tomó tiempo atrás y del que muchos eran concedores.

No contestaba a su llamada. Supuso que estaría fuera, recogiendo a Elena y paseando madre e hija por la playa, como solían hacer cuando el tiempo acompañaba y la tienda lo permitía. Pero no era capaz de olvidarse ni por un minuto de la carta que cruzó su puerta de forma clandestina. Estaría respirando el mismo aire que él, pisando las mismas calles o quizá tomando un café donde siempre solía desayunar. Un temor oculto resucitó de entre otros tantos enterrados y le erizó la piel. Renacía un antiguo amor de entre las cenizas del pasado para desordenar su existencia, para hacer estallar en mil pedazos lo que creía controlado. Su estómago se retorció como una serpiente presa por el cuello, como un cuerpo desnudo a la intemperie crujiendo de frío.

Según iba avanzando en su búsqueda, los recuerdos acudían como abejas a las flores en busca del néctar de la vida. Llevaba su mirada a cada rincón, a cada local, a cada acera en busca de la persona que le hacía escapar cada noche del seminario. Aquellos escauceos y la habilidad que logró para entrar y salir sin que nadie se percatase de su ausencia le provocaron una sonrisa. Apenas prestaba atención a los saludos de los vecinos, quienes lo observaban extrañados en su errático caminar y con la mirada perdida. «Quizá solo pretendía que esta carta llegase a mí, sin más pretensión que hacerme ver que me recuerda», pensó mientras se aseguraba que continuaba en el bolsillo interior de su chaqueta. Pero no podía ser que su única intención fuese hacerle entrega de aquella declaración de intenciones. Tenía que estar allí, debía estar allí. Puede que a escasos cien metros a su espalda o a cincuenta pasos en su misma dirección.

Al girar una esquina tropezó con un cuerpo que parecía tan perdido como él. Unos libros cayeron de los brazos de Jimena, que nada pudo hacer por evitarlo. Ambos doblaron sus rodillas sin saber ninguno de los dos con quién habían tropezado con el otro. Al instante se miraron sorprendidos.

—Vaya, parece que hoy nos hemos levantado algo torpes —bromeó el sacerdote—. No has contestado a mi llamada.

—Perdóname. Hoy es un día difícil. Ni siquiera he visto el teléfono —respondió introduciendo la mano en su bolso en busca de su



móvil.

—Te noto rara. ¿Has pasado mala noche? —. Don Rafael sabía perfectamente lo que preguntaba, haciendo alusión a lo sucedido la noche anterior.

—No exactamente. Digamos que alguien a quien antes no conocía me ha encontrado.

—No te entiendo. ¿Te estaban buscando? —. La cara del cura era una amalgama de dudas, miedos e incertidumbre. No solo por la extraña explicación de Jimena, sino por su propia situación emocional.

—Eso parece. Lo más gracioso de todo es que ni siquiera sabía quién era yo. Pero me ha encontrado...me ha encontrado.

Jimena repetía una y otra vez esas palabras ante la mirada atónita de su amigo. Con los libros apretados contra su pecho se quedó unos segundos mirando al suelo. Claramente, no había pasado buena noche. Elena aún estaba en casa de sus amigos y estaría allí hasta la tarde. Fiel a sus promesas y a los buenos resultados del instituto, su madre había dado paso a las recompensas habituales en estos casos y permitió a su hija pasar el día con ellos.

—Tengo la impresión de que te apetece hablar, ¿me equivoco? —intuyó el sacerdote.

—Pocas veces.

—No se hable más. Seguro que no has comido nada esta mañana.

Olvidándose por un momento de su búsqueda, agarró del brazo a Jimena y juntos se perdieron por la calle que daba a la misma terraza donde Israel cenó a su llegada al pueblo. El joven camarero hipocondríaco charlaba fogoso con un par de chicas a las que aconsejaba sobre cuáles serían las mejores playas de la zona para lucir sus esculpidos cuerpos y dónde poder tomar algo cuando cayera la noche.

La dueña de «La orilla» contó todo lo que Israel le reveló. Mostraba un gesto de desconcierto y un temor escondido que el sacerdote captó con rapidez. ¿Cómo era posible que un desconocido se presentase así, por las buenas, para decirle que su corazón estuvo a su lado cuando su hermana vivía? Habló del celo que envolvía los

datos de los donantes y receptores de órganos, amparados por el secreto establecido por la Organización Nacional de Transplantes para evitar cualquier altercado inesperado, sobre todo por las familias de los fallecidos. Ese era realmente su miedo, pensar que Israel pudiese estar allí con unas intenciones diferentes a las que explicó en su confesión.

De repente, comenzó a llorar. Había pasado la noche reviviendo todo lo sufrido en aquellos días desde que le diagnosticaron la enfermedad hasta que logró salir airoso. Sus miedos, esos que noche tras noche regresaban antes de dormir, el temor a que su hija no creciese como una niña debía hacerlo, brotaban de nuevo atizados por la extraña sensación que le produjo descubrir el verdadero motivo de la llegada de Israel. Antes de conocer su historia veía un hombre con una atracción diferente. No era por su físico, ni siquiera por las historias que contaba de sus muchos viajes. Más bien por ver el efecto que había causado en don Eritz que, tras años de espera y falta de determinación, comprendió tras la charla con el fotógrafo lo que debía hacer.

Jamás había conocido a nadie que influyese de esa manera tan positiva en un desconocido y que fuese capaz de dar un giro a la vida del viejo mecánico, algo que ni ellos mismos habían conseguido en todos esos años. No, no podía estar allí con otra intención que no fuese la que contó. El sacerdote tranquilizaba a su amiga, intentando no alarmarla y queriendo apartar de ella esos pensamientos.

—Quizá deberías volver a hablar con él. Si estaba tan unido a su hermana como cuentas, creo que se merece una disculpa. Entiendo tu reacción porque cualquiera hubiésemos actuado de igual manera, pero tú lo has visto estos días. ¿De verdad crees que pretende algo diferente, más allá de saber en quién descansa este corazón? —preguntó señalando el pecho de Jimena.

—Ya no sé lo que pensar. Desvelar el motivo real de su viaje después de lo ocurrido puede que no fuese lo más oportuno. Solo pretendía ser cortés, incitarle a tomar algo antes de dormir.

—¿Seguro? —preguntó con malicia el sacerdote.

—¡Claro que sí! No me mires de esa manera que sé perfectamente por dónde vas.

—Habla con él. Búscalo antes de que se marche y deja que cuente todo lo que tenga que decir.

A pesar de ese pequeño respiro que supuso para don Rafael el haberse encontrado con Jimena, regresó al contenido de la carta. Cuando su amiga se perdió por el fondo de la plaza, un temblor le hizo pensar por qué regresaba ahora, cuando todo parecía dormido en el viejo cajón de las cosas pendientes de olvidar. Sacó del bolsillo de su chaqueta aquel papel y lo leyó de nuevo.

«¿Crees que es fácil olvidar tantas caricias y tantos besos en la penumbra de aquella maltrecha habitación? ¿Piensas acaso que he conseguido arrancarme tu olor de mi piel? He luchado en mil batallas contra el recuerdo que me dejaste y en todas he sido derrotado. Ni todos los hombres del mundo podrían aliviar el peso que llevo sobre mis espaldas desde que aquel maldito tren nos separó para siempre. He inundado cada hueco que dejaste en mí con lágrimas que sacaban a flote noche tras noche nuestras promesas, aquellos sueños que alimentaban con luz la esperanza de una vida juntos, atados de forma irreversible a un futuro que nos esperaba con los brazos abiertos. Pero todo se quebró por pensar que alguien como tú y como yo jamás podrían ser felices. Y fue entonces cuando apareció la fe como excusa. Nunca pensé que lo que siempre promulgabas, el pilar más importante sobre el que Cristo levantó su Iglesia, el amor, fuese nuestro principal escollo. El amor verdadero convertido en un arma arrojada por alguien que decidió elegir su propio camino, apartándome de él como quien olvida lo que lo mantuvo vivo cuando todo era lucha y utopías. Cambiaste la más hermosa historia jamás contada por una fe que siempre quiso escapar de tus manos con el viento del Oeste que te despeinaba cada noche. No quiero que leas esta carta y que ardas en deseos de volver a verme, de tenerme de nuevo. No he vuelto para destruir tu nueva vida, sino para comprobar si en lo más profundo de tu alma queda algo que me haga mantener encendida esta esperanza que me está matando poco a poco. Paradójico que sea una ilusión la que pueda

acabar conmigo, cuando son ellas las que mantienen vivos a los seres más sensibles de este mundo».

Su corazón se plegó sobre sí mismo. Comenzó a sentir un terrible calor que ascendía imparable por su espalda. «¿Por qué me haces esto ahora?», preguntó mirando al cielo, esperando que Dios le diese la respuesta que esperaba. Pero Dios tampoco estaba esa mañana y ya era mucho tiempo esperando una señal para demostrarse a sí mismo que su fe era inquebrantable. Justo en ese instante, el pensamiento de que «los caminos del Señor son inescrutables», estalló por los aires. Ya estaba cansado de que Dios escribiese derecho con renglones torcidos. Su Dios, el Dios de tantos millones de personas de todo el mundo, no tenía un segundo para detenerse en su infinito escudriñar en las tareas de los mortales para ofrecerle un rayo de certidumbre.

La fe de don Rafael, el cura para unos y el «padre zapatillas» para otros, comenzaba a desmoronarse con la ventolera de la pasión y el recuerdo, a arder con el fuego de antiguas pasiones y el combustible aportado de nuevo por aquel papel impregnado con el olor de la única persona a la que había amado en su vida. Un amor que se fraguó cuando menos pensaban ambos y que aún continuaba escondido en el rincón de la memoria donde guardamos los días que jamás podremos olvidar.

Como quien sale huyendo de un incendio o de las malas lenguas, comenzó a correr buscando el refugio del templo. Sintió la necesidad terrible de arrodillarse ante el Altísimo y mostrarle las lágrimas que luchaban enrabiadas por escapar de sus ojos cerrados. Los vecinos que se cruzaban en su camino lo observaban extrañados, cavilando sobre los motivos que le hacían correr como alma que lleva el diablo y resolviendo que el asunto de la joven le estaba afectando más de lo que cabía esperar.

Necesitaba confesarse ante Él, sentir que aún podía confiar en que sus plegarias obtuvieran las respuestas que esperaba. Por una vez en la vida necesitaba sentirse como un esquizofrénico al que encierran por decir que Dios le ha hablado. En ese momento solo su verdadera voz podría hacer que no abandonase el camino de la fe.

La sensación de que no había sabido aprovechar la oportunidad fue la causante de su insomnio la noche anterior. Israel lo tenía todo preparado para marcharse por dónde vino, caminar de nuevo sobre las huellas que lo llevaron hasta allí. Echó un último vistazo a la casa que amablemente don Eritz le había dejado a cargo y dejó sobre el mueble de la entrada una carta escrita como muestra de agradecimiento, mostrándole sus deseos de que el viaje en busca de su hija perdida estuviese dando los frutos que esperaba. Detuvo su mirada en una foto en la que podía verse al viejo mecánico, su esposa e hija, sonrientes, ajenos totalmente a un destino que rompería sus caminos, esos que algún día se imaginaron inseparables. Sentado en el patio donde confesó todo a son Eritz, revisaba las fotografías conseguidas esos días. Los pescadores y vendedores de la lonja, el inmenso pinar desde el muelle, la barquilla a la que subió para fotografiar la descarga de pescado o el barullo de la noche de carnaval en la plazuela, repleta de coplas y jóvenes escondidos de las miradas vigilantes de sus mayores.

En cierta medida, se conformaba con haber encontrado a Jimena y comprobar que era una mujer fuerte que luchaba constantemente por sacar adelante el proyecto de vida que tenía planificado para ella y su hija Elena a la que, por cierto, poco o nada había visto. Pensaba en Paula y en la tristeza que sentía al no haber podido completar del todo su cometido. Se marchaba sin conocer los pensamientos más profundos del cuerpo que albergaba su recuerdo y sin poder escuchar cómo cuidaría de su legado. Había hecho todo lo que estaba en su mano. Buscó de forma incansable a Jimena hasta que dio con ella. Llegó, vio...pero no venció. Nada más había que hacer en

aquellas calles si el mapa le había llevado a un tesoro que parecía no querer ser desenterrado bajo la X.

El sol se clavó en sus pupilas al abrir la puerta como agujas en el alma. La desazón acumulada desde que Jimena le echó de su casa, se convertía en un manto de resignación que costaría tiempo arrancarse de la piel. Tiró de la puerta, dejando las llaves junto a su nota y aquella foto de familia, pero justo antes de cerrar alguien le detuvo.

—¿Te marchas? —escuchó una voz que preguntaba a su espalda. Jimena se ocultaba tras sus gafas de sol.

—Ya no tengo nada más que hacer por aquí. Vine a buscarte, pero cuando alguien no quiere ser encontrado sé perfectamente lo que hay que hacer.

—¿Y quién te dice a ti que no quería ser encontrada? —dijo quitándose las gafas—. Siento mucho mis modales de anoche, pero entiendo mi sorpresa y mis miedos.

Los dos se miraban sin decir nada, suplicando que el otro dijese la siguiente palabra.

—Yo... —dijeron al unísono.

—Tú primero —se anticipó ella.

—Verás. Sabía que cuando te encontrara y te pusiese al corriente de la verdadera razón de mi viaje, tu reacción podía ser la que fue. Era la más lógica de las posibilidades. Pero he imaginado tantas veces que me abrirías tus brazos, que no pude evitar sentirme derrotado. Llámame iluso, pero es lo que esperaba que ocurriese.

Jimena escuchaba aquello intentando no mostrar algún signo de complacencia. Estaba inerte, mirando directamente a los ojos de Israel, como queriendo cerciorarse de la veracidad de sus palabras. Pero tal y cómo le había dicho don Rafael, era tarea fácil cuando se tenía delante a alguien como el fotógrafo.

—Entremos y hablemos. No podemos quedarnos en la calle, tú con la maleta y yo con estos pelos —bromeó.

Si aquel patio de la casa fue el escenario donde se confesó a su anfitrión, allí sería donde los dos podrían hablar lejos de las miradas y los oídos indiscretos de las comadres, que ya empezaban a mover

las cortinas de las ventanas para curiosear ante cualquier ruido extraño.

Fue entonces cuando Jimena comenzó una narración que ni siquiera Israel se atrevió a detener, dejando que fuese ella la que marcara los tiempos.

—Llevo mucho tiempo viviendo con la ilusión de saber a quién pertenecía este corazón. No sabía muy bien cómo sucedería o si acaso tendría que llegar al final de mis días sin descubrirlo. Al principio el interés era mayor, pero desde hace un tiempo supuse que eso jamás llegaría a ocurrir. Pero anoche, después de echarme de mi casa, pensé en que si esto estaba destinado a suceder y yo así lo esperaba, debía dejar que fluyese. Es un buen momento, tú la persona adecuada y éste el mejor día. Y por supuesto, nada que decir sobre la razón para despejar la pista de obstáculos. Pero antes de que me hables de Paula, deja que sea yo quien te cuente lo que he vivido este último año.

Israel no comprendía muy bien por qué se sintió rechazado y horas después estaba de nuevo frente a frente al recuerdo de su hermana, escuchando cómo la persona a la que había buscado solicitaba audiencia para hablarle sobre su propia vida. Amablemente y dejando que fuese ella quien llevase la iniciativa de la conversación, asintió. Jimena se derramó en aquel patio como lo hacen las gotas de lluvia contra un cristal, delicada, suave, atragantada por revivir con un extraño sus recuerdos.

—Antes de la operación ni siquiera tuve conocimiento de que iba a ser transplantada, hasta que desperté y me informaron de todo. Recuerdo sentir que la vida se me iba de las manos y algún que otro pensamiento de ser yo quien acabara con todo rondó por mi cabeza al creer que mis días habían terminado. Pero aguanté por Elena. Ni siquiera fui capaz de preguntar a los médicos si habían informado a mi familia de que iba a morir—. Jimena mostraba una voz calmada, desviando la mirada para hacer memoria—. Antes del hospital, la gente que sabía de mi enfermedad no se atrevía a preguntar por miedo a verme triste o apagada en mis respuestas. El tratamiento era tan costoso que acabó con casi todos nuestros ahorros. Mi marido

comenzó a beber, escapando de la realidad como el avestruz que entierra la cabeza en la tierra. Empezó a culparme de todos sus fracasos, de la vida a la que le había condenado mi maltrecho corazón. Ahí fue cuando comprendí que estaba sola en esto. Casi sin darnos cuenta, mi hija y yo nos vimos abandonadas por completo.

Suspiraba al recordar aquellos días de dolor y pánico por dejar a su hija en manos del hombre que desde hacía tiempo había dejado de ser el padre que Elena necesitaba. Si ella moría estaría sola, sin nadie que se preocupase por su mundo, por su futuro.

—Cuando abrí los ojos, Elena dormía en un sillón junto a mi cama. No la desperté. Me limité a mirarla en silencio y comprobar que, desde aquella mañana, seríamos solo ella y yo, nuestra familia especial de dos. Antes de la operación, había estado conmigo en todo momento, leyéndome capítulos de sus libros y poniéndome al día de todo lo que ocurría en el pueblo. En ese preciso momento tuve la impresión de que algo grande había ocurrido. Cuando regresamos a casa estábamos las dos solas. Mi marido se encontraba embarcado en alta mar por unos meses, tiempo aquel que aproveché para intentar recuperarme cuanto antes y retomar mi vida donde la dejé. Al principio, ni siquiera mi gente se interesaba por nosotras. Con el tiempo regresó la normalidad, ciertas risas y las historias que todos me pedían que contase sobre lo vivido durante mi convalecencia —sonrió complaciente—. Mi actitud ante la vida cambió de manera extraordinaria. La sensibilidad hacia todo lo que me rodeaba se había multiplicado, consiguiendo notar y ver sensaciones donde antes no sentía más que normalidad. Todo el que se cruzaba conmigo por la calle me abrazaba y me besaba como si hubiese regresado de la tumba, como si mi victoria sobre la muerte me hubiese convertido poco menos que en aquel Lázaro que regresó de entre los muertos. Me hablaban del valor que tuve y de la fuerza que conseguí sacar justo en el peor momento. A partir de entonces aprendí a vivir sin prisa, a no esperar nada ni a hacer planes más allá del tiempo justo en el que creyera que se podían cumplir. Ahora sonrío ante situaciones en las que antes podía perder los nervios. He aprendido a no reclamar las pérdidas de tiempo que alguien me pueda estar



causando. ¿Para qué? Pues para dedicarme a oler y a absorber cada segundo de mi nueva vida. Y el mundo, cualquier persona, pertenece ahora a mi nueva vida y se merece ser escuchada, aunque no la conozca de nada o aparezca frente a mí con ganas de ser escuchada.

Por cada palabra de Jimena, Israel confirmaba que no había mejor continente en el mundo para llevar al corazón de Paula. Todos sus miedos, aquellas dudas sobre quién sería la persona que había revivido gracias a su bondad, se diluían como un azucarillo en un café. Se mostraba impávido, pero por dentro un torrente de energía positiva lo inundaba de pies a la cabeza a cada sílaba pronunciada.

—¿Recuerdas esos sueños de los que te hablé? Durante mucho tiempo intenté sin éxito poner rostro a la persona dueña de este corazón. He aprendido a vivir con ello, a pesar de que mi último pensamiento cada noche siempre es un «gracias» que lanzo al aire con la esperanza de que, esté donde esté, lo reciba. Tengo una deuda infinita, lo sé, así que lo mejor que puedo hacer es cuidar lo mejor que pueda de este pequeño motor. He soñado tantas veces con lo que le diría a la familia de la persona que murió para que yo viviese, que podría pasarme el resto de mi vida dando las gracias y no sería suficiente. Pero algo sí que les hubiese pedido, ver una foto. Y Elena, qué decirte de todo lo que tuvo que padecer. Si mi manera de ver y sentir la vida cambió, al mismo tiempo ella aprendió a valorar todo lo que tenía. A pesar de su corta edad se ha vuelto una niña muy responsable —. Parecía como si Jimena estuviese haciendo un ejercicio de repaso sentimental al último año. A pesar de haber hablado sobre este asunto tanto con don Eritz como con el sacerdote, tenía la necesidad de contárselo también a Israel, más cuando ahora conocía quién era y qué estaba haciendo allí—. Forjé un par de pilares básicos para mi nueva vida. El primero, terminar cada cosa que pusiese en marcha. El segundo, cumplir todo lo que dijera que iba a hacer. Y no hablo de grandes planes ni empresas descabelladas, no. Cualquier gesto o propuesta por sencilla que sea la realizo. Quiero hacer de todo para saber si me gusta o no. De este modo he aprendido a apartar la palabra fracaso de mi vocabulario y he comprobado que el fracaso como tal no existe. ¿Es fracasar descubrir

que no sé hacer algo o que ciertas cosas no me gustan? Creo que no. Pues bien. Por eso mis sueños trabajan por su cuenta y me piden que, de alguna extraña manera, luche para conocer el rostro que no termina de mostrarse ante mí con claridad.

Israel sacó su cartera y de ella una foto que puso sobre la mesa. Miró a Jimena y levantando una ceja le pidió que la cogiese. Alargó la mano y observó con atención la imagen que mostraba. Sin poder decir nada más, se derrumbó en un llanto que envolvió todo el patio. El muchacho se levantó estremecido y se acercó a ella. Comenzó a acariciarle la espalda, intentando aliviar la retahíla de suspiros que derrochaba al ver la cara de Paula. Soltó la foto y tapó su rostro con las manos, avergonzada por llorar delante de aquel que la noche anterior echó de su casa.

—Vamos, por fin has conseguido lo que buscabas. Si tienes que llorar, adelante, no te reprimas. No todas las lágrimas son de tristeza. Y algo me dice que éstas que veo son de verdadera felicidad —consoló Israel, que le ofrecía un vaso de agua.

—Siento que me veas así, pero es que he soñado tantas veces con este momento que no esperaba que fuese aquí donde descubriría el rostro de la persona a la que jamás podré agradecer aquel gesto con el que se decidió a donar vida. Pero sobre todo, siento en el alma que fuese Paula, tu hermana. Lamento de veras que su muerte sirviese para darme la vida. Y tenerte aquí, viendo cómo me derrumbo en esta mezcla de felicidad y pena, me provoca cierto grado de culpa. Siento haber enfermado, siento tener este cuerpo tan débil. Lo siento, lo siento

—No esperaba un final tan maravilloso para mi viaje. Estoy seguro de que Paula está saltando de alegría allí donde esté. Ella era así. Nosotros fuimos los primeros sorprendidos de que incluso después de su muerte, aún le quedara una última sorpresa que nos dejó a todos con la boca abierta. Si la hubieses conocido...

Jimena dejó de llorar y se levantó. Miró a Israel al decir aquellas palabras y comprendió que quizá no fuese del todo bueno conocer a la persona que por un lado la devolvió a la vida y, por otro, dejó maltrecha a su propia familia con su fallecimiento. Un hermano que

la había buscado infatigablemente y unos padres que quedaron desalmados para siempre. Pero, ¿cómo era posible que alguien que había ganado la batalla a un destino, presumiblemente escrito, pensase de ese modo? No había pedido ningún corazón, ni siquiera solicitó ser ayudada. Fue otra persona y la cadena irrompible de médicos y personal sanitario quienes cuidaron de ella para ofrecerle una nueva oportunidad de vivir.

—¿Sabes? —dijo Jimena llamando la atención de Israel—. Cada noche, cuando Elena ya dormía, pensaba quién sería el dueño de lo que ahora late aquí dentro. Cómo sería su vida, cuáles sus planes de futuro. Puede que pienses que estoy loca, pero créeme si te digo que siempre tuve la impresión de que este día llegaría, el día en el que alguien viniera a buscarme. Bueno, no a mí exactamente, sino a este corazón —. Al decir eso, Jimena se abrió un poco la blusa y dejó a la vista una cicatriz que dividía su pecho en dos.

El fotógrafo esbozó una leve sonrisa. Encendió un cigarrillo y tomó asiento. De golpe, una sensación de ahogo le provocó un golpe de calor que no pudo soportar de pie. Jimena se preocupaba por su estado, cambiando al instante el papel de tranquilizador.

—Perdóname, no sé qué me ha pasado. Desde la muerte de mi hermana nunca la había tenido tan cerca. Es extraño. Una simple cicatriz me separa de ella. Una puerta a su recuerdo.

—Lo entiendo. Para mí tampoco está siendo como imaginaba, pero ahora que estamos aquí, será mejor que normalicemos la situación cuanto antes, ¿no crees? —sonrió la dueña de «La orilla».

—Las cosas no están siendo fáciles desde hace un año. Mis padres ya no son aquellos que eran y yo... Bueno, yo tampoco. Al marcharse Paula se abrió un vacío en nosotros ante el que no hemos sabido reaccionar. Casi puedo decir que éramos la misma persona viviendo en dos cuerpos diferentes. En los últimos años estábamos separados por mis continuos viajes, pero jamás dejamos que la distancia nos alejase. Siempre fuimos uno, siempre.

Jimena lo miraba. Recreaba las sensaciones que ella misma había vivido, tanto antes de su estancia en el hospital como después de la operación. El saber que una persona desconocida había muerto para

que ella viviese, formó una pátina de culpabilidad de la que le costaba desprenderse. No es que se sintiese apenada porque la vida le hubiese dado una segunda oportunidad, sino el mero hecho de saber que para que ella continuara con vida alguien tuvo que morir le provocaba un vacío que no llenaría jamás. Una deuda eterna, una cuenta pendiente que nunca podría saldar.

—Me gustaría enseñarte algo —dijo, mientras Israel miraba fijamente sus manos sobre la mesa de don Eritz—. A lo largo de este tiempo no sabía qué hacer para mantener viva la memoria del antiguo, de la antigua —rectificó al instante— dueña de este corazón. Ven, acompáñame.

Israel levantó la mirada extrañado sin saber a qué se refería. Jimena cogió sus gafas de sol y el delicado sombrero que solía llevar los sábados e hizo un gesto para que la siguiera. Sorprendido, se limitó a ir tras ella.

Caminaron durante más de treinta minutos. El fotógrafo veía cómo dejaban atrás el pueblo, pronosticando que los pasos de Jimena se dirigían hacia el bosque de pinos que había visto a su llegada y después desde la lonja. Un pequeño sendero ascendía con suavidad entre los árboles dejando el océano a su izquierda. A esas horas el canto de las cigarras vaticinaba que sería un día caluroso. Sin embargo, entre aquella arboleda corría una suave brisa con olor a sal que llegaba desde el mar, suavizando el calor que azotaba su frente. La dueña de «La orilla» había amansado sus gestos y sus palabras. La sorpresa al descubrir quién era realmente su nuevo amigo hizo que bajase los brazos y no supiera cómo actuar ante la noticia y el motivo de su viaje. Pero la almohada y el desvelo de la noche le proporcionaron la calma que no pudo mostrar en un principio. Al notarla más relajada, durante el camino Israel se interesaba por Elena y sus lecturas, sus amigos y su música. Jimena, que hasta ese momento pocas oportunidades había tenido para explicar lo complicado de adaptarse a los gustos extraños para unos niños de esa edad, confesaba con paciencia que, bien visto, casi prefería ese comportamiento al del resto de adolescentes, preocupadas solo en su imagen y en una popularidad efímera que se esfumaría con los

primeros kilos de más. Siempre había sido así y así seguiría siendo. Ella misma, en su juventud, antes de detener en seco su vida al casarse con su ex marido, disfrutó de los cortejos amorosos de muchos de los jóvenes que por aquel entonces la rondaban a cada momento. Sonreía al recordar aquellos días en los que siempre había algún mozo en su puerta esperando para verla. Y la historia siempre se repetía, a pesar de que el escenario cambiase y los chicos de ahora pareciera que pisaban el acelerador como si tuviesen todo por hacer y el mundo se terminase mañana. Debatían sobre la velocidad y las ansias de tenerlo todo con rapidez, con la lógica preocupación de una madre que temía no saber encauzar a tiempo esos desaires que podían aparecer en cualquier momento.

Israel caminaba a su lado, rememorando también momentos de juventud, de conciertos, de quedadas con sus amigos y de algún que otro porro fumado a escondidas entre cuatro. Al igual que en los recuerdos de Jimena, él también había sufrido la falta de interés de las chicas de su edad en los años en los que no estaba Internet para entretenerse con vídeos estúpidos que ahora matan la falta de originalidad para pasar el rato. Todas estaban más expectantes de chicos mayores que ellas, relegando a sus amigos más cercanos al plano estrictamente amistoso o de cierta necesidad a la hora de realizar alguna tarea de clase. Mientras ellas jugueteaban y flirteaban con universitarios, ellos se consolaban con partidos de fútbol en algún descampado cerca de casa o con eternas charlas en un banco del parque de abajo. Pacientes, esperarían la hora en la que ellos fuesen esos por los que suspirasen otras chicas más jóvenes, hablando de los nuevos fichajes de sus clubes de fútbol o analizando las nuevas deportivas de moda.

De repente, Jimena detuvo sus pasos. Hizo una señal para que su nuevo amigo girase la cabeza. Decenas de flores de distintos colores maltratadas por el tiempo y hojas sueltas con lo que parecían textos escritos a mano, circundaban el tronco de un árbol que parecía no ser diferente al resto de sus hermanos. Dibujos de personas sin rostro, textos cortos que hablaban de esperanza, de vida y de ilusión, compartían espacio con la hierba, las delgadas hojas de los pinos que

formaban una alfombra ocre a sus pies y con piñas roídas por las ardillas que subían y bajaban de los árboles cuando nadie rondaba cerca. Sorprendido y atónito, Israel abrió sus ojos tanto como pudo ante una estampa que le provocó cierta inquietud.

Analizaba lo que parecía ser una especie de altar, como si en aquel exacto lugar alguien hubiese muerto, quizá víctima de un accidente inesperado. O peor aún, a manos de un asesino sangriento que de forma despiadada hubiese aliviado sus ansias de sangre con el cuerpo de alguna joven del pueblo. Pero la razón se alejaba mucho de los pensamientos fantasiosos del fotógrafo.

—Desde hace un año, cuando la ansiedad aparece o cuando las pesadillas regresan, vengo aquí con una flor para recordar a la persona que murió por mi vida. Al principio solo fueron dos o tres flores colocadas con cuidado, pero descubrí que venir casi a diario me servía como terapia. Me sentaba y encendía una pequeña vela y veía cómo la cera iba menguando mientras agradecía su generosidad. Después llegaron pensamientos plasmados en esos papeles que ahora están destrozados por el agua y el viento. Elena también quiso participar en esta especie de altar improvisado en honor a esa persona desconocida. Ahora sé que éste es el lugar de Paula. Aquí, lo único que no está permitido es el olvido. Elena cariñosamente lo llama «el árbol de mamá». A mí me gusta llamarlo «el árbol del recuerdo».

No sabía qué decir ni qué pensar sobre lo que estaba viendo. La escena podía haber sido casada de cualquier película de misterio, pero por las palabras de Jimena, a pesar de que el gusto no había sido el más adecuado, dedujo que, estética aparte, había mucho amor en esos objetos. Era el monumento a su hermana, una especie de altar del «no olvido» que servía para dar luz a la vida cortada de raíz de Paula. Israel hincó una rodilla en el suelo y tomó una de aquellas hojas. Parecía la letra de una niña. El texto se podía leer con la dificultad lógica provocada por el deterioro del agua y el sol.

«Espero que algún día mamá pueda conocerte, saber a quién van dirigidos todos sus rezos. Muchas noches la escucho llorar y despertarse asustada. Yo no sé mucho sobre este tema ni lo que

mamá puede sentir, pero si alguna vez tienes tiempo, envíale una señal para que deje de llorar. Es buena, pero está triste. Solo quiere una voz que le diga que es la persona perfecta para llevarte con ella el resto de su vida».

De repente, lo que antes le pareció una imagen estremecedora pasó a ser el mejor de los homenajes. Bajó la cabeza, apartó la vista de aquel papel y lloró. Su respiración se aceleró mientras Jimena lo observaba a su espalda. No dijo nada. Supuso que debía dejarlo llorar hasta que sacase fuera todo lo que le pudiera estar quemando por dentro. Las lágrimas se hacían cada vez más presentes. Habían sido tantas las emociones en tan poco tiempo que Israel era incapaz de cortar el torrente de pena que escapaba por sus ojos. Todo lo vivido durante el último año regresó a aquel lugar en forma de puños apretados con rabia contra el suelo. Golpeaba una y otra vez la tierra mientras maldecía en voz baja la rapidez con la que Paula se marchó.

Jimena se arrodilló a su lado y puso su brazo alrededor de sus hombros. Israel la miró con los ojos rojos por el dolor. Por un segundo, dejó de llorar y apretó los labios, esbozando una pequeña sonrisa a la que ella respondió con una aún mayor.

—Sé por lo que has tenido que pasar desde que ella no está. Así que llora, llora cuanto quieras. Aquí nadie puede verte —. Ambos guardaron silencio de nuevo y desviaron sus miradas a las flores marchitas.

—No me esperaba algo así. Has estado recordando a Paula todo este tiempo sin saber si quiera quién era. Mientras nosotros no hemos hecho más que martirizarnos por su ausencia, has sido tú, una desconocida para mi familia, quien verdaderamente ha honrado su memoria como se merece. Misas en su recuerdo, silencios y dolor. Así es como mis padres y yo la tenemos presente. Pero todo eso se acabó. A partir de ahora mi hermana vendrá conmigo a todas partes envuelta en su eterna y reparadora sonrisa. Ni una lágrima más por su recuerdo, ni una sola muestra de dolor por alguien que odiaba ver tristes a las personas que quería.

—Gracias a ella estoy hoy aquí. Mi esfuerzo ha sido mínimo comparado con el precio que tanto ella como vosotros tuvisteis que

pagar. Yo solo me he limitado a traer flores y estos papeles de vez en cuando, nada más. Si embargo ella... —calló por un segundo—. Siempre pensé que todos estamos aquí por algún motivo. Puede que Paula viniese al mundo con la misión de salvarme la vida. Cuando has sentido la muerte tan cerca, pierdes el miedo a hablar de ella. Me da igual que sea en forma de vieja sombra con su guadaña y su capucha. Tu hermana llegó para llenar mi vida de luz y eliminar todo lo oscuro que antes la cubría. Sin verla, sin conocerla siquiera, ha sido la que me rescató de mi infierno particular. Digamos que tuve que morir para renacer al sol. Definitivamente, si hay algo mejor que crear vida, es regalarla.

Israel escuchaba y comprendió que Jimena nunca dejaría de agradecer a su hermana su última voluntad. Limpió sus lágrimas mientras ella clavaba su mirada en la base de aquel árbol que acogía su sentido homenaje.

En ese instante cayó en la cuenta de lo que durante el último año había pasado por alto. Paula odiaría verlo así, un cuerpo tullido por la pena y castigado por una ausencia que realmente no era tal. Comprendió que estaría con él para siempre, que su recuerdo estaba garantizado en el amor que su hermano le prodigaba. Sí, el amor era la prueba irrefutable de su inmortalidad. Cada vez que se diese la vuelta, cada vez que hablase con ella, Paula estaría allí para auxiliarle, viva, como lo estaba entonces.

Jimena se vio sorprendida por la reacción de Israel. Sus palabras, que al instante comprobó nacían de su lado más sincero, de manera indiscutible le otorgaron un punto de responsabilidad que ella acogió con agrado y gratitud. Como si Paula estuviese presente, como si no le importase quién observase aquella dramática escena, hizo estallar para siempre las cadenas que lo ataban a su hermana. Justo en ese momento se sintió liberado, dejando ir por fin su recuerdo con la brisa que movía las hojas. Ahora podría descansar y vivir en paz con la certeza de haber conseguido cumplir su último deseo, sabiendo que, de alguna manera mágica, ella viviría para siempre en él. «Me pediste que te buscara y aquí estoy», dijo Israel en voz baja ante la atenta mirada de Jimena.



—Me siento feliz —añadió mientras se incorporaba—. Ahora comprendo que su corazón no puede estar en mejores manos. Por mi parte, ella no se marchará jamás. Solo aquellos a los que olvidamos mueren realmente. Después de conocerte, de escuchar todo por lo que has pasado, de demostrarme que eres una persona valiente, Paula será inmortal, al menos para dos personas. Tú tienes la suerte de que viva dentro de ti. Sin embargo, yo debo conformarme solo con su recuerdo, imágenes que jamás podré borrar y que reviviré una y otra vez por siempre.

—La noto dentro, Israel, la siento muy dentro de mí —. Jimena se mostraba compasiva—. He soñado con personas a las que no conozco, con lugares en los que no he estado y con barcos en los que jamás he navegado. Sé que ha sido trabajo más de la literatura que de la ciencia creer que el amor, la compasión o la dulzura están dentro del corazón. Después de este tiempo creo que parte de nuestros recuerdos también se esconden ahí. Sé que es una estupidez, pero estoy segura de que eran lugares a los que Paula les tenía cariño.

—Siempre quiso vivir cerca del mar, tocarlo, beberlo a diario. Soñaba con montar en barco y dormirse anclada cerca de la orilla. Gracias a don Eritz, ayer cumplí uno de sus sueños. Ese viaje en barco era su viaje, no el mío. Tenía un aura especial que la protegía de la simpleza, un escudo que la hacía parecer desnuda a los ojos del resto de la gente. Esa desnudez la convertía en un ser angelical con un carácter terrible que sabía transformar en una amabilidad de cristal que con facilidad estallaba en mil pedazos al comprobar los horrores de los que el resto somos capaces. Si hay una parte de su cuerpo que pudiese almacenar todo ese amor por el mundo, por la vida, es sin duda su corazón.

El viento arreció. Las flores secas y las hojas que contenían las palabras de Jimena y su hija salieron volando. La dueña de «La orilla» intentó agarrarlas sin éxito. Israel la cogió de la mano y la miró sonriente.

—Déjalas. Este lugar ya ha cumplido su cometido. Si tenemos suerte puede que lleguen hasta el mar. Le gustará ver que descansan allí.

Ella lo miró y asintió. Los pinos crujían en su vaivén mientras las flores rodaban por el suelo y las hojas de papel amarillento jugaban con la brisa, el baile de despedida de aquel altar improvisado.

Israel y Jimena continuaban hablando de recuerdos, de veranos en la playa uno y de sensaciones vividas antes y después de la operación otra. Él dibujaba con las manos los aspavientos que Paula lanzaba contra aquellas decisiones que su hermano tomaba y que a ella le parecían equivocadas. «Anda, siéntate un momento. Voy a contarte lo que haría si fuese tú». Con estas palabras, Paula comenzaba siempre el camino para hacer que él cambiase de posición sobre las decisiones que no compartía. Después de la charla oportuna se calmaba, tomaba aire y daba comienzo el ritual de consejos. Era la ira y la calma, los nervios y la templanza. Se sentaba en su cama con las piernas cruzadas mientras Israel escuchaba paciente en el sillón del dormitorio.

Por su parte, Jimena retomaba las palabras que ya eran parte de sus nuevos cimientos.

—He tenido que capear sola mis propias tormentas para alcanzar la calma que ahora tengo. No hay paz sin riesgo y locura ni dolor sin cicatrices. Desde que tomé conciencia de lo que me ocurría mi mundo se detuvo. No me importaba que fuese a morir. Mi único temor era que Elena se quedase sola en el mundo. O peor aún, que su protector fuese su padre. La última semana en el hospital, cuando ya lo daba todo por perdido y esperaba paciente el día en que la parca viniese a recogerme, escudriñé mi mente en busca de la solución para que eso no ocurriese jamás. Llegué a hablar incluso con don Eritz para que fuese él quien se hiciese cargo de su educación, nombrarle tutor legal. Él me lo desaconsejó, previendo que su padre no lo permitiría. Llevaba razón. Hubiese sido el tiro de gracia que

haría que su ira nos estallase en la cara. Por suerte nada de eso hizo falta.

Jimena contaba su historia sin atisbo alguno de desolación. No, todo eso se había esfumado justo en el instante en que ambos amigos tomaron el camino hacia «el árbol de mamá». Ya no le costaba trabajo hablar sobre ella y los oscuros días. Con las rodillas contra el pecho y bajo la atenta mirada de Israel, pasó a narrar el cambio que su hija experimentó desde su operación. Era su sombra, no se alejaba de su madre ni un solo minuto. Hacía la compra, la comida y limpiaba la casa. No permitía que hiciese ningún sobreesfuerzo hasta estar recuperada del todo. Para que estuviese relajada y tranquila durante las horas de clase, un día llegó con una gran cantidad de libros sacados de la biblioteca local. Sabía que era una gran lectora y que desde que ella nació dejó de lado esa afición. Así que había llegado el momento de rescatar los libros de los que siempre hablaba, las historias que la habían cautivado alguna vez y llevado lejos en sus viajes imaginarios.

Juntos reían y suspiraban por las vicisitudes contra las que todos tenemos que luchar cada cierto tiempo. Las vividas por los dos nuevos amigos no eran cualquier cosa, pero ambos lograron salir adelante, convirtiendo recuerdos en motivos más de alegría que de tristeza.

Durante unos segundos, cuando saboreaban una ráfaga de aire fresco que alivió el calor que ya despertaba con la llegada del sol y protegidos por la masa de árboles, Israel se giró hacia Jimena y la miró. Ella estaba con los ojos cerrados, su cara hacia el cielo y mostrando una sonrisa dulce y silenciosa. Se sentía liberada. Por fin había puesto rostro a tantos cuerpos aparecidos en sus sueños. Ahora conocía las facciones de la dueña de su corazón y también gran parte de su historia. El joven fotógrafo desvió su mirada hacia su pecho, a ese botón desabrochado que dejaba entrever un centímetro de cicatriz.

Había una cosa que deseaba con todas sus fuerzas.

—Me gustaría pedirte algo pero, por favor, no te sientas mal —advirtió.

—Dime.

—Necesito tocarla.

—¿Tocarla? No te entiendo.

Israel bajó la mirada hasta el pecho de Jimena. Ella llevó su mano hasta su blusa, un gesto casi instintivo, como si quisiera abrochar ese botón descuidado que mostraba parte de su piel.

—¡Pero bueno! —teatralizó—. ¡Nos conocemos desde hace un día y ya me haces una proposición indecente! ¿No te parece algo descarado, pedirme algo así, sin haberme invitado antes a cenar? —. Jimena sabía perfectamente a lo que se refería, pero por qué no sonrojarlo con un quiebro provocativo.

Abrió lentamente su blusa y mostró la cicatriz en toda su plenitud. No apartaba la mirada de los ojos de Israel. El muchacho tragó saliva y examinó la herida. Nunca había visto un recuerdo como aquel, repleto de sufrimiento, tristeza, sueños y esperanzas al mismo tiempo. Imaginó el corazón de Paula desarrollando su función a pleno rendimiento, palpitando con ímpetu, máxime cuando la tranquilidad de su nuevo huésped se había visto alterada por su llegada y por todo lo que le había desvelado. Quizá tanto sobresalto no fuese bueno para su salud, o tal vez su aparición sería la reparación que su ajado pecho necesitaba para darle la descarga definitiva y latir para siempre.

—¿Podría...? —acertó a preguntar.

—¿Tocarla? —respondió—. Por supuesto, también te pertenece. No es más que una vulgar cicatriz, lo importante está debajo de ella. Cada vez que me miro al espejo me sirve para recordar todo lo que he superado. Vamos, acerca tu mano. Paula no te va a morder.

Al escuchar aquello los ojos de Israel se entristecieron.

Alargó su brazo y posó la palma de su mano sobre el pecho de Jimena. Cerró los ojos y sintió sus latidos, fuertes y decididos, como Paula. Así permaneció un tiempo que ninguno de los dos acertó a determinar. Israel sentía el pulso de su hermana, como si fuese ella la que estaba sentada a su lado. No se movía, simplemente sentía. Una tormenta de imágenes acribilló su memoria, reviviendo una vida espléndida que tantas personas echaban de menos.

Jimena le observaba y presintió con acierto que ese era el momento que necesitaba desde su marcha.

«Te he buscado y te he encontrado, tal y como me pediste. Durante mucho tiempo no sabía qué querías decir, pero ahora creo entenderlo. Sabías que te encontraría, ¿verdad? Siempre tuviste una gran confianza en mí y en mis cosas, algo que ni yo mismo era capaz de ver. Hubo días en los que pensé que jamás debí marcharme de tu lado, estar siempre juntos, pero estoy seguro de que me lo hubieses recriminado, como hacías siempre que algo no te gustaba. Me siento solo, pero tengo que seguir. Ayer tuve la suerte de montar en ese barco, un paseo que debería de haber sido tuyo. Pensé en nosotros, en nuestras historias sentados en el espolón del puerto. Quizá me escuchaste, no lo sé, pero estabas conmigo, justo a mi lado mientras las olas nos mecían. Intentaré hacer todo lo que no pudiste aunque me cueste el resto de mi vida, creo que será bueno para mí. Seré tú sobre el mar, paseando por Nueva York, tomando ese café en una terraza de París, cenando en un restaurante de Roma o plantando miles de árboles donde haya desierto. En mí tienes tu plan B. Cumpliré tus sueños por ti, lo tengo decidido. Lo único que te pido es que me perdones si alguna vez dejo un tiempo de lado tu recuerdo. Me pesa tanto que por momentos no puedo ni respirar. Pero estarás, siempre estarás. Y cuando llegue mi hora, cuando esté listo para ir en tu busca, quiero sentir que he sido la extensión de tu vida, que he logrado realizar lo que ella no te permitió. Solo entonces estaré preparado y podré marcharme contigo cuando vengas a buscarme».

Una pequeña nube ocultó el sol. Jimena cogió su mano y la apretó contra su pecho, sintiendo que había una conversación pendiente entre los dos hermanos. El silencio se hizo bajo aquellos árboles como si el tiempo se hubiese detenido. Ni una sola hoja se movía, ni un sonido que desviase la atención de los dos amigos perturbó la escena. El fotógrafo asentía mientras ella comprendía que por fin había logrado lo que buscaba.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Jimena sonriendo.

—Ahora sí.

—Es raro todo esto —declaró llevando su mirada hacia el mar.

—Lo sé desde el primer momento que me puse en marcha para encontrarte. Son de esas decisiones que, a pesar de no ser las más adecuadas, sabes que tienes que tomar. Y te aseguro que mi intención no era quedarme en paz con Paula. Más bien que fuese ella la que sintiese que he luchado por descifrar el sentido de sus últimas palabras.

—¿Y lo has conseguido?

—Paula odiaba con todas sus fuerzas tener temas pendientes. Creo que si consigo realizar todos los sueños que no pudo cumplir, podré alargar su estancia en este mundo.

—Te entiendo. Es un gesto maravilloso querer realizarlos por ella. Ojalá todos tuviésemos a alguien que hiciese esas cosas por nosotros.

—Todos deberíamos hacer lo mismo. Si queremos que nuestra vida esté llena de sueños, basta con quedarnos sentados y seguir soñando. Creo que prefiero moverme y tener planes nuevos a cada momento. Cumplir sueños es lo que nos permitirá seguir soñando. Lo contrario es vivir siempre en una ilusión infinita. ¿Y tú? ¿Has conseguido cerrar tus círculos abiertos?

—Si te refieres a si he sido capaz de dejar atrás aquella etapa, creo que sí.

—¿Estás segura? —insistió Israel.

—Lo descubrí cuando fui capaz de contar mi historia sin derramar ni una sola lágrima. En cuanto a mis sueños... Eso ya es otra historia. Me he pasado la vida suplicando que la persona que estaba a mi lado cambiase, que se convirtiera en ese hombre protector y buen padre que toda persona desea. Desde el momento que descubrí que jamás recibiría todo lo que yo estaba dispuesta a dar, mi cajón de los sueños se cerró para siempre. Necesito un nuevo mundo. Quién sabe, quizá a partir de ahora comience a soñar de nuevo.

—¿Has sacado algo bueno de todo lo vivido? —. Israel buscaba una sentencia definitiva, esa que todos hemos pronunciado después de una mala racha.

—Sí. Me he jurado que nunca más volveré a vivir algo parecido. Basta de sentirme como el animal asustado que huye

permanentemente del rifle, de la muleta y del estoque. Las dos hemos aprendido a vivir solas, a no necesitar nada de nadie. Aceptaremos aquello que sea bueno, lo que no nos haga daño. Todo lo demás, los sueños de los que hablas, los días buenos o malos, llegarán solos. He intentado inculcar a mi hija no esperar nada de nadie que no desee concederte un solo minuto de su vida. Desde hace un año no busco nada que no sea verla sonreír. Mientras todo eso llega, no perderé de vista lo que vaya ocurriendo a nuestro alrededor.

Los restos de flores secas y hojas amarillentas tras la ventolera momentánea que minutos antes peinó la zona, se esparcían a su alrededor. Israel se levantó y miró al cielo. Su viaje había concluido. Ahora tocaba regresar a la vida que abandonó y retomar sus viajes. Acababa de cargar su mochila con los retos que se había auto impuesto, los deseos de Paula que quedaron sepultados tras su muerte. Era la hora de volver, de hablar seriamente con sus padres y demostrarles que su hija estaría con ellos para siempre, en sus recuerdos, en sus poemas tras las vacaciones, en su voz cantando por la casa y en los ideales que para ellos eran imposibles. Ese viaje al sur sería un nuevo secreto entre hermanos.

Cuando se disponían a regresar al pueblo, el crujir de unas ramas secas tras ellos llamó su atención. Al girarse, el corazón de Jimena dio un vuelco y su piel se erizó, como azotada por un viento helado. Un grupo de cuatro hombres los observaban cerca de su posición. Dos de ellos portaban una pala al hombro y los otros unos sacos grises de mediano tamaño bajo el brazo. Examinó la estampa con rapidez y comprendió de inmediato por qué estaban allí. Solo uno los observaba con agresividad, atento a cada movimiento que pudiesen hacer los dos desangelados amigos. Los otros mostraban una pose chulesca, esperando cualquier resquicio de desafío para mostrarse como realmente eran.

—Qué escena tan bonita. Unos minutos más y juro que hubiese llorado yo también —dijo su ex marido mientras exhalaba el humo de su cigarrillo.



Sus acompañantes estallaron en unas maliciosas carcajadas. Tiró la colilla al suelo y la aplastó con su bota. Dio unos pasos y se acercó con unos andares desafiantes, demasiado para el deseo de Jimena.

—Así que esto es lo que hacías cada tarde... —. Recordaba que en alguna ocasión Elena comentó la afición de su madre por ir paseando hasta ese lugar.

—Déjanos en paz. Vuelve a tus planes de dinero fácil —. Sabía muy bien el por qué de esas palas y esos paquetes. Tenía el presentimiento de que cualquier día la policía seguiría sus pasos y descubriría a lo que se dedicaban él y sus socios, algo que justo en ese momento dejó de ser un rumor conocido por todos para convertirse en una clara evidencia.

—Parece que os habéis hecho muy amigos. Cada vez que os veo estáis juntos. Es raro que no estén aquí también el viejo y el cura. Claro, a él le interesan otros asuntos más dulces. Puede que ahora mismo se esté divirtiendo con su joven amiga. Ya sabes, apretando sus nalgas contra su cintura o lamiendo esa piel tan delicada.

—Vámonos de aquí antes de que esto empeore —dijo de soslayo a Israel, sin hacer caso a la provocación de su ex—. A pesar de no ser cierto nada de lo que se cuenta, aunque sea un sacerdote, no eres ni la mitad de hombre que él ni lo serás jamás. Tú y tus sucios negocios. Sigue así, pronto se acabará tu historia —osó decirle, a pesar de estar en situación de desventaja. Los hombres que lo acompañaban se miraron entre ellos con cara de circunstancia.

Los ojos de su ex marido comenzaron a tomar un color rojizo, atravesados por la ira al comprobar la valentía que irradiaba Jimena y que nunca fue capaz de mostrar cuando estaban casados. Aquella mujer sumisa y callada murió para él el día que su pecho se abrió para recibir la herencia de Paula.

El hombre dio unos cuantos pasos más y se plantó justo delante de Israel, quien hacía gestos a Jimena para marcharse. Mientras tiraba de ella con delicadeza para zafarse de la posibilidad de montar una escena de la que tenían pocas posibilidades de salir victoriosos, la mano ruda del provocador le cogió por el hombro y lo giró hacia él. Un puñetazo en el estómago lo retorció de dolor e hizo que el

fotógrafo se plegara sobre sí mismo. Mientras tanto, los otros tres hombres se acercaron con rapidez hasta ellos y cogieron al fotógrafo por los brazos, inmovilizándolo y postrándolo cara a cara con el agresor.

—Veo que no captaste los mensajes de anoche, ¿verdad? No has debido acercarte a ella. Fue mía durante un tiempo y no se merece ser de nadie más —. La ira con la que pronunció aquellas palabras aterrorizaron a la dueña de «La orilla», que se arrodilló junto a Israel —. Esta desgraciada acabó con mi vida. Ella y su corazón acabaron con todos mis planes. Mírala, llorando a los pies de un desconocido. Aunque, ahora que lo pienso, igual os conocéis desde hace mucho y me lo ocultabas.

—¡Maldito cabrón! —gritó Jimena—. ¿Acaso crees que alguna vez fui tuya? Nunca fuiste ni un marido ni un padre. Mírate, un héroe por casualidad, un borracho y un traficante. Esto se ha acabado, desgraciado. Ha llegado la hora de ajustar cuentas. Lo que no fuiste capaz de lograr como marido y como padre fue solo culpa tuya. No busques excusas en mi vida. Todo lo que has logrado, lo que has dejado escapar, se debe a tu soberbia y tus sueños de cristal.

Su ex marido apretó los puños mientras las venas del cuello parecía que fuesen a estallar. Estaba inmóvil, dedicando su mirada solo a Israel. Mientras el muchacho intentaba recuperar la respiración y dolorido por el golpe, Jimena observó cómo su ex marido desviaba sus ojos hacia los suyos. Ella calló hacia atrás, atemorizada por la ausencia absoluta de miedo del padre de Elena.

—¿Qué vas a hacer, denunciarme? —dijo al fin con una carcajada—. Eres tan lamentable que no creo que tengas el coraje suficiente como para hacer algo así. Piensa en tu hija, en tu tienda —amenazó—. No, no lo creo. Siempre fuiste un cobarde, una mujer débil y pequeña —. Un halo de terror recorrió su cuerpo al oír cómo se refería a su hija. Ese hombre era capaz de cualquier cosa con tal de hacerle daño.

—No te atrevas a tocar a mi hija, maldito loco. Aléjate de ella, no quiere verte más. Nunca te hemos necesitado, nunca fuiste parte de nuestra familia.

Jimena intentó levantar a Israel. De pie, frente a frente con el agresor, se atrevió a decirle todo lo que nunca fue para ellas. Miró a sus cómplices y los cuatro comenzaron a reír de manera estruendosa.

—Mira lo que hago con tus recuerdos, puta loca desquiciada —. Al decir aquello, comenzó a patear los restos de su pequeño altar del recuerdo. Aplastaba las flores secas con su bota mientras sus acólitos echaban tierra sobre ellas con las palas —. Así es como deberías estar, enterrada con estas flores y estos papeles. Qué pena de mujer, si es que se te puede llamar así. Ni servías para la cama ni para la cocina. Tú y tus dolores, qué vida tan triste.

Israel no sabía cómo reaccionar. Examinó con rapidez la escena y llegó a la conclusión de que lo mejor que podían hacer era marcharse cuanto antes. Volvió a coger a su amiga de la mano.

—Vámonos. Más vale que dejemos que sigan con sus cosas —acertó a decir mientras se llevaba la mano hacia su costado derecho —. Olvidemos lo que ha ocurrido y regresemos al pueblo.

—Hazle caso al forastero. Largaos de aquí antes de que estos tres desgraciados decidan unirse a la fiesta. Y tú —se dirigió a Jimena—. Ándate con ojo. Cualquiera día de estos Elena se quedará sin madre.

Prefirió no decir nada y hacer caso al consejo de Israel. Se interesó por su dolor y decidieron marcharse. El muchacho cojeaba y caminaba con dificultad. Cuando a penas estaban a diez metros, se giró y echó una última mirada a su lugar secreto. Nada, como si allí nunca hubiese habido ni una sola flor ni un papel que recordase el por qué de aquel altar. Ya daba igual. No era necesario luchar más por poner rostro a la dueña de su motor. Miró por última vez a los ojos de su ex y mantuvo la calma. Observaba cómo se alejaban de manera torpe entre los tropiezos del fotógrafo y la ayuda de Jimena. Su sonrisa maliciosa había desaparecido. Solo pudo ver asco en aquella figura que había amenazado sus vidas.

—¿Estás bien?

—No te preocupes por mí, no son más que golpes. Me preocupa más lo que ese loco pueda haceros a ti y a Elena. Cuando uno pierde el miedo, el peligro suele estar a su alrededor.

Caminaron hasta la entrada al pueblo. Tuvieron que detenerse varias veces por las muestras de dolor de Israel. Jimena continuaba pidiendo perdón a cada paso, lamentando que el muchacho hubiese sufrido la ira de su ex en dos ocasiones. Unos minutos más tarde llegaron a casa de don Eritz. Israel se dejó caer en el sofá mientras ella buscaba algún calmante, sin darse cuenta de que sonaba su teléfono móvil.

—Esto debe terminar cuanto antes. Están acabando con el futuro de los chicos que utilizan para no ser descubiertos. Mientras ellos ganan dinero, los chavales arriesgan mucho más que una multa.

Sabía perfectamente a lo que se refería. Aquella zona era la principal entrada de droga del sur y todos allí conocían a alguien que en algún momento se había dedicado a esos trapicheos. Pero el pueblo callaba. El silencio era un seguro de vida ante los grupos a los que no les temblaría la mano a la hora de ajustar cuentas con quienes osasen denunciar sus actividades.

No había plaza o esquina del pueblo que don Rafael no hubiese escudriñado en su desesperada búsqueda. Ni rastro de la persona que escribió aquella carta. Las calles se desperezaban para recibir a aquel sábado con la misma falta de ilusión que el resto de días. El trabajo continuaba mostrándose esquivo para los jóvenes y los viejos se habían quedado ya sin consejos que darles. Nadie pronunciaba las palabras que de verdad deberían ser dichas.

—Marchaos. Ya no hay nada aquí para vosotros. Buscad otros destinos lejos de la desidia y luchad por conseguir una vida digna. Si os quedáis, los días pasarán sin ofreceros nada, solo el vacío de unos sueños que jamás llegarán a cumplirse —pensaba el sacerdote mientras observaba cómo dos amigos caminaban mirando al suelo, como si su destino estuviese escrito en alguna de las piedras que pavimentaban la calle.

A sabiendas de que era la única solución al desamparo, los mayores se cuidaban de pronunciar aquellas palabras para no ver cómo sus corazones se partían al ver marchar a sus hijos y nietos. El mar no tenía sitio para todos ni la tierra ofrecía la necesidad de manos para trabajarla. Ningún padre deseaba ver volar a sus vástagos en busca de nuevos mares en los que lanzar sus redes, pero como buenos progenitores, sabían que esas partidas ocurrirían tarde o temprano. Por el bien de sus hijos, las siempre fieles y sentidas madres ponían velas a escondidas a la Virgen del Carmen pidiendo que tendiese los puentes necesarios para que alejase a los más jóvenes de allí cuanto antes. Ya compensarían la pena con la alegría de ver cómo construían su propio futuro con esfuerzo e ilusión, lejos de sus brazos protectores, sí, pero dando comienzo a un nuevo

camino que les llevara a realizar los sueños que se adormecían entre coplas de carnaval y días muertos.

Examinaba las miradas gachas de los muchachos que paseaban sus despropósitos sin más meta que repetir una y otra vez las mismas jornadas sin nada a la vista que les hiciese apostar por un giro en sus vidas. Cada día era irremediabilmente igual que el anterior. Lo habitual era encontrarlos sentados en los bancos de las plazas, lamentándose por la falta de valor para coger sus arreos y salir huyendo de una tierra que poco más tenía para ellos. Se marcharían, tarde o temprano saldrían huyendo del plumizo manto que no permitía que ni un solo rayo de esperanza llegase con la solución a su falta de valentía.

Su desesperación aumentaba a cada paso sin hallar a quien buscaba. ¿Y si solo había reaparecido para hacerle llegar aquella carta? No, era impensable que fuese así. Nadie regresa del pasado solo para devolver las mieles del recuerdo escondido para luego marcharse por donde vino. Cuando se busca lo que se desea, luchamos por recuperar lo anhelado. De lo contrario, sus aspiraciones, si es que eran tales, seguirían dormidas en la sombra que cubrió lo que vivieron años atrás.

Y pensaba en el viejo y en su partida. Esperaba recibir alguna noticia sobre el reencuentro con su hija y comprobar que su viaje había merecido la pena. O, al menos, que de una vez por todas supiese si todavía pensaba en él como un padre malogrado que regresa para lamer unas heridas que llevaban diez años sangrando. Realmente, no era más que la búsqueda de unas vendas que cerrasen la fuente sangrante de la decisión que tomó más por él que por su pequeña. Sea como fuere, era algo necesario para los dos. Que el vasco llegase como deseaba al final de su vida no dependía de que fuese recibido o no con los brazos abiertos, sino de saber si el ímpetu que le había faltado desde su marcha todavía latía dentro de dos corazones distanciados por la muerte de su madre y esposa.

La mañana parecía no querer mostrarle lo que ansiaba. Decidió tomarse un respiro y humedecer sus labios con su infusión diaria. Si no lograba encontrar a quien buscaba con tanto ahínco, al menos

disfrutaría de nuevo de la emoción olvidada que aquel papel hizo renacer en su corazón congelado por los años y los votos eclesiásticos. Cuántas sensaciones y amores olvidados por su dedicación exclusiva a promulgar la palabra de Dios. Cuántos días eliminados de su memoria a cambio de ayudar a los demás a encauzar sus vidas perdidas. Y, por supuesto, qué alto el precio a pagar para que siempre lo más importante fuesen los lamentos de los otros y olvidarse de los suyos. Justo hasta ese instante, ni un segundo más ni menos, no alcanzaba a recordar qué momento de su corta vida sacerdotal había sido mejor que cualquiera de los vividos antes de salir del seminario. Mientras el resto de personas disfrutaban de mejor o peor manera de una vida de sobresaltos, ilusiones rotas o no y alegrías más o menos efímeras, él no era más que un hombre al servicio de la fe, alguien cuya voz retumbaba contra las paredes del templo ante la ausencia cada vez más acusada de interés en escuchar y vivir según la palabra de Cristo. Solo las viejas del lugar y las beatas de misa diaria, ocupadas más en expiar sus pecados y sanar sus lenguas viperinas que en poner en práctica las palabras del joven sacerdote, mantenían su pasajera ilusión en que todo aquello cambiase. De ahí que su trabajo no terminase en los habituales «Podéis ir en paz». Llevaba la palabra de Dios a las calles, a los bares, a los eventos deportivos o al mercado. Incluso a los actos como el de la noche anterior, donde el erotismo y la desfachatez estaban tan presentes como en una orgía de deseos desenfrenados, para decir todo lo que durante el resto de días los vecinos preferían callar. Una discreción a la que soltaban las riendas en las noches en las que don Carnal se derramaba sobre sus cabezas como un Pentecostés irreverente y grotesco.

Ni siquiera rescataba los consejos de don Alejandro. Sus palabras ya no otorgaban el efecto balsámico que sus penurias suplicaban. Se acercaba con temor a un posible desenlace que solo su alma sabía que llegaría sin remedio y que él, temeroso de un Dios que parecía no tener oídos para sus rezos, tendría que aceptar sumiso si no quería enloquecer, a pesar de lo que esa decisión supondría para una vida

que no lo era sin el principal alimento que regaba sus raíces más inquebrantables.

—Aquí me veo, derrotado por mis dudas de fe, sin la energía para mostrar lo que deseo con todas mis fuerzas. Y no es abandonarte, Señor, sino seguir tus pasos por un camino distinto que se me negó hace tiempo. ¿Debo ser lo que no deseo y gritar al cielo aquello por lo que muero o permanecer inerte, sin fuerzas ya para proclamar tu palabra que llevo sobre mis manos como las líneas de mi futuro? Eras como yo, soy como tú, indomable ante cualquier injusticia que se comete en el mundo, incapaz de callar frente a la falta de humanidad. Pero dime, Padre, ¿cómo debo actuar si la primera persona a la que no soy fiel cómo tú nos enseñaste soy yo mismo? No sé si tienes ante ti a un ministro de tu fe o simplemente alguien que cree poder sembrar tus semillas en la Tierra sin haber sido jamás campesino.

Su mente se quedó en blanco. Durante un instante advirtió que no había vuelto a tener noticias de la chica que martirizaba sus pensamientos. La había olvidado. Quizá ella descartó la posibilidad de que alguien como él derrumbase sus propias creencias en aras de un amor imposible. Puede que ahora centrase sus pensamientos en reconstruir una vida más lógica para una muchacha de su edad, atractiva y buena, pero perdida cual barco a la deriva tras una monstruosa tormenta. Un suspiro relajó sus músculos y bebió un poco más de té.

—Buenos días, don Rafael —. Una voz femenina y conocida le sobresaltó a sus espaldas.

Cogida de la mano de un muchacho bien parecido, la joven que hasta el día de antes pisaba sus mismos pasos, se presentó con una extraña sonrisa. Él los miró sin entender muy bien qué pretendía apareciendo de aquella manera. El chico estaba sereno, visiblemente incómodo con la decisión de la muchacha de saludar al sacerdote, ya que él no había sido ajeno a los comentarios de las malas lenguas sobre los escarceos amorosos que muchos daban por ciertos.

—Buenos días —. El cura no acertó a decir nada más.



—Le presento a Javier. Anoche, después de la fiesta en la plaza estuvimos hablando y decidimos darnos una oportunidad.

Con los ojos abiertos tanto como podía, don Rafael saludó con cortesía mientras en su interior, un torrente de suspiros arrastraba el sufrimiento llevado en secreto desde hacía meses. Parecía que aquella historia enquistada había llegado a su fin.

—Pues me alegro por vosotros. Espero que seáis muy felices juntos.

—Estoy segura de que así será —pronosticó la guapa muchacha justo antes de despedirse.

Fue una conversación mínima, simple y liviana, como ojalá hubiesen sido todos los saludos que la joven le dedicó al sacerdote el último año. Les miraba en su alejamiento, aguantando una carcajada de liberación que hubiese delatado cierta falta de respeto hacia ellos. Gracias al cielo, aquel espinoso asunto había llegado a su fin sin siquiera esperarlo.

El sonido de su teléfono móvil lo sacó de su ensimismamiento. El mensaje de un número conocido le arrancó una sonrisa inesperada que recibió feliz. Don Eritz, el viejo arquitecto de cosas pequeñas, el que no dudaba en detener sus quehaceres para reparar los cachivaches de los vecinos, el que siempre estaba dispuesto para meter sus manos en la grasa de los motores de los barcos, el mismo que no encontraba la avería de su propia vida, informaba de que todo había ido más o menos como sospechaba. El aterrizaje en su vieja patria no había sido tal y como deseaba. Su gran amigo Aimar lo recibió en el aeropuerto con la promesa cumplida de que no había alertado a nadie de su regreso. De forma telegráfica, narraba cómo había sido el encuentro con su hija, menos efusivo de lo que añoraba tras tantos años. La sorpresa inicial se tornó en llanto y reproches. Aun así, llevaba horas hablando con ella sobre el por qué de su distancia y olvido. Parecía no atender a razones, lógico, cuando había tenido que esperar diez años a tener noticias de su padre. Todo apuntaba a que las aguas se calmaban después de la excitación inicial. Había conocido a sus nietos, «los dos con los mismos ojos que su abuela». Adjuntaba una foto de ellos que el cura abrió

entusiasmado. «Bravo por ti, viejo testarudo. ¿Ves? Esto podía haber sucedido mucho tiempo antes de no haber sido por ese extraño pensamiento que escondías en tu dura cabezota y que solo tú conocías».

Reenvió el mensaje a Jimena, pero su amiga no estaba precisamente para atender al teléfono en ese instante. Tomó otro sorbo de infusión y pagó la cuenta. Quizá un paseo por el cementerio de las anclas sería buen consuelo para su alma lastimada. Sí, esa melancólica playa donde duermen resquicios de hierros que se hundían en las arenas del mar y que ahora yacían inertes en tierra, oxidados por el sol y la lluvia. Qué fácil parecía perderse en la inmensidad del mar infinito de las dudas, en ese universo particular que nuestra mente crea con suposiciones e imágenes y que solo nosotros vemos mientras la realidad circula paralela a nuestra imaginación. La confusión ilusoria, el peor de los enemigos para los corazones atormentados.

Caminó despacio con la mirada perdida y el ánimo arrastrando tras sus pasos, una pesada sombra incapaz de separarse del hombre que luchaba por escapar de su cuerpo de sacerdote. Tal vez, solo tal vez, debería replantearse si alguien con tanta carga emocional sobre sus hombros estaba capacitado para guiar al rebaño de fieles de cualquier parroquia. Para esa función necesitaba estar limpio de pensamientos antiguos, de amores pasados y de esperanzas futuras que nadie más que él conocía. Demasiado peso para unas alas tan frágiles como las suyas, incapaces de volar contra un huracán que le hacía retroceder mil pasos a cada impulso que tomaba. Alto el muro de roca que lo alejaba cada vez más de la liturgia, del templo de su fe y de la vida espiritual que creía adecuada para ganarse el amor de un Padre que parecía no prestar demasiada atención a su desorientado hijo.

—¿Por qué a mí, un pobre infeliz que solo pretende encontrar el motivo de la desdicha de los hombres? He dado media vida por llegar a entenderte, Padre, por comprender cómo es posible que mi mente supere en fuerzas a tus enseñanzas. ¿Es acaso una fe de cristal que cualquier leve brisa puede romper?

El dolor era insoportable, tanto que su pecho palpitaba con rabia por la ausencia de respuestas. Ni la lectura de mil libros ni sus cientos de sacrificios ofrecían solución alguna. Duro camino y cruenta batalla la que desde el inicio de los tiempos entablan fe y razón. Fe, manipulación histórica para unos y el único camino a la salvación para otros. Mientras quienes defienden que las religiones no son más que una necesidad creada a lo largo de los tiempos e incubada en la pobreza, la debilidad y el miedo del hombre, otros promulgan la existencia de unos dioses que regresarán al mundo para ajustar cuentas con aquellos que abandonen sus caminos.

Los que desean esperar eternamente su regreso, castigan sus vidas con los pies descalzos, dejando que las piedras de las sendas de los dioses se claven en su piel para sentir el precio del sacrificio que todos debían pagar para asegurarse la vida eterna. El joven párroco comenzaba a sacar sus pasos de ese grupo, confundido y aturdido por la falta de señales que fortaleciesen unas creencias que se desmoronaban con cada anochecer solo ante el vacío de su habitación. Pero, sobre todo, con cada recuerdo y añoranza de noches entre las sombras bebiendo de un cuerpo que se amarraba con todas sus fuerzas al suyo.

Israel temblaba. Nunca se había visto envuelto en algo parecido, y mucho menos en un asunto que nada tenía que ver con él. Al levantarse la camiseta frente al espejo del baño observó las huellas de los golpes. Varios arañazos destacaban en su costado sobre la blanca piel. Jimena buscó algo de hielo y una crema para aplicársela y evitar que aquellas marcas llegaran a más. Le dolía más la impotencia al recibir los golpes que las mismas marcas.

Minutos después, más calmados los dos amigos y al calor del sol sentados junto al arriate, intentaban olvidar lo ocurrido.

—Ahora no sé qué decir—. La dueña de «La orilla» miraba al suelo, avergonzada por la irritante escena que había presenciado ante la impotencia del hermano de Paula—. Es ilógica la cantidad de cosas que han ocurrido desde que llegaste. Haber descubierto quién eres, el por qué estás aquí, el viaje de don Eritz y ahora esto. Estoy saturada. No suelo tener tantos altercados en tan poco tiempo.

—No tienes que decir nada. Ni tú ni yo podíamos mover un dedo ante esos hombres. Se sienten fuertes, sin miedo, y eso provoca cierta superioridad sobre los demás. No le des más importancia. En cuanto al resto...Imagino que cuando alguien abre una ventana, hay gente que sigue sus mismos pasos. Son millones las personas que esperan un empujón que les haga soltar lastre. Yo, sin embargo, lo que siento es que tu pequeño rincón haya quedado destrozado.

Jimena suspiraba por no haber podido hacer nada para evitar el ataque de su ex y sus secuaces. Cuatro hombres armados con palas y sin temor a nada contra ellos. Un lance despiadado de los lobos contra los débiles corderos.

—No pienso soportar ni un minuto más sus desaires, esa bravuconería con la que actúan, esa prepotencia con la que hablan a todo el mundo. Y él... Quizá ha llegado la hora de desvelar sus secretos. La policía estará encantada de echarles el guante. ¿No deberíamos pensar en los padres de los chicos que consumen lo que ellos les venden? Vamos, Israel, te creía más valiente. Esto no es algo que solo nos incumba a ti o a mí. Hay muchas víctimas que podremos salvar si denunciarnos lo que hemos visto.

—Y después de eso, ¿qué? ¿Vivirás pensando que el día que lo suelten regresará para vengarse? Lo has visto, Jimena, sabes de lo que es capaz. Yo estaría más preocupado por lo que pueda hacer después de este encuentro. Querrá asegurarse de que no vamos a abrir la boca. Sabe de tus miedos y los utilizará contra ti.

Jimena tembló al oír aquello. Israel llevaba toda la razón. Habían sido testigos directos del momento en el que recogían lo que el día de antes enterraron. No dejarían que esa información viajase libremente por el pueblo. Ninguno de los dos sabía qué era lo mejor, si callar y esperar nuevos acontecimientos o tomar la iniciativa y denunciarlo.

—¿Te duele?

—No es nada. En un par de días el dolor habrá desaparecido. Hacía años que no recibía un puñetazo. En realidad, solo fue una vez, de pequeño. Me he mantenido siempre apartado de gente problemática.

—Y ha tenido que ser justo aquí, en este viaje. Mírame. Has encontrado a la portadora del corazón de Paula y gracias a mí has sufrido las consecuencias de mi divorcio. Es un hombre violento, muy agresivo. Antes jamás llegó a las manos, solo gritaba y maldecía, pero nunca sobrepasó esa línea.

—Tarde o temprano este tipo de hombres terminan mostrándose tal y como son. Es una suerte que durante el tiempo que estuvisteis casados reservase su fuerza.

Jimena consultó su teléfono móvil y leyó el mensaje de don Rafael. Soltó un grito que sobresaltó a Israel, que no dejaba de masajearse el costado.

—¡Al fin buenas noticias! —gritó de alegría—. Parece que el viaje del viejo no ha ido todo lo mal que suponía. Aparte de no entender nada de su actitud, creo que se merece esta reconciliación. Es un buen hombre y los hombres buenos deben tener un final de vida placentero.

Israel no entendía por qué dijo aquello. ¿Acaso don Eritz, un hombre mayor que parecía disfrutar de buena salud, no estaba tan lejos de su final como él pudiera suponer? Ellos eran amigos desde hacía años, seguro que Jimena conocía algo que a él se le escapaba.

Su agudeza se puso en marcha y preguntó algo que no deseaba conocer.

—¿Su salud está como debe?

—Pensaba que ya lo sabías —. Jimena advirtió que algo en sus palabras había hecho que su amigo preguntase aquello.

—¿Está enfermo?

—Sí, lo está.

—¿Es grave?

—Hace unos cuatro años unas pruebas rutinarias detectaron un tumor. Después de la operación los médicos pronosticaron que no debía preocuparse, ya que a su edad la baja velocidad en la regeneración de células era una ventaja. Estuvo un año con el tratamiento y se debilitó bastante. En las revisiones oportunas parecía que todo se había estabilizado, hasta que hace unos meses, de vuelta al hospital, comprobaron que el tumor se había reproducido y extendido.

Israel recibió aquellas noticias como un puñetazo más en la boca del estómago. A pesar de haberlo conocido el día de antes, tenía la sensación de que era de esas personas que el mundo debería cuidar como algo valioso, patrimonio de todos. Su forma pausada y siempre cuidada al hablar, sus gestos suaves y estudiados, regalaban tranquilidad y confianza a cualquiera que se detuviese un par de minutos con el viejo mecánico.

—Dios santo, no tenía ni idea —. Sintió cómo la casa se derrumbaba sobre él.

—Estoy segura de que ya ha recibido los resultados que lo confirman. Algunos días su mirada dice más que sus palabras siempre alegres. Sus ojos están tristes. Uno puede desfigurar los problemas llevando la atención hacia temas menos importantes, pero es imposible ocultar todo lo que cuenta una mirada. Hay momentos en los que las palabras ni siquiera son necesarias cuando se tienen unos ojos tan expresivos como los suyos.

—Puede que ese sea el verdadero motivo de la premura por hacer ese viaje. Si el resultado de las pruebas no deja dudas, don Eritz habrá querido salir huyendo en busca de su hija para no marcharse sin reconciliarse con ella. Es horrible. Diez años sin verse para reencontrarse en este escenario —imaginó.

—Ahora entenderemos mejor por qué no ha tomado antes esa decisión o incluso el hecho de que se marchase de esa manera. ¿Qué puede pasar por la cabeza de alguien a quien informan de que le queda poco tiempo de vida? Imagino que después del miedo por no ver más este jodido mundo, llega la pena por no poder haber hecho mil cosas pendientes. Reconciliarse con su hija era una de ellas —. Jimena repasó mentalmente muchos de los días en los que, a escondidas del vasco, hablaban sobre él.

—Siempre tendremos cosas por hacer, para eso hemos venido al mundo. ¿Qué es la vida sino materializar ilusiones? Podemos preguntar a cualquier persona y todas nos dirán lo mismo: «Sueño con...», «Tengo pendiente hacer...». Sueños, eso es vivir, pasar nuestros días creando perspectivas que nos empujen hacia adelante. La felicidad llega cuando no conseguirlas no nos hace creernos peores que el resto. Supongo que la gente feliz es aquella que ante un fracaso construye rápidamente una nueva esperanza.

Una gran pena empezó a recorrer el corazón del fotógrafo, sintiendo que, a pesar de la tristeza, aquello también formaba parte indispensable de la vida. Reír y llorar, saltar y arrastrarse, volar y caer. Una diabólica montaña rusa que nos hace subir hasta tocar el cielo y caer al instante y enterrar nuestras manos en el fango. Desde arriba oteamos el mundo con una sonrisa radiante que hace frente hasta al mismísimo sol, mientras que cuando estamos abajo, derrotados,

ocultos de los ojos curiosos que nos rodean, dibujamos un escenario tenebroso del que creemos que no podremos salir jamás. Apenas cinco segundos de una vida bastan para ponernos del revés.

Se hizo el silencio de nuevo. Israel observaba cómo corría el agua por el pequeño arriate mientras Jimena se acariciaba las manos. Sentía que algo muy querido se le iba, aquel a quien confesó sus miedos antes y después de la operación, el viejo cirujano de cosas pequeñas que había sido capaz de reparar ciertas heridas causadas por el abandono imperdonable del que decía llamarse hombre, y que cierto maldito día consiguió conquistarla. Un forastero que puso patas arriba las vidas tranquilas de los vecinos de aquel pueblo del sur que lanzaba todos sus suspiros al mar, esperando que fuesen devueltos convertidos en rayos de esperanza para un más que incierto futuro.

La aldaba del llamador de la puerta rompió la calma con un sonido metálico y seco. Minutos antes Jimena había contestado al mensaje de don Rafael. El sacerdote interrumpió la búsqueda para descansar junto a ellos. La compañía era algo imprescindible para los corazones maltratados por las decisiones tomadas en el pasado. Y eso era precisamente lo que necesitaba con más urgencia, amigos con los que poder disfrutar del éxito del viaje de don Eritz y olvidarse por un momento de la carta. Encontró la casa como siempre, en silencio, con ese olor peculiar distinto a cualquier aroma que rondaba por otras casas, donde los vapores del puchero vaporizaban las paredes desconchadas por la humedad y la dejadez. Saludó a su llegada y cayó derrotado sobre una silla. Su cara desfigurada puso en alerta tanto a Jimena como a Israel. La dueña de «La orilla» no tardó en preguntar.

—Ya puedes estar contando lo que te ocurre—. Pero el párroco parecía no poder olvidar el eco de las palabras escritas en aquel papel—. ¡Señor cura!

—¿Sí? —respondió sin mucha pasión—. Perdón, estaba en otro sitio.

—Bastante lejos, por lo que veo —bromeó su amiga.

—Bueno, en realidad no tanto.



—¿Otra vez el mismo tema? Va siendo hora de que arregles ese asunto, aunque quizá no sea lo que quieres hacer —sentenció pícara—. Es una chica bastante guapa y resulta difícil que pase desapercibida, incluso para alguien del clero. Yo diría que... —sonrió y guiñó un ojo a Israel.

Ella era consciente de que podía utilizar esa forma de hablar con el cura, que ya había demostrado en diferentes ocasiones que sabía encajar muy bien la ironía y las bromas. Pero Jimena se equivocaba si creía que aquel día no era diferente a otros.

—Ya está bien de hablar sobre eso. Es y será imposible que entre ella y yo ocurra algo. No es más que una niña perdida, desilusionada con la vida que le ofrecen aquí. Debería hacer las maletas y marcharse lejos, donde nadie la encuentre.

—¿Y estas palabras? Venga. No me dirás que no es guapa. Todos los muchachos, y no tan jóvenes, pierden la cabeza cuando la ven pasar. Vamos, reconoce que incluso alguien con alza cuellos sentiría algo por ella, aunque solo sea un pensamiento lascivo pasajero. Al fin y al cabo nuestro instinto es difícil de controlar en determinados momentos en los que...

—¡He dicho que ya basta! —gritó dando un golpe en la mesa con el puño.

Israel se sobresaltó justo cuando estaba a punto de soltar una fugaz carcajada por la presión de Jimena hacia su amigo.

—Te he dicho mil veces que es imposible y con eso tiene que bastar, ¿de acuerdo?

—Bueno, bueno, tampoco creo que sea para tanto. Qué carácter gastan los curas de hoy —comentó jocosa, olvidando por completo lo ocurrido junto a los árboles de sus recuerdos—. ¿Algo que contarnos? Quizá si la has vuelto a ver puede que...

El sacerdote respiraba de manera profunda, haciendo oír que su enojo iba en aumento por tanto descaro. Apretaba los labios intentando contenerse, soportando la ironía que su amiga parecía querer rentabilizar al máximo hasta sacarlo de quicio.

—Vamos a dejarlo, por favor —dijo algo más tranquilo—. Por suerte para todos parece que ese asunto se ha terminado. La he visto

y me ha presentado a su nuevo novio, así que punto y final.

—Claro, es normal que tenga novio —insistía en su gracieta—. Un hombre apuesto la ha rechazado, así que ha tenido que buscar consuelo en otros brazos —. Parecía que no hacía mucho caso al enfado del cura.

—Jimena, no puede ser —repetía con calma.

—«No puede ser», «No puede ser». Que manía con querer ocultar lo evidente. ¿Cambiaría todo si no fueses sacerdote, si no tuvieses que subirte todos los días a un púlpito a soltar tu sermón?

—¡Soy gay, joder! —. Un grito seco, sin eco y retraído inmovilizó a Jimena e Israel.

Los ojos del fotógrafo se abrieron tanto que hasta sintió un pinchazo en sus retinas. Jimena se quedó paralizada y sin saber qué decir. Dejó escapar un amago de sonrisa nerviosa antes de hablar. Aquel grito era lo último que esperaba escuchar del cura.

¿Estaba confesando el joven sacerdote lo que acababan de escuchar? Ninguno de los dos lo creyeron en un primer momento, pero su cara mostraba la verdad de sus palabras. No había duda de que lo había ocultado a la perfección durante todo ese tiempo. Desde que llegó al pueblo no había dado ni una sola muestra de aquello. No miraba ni a mujeres ni a hombres, algo que, por otro lado, era lo que se esperaba de cualquier hombre de Dios. Para él no debía haber diferencias de sexo. Unos pechos de mujer o un buen cuerpo de hombre debían pasar desapercibidos para alguien que había entregado su vida a la palabra de Cristo.

Por lo visto había sabido camuflar muy bien sus pensamientos. La atracción irreverente que sentía cuando el calor despojaba de ropa los jóvenes cuerpos de los muchachos solo pertenecía a su interior más privado, a la soledad de su almohada en las noches en las que las imágenes iban y venían por su cabeza como el vaivén de un columpio provocativo.

—Será broma, ¿no? —. Jimena tragó saliva—. Venga, tú puedes darnos una excusa mejor —. A pesar de la irreverencia que había mostrado, su tono de voz era quebrado, lento.

—No, no lo es—. Las lágrimas acudieron a sus ojos sin haberlas llamado.

El sacerdote bajó la mirada con un sentimiento de culpa que mostraba a un hombre derrotado por lo inevitable, por un sufrimiento que fustigaba su interior hasta mostrarse derrotado ante sus amigos. Sacó del bolsillo la carta y la puso sobre la mesa de azulejos.

—Alguien dejó esto para mí. Al leerlo supe inmediatamente quién lo había escrito. Ha regresado una persona de mi pasado para revolverlo todo. Llevo años luchando para que esos recuerdos no salgan a flote, pero ha sido una guerra dura que he perdido.

Se miraron sin saber lo que ocurría. Cada uno barajaba hipótesis varias, entre ellas que podía tratarse de una broma en represalia a las palabras de su amiga. Puede que el cura estuviese burlándose de ellos interpretando el papel de víctima, llevando al extremo su desahogo por haber zanjado el espinoso asunto de la joven que lo acosaba de manera descarada.

—Podéis leerla. Estoy cansado de fingir lo que no soy. Bien sabe Dios que no es algo que haya buscado ni provocado libremente. Nadie lo hace. Lo que nace con nosotros se queda para toda la vida. Y si esa semilla fue puesta aquí adentro —posó su mano en el pecho—, supongo que fue Él quien lo decidió. Estoy cansado, muy cansado. Necesito ordenar mis pensamientos. Los fieles se merecen a alguien más auténtico que yo, no a un cura que mienta y esquive ciertos comentarios.

Durante unos minutos en los que ninguno de los tres se atrevió a decir nada más, la carta pasó de las manos de Jimena a las de Israel. Ambos quedaron sorprendidos por lo que leyeron. Don Rafael los observaba con una sonrisa forzada mientras asumía que el final de sus silencios estaba cerca.

—Yo...—fue lo único que su amiga pudo decir—. Supongo que te debo una disculpa.

—Sabes que no es necesario. Durante todos estos años he intentado olvidar aquel tiempo, dedicando mis esfuerzos a borrar de mi memoria todo por lo que luché y contra lo que no pude hacer

nada por miedo a los míos. Pero estoy cansado, las fuerzas me han abandonado. Estoy harto de mentir, de huir, de fingir que quiero pasar el resto de mi vida dando sermones en los que ni yo mismo creo. Al leer anoche esta carta, tras lo que ocurrió en la plaza con tu ex, me di cuenta de que necesitaba enfrentarme a mis propios fantasmas y descubrí que alguien como yo no puede ir por el mundo promulgando una doctrina que no ve con buenos ojos a personas como yo. Así que para ser consecuente conmigo mismo, he decidido poner punto y final a mi camino dentro de la Iglesia. No quiero seguir mintiendo, pero sobre todo, no quiero mostrarme ante Dios como lo que no soy. Él me conoce mejor que nadie. Me querrá igual, o incluso más, si abandono aquí y ahora. Colgar los hábitos no supone salir de su camino.

—Vaya. La verdad, no tengo palabras. ¿Por qué no nos has contado nada? Sabes que siempre nos has tenido al lado —. Jimena estaba desconcertada por completo. Su amigo, ese al que creían conocer a la perfección, ocultaba un gran dolor que nadie supo detectar. Detrás de su vida informal como párroco, tras su sonrisa eterna y ese carácter con el que se había ganado el respeto de todos, oculto tras su lucha continua por salvar el campanario de la iglesia, se escondía un corazón atormentado por un deseo que clamaba ser devuelto a la vida.

—Cuando uno ha vivido el amor de la manera que muchos rechazan y más siendo quien soy, no podía ir por ahí gritándolo. ¿Un cura cuyo único amor ha sido un hombre? Imaginaos el escándalo que supondría para la Diócesis que uno de sus sacerdotes declarase abiertamente sus preferencias sexuales. No, debía guardar silencio hasta comprobar si este deseo era real o no. Ahora puedo decir que no solo lo siento muy presente, sino que sigue más vivo que nunca. Miradme —pidió mostrando las palmas de sus manos—. ¿De verdad creéis que alguien como yo puede cometer algún pecado por querer a un semejante? Hay muchos males en el hombre, pero el amor no es uno de ellos. Ni entre dos hombres ni entre dos mujeres. Si eso fuese así, querría decir que el amor es algo horrible que tendríamos que desterrar. ¿Quién es el hombre mortal para calificar cuál es el amor

correcto? Uno no aprende a querer lo masculino o lo femenino. Es una elección de la propia naturaleza que muchos intentan desvirtuar. Mis dudas de juventud son las que me han traído hasta este momento, mi cobardía por unos miedos que ahora rechazo de plano.

Tras miles de noches de rezos suplicando claridad para sus pensamientos, de lágrimas vertidas por la amargura del desconcierto y de sueños en los que regresaba a aquella maltrecha habitación donde se consumaban sus encuentros, al fin parecía que se abría la puerta por la que podría escapar. En algún momento descubrió que una buena terapia podía ser derramar sobre unas hojas en blanco lo que no podía contar a nadie. Así fue como comenzó su andadura literaria que aún estaba por concluir.

—Tengo que organizar mi vida cuanto antes. Y ahora llega esta carta, escrita por el único amor de mi vida que regresa para partirme en dos de nuevo. Está aquí, lo huelo. Por algún extraño motivo no ha querido mostrarse aún. Sé que ha venido a buscarme porque si no, ¿a qué viene esto ahora? Ya he solicitado mi baja temporal. Tengo que verlo, lo necesito. Puede que cuando cruce esa puerta —señaló hacia la salida— me esté esperando con los brazos abiertos tras cualquier esquina. He vivido sin ser yo, pero se ha acabado.

—¿El autor de esa carta está aquí, en el pueblo? —preguntó por fin Israel—. Pues no sé qué hace aquí todavía. ¡Salga a la calle y encuéntrelo! Hable con él y curen las heridas que comparten. No le voy a decir que siento que haya cuestionado su fe porque no es eso lo que pienso. Me dolería más verle dejar escapar la segunda oportunidad que la vida, o quién sabe, puede que su propio Dios, ha vuelto a poner en su camino. Agárrela con fuerza y haga de esa oportunidad su nuevo camino.

Israel le animaba a realizar su viaje particular, a cerrar ese círculo. Mil veces fantaseaba con ver el mundo desde el aire con un escáner especial que mostrase millones de circunferencias que esperaban a ser completadas por su dueños, que cargaban sus vidas con cuentas pendientes. Don Rafael lo miraba con dulzura mientras asentía tímidamente.

—Es su iglesia la que promueve el amor al hombre. Como usted acaba de decir, ¿quién dice que esto no es amor? —exclamó con los brazos abiertos—. Curiosa esta reunión. Yo buscando a una desconocida, ella sin saber que alguien vendría para encontrarla y usted, destrozado y venido a menos, luchando por escapar de su cárcel de piedra e incienso. ¿Quiere que le cuente qué estoy haciendo aquí y para qué he venido? Puestos a abrirnos, no voy a ser menos. Verá como todos andamos metidos en alguna búsqueda.

Apoyado por matizaciones de Jimena, pasó a narrar el verdadero motivo de su viaje. A cada palabra pronunciada el rostro del cura cambiaba de color y de expresión, sonriendo y mostrando signos de querer saber si aquella historia era cierta. Interrumpía con dudas lógicas por lo inverosímil de lo que escuchaba, pero estaba en un punto en el que todo le parecía posible. Hablaba de Paula, de cómo logró dar con el paradero de Jimena, de lo ocurrido aquella noche y de los lamentos de sus padres, quienes achacaban a Dios todo lo sucedido, dejando en sus manos los designios de cada ser humano. Parecía que la vida había acelerado sus pasos y en apenas veinticuatro horas, las plácidas vidas de tres amigos de aquel pueblo junto al mar habían girado de manera inesperada. El viejo mecánico parecía haber encontrado lo que buscaba, mientras Jimena y don Rafael fueron ellos los hallados por alguien a quien no esperaban.

—Por lo visto, el mundo se ha vuelto loco. Y cuando la locura llega para sanar nuestras almas, tenemos que dejarnos llevar por ella. Vaya, vaya, menudo cuadro. Solo lamento que no esté aquí don Eritz para añadir más leña a esta conjunción de despropósitos —comentó el sacerdote arqueando las cejas.

Los tres sonrieron al mismo tiempo como liberación a tantas revelaciones.

—Salgamos de aquí —propuso el cura—. Demos un paseo por la playa y que ocurra lo que tenga que ocurrir. Van a cambiar muchas cosas en nuestras vidas desde hoy. Solo espero que hayamos tomado el camino correcto cada uno de nosotros. Incluso esa chica que hasta ayer luchaba por lo que creía sentir. Pobre muchacha. Y nosotros, pues a lo nuestro. Yo a terminar mi novela y contar por fin todo lo

que llevaba dentro. Lo que espero conocer son vuestros planes. ¿Qué será ahora de ese corazón y de un fotógrafo perdido? —. Con maestría, devolvía el ataque a la dueña de «La orilla», quien, con un gesto veloz, se giró arrugando los labios hacia el cura. Israel carraspeó ruborizado.

—Ya puedes empezar a hablar de esa novela —desvió la atención Jimena—. ¿Salgo yo?

Aquel día azul, algo ventoso pero llevadero, tres amigos paseaban desahogados por las palabras dichas con cariño y confianza. Nada parecía llamar su atención a su alrededor, ni siquiera la muchedumbre que se agolpaba a la entrada de las dependencias de la Policía.

La noticia corrió como la pólvora. Después de varios meses de una investigación llevada en el más estricto secreto, por fin habían desmantelado la organización criminal que se dedicaba a introducir fajos de droga a la península a través del estrecho. Varios terrenos llegaron con los detenidos. Habían localizado el zulo donde escondían las remesas y cogido in fraganti a los portadores, que no tardaron en «cantar» los nombres de los cabecillas que orquestaban cada traslado a cambio de ciertos pactos con el juez que dirigía el operativo.

El héroe local fue el último que bajó de vehículo con las manos a la espalda y luciendo unas brillantes esposas. Entre la muchedumbre, apostada como si esperasen la llegada de un famoso, la figura estática de Elena destacaba inmóvil, con las manos entrelazadas, intentando que el poniente no levantase su falda. Alguien junto a ella le dedicó una mirada de sorpresa al comprobar que no había ni rastro de oscuridad en su ropa ni huella alguna de dolor en su mirada al ver entrar detenido a su propio padre. Al desaparecer tras la puerta, simplemente se giró y caminó calle abajo.

Mientras todo esto ocurría lejos de la atención de los tres amigos, una burbuja de esperanza los envolvía al reírse unos de otros por cobardes.

—A veces pienso que hay algo en el universo, en el aire, que dirige nuestros pasos a placer. Son invisibles, pero nos controlan a su antojo.

—Quizá las fuerzas invisibles de las que habla y que controlan los designios del mundo podrían dar un respiro y, por un día, otorgar la libertad necesaria a aquellas personas que aún tienen cuentas pendientes para rectificar lo que ocurrió en algún momento concreto de sus vidas. Ese «te quiero» que nunca dijimos, aquel beso que dejamos escapar por cobardía o aquella despedida en un andén que jamás debió ser tal, sino un «quédate para siempre» —. Jimena miró a Israel y no dijo nada. Se limitó a saborear sus poéticas palabras mientras se recolocaba su sombrero de los sábados.

Coincidieron en que la única forma de completar el círculo perfecto sea romperlo y dibujarlo de nuevo. Porque si para algunos salir en busca de su propia vida puede ser una quimera, para otros no es más que el camino en sí. Basta un buen par de zapatos y prestárselos a quienes crean que hay demasiadas piedras que obstaculizan sus pasos.

Y son estas personas las que jamás dejan de caminar. Otras... Bueno, otras solo observan.



## PAULA

Aquel 1 de junio estaban los amigos de siempre, en el mismo bar de siempre y sentados en el mismo lugar de siempre, esperando la hora del comienzo del concierto. La conversación había caldeado el ambiente más de lo habitual. Unos defendían la libertad personal para morir con dignidad mientras otros apostaban por una muerte natural, sin que la mano del hombre ni la medicina tuviese que interferir en ningún momento. Los defensores de una muerte digna anteponían la humanidad y el amor como la mejor prueba para dejar marchar a un enfermo terminal y evitarle así más sufrimiento. El bando contrario exponía que el hombre no era quien para resolver ese conflicto ni podía jugar a ser Dios para dirimir quién vive y quién muere.

Solo una de ellos callaba y escuchaba atentamente. Miraba a unos y a otros intentando analizar los dos razonamientos. Paula, efusiva en exceso la mayoría de ocasiones, aquella tarde no dejaba de darle vueltas a un tema al que hasta ese día no había prestado demasiada atención. Tenía sus motivos y precisamente eran estos los que la hacían mantenerse en un discreto segundo plano. Mientras el tono de la discusión iba en aumento y sus amigos intentaban por todos los medios querer llevar la razón sobre un tema que pertenecía al ámbito personal de cada uno, irrumpió con una pregunta que aplacó el revuelo.

—¿Estaríais dispuestos a donar un órgano para salvar la vida de un ser querido?

Todos la miraron sin saber muy bien a qué se refería y por qué lanzaba esa pregunta, cuando el asunto del que discutían no tenía nada que ver con esa cuestión.

—No es de trasplantes de lo que estamos hablando —refunfuñó uno de los retractores de la eutanasia.

—Si estuvieses enfermo, si tu hígado o cualquier otro órgano de tu cuerpo, o una simple córnea, por ejemplo, estuviesen dañados y solo pudieras seguir viviendo gracias a un trasplante, ¿recibirías ese órgano o lo rechazarías?

—Supongo que aceptaría ese órgano —contestó desconcertado.

—Aceptarías la donación porque tienes mucha vida por delante y quieres seguir viviendo, ¿no es así?

—Claro. Querría seguir viviendo y los míos también. Pero no sé a qué viene esto ahora, cuando...

—Porque lo que importa no es solo la vida en sí, sino cómo vivirla. Todos sabemos que hay personas que llevan años en cama, tumbadas y sin ser conscientes de nada de lo que ocurre a su alrededor. Son muertos en vida realmente. Ni sienten, ni hablan ni se comunican con los suyos de ninguna forma. ¿Quieres esa vida para ti? ¿Serías capaz de mantener así a un ser querido, viendo cómo cada día es menos persona y más vegetal? Decís que el hombre no debe tomar esas decisiones, pero os oigo hablar y la clemencia no está presente en vuestras palabras. Preferís alargar la agonía de un cuerpo inerte. ¿No es acaso la compasión una prueba de amor?

Todos callaban. Los dos bandos comenzaron a mirarse sin saber a santo de qué proponía aquel giro. Ya estaban acostumbrados a Paula, defensora de las causas de los más indefensos, de los que no pueden hacer nada por sus vidas. Ella los miraba y sonreía provocativa, esperando alguna reacción de sus amigos.

—Conozco a mucha gente que cuando muera quieren llevarse su cuerpo íntegro —dijo por fin otra amiga—. No sé, creo que es miedo a algo que ni ellos mismos saben explicar. Es como si marcharse de este mundo sin una parte te dejara por al camino que lleva a donde quiera que vayamos una vez muertos. Puede que eso sea lo que piensan quienes desean llevarse su cuerpo completo a la tumba.

—Eso es una estupidez. Yo daría hasta mi último centímetro cuadrado de piel si con ello consigo que alguien continúe aquí para disfrutar de lo que yo ya no podré. Quiero que esa persona viva feliz.

Nosotros, nuestro cuerpo, no somos más que un vehículo de carne y huesos. Seremos recordados por lo que hicimos, por lo que dijimos, no por nuestra belleza o por morir completos —añadió otro—. Y sobre todo, nos recordarán por lo que dejamos. No creo que haya mejor forma de morir en paz que saber regalar vida tras nuestra muerte.

Paula sonreía sabiendo que este espinoso asunto haría cambiar a más de uno de opinión. Nadie se había parado a pensar si salvar una vida con una muerte podía ser el gran legado de aquellos que nos dejan. Pero llegado el momento, o mejor aún, mucho antes de que llegase nuestra hora, ¿seríamos capaces de informar a los nuestros de que queremos que todo lo que llevamos dentro sea entregado a las personas que lo necesiten? ¿Somos valientes? Paula era de la opinión de que las personas queremos ignorar aquello para lo que no tenemos respuestas. Para el hombre, lo que no conoce no existe, así de sencillo.

—Puede que sea un asunto en el que influyen las creencias religiosas. La Iglesia siempre se ha ido por la tangente cuando habla de ciencia, pero la medicina también lo es. La eutanasia, por ejemplo, el tema con el que hemos perdido los nervios. Es la conciencia de cada uno la que nos da la opción de acabar con un sufrimiento absurdo. La medicina, solo es la herramienta que lo lleva a cabo. Cualquier sacerdote, obispo o hasta el mismísimo Papa, dejaría que el hombre jugase a ser Dios a la hora de tratar una grave enfermedad que puedan sufrir, ¿no es cierto? En mi opinión, creo que recurren a la doctrina católica cuando de dar consejos a los demás se trata. Pero para mí, si me notas enfermo o si necesito un corazón nuevo, llévame cuanto antes al hospital, no vaya a ser que muera teniendo una solución a mano. Entrega mi cuerpo a la ciencia y que ella se encargue de sanarme.

Con aquel argumento que todos sintieron como definitivo, el mejor amigo de Paula consiguió arrancarle una sonrisa de aceptación. Nadie volvió a abrir la boca hasta que alguien se miró el reloj y se percató de que la hora del concierto se acercaba, una huida

a la francesa para no tener que dar más explicaciones sobre lo que pensaba.

Al salir del local todos comprobaban que llevaban las entradas consigo. Todos menos Paula, que se detuvo a observar una pequeña mesa en la acera donde unas personas colocaban unos lazos color de color verde sobre el pecho de los viandantes. Se acercó hasta ellos curiosa. Un señor mayor, de unos sesenta y muchos años, le sonrió y sujetó con un alfiler uno de esos lazos en su blusa.

—Quizá deberías hacerlo sin pensarlo demasiado. Olvida a esas personas que todavía dudan si abrirse en canal cuando llegue su hora para regalar vida. Quién sabe, puede que sea una forma de ser inmortales, ¿no crees? —. Paula sonreía y analizaba las palabras de ese señor mayor, suponiendo que ya había alguien viviendo dentro de él.

Un amigo llamó su atención ante la llegada del bus que los llevaría al recinto. Una vez dentro y sin querer dar explicación alguna, se aseguró de que la tarjeta que tenía todos su datos seguía en el bolso, justo donde la había guardado un minuto antes.

—¿A qué viene esa sonrisa? —preguntó curioso.

—Mira —. Paula se la entregó y esperó una pregunta más.

—Vaya. Veo que no pierdes el tiempo.

—La muerte no espera a que tomemos decisiones, ¿no crees? Si alguna vez me ocurre algo quiero que mi familia o cualquiera de vosotros informe de esto. No creo que necesite nada de lo que llevo dentro en el caso de que haya otra vida esperándonos. Y si hay un paraíso o un inmenso campo verde para nosotros, quizá solo seamos espíritu, esencia. Así que prefiero ofrecer mi cuerpo para que arranquen de él lo que necesiten.

Su amigo sonrió. Paula observó su reflejo en la ventana del bus, como si quisiese grabar en la memoria sus rasgos faciales. Miró a los ojos de su reflejo y guiñó un ojo.

«Ahora solo falta que tarde en llegar mi hora. Tampoco tengo tanta prisa por irme de aquí. Además, Israel no tardará en volver de su viaje y tenemos algunas cosas por hacer juntos», pensaba cuando sus amigos avisaban que bajarían en la siguiente parada.

Todo ocurrió muy rápido. La visión se volvió turbia mientras apretaba con todas sus fuerzas el brazo de su acompañante. Un fuerte dolor en el pecho la hizo plegarse sobre sí misma. Minutos más tarde, la ambulancia serpenteaba entre el tráfico mientras las luces amarillas se reflejaban en los edificios. Su amigo la cogía de la mano prometiendo que todo saldría bien.

## JIMENA

Los doctores habían perdido toda esperanza. Si no llegaban noticias de la aparición de un corazón para ella ese mismo día, tendría que abandonar el hospital a la mañana siguiente. Las normas eran claras. Cada enfermo tenía un tiempo de espera y el suyo se había esfumado casi sin darse cuenta.

Elena descansaba en un sillón junto a su madre. La televisión estaba encendida y el sonido de la película de cada tarde era casi imperceptible. A través de la puerta entreabierta se podían escuchar las voces de familiares y amigos que visitaban a otros enfermos. Jimena miraba cómo su pequeña dormitaba, derrotada por el dolor y el cansancio. Ella era su protectora, el ángel de la guarda que vigilaba para que la estancia allí dentro fuese lo más cómoda y llevadera posible. A sus pies, dentro de una mochila, varios libros de Poe ya habían realizado su función y estaban listos para regresar a la estantería.

Solo Elena pasaba las tardes con su madre. Un año de constantes idas y venidas a revisiones y tratamientos, un año en el que tuvo que hacer de hija y de marido al mismo tiempo. Estaban solas y las dos lo sabían. No necesitaban a nadie más, ni siquiera a los que antes decían ser sus amigos. Solo don Eritz tenía por costumbre acercarse hasta el hospital los días que no tenía que reparar nada en el puerto ni en su pequeño taller. Don Rafael solía aparecer a primera hora de la tarde, acelerado siempre por sus quehaceres religiosos. Pero ni el mecánico ni el sacerdote albergaban ninguna ilusión en su recuperación. Si hubo algún rayo de esperanza en el pasado, en los resultados de sus decenas de pruebas, se apagó con los últimos

latigazos de un reloj que avanzaba implacable. O sustituían aquel órgano o nada más podrían hacer por alargar su vida.

Con la cabeza girada hacia su hija, pensaba en la rapidez con la que había crecido. Su faz era pálida como la arena blanca de la playa. ¿Quién se haría cargo de Elena cuando ella no estuviera para llevarla al instituto como hacía cada mañana? ¿Quién se sentaría a su lado a leer o para ayudarle con sus tareas? ¿Quién la convencería a partir de ahora de que esa moda de ropas oscuras solo era algo pasajero? Demasiadas dudas antes de marcharse de este mundo y dejar a su pequeña en buenas manos. Había echado a un lado la relación habitual con sus amigos para convertirse en un elemento más de aquella habitación de hospital, un espacio poco amable para una niña tan joven que soportaba con firmeza los gemidos de su madre.

Decoró la pared de su cama con dibujos y poesías que algunos amigos escribieron para desearle fuerza para sobrellevar su ingreso. El trato con los facultativos y enfermeras era tan cordial que parecía que se conociesen desde siempre. Al principio preguntaban por su padre y marido, pero pronto descubrieron que pasar por allí no entraba en sus planes.

Jimena ya no sentía nada. Solo su memoria se encargaba de rescatar del pasado esos momentos en los que se sentía una mujer querida por su esposo, con una vida normal, arropada y cuidada dentro del grupo de amigos con los que compartían respiros y salidas por las noches. Esposas de otros marineros que sufrían en silencio las ausencias obligadas que traían el pan a la mesa a diario y el calor a sus lechos conyugales las menos veces. Vidas plagadas de una soledad que llevaban anclada al corazón, encendiendo una vela a la Virgen del Carmen cada noche antes de ir a dormir, suplicando que la mar tratase con delicadeza a sus maridos mientras estos arrancaban a las aguas los peces de la desdicha. Mujeres e hijos que se habían acostumbrado a la espera infinita y que peregrinaban en bandadas al puerto el día de regreso de los barcos que faenaban en altura, vestidas ellas con sus mejores oropeles, acicaladas para mostrar a sus hombres la mejor de sus sonrisas al verlos desembarcar destrozados por el trabajo.

Jimena era una de ellas, pero aquella ilusión se fue desvaneciendo con el paso del tiempo. Su matrimonio no era como el de las demás, felices y dispuestas siempre a alardear de los abrazos y besos que se regalaban mutuamente cuando las estancias en tierra se alargaban lo suficiente. Mientras, ella y su hija notaban que su esposo se alejaba cada vez más, silencioso y distante, encerrado en una oscuridad que jamás despertó a tiempo para ser regada de nuevo por la luminosidad que otorgaba la confianza y el respeto entre ambos. Pero ya no era él, ni rastro de aquel joven apuesto que embaucó a una muchacha loca en conocer los beneficios de iniciar su proyecto de vida. Ni estuvo a su lado cuando todo empezó ni se le esperaba.

Y como si aquel distanciamiento fuese aceptado como algo natural por madre e hija, juntas unieron sus pasos con un lazo férreo para luchar ambas contra el mal del corazón que castigaba con maldad el pecho maternal de una mujer que supo contrarrestar su maldición con cariño y cuidados de su pequeña. Elena, contagiada con rapidez de la fuerza de su madre y aceptando al instante lo que ocurría, se enfundó el traje de enfermera y se echó a su espalda la responsabilidad de ser ella quien estuviese siempre a su lado, dejando para otro momento mejor su grupo de amigos y el trabajo en clase. Era época de demostrar su amor a la mujer que le dio la vida, así que ahí la tendría cada vez que mirase el destartado sillón de aquella habitación de hospital.

Jimena lamentaba la debilidad de su corazón, maldiciendo para sí las pocas oportunidades que le ofrecía para llevar de la mano a Elena cuando se sintiese sola. Su historia se acercaba al final del camino y pensar que su pequeña se quedaba desamparada, le provocaba tal ansiedad que no le importaba ya si Dios dejaría caer algún milagro que abriese ante ella un nuevo camino. Elena despertó de su pequeño respiro y miró a su madre aún a duermevela. Ninguna de las dos decía nada. Solo se miraron y sonrieron. Fueron miradas de resignación, de un dolor infinito que ambas conocían. Se cogieron de la mano y apretaron hasta que sintieron dolor. Se miraban a los ojos para que sus rostros no se borrasen jamás de sus retinas, atoradas del color blanco de los azulejos de los pasillos y de chismes que



emitían un sonido acompasado, el triste palpitar de un corazón que se había cansado de latir demasiado pronto.

Elena se incorporó y arropó con la fina sábana a su madre. Casi no podía mantener los ojos abiertos, pero quería por todos los medios que el rostro de su hija fuese lo último que viera al abandonar este mundo.

—¿Podrías leerme un poco más? Me gusta oír tu voz —preguntó la dolorida madre con un imperceptible hilo de voz—. Pero hazlo de esa manera que tanto me gusta.

—¿Un poema?

—Un poema estaría bien.

Elena cogió uno de sus libros y lo abrió por la página que tenía marchada. Se puso de pipe frente a la cama y comenzó la lectura, teatralizando, subiendo y bajando el tono de voz según lo requería el poema de Poe.

« ¡Recibe en la frente este beso! / Y, por librarme de un peso / antes de partir, confieso que acertaste si creías / que han sido un sueño mis días; / ¿Pero es acaso menos grave que la esperanza se acabe / de noche o a pleno sol / con o sin una visión? Hasta nuestro último empeño / es solo un sueño dentro de un sueño. Frente a la mar rugiente / que castiga esta rompiente tengo en la palma apretada / granos de arena dorada. ¡Son pocos! Y en un momento / se me escurren y yo siento / surgir en mí este lamento: ¡Oh Dios! ¿Por qué no puedo / retenerlos en mis dedos? ¡Oh Dios! ¡Si yo pudiera / salvar uno de la marea! ¿Hasta nuestro último empeño / es solo un sueño dentro de un sueño?». ».

Jimena intentó aplaudir ante la gran interpretación que le regaló su hija, pero le fue imposible dar más de una palmada. Elena saludaba como un actor al final de la función, una reverencia que arrancó una sonrisa a su espectadora fiel. Con premura, se acercó y le ofreció un vaso de agua al primer golpe de tos.

—¿Te ha gustado? Creí que esta poesía no estaría mal.

—Es preciosa, como cada palabra que me has leído.

Besó a su madre y entremetió la sábana bajo el colchón. Jimena cerró los ojos tras beber agua e intentó controlar su respiración.

En ese momento alguien aplaudía en el pasillo. Un grito apagado seguido de una sonrisa llamó la atención de Elena, que en ese instante miraba por la ventana los edificios inertes de la ciudad.

La puerta de la habitación se abrió y dos doctores entraron, haciendo ver que no era más que una visita rutinaria.

—Bueno, parece ser que nuestra interna preferida no va a seguir con nosotros mucho más tiempo.

Elena se giró hacia ellos con el gesto torcido. ¿Cómo era posible que un doctor dijese aquellas palabras cuando faltaban solo unas horas para abandonar el hospital? Se hubiese abalanzado sobre él para marcarle la cara, pero se contuvo ante la mirada de felicidad extraña que los dos médicos mostraban.

—Lo tenemos, Elena. Tenemos un corazón para tu madre.

Se echó las manos a la boca, rompiendo a llorar e intentando que su madre no escuchase su llanto. Quieta, de pie frente a los dos hombres con bata blanca, no supo ni cómo actuar ni qué decir. Uno de ellos se acercó y la abrazó con confianza y determinación.

Mientras, Jimena, con los brazos extendidos sobre la cama, en voz baja repetía una y otra vez los versos que su hija le acababa de leer sin haberse percatado de las palabras del doctor.

«Y, por librarme de un peso / antes de partir, confieso  
que acertaste si creías / que han sido un sueño mis días»

En 2016 hubo 2.018 donantes que permitieron que se realizaran 4.818 trasplantes. De esta forma, España se mantiene líder mundial en donación y trasplantes, un titular que lleva varios años repitiéndose y refleja el excelente trabajo de la Organización Nacional de Trasplantes (ONT). Por segundo año consecutivo se superan los 100 trasplantes por millón de población, lo que ha permitido reducir también la lista de espera para casi todos los órganos, pasando de un total de 5.673 en 2015 a 5.477 en 2016, 196 menos (22 de ellos niños). La donación en asistolia y la colaboración de los médicos de urgencia en la detección de posibles donantes, han sido las claves del espectacular incremento de la donación de órganos.

